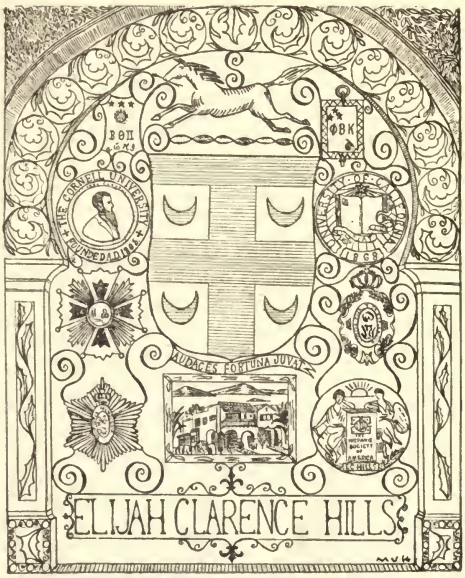
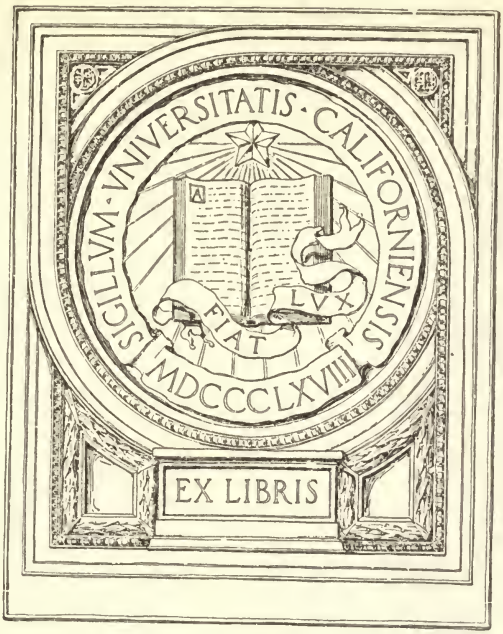

ΦΒΚ
THE CORNELL UNIVERSITY
FOUNDED A.D. 1865
AUDACES FORTUNA JUVAT
ELIJAH CLARENCE HILLS

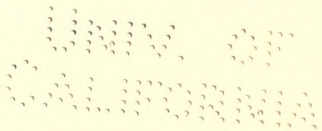
ELIJAH CLARENCE HILLS • 1867-1932



ELIJAH CLARENCE HILLS was, from 1922 till his death, first a Professor of Spanish and then Professor of Romance Philology at the University of California. A native of Illinois, reared in Florida, he graduated from Cornell in 1892 and studied in Paris; he was successively professor in Rollins College, in Colorado College, librarian of the Hispanic Society of America, and head for romance languages at Indiana University. For his distinguished achievements in Spanish philology, he was made Knight Commander of the Royal Order of Queen Isabel.

In Professor Hills were combined vast and precise learning with extraordinary humanity. Though a grammarian and philologist, his teaching implied the great world. He had a talent for friendship: capable of the seclusions of the scholar and editor and born to an inviolable personal dignity, he possessed also an uncommon social charm which exercised itself in widening circles. His charity showed as kindliness, deference, tolerance, the sharing of the possessions his long labors had accumulated. He was a wise collector of books, and specialized in Spanish lexicons. Mrs. Hills presented to the University of California his collection of books, one of which is here inscribed to his memory.

TRES AÑOS EN LOS ESTADOS-UNIDOS.



Legrand inv.to y lit.o

Lit. de J. J. Martinez Deseng.o 10 Madrid 1858

¡"Si! el tocino! el tocino!" gritó sencillamente un negro que al parecer habia hecho ya la eleccion

TRES AÑOS

EN

LOS ESTADOS-UNIDOS.

ESTUDIO DE LOS HÁBITOS Y COSTUMBRES AMERICANAS,

POR OSCAR COMETTANT.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR LOS SEÑORES

DON SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS

Y

D. FEDERICO UTRERA.

Con un prólogo,

NOTAS Y UN RESÚMEN FINAL POR LOS TRADUCTORES.

J. J. M., EDITOR.

MADRID:

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE D. J. J. MARTINEZ, DESENGAÑO 10.

1858.

E166
C74

Es propiedad del Editor.

HILLS

UNIV. OF
CALIFORNIA

PRÓLOGO.

La obra que presentamos al público, no necesita recomendacion. Ha sido juzgada por toda la prensa parisien y se han agotado tres ediciones en muy poco tiempo, valiéndole á su autor una reputacion envidiable en el vecino imperio. Al escribir estas líneas no es nuestro ánimo deslumbrar con vanas palabras, entusiasmando á los lectores con frases pomposas que los predispongan en su favor; muy lejos estamos de eso, porque generalmente cuando se habla así, es para tributar á un libro, elogios inmerecidos, que la opinion pública rechaza.

No nos detendremos, pues, en encomiar un trabajo que, como hemos dicho antes, ha merecido completa aceptacion en el pais donde la crítica es tan severa, y tan grande el movimiento literario. Callaremos, porque callando decimos mas que cuanto pudiéramos escribir en pro de él.

87-1082

Oscar Comettant, es un jóven de vasta instruccion, redactor de uno de los periódicos mas acreditados de Francia, y que por causas políticas emigró á los Estados-Unidos, donde permaneció tres años dedicado esclusivamente á los estudios que forman el contenido de este volúmen.

Con la asiduidad que le caracteriza, el entusiasmo de la juventud y el gusto que desde sus primeros años mostró por el estudio de otros paises, recorrió los estensos Estados de la Union Americana, tomando notas y apuntes para formar mas tarde el libro que sale á luz.

Vamos á ocuparnos de él: Comettant lo ha dividido en una série de artículos; cada uno de ellos trata de diferente materia, y para hacer menos árida su lectura, les intercala alguna anécdota chistosa, propia del asunto.

Empieza en el primer capítulo, hablando de la clase de vida, que desde el momento de abandonar las costas de Europa, se tiene á bordo de los buques que hacen la travesía del Océano. Sigue detallando las costumbres de la gran capital de los Estados-Unidos, y sucesivamente dedica un capítulo á cada uno de los ramos que constituyen el saber en América. Con escrupulosa minuciosidad consagra su pluma á dar á conocer bien aquel pais, pintando admirable y perfectamente su vida pública y privada. Las costumbres generales de todos los Estados, sus leyes, religiones, comercio, industria, ciencias, diversiones, etc. etc., tienen su lugar en la obra, y termina con un largo capítulo donde retrata el aspecto general de los Estados del Sur.

Hemos indicado las materias de que consta esta obra para dar una pequeña idea del interes que inspira y del pensamiento que predomina en ella.

Nada es tan interesante para los españoles, que empobrecidos

por guerras intestinas, prestamos á Colon bajeles en que atravesar el Océano y descubrir un mundo, como la pintura de ese mundo amamantado por nuestros abuelos y perdido por nuestros padres. En esa tierra vírgen, de los mas caudalosos rios y los mas altos árboles, nosotros clavamos la primera cruz y echamos la semilla primera de la civilizacion. Allí, antes que ninguno, hicimos tremolar las banderas de la Católica Isabel en las cumbres de las montañas, y las salvas de nuestra artillería retumbaron en las playas diciendo con asombro de la Europa: «el sol nunca se pone en los dominios de España.»

Ahora bien: ¿habrá un solo español que no se sienta conmovido al leer las páginas de Comettant? ¿que no se admire de lo que en ellas se dice? La perfeccion y verdad con que se nos dá á conocer la nacion mas moderna, mas adelantada, mas libre, mas poderosa, y que como por encanto ha surgido de los bosques de un mundo nuevo condenado á la esclavitud por un mundo antiguo; las ideas que despierta en el alma, al recordar que de él salió la chispa libertadora que incendiando revolucionariamente á la Francia, dió á la Europa independencia; las reflexiones que naturalmente ocurren al contemplar los prodigios de la inteligencia de un pueblo pacífico é indiferente á las desastrosas guerras de Europa, no pasarán desapercibidas. Y hemos dicho antes que todo español se sentiria conmovido al leer estas páginas, porque efectivamente á ningun europeo puede interesar tanto como á nosotros. No somos ciertamente fundadores de esa colonia en América, elevada á la mas grande nacion en el corto espacio de un siglo; pero sin embargo, nos pertenece algo de su gloria: los españoles fueron los primeros que regaron con el sudor de sus frentes los campos americanos quemados por un sol tropical, y los que vertieron su sangre para introducir el gérmen de la civilizacion en un

continente que se hallaba como habia salido de las manos del Creador.

No tenemos mas que decir, y aun lo que hemos dicho por necesidad sentimos que pueda haber cansado á los lectores.

Terminamos esperando á que el público, juez severo, ante el cual nos sometemos, pronuncie su fallo sobre esta obra, la cual hemos procurado traducir literalmente para que no pierda nada de su carácter y belleza.

Y esta es la ocasion de rogar que nos dispense, si queriendo cumplir con este propósito no usamos un lenguaje tan castizamente español como hubiéramos querido emplear.

Madrid 7 de octubre de 1857.

Santiago Infante de Palacios. **Federico Utrera.**

C. Legrand. lit°. Lit de J.J. Martinez Desenº 10 Madrid 1858

Vista de Nueva-York.

TRES AÑOS EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

ESTUDIO DE LOS HÁBITOS Y COSTUMBRES AMERICANAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL ESTRANJERO EN AMÉRICA.

El 1.° de setiembre de 1852, á las doce del dia, el *Humbold*, aquel gigante de los mares, que dos años despues debia estrellarse sobre las rocas de Halifax, salia magestuosamente del Havre, saludando con su artillería las costas de la Francia. Su atrevida proa sulcaba las rebeldes olas marchando con toda la fuerza de sus ochocientos caballos, hácia el inmenso espacio del Océano, su tempestuosa patria.

Estábamos sobre cubierta siguiendo con lastimera mirada los últimos promontorios que por graduacion el horizonte ocultaba á nuestros ojos.

Al dia siguiente por la mañana, cuando nos despertamos, la tierra habia desaparecido, las olas eran mas grandes, y el mons-

truo marino que nos conducia rugiendo, deslizábase sobre las líquidas montañas elevado como señor de ellas.

Estábamos en anclia mar.

La vida á bordo de los vapores tras-atlánticos es seguramente muy agradable y distraida para los pasageros de primera cámara, y que tienen la fortuna de no esperimentar ningun malestar de los que generalmente acometen á los que se embarcan para largos viajes.

Se sirve el té á las seis de la mañana á las personas que lo desean; á las ocho se almuerza de tenedor; á las doce se toma el *lunch* (1); á las cuatro se come, pero sin vino ni café; á las siete se toma el té; finalmente, á las doce de la noche la cena para aquellos que la exijen. A lo dicho añadiremos que la cocina es generalmente buena y variada.

Los *pollos* encuentran á bordo barberos americanos que les afeiteny ricen el pelo con todas las reglas del arte. Un *bar-rom* muy bien abastecido ofrece á los bebedores vinos y licores á eleccion.

Para concluir, la sociedad es por lo regular amena, y se pasan perfectamente los trece ó catorce dias que separan la Europa de la América.

Al décimotercio dia de nuestra salida, llegamos á New-York, admirablemente situada entre los rios Est y Hudson; se sabe que es una de las ciudades mas hermosas, mas grandes y mas mercantiles del mundo. Su poblacion, segun la última estadística, se eleva á la considerable suma de 800,000 almas, sin contar las vecinas villas de Brooklin y Hoboken, separadas de New-York por la anchura de dos rios, y que se puede decir no forman mas que una misma y única ciudad de cerca de 1.500,000 habitantes.

Al desembarcar en New-York, el viajero se asombra verdaderamente del movimiento tan grande que presenta el puerto. Vénse en él vapores de formas estrañas, de dos ó tres pisos, que parecen mas bien inmensas casas flotantes, que barcos ordinarios, y se

(1) Refrigerio que se acostumbra tomar en los Estados-Unidos y en Inglaterra á mediodia. (*N. de los T.*)

cruzan confusamente en todas direcciones por la bahía, con lanchones, *yachts*, *schooners*, y navíos de mil tamaños y naciones.

A primera vista es fácil juzgar del genio activo de ese pueblo, trabajador hasta lo infinito, que vive para trabajar, y trabaja para vivir, siendo el comercio el medio y el fin de que se vale para ganar dinero, no sabiendo sino ganar mas aun. Fácil es tambien conocer prontamente su esencia democrática y el verdadero sentimiento de la libertad.

El frac negro es el vestido de todos en los Estados-Unidos, y los trabajadores que se agolpan á bordo de los buques para ofrecer direcciones de fondas, como los carreteros y cocheros que pretenden llevar equipajes, tienen á la vista del observador la apariencia de perfectos *gentlemen*, si bien algo estropeados. Cuando el viajero se decide á partir, una enorme carroza de doce asientos de la forma de las antiguas francesas, se aproxima lentamente, carga el equipaje en su imperial, y lo conduce á su destino.

Ya se sabe lo que son las fondas de América; inmensas casas amuebladas con lujo y magnificencia, servidas por regimientos de negros y batallones de jóvenes irlandeses, frescos y rollizos, á quienes les está encargada la asistencia de las habitaciones. Los millares de viajeros que traen y llevan los vapores y caminos de hierro de los diferentes puntos de la Union, llenan esos inmensos *serrallos*. Fuera de los Estados-Unidos, donde se viaja con asombrosa rapidez y facilidad, semejantes fondas serian inútiles y ruinosas para sus dueños. Son tan diferentes de las francesas y está todo tan prevenido para el gusto y comodidad del que llega, que hasta los recien casados, mediante la suma de 60 pesos fuertes por dia, pueden entregarse orgullosamente á los placeres de su *luna de miel*, en habitaciones verdaderamente régias, designadas bajo el nombre de *habitacion de la casada*, donde con mas prodigalidad que buen gusto se confunden el oro, la plata, las sedas y los terciopelos. Tienen para uso de los viajeros, telégrafos eléctricos que desde el interior del edificio se comunican con las ciudades de los Estados-Unidos, á precios módicos. Hay además salas con mesas de billar, *bar-rooms*, especie de tiendas donde se beben en verano

los mas esquisitos y variados refrescos; boticas, cuartos de baños, correo, cuadrantes que indican los vientos reinantes, gabinetes de lectura llenos de periódicos y anuncios en tan gran cantidad, que los arrojan á los pies del transeunte para llamar su atencion. Hay máquinas de vapor para la ropa blanca; se lava, seca, plancha y pliega en dos horas, y son un portento de mecánica. Con relacion á máquinas, el genio americano no tiene igual: en Cincinnatti, hasta los cerdos mueren á máquina: ponen el animal bajo una trampa donde lo degüellan; de allí pasa á una ancha caldera de agua hirviendo, que le levanta la piel; de allí, á otra separacion que le despedaza; y así, de cepo en cepo, el desgraciado compañero de San Anton se halla al cabo de dos horas de tan rudo trabajo, simétricamente cortado, salado y puesto en barriles; listo para ser llevado á donde lo reclame el estómago del hombre. ¡Esos desgraciados cerdos no tienen tiempo de mirar por sí!

Las fondas en América no son esclusivamente habitadas por viajeros, pues no es muy estraño ver á comerciantes largo tiempo establecidos en el pais, vivir con sus familias en ellas por el mismo precio que pudieran hacerlo en casa particular. *New-York hôtel*, está casi habitada por familias muy recomendables, que siguen este método de vida en comun, por no serles repugnante.

Los desayunos empiezan á las siete de la mañana para las personas de negocios, y se pueden hacer hasta las once. No es estraño ver intrépidas viajeras que vienen en compañía de sus maridos, de sus hermanos, de sus prometidos, y aun solas, para visitar á New-York, levantarse á las seis de la mañana y bajar á almorzar á las siete ataviadas y de mangas cortas.

Durante el dia entran en la fonda para tomar el *lunch*, á fin de poder esperar hasta las cinco de la tarde, hora en que se sirve la comida. Esta por lo interesante merece ocupar la atencion del viajero.

Mesas grandísimas, perfectamente preparadas de antemano y suntuosamente adornadas, esperan á las personas. Un horroroso ruido de campanas chinescas, colocadas por todas partes, anuncian con sus continuas y bárbaras vibraciones que ha llegado la

hora de comer. Cuando todo el mundo está sentado á la mesa, el *gefe* de los criados, viejo y feo como la misma fealdad, mueve sus amarillentos ojos, haciendo un gesto rarísimo con su *negro* rostro, al regimiento de *negros* que permanece inmóvil de pie, detrás de los huéspedes. A esa señal, como si fueran movidos por un mismo y secreto resorte, dan un paso y descubren los platos del primer servicio.

La comida, no solo en New-York, sino tambien en las otras ciudades de los Estados, no se compone de menos de cincuenta platos: estos son de carnes, pescados, legumbres, caza, mariscos, dulces y asados. En verdad están muy lejos de ser aderezados con el arte delicado que distingue á la cocina francesa. El primer dia, debemos confesarlo, comimos con una especie de horror algunos platos de legumbres que habian sido simplemente cocidas con agua, sin manteca ni sal. Si al menos un vino generoso hubiera venido á mezclar su rico sabor al gusto insípido de las legumbres *cocidas en agua clara* y las aves conservadas en hielo y asadas al horno;... pero no: la templanza americana que desde los Estados del *Maine* amenaza á la América entera, y se estiende por medio de sus vapores hasta mas allá de los mares, quiere que un vaso de agua con nieve ocupe el lugar del *Bourgogne* ó del *Médoc*.

Quisiéramos saber si Brillat-Savarin, que ha permanecido varios años en los Estados-Unidos, se sometió al régimen del agua fresca, y se condenó á comer legumbres cocidas sin sazonar.

No se bebe, pues, sino agua en las comidas americanas: el vino tinto es casi desconocido, y solo algun huésped, haciendo escepcion de la regla, toma para beber con los postres un vaso de *Champagne*, sacado de una botella que se destapa con gran ruido á fin de llamar la atencion de los circunstantes sobre este hecho, por uno de los *waiters* (1).

Es cierto que los sóbrios *gentlemen*, retirados en sus cuartos, se reconcilian con el dios Baco, sin que sus esposas ó hermanas pongan el menor cuidado en evitarlo. Nadie cree que hace mal

(1) Camareros: ayudas de cámara.

bebiendo, hasta cierto límite, vinos y licores; además, en América los pecados ocultos, se perdonan en mas de la mitad, mientras que no hay perdon posible para los escándalos.

Despues de comer, el estranjero opta por un paseo á *Broadway*, la ópera, cuando hay compañía, ó el teatro americano; el museo Barnum, ó el espectáculo de los negros *minstrels:* á menos que no prefiera pasar la noche en el salon de la fonda abierto para todo el mundo, y que se halla ordinariamente lleno de elegantes señoras, las cuales con esa independencia americana, cantan, tocan el piano, leen, ó pelan la pava, sin inquietarse por los estranjeros, en lo mas mínimo, á pesar de que pueden escucharlas. Las diferentes personas forman grupos apartados, en inmensas salas, y nadie piensa en enterarse de las distintas conversaciones de otros, ni mucho menos en criticar sus acciones. El ridículo, triste posicion en que muchos se colocan en nuestra sociedad, puede decirse que no existe en América y la discrecion es la virtud general. Hacer y dejar hacer sin trabas es la gran ley que cada cual observa.

En la práctica de la vida, mas aun que en las leyes, es donde se conoce si un pueblo es realmente libre y digno de serlo.

Además de las grandes fondas, se encuentran en New-York, así como en las demás ciudades de los Estados-Unidos, *boarding-houses*, que ocupan el medio entre las fondas y las casas amuebladas de París. Esas *boarding-houses* reciben pensionistas desde 5 pesos fuertes hasta 10, 12 y 15 por semana. Se goza con corta diferencia de las mismas ventajas que en las grandes fondas: los pensionistas se reunen por las noches en los salones ordinarios, *parlors*, y á menudo las señoras y caballeros improvisan bailes de una agradable y encantadora familiaridad, en los cuales la libertad de las mugeres no es lo que menos llama la atencion de los europeos.

No se puede creer el número prodigioso de estranjeros, principalmente alemanes é irlandeses que emigran á América, tierra hospitalaria por escelencia. En la ciudad de New-York, solamente los paquetes han llevado en el corto espacio de un mes, hasta 40,000 alemanes é irlandeses, que instalados primero en *Castle-*

Garden se dirijen despues á los diferentes puntos de la Union que necesitan brazos.

En cuanto al número de viajeros que toman pasaje en los vapores para venir á Europa, es tambien considerable. Por esta via, la mas costosa, han sido trasladados del Nuevo Mundo al antiguo, desde 1.° de abril hasta 1.° de agosto del año de 1856:

A Liverpool.	3,598
A Brême.	821
A Southampton.	136
A Glasgow.	424
Al Havre.	1,294
Total.	6,273

¡Seis mil doscientos setenta y tres pasajeros para Europa en cuatro meses! ¡Mas de mil quinientos por mes! ¡cerca de cuatrocientos por semana!

Sin embargo, por muy hospitalaria que sea la América, ha interceptado la entrada en su territorio á los emigrados que no pueden justificar la posesion de cierta suma de dinero, para hacer frente á los primeros gastos de instalacion en las tierras. Los emigrados indigentes han sido devueltos á su pais, por la intervencion de sus respectivos Cónsules.

El emigrado cultivador es seguramente el mas feliz de los estranjeros. Compra en el Oeste, buenas tierras que desde el primer mes, producen para el sosten de su familia, y dan de utilidad anualmente, mas de lo que costaron.

Los hijos de los que actualmente emigran, serán sin duda alguna dueños algun dia, de la América entera, cuyo vasto territorio podria abastecer al mundo.

Los trabajadores estranjeros que permanecen en las ciudades, son mucho menos felices que los agricultores, y se encuentran espuestos á la falta de trabajo. Las oficinas del consulado francés en New-York, se ven siempre llenas de obreros desocupados, que ignorando hasta qué punto alcanza la proteccion de sus Cónsules, llegan á pedir pasaje para volver á Francia.

El estranjero que quiere viajar en la Union, encuentra esas inmensas tierras, cortadas en todas direcciones por caminos de hierro, y esos mares sembrados de vapores que lo trasladan con pasmosa prontitud y baratura.

En verano, magníficos vapores conducen á los viajeros desde *New-York á Albany* (en 15 horas) por 10 rs. vn., y á veces por 5.

No hay en los vapores, como tampoco en los caminos de hierro, division de clases, y cada cual es dueño de escoger el sitio que mejor le plazca.

Es cuestion bastante séria en estos momentos, la prolongacion de los caminos de hierro hasta California por Texas y Méjico. Creen que trece dias con sus noches bastarán para ir en tren directo desde New-York hasta San Francisco. Los autores de ese proyecto ¿han calculado bien las fuerzas humanas? Nada asusta al genio activo, al valor de los americanos. Esa inmensa travesía por medio de desiertos y pueblos salvajes que están siempre en guerra con los de *pálido rostro*, como llaman á los blancos, se llegará á realizar algun dia.

En empresas industriales, es seguro, que todo lo que se puede hacer, se ha hecho ya en América, y lo que no puede hacerse se hará. El *go a head* (1) de los *Yankees* no conoce obstáculo alguno, y el deseo de conquistar ó adquirir no tiene límite sino en los límites del mundo. Que se descubra el medio de traspasar el espacio, y los americanos establecerán bien pronto mostradores de comercio en la luna, y sucursales de sus estados.

(1) Frase que significa: meter la cabeza: ir adelante: seguir traspasando todos los obstáculos: y la usan los ingleses siempre que quieren indicar una fuerza de voluntad que no encuentra resistencia. (*N. de los T.*)

CAPITULO II.

LOS NEGOCIOS.

En ninguna parte se ama tanto el dinero como en América, ni se hacen tantos esfuerzos para ganarlo. No hay trabajo productivo por largo, penoso y difícil que sea, que deseche la constante y febril actividad de los americanos. Allende el Océano, un hombre no es ni representa nada como no tenga un capital.

—¿Conoce Vd. á fulano de tal? dicen los americanos.

—Sí; vale veinte mil duros.

—¿Y á zutano, le conoce Vd?

—Sí; no vale nada.

Nunca se habla de su mérito personal, de sus virtudes ó talento. *Beranger*, que vivia en *Passy*, de una modesta pension, no valdria *nada* en América.

El dinero que solo hace hombres, es lo que naturalmente aman en ese pais, donde el deseo de enriquecerse es la sola pasion dominante.

Mas esta fiebre por ganar, que empieza en la infancia y no concluye sino con la muerte, no tiene como en Europa por fin el descanso del trabajo y el bienestar.

En América se desconoce el estado negativo de rentista, y nadie piensa en llegar ni quiere serlo. Comienzan ante todo por ganar

dinero para vivir, continúan para emprender negocios, y luego para hacerlos en grande escala y no cesar de adquirirlo.

Las famosas *Diez mil libras de renta* que *Mr. Scribe* ha puesto tan amenudo en boca de sus honrados comerciantes, como el límite de su ambicion y el precio de su trabajo, no serian comprendidas en América, donde la ambicion es ilimitada.

Los comerciantes americanos son jugadores que tienen por RULETA los mercados del mundo y por apuesta *stocks* (1). Un jugador no se corrige nunca. Cuando gana, quiere ganar mas aún, cuando pierde desea desquitarse, cuando no tiene dinero para jugar, les dá á los demas jugadores un golpe con apuestas imaginarias.

Tal es la irresistible pasion de ese pueblo que hace los negocios como jugador, tanto para tener las fuertes emociones del comercio, como para recoger el fruto.

Esa pasion del tráfico, ese placer del cambio, ese amor al embrollo mercantil, exalta los espíritus de un modo tan estraño, que se verá nacer acaso una nueva clase de poetas enteramente desconocidos hasta hoy: los poetas comerciantes.

Y decimos esto, por el hecho siguiente:

Hallándonos un dia en compañía de una linda *lady*, de esas perfectas y angelicales *figuras de viñetas inglesas*, la conversacion recayó sobre los privilegios que las mugeres gozan en América; privilegios que poseen hasta por las leyes, que tienen con ellas cierta tolerancia y estrema galantería.

—Es verdad, dijo ella, que nosotras somos muy felices generalmente en América, mas á pesar de esto quisiera haber nacido hombre.

—Hubiera sido lástima, dijimos, ¿pero, por qué hubiera usted querido formar parte de la mas fea mitad del género humano?

—¿Por qué? dijo rápidamente; ¡y Vd. me lo pregunta!

En ese instante sus facciones se animaron; sus ojos azules tomaron bajo sus largas pestañas negras un aire inspirado, apareció, en fin, bajo el encanto de un grave y filosófico pensamiento.

(1) Mercancías: sacos: pacas: fardos.

Esperábamos oirla decir que hubiera deseado ser hombre para dirigir un ejército, mandar una escuadra, brillar en la tribuna ó el púlpito por la elocuencia de su palabra, ó tal vez para hacer á imitacion de otros filibusteros, la conquista de Méjico ó Cuba. Mas apenas habiamos hecho esas rápidas reflexiones, se acercó y nos dijo con voz conmovida:

—Pues bien; quisiera ser hombre para hacerme *business-man!* (comerciante).

Esto no es invencion: semejantes rasgos no se inventan.

Los americanos aman el dinero hasta la adoracion y no son sin embargo avaros á la manera de Harpagon. Este, ama el dinero por el dinero: lo guarda con temor, lo oculta á todos los ojos, lo rehusa hasta á él mismo y no tiene en su inesplicable locura, nada mas voluptuoso que meter sus insensatas é innobles manos en sacos de oro que no vácia jamás. Esta clase de avaros, cuya raza parece degenerada, no es tampoco comun en Europa. Sin embargo, la policia suele encontrar en miserables boardillas, sepultadas en los muros ú ocultas en jergones, sumas de dinero mas ó ménos grandes, que la avaricia bajo la forma odiosa de ricos mendigos, ha criminalmente guardado. Mas los americanos no son generosos, ni les gusta disponer su dinero en favor de otro ó gastarlo en su propio placer; sin embargo, lo arriesgan voluntariamente en los negocios y con atrevimiento sin igual.

El *Yankee* se arruina ó enriquece en poco tiempo y sin grande emocion.

En ambos casos, continúa sus negocios y su manera de vivir.

He aquí de qué modo viven en New-York los comerciantes; es decir, casi la totalidad de los hombres.

Los comerciantes, desde el mas grande naviero hasta el mas modesto dependiente, se levantan todos los dias á las siete de la mañana aunque baje el termómetro como en Rusia, ó suba como en el Senegal, nieve como en el monte de San Bernardo ó ventee como en la isla Borbon, pues en New-York existen tan variados climas y á veces en un mismo dia.

Almuerzan de siete y media á ocho lo mas tarde. El desayuno

se compone lo mismo para el rico que el pobre, de una taza de café con leche ó de té (1) y una lonja de jamon que se reemplaza algunas veces por un trozo de *roast-beef* frio.

Terminada esta modesta comida, el comerciante se encamina á la ciudad baja que es el punto de los negocios. A las ocho ú ocho y media todo el mundo está en su destino, es decir en su *office*.

Entonces hacen en *Wall-Street* y en las calles próximas un trabajo propio de hormigas: se cruzan, se empujan y hacen señas con la mano por no perder tiempo en hablar: y en cuanto á lo moral, un solo pensamiento domina; huir de las astucias de los unos y engañar á los otros.

Para el comerciante, cuando está en su *office*, no hay padres, ni hermanos, ni amigos, ni amantes, ni Dios, ni diablo; no hay mas que parroquianos y negocios. El hombre mas delicado, mas sensible, el mejor hijo, el padre mas virtuoso, el amante mas casto, el marido mas fiel, llega á ser el mas inflexible, cuando discute en su *office* sobre una partida de bacalao salado de la que quiere deshacerse, ó sobre una caja de sebo de *Rio Grande* que desea adquirir. Su corazon se trasforma, ó mejor dicho no tiene mas que un *duro* en el sitio del corazon. Anunciadle la pérdida de todos sus parientes, y responderá.—¡Sírvase esperar un instante; concluyo un negocio y soy con Vd. en seguida. Ya sabe Vd. ante todo son los negocios!

Podríamos citar nombres de personas muy estimadas, buenas y sociales fuera de su *office*, que en una reciente y terrible catástrofe perdieron una parte de sus mas cercanos parientes, y consideraron un deber de comerciantes, no interrumpir el curso de sus operaciones mercantiles. Con la muerte en el alma fueron en ese momento á discutir sus asuntos con sangre fria y no desperdiciaron ocasion de esplotar algun parroquiano en provecho de su bolsa. Por la noche hubieran llorado á sus desgraciados parientes de todo corazon, con tal de secar sus lágrimas en la mañana próxima á la hora de los negocios.

(1) Se consume anualmente en América la inmensa cantidad de 35.200,000 libras. (*N del A.*)

Este es el estoicismo mercantil, llevado hasta el heroismo.

A nosotros nos gustan las anécdotas, cuando son características. Hé aquí una que hemos oido contar.

Un jóven dejó á New-York por las Indias adonde fué á probar fortuna. Permaneció diez años ausente. Despues de ese largo intérvalo de tiempo y sin prevenir á nadie volvió á New-York. La casualidad hizo que al desembarcar se encontrase con un hermano suyo.

—¡Calle! ¿Vd. aquí? ¿Con que ya es Vd. de los nuestros? ¿Cómo está Vd.?

—Muy bien, ¿y Vd.? le dijo el inesperado viajero tendiéndole la mano.

—Perfectamente. Estoy muy contento de verle á Vd.; muy contento.

—Yo tambien.

—¿Ha hecho Vd. buen viaje?

—Bastante bueno. ¿Y aquí va todo bien?

—Todo.

—¿No hay nada nuevo?

—No... Es decir, una gran noticia.

—¿Cuál?

—Nuestro padre ha muerto.

El recien llegado, tomando entonces un aire triste, se puso á silbar lúgubremente, prolongando el *forté* hasta el *smorzando*; lo que puede traducirse por esta esclamacion: «¡Ah diablo! Y tomando en seguida un tono desenvuelto:

—¿Dígame Vd., y los algodones están en alza?

Un silbido (tierno y espresivo en verdad), fué la única oracion fúnebre pronunciada por el hijo en honor del padre difunto; *la flor arrojada piadosamente sobre su tumba apenas cerrada*; como dicen los *croque-morts* (1) literarios, en los entierros de sus amigos.

Los negocios tienen un momento de intermitencia á las dos de la tarde, hora de la comida para la gente comercial. Las fondas, que abundan en la parte baja de la ciudad, están á esa hora llenas

(1) Enterradores.

de gente que come silenciosamente y que parece sentir el tiempo que pierde en esa operacion. La comida no es larga: no hay sopa; un plato de carne con legumbre; un poco de pescado; y para postre un enorme pedazo de pastel ó frutas á medio cocer. Hay que añadir que la bebida es agua fresca. Despues de comer cada cual vuelve á su *office*, y los negocios toman nuevo aspecto hasta las seis de la tarde. En ciertos casos, cuando el trabajo lo exije, el gefe de la casa, solo en su negro y triste despacho, trabaja hasta las nueve ó diez de la noche.

La sola diferencia que existe entre el modo de vivir del comerciante rico y el pobre dependiente que gana diez duros por semana, es esta: el rico posee una magnífica y espléndida casa en lo alto de la ciudad, de la que no goza nunca, ó casi nunca; mientras que el pobre no tiene ninguna y goza infinitamente del *parlor* de su *boarding-house*, donde por las noches discute con las jóvenes y libres pensionistas de la casa. Esto no impide que todos los dependientes quieran cambiar su posicion por la de los propietarios que no desean este cambio retrospectivo.

Es necesario conocer que la América es el primer país del mundo para negocios. La inteligencia comercial unida á la actividad, encuentra siempre su recompensa en los Estados-Unidos, donde el crédito es fácil y las transacciones considerables. Ademas las leyes están hechas para dar al comercio toda la amplitud posible.

No existen trabas para la avaricia. No hay reglamentos que limiten el número de profesiones; no hay privilegios acordados á ninguna industria, en detrimento de otra, no hay contribuciones infrigidas con perjuicio de los comerciantes, cuya espuela es el interes y la competencia el freno; ninguna imposicion tiránica, ninguna sujecion, libertad completa para vender y comprar las cosas, sin tarifas, para todas partes y siempre.

Así se ven personas que cambian de comercio cada tres meses, ser primeramente panaderos, despues almacenistas, llegar á carniceros, á comerciantes de novedades, á fabricantes de féretros, y convertirse en floristas, fundadores de religion, peluqueros ó profesores de piano.

Ninguna desconsideracion alcanza al comerciante desgraciado ó demasiadamente atrevido ni á los falsos especuladores que se presentan en quiebra. Es una desgracia de la cual el acreedor se consuela bien pronto y se olvida en el torbellino de los negocios. El comerciante tiene por base de su conducta este precepto, del cual no se separa jamás. «El tiempo es dinero.» Quiere mas bien creer á un mal deudor que le dice lo ha perdido todo, que pasar su tiempo en adquirir pruebas. Hace algunos años, el comerciante que se presentaba en quiebra, no enseñaba á sus acreedores los libros, contentándose con decirles: «No puedo daros sino tanto por ciento.» Y algunas veces: «No puedo absolutamente daros nada.»

En América, donde las leyes protejen generalmente al pobre y garantizan la libertad individual, basta en casi todos los Estados que un hombre declare no tener medios para pagar lo que debe, y que jure sobre la Biblia, para que no pierda sus derechos ulteriores y el acreedor no pueda reclamar contra él.

Parece bárbaro á ciertos legistas americanos, aprisionar al que no puede pagar sus deudas, y encuentran cruelmente ridículo que se le impida trabajar cuando solo con el fruto de su trabajo puede satisfacer á los acreedores. Comprenden que es mejor que condenar despóticamente, obligando á los deudores á trabajar para otro, cuando el trabajo de un hombre no es suficiente á satisfacer sus propias necesidades, dejarlo en libertad; mucho mas si se tiene en cuenta que la deuda aumenta por los grandes gastos de justicia y que se condena á la inaccion al deudor.

Advertimos que esta opinion ha encontrado contradictores, pues en algunos puntos existen prisiones por deudas.

El espíritu comercial está tan arraigado en los americanos, que la mas mínima de sus acciones trasciende á especulacion. Un americano ve un paletot, un pantalon, un reloj, un sombrero, unas botas, un baston, cualquier cosa, como le agrade: examina el objeto que hiere su atencion, pregunta el precio; despues de haber hecho la pregunta, en la espresion de su fisonomía es fácil adivinar que el americano dice para sí: ¿será esto un buen negocio?

Estábamos en un baile al lado de una pareja: el caballero, despues de hacerle observar á la señora que hacia buen tiempo, *(very fine weather)* le elogió el peinado preguntándola el precio.

Jóvenes de ambos secsos pasan las noches enteras, hablando de la crisis monetaria, de la cosecha de algodon, de la subida del trigo y de las mercancías secas y mojadas. Estas conversaciones son poco agradable para las americanas, completamente estrañas al comercio, y que no se mezclan jamás en los asuntos de sus maridos, llegando hasta ignorar si son ricos ó pobres; pero es tal la irresistible atraccion que tiene una conversacion comercial entre ciertos jóvenes, que se les olvida hasta que hablan á una señorita.

Los americanos tienen generalmente una estrema atencion para con las mugeres. Una señora, por ejemplo, se presenta en una tienda de modas: dice que no lleva intencion de comprar, pero que quiere ver y examinarlo todo, únicamente por pasatiempo. Al momento se dan prisa á desplegar ante su vista innumerables piezas de tela; le dan á probar chales, manteletas, adornos, etc., etc. durante dias enteros. A esto llaman *magasiner* (1): cuando se cansan de este placer, ni aun dan las gracias; hacen una pequeña inclinacion de cabeza como muestra de saludo, y se van á *magasiner* á otra parte. Los dependientes necesitan horas para arreglar y poner cada cosa en su sitio.

La paciencia es la cualidad comun de los comerciantes de los Estados-Unidos. Proponed al *Yankee* tal ó cual negocio que agrade, practicable ó no, lucrativo ó ruinoso, loco ó sensato, y escuchará hasta el fin sin interrumpir jamás y sin contestar en el instante: pedirá tiempo para reflexionar, tratará de comprender el secreto, si lo es, persuadido de antemano que si él sale bien, el mundo le aplaudirá llamándole *smart man* (2).

El abuso de confianza es nada ó muy poco castigado por las leyes que rigen en la mayor parte de los Estados de la Union.

(1) Almacenear: tendear: ir á tiendas.
(2) Hombre inteligente.

El *district attorney* ó ministerio público, no los persigue oficialmente.

Por las calles no se oyen otras palabras que *pérdidas, ganancias, negocios, duros*. En el teatro, en las tabernas, en los *clubs*, en todos los lugares públicos, no gira la conversacion mas que sobre negocios; cada cual se esfuerza en hacer hablar á otro para aprovecharse de sus ideas. Añadiendo que los americanos son generalmente muy inteligentes y dotados de una astucia que deja atrás á los mas astutos Normandos. En los Estados-Unidos no hay niños, sino *hombrecitos* comerciantes y jóvenes empleados. Nosotros hemos conocido un cajero que tenia doce años: diariamente envian para el cobro de sumas enormes á graves muchachos, á quienes no se atreverian á confiar dos sueldos en Francia. Tratad de engañarlos: nacen sabiendo del seno de sus madres.

El intéres domina tanto á las almas de los americanos que cuando nuestro *François Arago* murió, uno nos dijo: «¿No es cierto que debió ganar mucho dinero? La astronomía debe producir bastante.»

Hemos reido estraordinariamente en América al pensar en el rostro de conmiseracion que pondria en *New-York* la *bohemé* (1) artístico-literario-científico de París. Todos esos habitantes de un mundo imaginario, en medio de un pueblo positivo, que recoje las cosas para el beneficio pecuniario, tendrian que hacer como la compañía de actores chinos, la cual encontrándose un dia sin dinero, pretendió ahorcarse en masa. Pusieron garruchas en los cuatro estremos de las paredes de un cuarto y prendieron de ellas cuerdas con nudos corredizos; iban ya á la voz de su director á consumar el acto cuando abrieron la puerta. Cinco minutos mas tarde los treinta y tres chinos hubieran estado en el otro mundo.

Faltaba á la literatura industrial de los Estados-Unidos un libro que acaba de darse á luz en estos últimos tiempos. Es la biografía de los comerciantes ricos establecidos en América con los detalles circunstanciados de la historia de sus respectivas fortunas. Ni *Alejandro Dumas, Eugenio Sue, Victor Hugo, Lamartine, Shakespeare, Vol-*

(1) Palabra francesa que significa: bajo: villano: inmundo: y sirve para indicar siempre todo lo que es miserable. (*N. de los T.*)

taire, Rousseau, Goëthe, Schiller, Byron, Cervantes, Tasso, Dante, Virgilio, ni el mismo Paul de Kock, (¡Dios nos perdone!) han escrito tan apropósito para el pueblo americano, como esa historia de fortunas adquiridas por el trabajo, la inteligencia ó la casualidad.

Jhon por ejemplo, empezó siendo carretero del puerto; aseguran que vendió manzanas, coles, pescado salado, despues maderas de construccion, algodon, harinas: ha armado buques cargados de pólvora para las costas de Africa; ha espedido fusiles y sables con objeto de defender las instituciones de un pais que no importa saber y en un caso para combatirlas como dice *Henri Monnier*; mas tarde construyó vapores; se hizo concesionario de ferro-carriles; abrió iglesias para religiones clásicas ó modernas, que es siempre un gran negocio allende el Océano; (la religion *payant bien* (1) dicen los americanos); en fin, que ha vendido negros en el Sur y predicado la emancipacion en el Norte, para tener amigos en todas partes: que tiene buques en todos los mares; despacho en todos los puertos; y esto es lo que seduce, instruye y conviene á los lectores del Nuevo-Mundo.

Hoy que los pueblos se baten á su pesar, que no hay Homeros, la epopeya por escelencia, es esta historia de la miseria ambiciosa contra la fortuna rebelde. No conocemos mas que un libro cuya naturaleza llevaria ventaja al *Orígen de las fortunas en los Estados-Unidos*. La historia universal de las quiebras, con una instruccion científica sobre la manera de servirse de él. Unos leerian esta obra para ponerse en guardia contra los que presentan quiebra y los otros para saber presentarse; estamos seguros que todo el mundo la leeria.

La tolerancia que reina á fin de dar á los negocios las facilidades deseadas, produce algunas veces estraños contrastes. Cada cual es libre para abrir tienda donde quiera y esplotar aquello que le agrade.

Así, en las calles mas frecuentadas de New-York, se ve al lado de un comerciante de modas, por ejemplo, una carnecería; y un

(1) Pagando bien: que dan producto.

pastelero cerca de un fabricante de féretros, cuya industria aterradora se estiende en anchas vidrieras hasta la apetitosa esposicion de su vecino.

Un francés quiso un dia hacer compras de perfumería; equivocóse de puerta y entró en casa de un comerciante de féretros.

Sorprendido al pronto, casi espantado de ver por todas partes las fatales cajas, tomó luego el partido de bromear un poco á costa de su engaño.

—¿*What do you want Sir*? ¿Qué necesita Vd. caballero? preguntóle el honrado industrial con tono afectuoso.

—Un féretro, respondió el francés con grave solemnidad.

—¿No necesita Vd. mas que uno, caballero?

—Es bastante por ahora.

—¿De qué tamaño lo quiere Vd.?

—Del mio.

—¡Ah! ¿es para un hombre de su talla?

—Es para mi mismo.

—¡Cómo! ¿Quiere Vd. un féretro para Vd. mismo... y no aguarda?

—No señor: ruego á Vd. me tome la medida.

—¿Pero desea Vd. que se le entregue en seguida?

—Mañana á mas tardar lo necesito, pues tengo prisa.

—¡Ah! comprendo: Vd. desea suicidarse hoy, y naturalmente como hombre prevenido... Pues bien, caballero, tengo un placer en decirle que á nadie puede Vd. haberse dirigido mejor que á mí. Tengo en estos momentos un magnífico surtido de féretros de caoba, del mejor gusto.

—Me alegro: siempre me ha gustado lo que está en moda, pero es preciso reunir lo útil á lo agradable.

¿Son bien sólidos sus féretros de Vd.?

—Puedo garantizarlos por tres años.

—Está bien; creo lo que Vd. me dice: tome Vd. la medida; mas le prevengo que soy difícil de contentar.

—Caballero, Vd. puede tomar lo que yo le ofrezco, con toda confianza. Jamás he recibido quejas de ninguno de mis parroquianos. Tengo lo mejor de toda New-York.

El lúgubre bromista, probó varios féretros, hizo sus observaciones, prodigó sus elogios á la calidad de la madera y á la escelencia del barniz, pero notó que todos le molestaban las espaldas. En fin, á la cuestion de precio le llegó su vez.

—¿Lo quiere Vd. simple ó doble? preguntó el fabricante.

—Lo quiero doble por ser mas caliente.

—¿De zinc ó de plomo?

—De plomo, porque dura mas.

—En ese caso valdrá sesenta duros.

—¡Sesenta duros! Vd. se chancea.

—No señor: puedo proporcionarle á Vd. otro mas barato; pero con medida es imposible. El artículo está en alza desde hace algun tiempo: tenemos un poco de cólera, de fiebres tifoideas, y considerable disenteria: los trabajadores no dan avasto á los pedidos.

—¡Diablo! Entonces cambia la cuestion. He hecho mi presupuesto: deseaba uno, con el objeto que Vd. sabe, y veo que no tengo los medios para suicidarme. Aguardaré á hacerlo, cuando los féretros estén en baja.

—Como Vd. guste, caballero: vaya Vd. á otra parte, que yo no tengo cuidado, pues cuando se decida respondo en que me llevaré la preferencia.

El autor de esta fúnebre chanza es un ingeniero francés establecido en New-York. Por medio de un nuevo sistema (suprimiendo las ruedas de los vapores, que levantan masas de agua, como se sabe, y pierden un treinta y cinco por ciento de fuerza) ha inventado el medio de doblar la velocidad de la marcha de los vapores. Se iria del Havre á New-York en seis ó siete dias. Bien pronto se verá que New-York hace mal tercio á *Versailles*, y los desocupados dudarán entre una partida de caza á los alrededores de París ó un paseo á América.

Los Estados-Unidos que deben su prodigiosa prosperidad á la agricultura y al comercio, no se crea que están destinados á producir solo agricultores y comerciantes. Que se le dé tiempo y ese pueblo lleno de noble ambicion, de justo orgullo, animado de un sentimiento patriótico sin igual, brillará, no lo dudamos, por la

cultura de su talento, como la primera de las naciones del mundo. Asegurado en sólidas bases su bienestar, estamos convencidos que veremos las inteligencias vivas é impresionables de los americanos, volverse hácia las ciencias y las artes. Ya en medio de esos *hombres-hormigas*, se aperciben algunas *jóvenes-cigarras* que cantan todo el verano, persuadidas de que en el invierno no les faltará lo necesario. Aun no pueden verse en América hijos pródigos, rivalizando con padres avaros, pero los hay mas generosos que sus padres y se citan ricos herederos que empiezan á comprender que tiene otro destino el dinero mas que el de aumentar el comercio, y que el placer tiene tambien sus encantos.

Un dia, una sociedad de beneficencia, se presentó en casa de *Mr. Astor*, padre, que como dicen los americanos, vale alguna cosa; como cerca de cien millones de francos ganados en el comercio. Esta sociedad fué á reclamar socorros para no sabemos qué necesidad. *Mr. Astor* abrió su despacho y firmó un *check* (1) por valor de dos mil francos; esperaban mucho mas. Uno de los individuos mas atrevido que los otros, dándole las gracias al millonario, le hizo observar que su hijo se habia suscrito por quinientos francos mas que él.

—Puede hacerlo: respondió *Mr. Astor* con mucha gracia. Mi hijo tiene un padre que le dejará una fortuna, mientras que el mio murió, dejándome solo el recuerdo de sus virtudes.

¿Por qué *Mr. Astor* (hijo) no ha perseverado en sus sentimientos de munificencia y ha continuado el comercio de tal suerte, que la fortuna del padre se ha acrecentado en sus manos y es hoy dos veces mayor que la de *Rothschild*?

Que Dios le dé hijos generosos de larga vida, amigos de las artes y ciencias, de la literatura, del buen vino, de los placeres, y de todo aquello que es en este mundo amable, bello y grande. Con semejantes hijos y semejantes millones, la América no tendria nada que envidiar á la Europa.

(1) Bono, pagaré á la vista.

CAPITULO III.

LAS DIVERSIONES.

Los placeres no son comunes en América, y pocas personas los buscan. Apenas se está dispuesto á divertirse por la noche despues del cansancio que producen las vivas y absorbedoras emociones del comercio. Se necesita tiempo á discrecion y una fortuna adquirida para el placer. El goce que toma el lugar del trabajo es amargo: los torbellinos de la locura no apagan la voz inquieta del corazon. Ya lo hemos dicho; hay muy pocas fortunas patrimoniales en América: cada uno trabaja, y para el mayor número apenas hay otro placer que el negativo del descanso. En New-York, que es bajo algunos puntos de vista el París de la América del Norte, quedamos bastante sorprendidos al ver tan pocos teatros: tampoco existen cafés propiamente dichos. Se encuentran simples *bar-rooms*, donde los que consumen se hallan de pie junto al mostrador y beben aprisa un vaso de *brandy*, *sherry*, *wisky* ó *brandy cooktail*, masticando un bizcocho ó un pedazo de queso.

Creimos que en un pueblo tan importante faltaban diversiones y sociedades. Nos engañamos; pues la especulacion que nada olvi-

da, ofrece incesantemente al público *new-yorkers* mas diversiones de las que desea.

Largo tiempo nos preguntamos dónde se hallaba la inmensa poblacion flotante que encumbra las fondas de New-York. Nos pareció estraño que los viajeros permaneciesen por las noches en sus cuartos ó pasasen el tiempo en los salones de las fondas. Nuestro engaño dependia de comparar á París, ciudad de placeres donde los estranjeros vienen á gastar el dinero, con New-York, ciudad mercantil, donde se vá á ganarlo. Los americanos no olvidan nunca este precepto.

«La fortuna no se hace: se economiza.»

Cuando se divierten es lo mas barato posible, y los placeres que cuestan mas de veinte y cinco sueldos no los gustan sino á medias.

Barnum, el genio del Humbug (1) fué el primero que comprendió esta verdad, abriendo su famoso museo en New-York, donde por la bagatela de dos *schellings* americanos, (1 franco y 25 céntimos) se enseñan detenidamente tres grandes pisos llenos de curiosidades de todas clases con los fenómenos del dia que varían desde *Tom-Pouce* hasta la muger *barbuda*; desde esta hasta los hermanos *Simès*; desde estos, hasta los *Aztecas*; desde los *Aztecas* hasta la *giganta*; desde la giganta hasta la *foca* sábia, que dice, «papá» y «mamá» y por último hasta los *Esquimales*, etc., todo esto acompañado de dos piezas dramáticas, bien ejecutadas en un teatro elegante donde se reune una sociedad numerosa. Esta sociedad galante que invade el museo *Barnum*, especie de feria amorosa, merece observarse, y lo haremos en el capítulo consagrado al *Amor*.

Algunas veces *Barnum* despierta del sueño en que le han sumido hace tiempo sus quince ó veinte millones de francos: desdeña entonces sus fenómenos ordinarios y ofrece al público algun nuevo espectáculo.

(1) Quiere decir, el genio del charlatanismo: Humbug no tiene traduccion propia en castellano: es una palabra que participa de las tres propiedades que corresponden al hablador, charlatan y embustero. (*N. de los T.*)

Ultimamente tuvo la idea de hacer por la raza humana, lo que nuestros vecinos los ingleses hacen desde mucho tiempo por la caballar y lanar. Anunció en los periódicos de los Estados-Unidos una esposicion de *niños de pecho*, é invitó á las madres y nodrizas que quisieran honrarlo con su confianza, para que les enviasen sus *monotes* francos de porte, prometiendo *menciones honoríficas* á los mas robustos.

Este pensamiento imposible de realizar en cualquier otro país, tuvo en New-York un éxito admirable. Las conversaciones durante muchas semanas fueron esclusivamente sobre la *baby show* (1). De todas las ciudades de la Union, enviaron á *Mr. Barnum*, que los recibió como un padre, una multitud de fenómenos con anchas caras, triples barbas, enormes espaldas, abotargados como los ángeles de *Rubens*, repletos como gordos gansos. Una madre tuvo la ocurrencia de enviar tres niños nacidos en un mismo parto: obtuvo premio y recibió de *Barnum* los mas lisongeros elogios.

Finalmente, la esposicion de niños fué el espectáculo predilecto de los americanos y dejó desiertas las localidades de la Opera. Se formó una comision para juzgar el *mérito* de los opositores, compuesta de personas respetables y madres de familias inteligentes en la materia.

Hubo en esto como en todo, intrigas, y mas de una madre ó nodriza, se valió de influencias secretas para lograr que coronaran sus *monotes* contra la razon y la justicia.

Llegó el dia de las recompensas.

Las madres y nodrizas conmovidas como es fácil comprender, esperaron con impaciencia y corazon anhelante el fallo de los jueces. Lo pronunciaron, y los fenómenos fueron presentados al público, que los acogió con aplausos y vivas entusiastas, á los cuales, sin embargo, es preciso confesar, se mezcló el tumulto de las nodrizas descontentas y algunos silbidos de desaprobacion.

Barnum presentó á los opositores reunidos: los vencedores naturalmente atrajeron á todo New-York y llenaron la bolsa del hom-

(1) Esposicion de niños de pecho.

bre hábil, que veinte años antes habia puesto el pie en el primer escalon de su fortuna, enseñando en una barraca, una vieja negra, que hacia pasar por la nodriza de Washington.

Animado por los buenos resultados de la esposicion de niños, tuvo *Barnum* la idea de abrir otra de mugeres bonitas americanas, prometiendo á la mas hermosa un dote si era soltera, y un aderezo de brillantes si era casada. El pensamiento era escelente, pero como otros muchos, difícil de poner en ejecucion.

Una madre enviará á la esposicion una niña de algunos meses, pero no permitirá que una hija mayor vaya á esponerse al público con todas las seducciones de su gracia para optar al premio de belleza. Por lo menos un marido prudente rehusaria el permiso á su esposa. Era preciso, pues, contar con esa poblacion femenina que los franceses en su picante galantería llaman *lorettes*.

Barnum tocó la dificultad y no exigió de sus lindas opositoras mas que retratos al daguerreotipo.

Esto causó pesar á la gente masculina que hubiera ido en tropel á la esposicion por ver los preciosos modelos.

Pero aunque los daguerreotipos están lejos de ofrecer el encanto de los originales de quienes son copia, atraerán, no lo dudamos, gran número de curiosos y prometen un nuevo triunfo á *Mr. Barnum* si alguna vez realiza su pensamiento.

Hay en todas las grandes ciudades de los Estados-Unidos como *Boston, Filadelfia, Baltimore, Washington, San Luis, Cincinnati, Nueva-Orleans*, etc., etc. lindos teatros, museos del género de *Barnum*, salones de conciertos, sin contar ciertas iglesias con las cuales se hacen transacciones alquilándose para la lectura pública sobre la libertad de todos los pueblos, la moral, la religion, la emancipacion de las mugeres, *los espíritus evocados* y para dar esplicaciones de música.

Los principales teatros de New-York son:

Academy of music: gran teatro de ópera, lleno de ornamentos y molduras, pudiendo contener cerca de seis mil espectadores, pero incómodo y de malas condiciones acústicas. Este teatro, inaugurado por Mario y la Grisi, hace poco mas de un año, no ha merecido el

favor del público. A la mitad de él es imposible ver la escena y las butacas de invencion americana, que se levantan por medio de un resorte apenas se las abandona, son á la vez incómodas y ridículas. Cuando las personas que las ocupan tratan de levantarse, se aligeran de peso y saltan tambien empujando con toda la fuerza del muelle. Si se quiere por el contrario volver á tomar posesion, es necesario bajar el asiento con la mano para poder conseguirlo. Hemos visto señoras con los vestidos levantados, tratando de instalarse sin poder conseguirlo.

Los teatros son demasiado grandes para los aficionados á la ópera y perjudiciales á la música misma, pues es imposible oirla bien en un local que el sonido espira antes de percibirlo el oido de los que escuchan. No hay voz ni orquesta que pueda luchar con el vacío del teatro.

Niblo's-Garden es un espacioso y lindo teatro sin destino fijo: se representan todos los géneros desde la ópera inglesa, cuando hay cantantes, hasta la pantomima, cuando le agrada á la compañía de *Ravel* atraer un inmenso gentío, con sus ejercicios siempre iguales y siempre aplaudidos.

La familia de *Ravel* ha hecho en América una fortuna considerable, que se aumenta continuamente. Su pantomima es para el pueblo americano la diversion por escelencia. En lo cómico le es imposible ver mas allá de los moines del *Pierrot* y el *Arlequin* cuando con pie ligero y palo en mano, persigue á *Cassandre* y le aplica sobre los riñones un golpe que resuena fuertemente; entonces rie hasta dejarlo de sobra y declara á los *Ravel* los primeros artistas del mundo.

Si la compañía de *Ravel* llega á cualquier ciudad de la Union, los músicos que debian dar un concierto, se marchan lo mas pronto posible para evitar tan terrible rivalidad. Todos los espectáculos, ópera, tragedia ó comedia, se visten de luto, mientras el público satisfecho goza de antemano pensando en la diversion que le disponen.

Hace quince años que los hermanos *Ravel* ejecutan las mismas pantomimas; y las seguirán ejecutando si quieren otros quince, siendo recibidas con el mismo entusiasmo.

Cuando en América llueve, están los teatros desiertos; y sin embargo ni la lluvia, ni la nieve, ni el viento, ni el calor, ni la crisis monetaria, ni la eleccion de presidente, ni el cólera, impiden á los *Ravel* tener el teatro lleno.

La pantomima ejecutada solo por ellos hace furor; produce en el público una verdadera locura: es el espectáculo mas popular unido al de los negros *minstrels* del que mas adelante hablaremos.

El dichoso teatro de *Niblo's-Garden*, ha hecho su fortuna con la encantadora fugitiva de la *Opera cómica*, *Madame Ana Thillon* que ha representado las *Operas* de *Scribe* y *Auber* en inglés, despues de haberlo hecho en francés en nuestro pais.

Tambien en *Niblo's-Garden* es donde dos años mas tarde Mlle. *Pyne* cautivó á las gentes, con las melodías de su flexible garganta.

Casi enfrente de este teatro, en *Broadway*, *Mr. Lafarge* administrador de los bienes de la familia de Orleans en América, ha hecho edificar hace pocos meses, otro magnífico, al que le ha dado el nombre de *Metropolitan-theatre*. Este teatro, escogido por *Mlle. Rachel* para dar sus representaciones, no está siempre abierto. Se halla como el de Niblo á la disposicion del que lo arrienda por una ó varias noches.

En América no se dan los teatros en privilegio por el gobierno, que no se ocupa sino de los negocios de Estado. Cada cual es dueño de edificar un teatro donde le plazca, de abrirlo ó cerrarlo cuando quiera y de representar todos los géneros que se le antojen.

Sin embargo, el dinero que siempre es inteligente, no se empleará en construir nuevos locales de espectáculos si los que hay son ya suficientes.

Es difícil hablar del teatro *Metropolitan*, sin decir algunas palabras sobre las representaciones dramáticas que dió en él Mlle. Rachel. Hemos leido en diferentes periódicos varios artículos consagrados á ellas y en todos hay muchas inexactitudes. La verdad es que la llegada de nuestra trágica, produjo en New-York una sensacion general y profunda. Desde *Jenny Lind*, ninguna artista habia escitado tanto la curiosidad. Hablaron de *Racine* y *Corneille* durante las semanas que la célebre actriz permaneció en New-York, mas que

lo habian hecho desde el descubrimiento de este pais, y sin embargo, los americanos habituados al drama conmovedor de *Shakespeare* encontraban monótonas y casi fastidiosas nuestras tragedias.

Conocemos franceses que sobre este punto piensan exactamente como los americanos.

Sentada esta base se preguntará, ¿qué placer pudieron tener los *New-Yorkers*, cuya lengua es inglesa, en oir representar en francés tragedias que encontraban medianas en el fondo y de las cuales no podian sino apreciar imperfectamente los detalles? Responderemos lo que contestan los metafísicos á los curiosos: es un misterio.

Se formaria una idea falsa sobre el gusto de los americanos, si despues del estraordinario éxito de Mlle. Rachel, se les pintara como apasionados por la tragedia francesa. Toda la compañía del teatro francés de París, iria á dar representaciones á New-York, sin lograr tener de entrada mas que la mitad del local, despues de los seis primeros dias.

Lo que atrajo gente en las de Mlle. Rachel, no fué ni Corneille ni Racine, ni la lengua francesa, ni *Sarah*, ni *Dinah*, ni *Lia*, acaso no fué ni Mlle. Rachel misma á pesar de su famoso nombre: era su guardaropa cuyas maravillas habian popularizado de antemano los anuncios. La eminente trágica desembarcó en el Nuevo-Mundo con 52 cajas (la cifra es exacta) llenas de sorprendentes trages. Esta atraccion no era débil para las americanas coquetas por escelencia. Los vestidos de *Adriana Lecouvreur* hicieron furor en el mundo elegante, de las influyentes *ladies*.—«¡Oh! ¡qué ricos vestidos! ¡qué magníficos brillantes!» decian. No fué necesario mas para que la actriz fuese proclamada, la mas grande artista del universo.

Ignoramos los motivos que disolvieron la compañía dirigida por *Raphaël Felix*. Todo nos hace creer que no fué otra la causa que la salud delicada de Mlle. Rachel; seguramente la compañía hubiese ganado millones si le hubiera sido posible continuar seis meses con las 52 cajas de trajes (1).

En *Broadway-theatre* representan á menudo y con aplauso, co-

(1) En los momentos de trazar estas lineas, los periódicos estranjeros anuncian la

medias de mágia, regulares para las personas que no han visto este género representado en París.

Se hacen tambien tragedias inglesas con el concurso de *Forrest*, el Talma americano. Este actor tiene buenas cualidades y grandes defectos. El mayor, es el de gritar como un ciego que pierde su baston, su perro y la esperanza. ¡Qué órgano! se nos figura oirle aún.

No obstante sus gritos ó tal vez á causa de ellos, *Forrest* está considerado como el primer trágico del continente, y el público no tiene manos para aplaudirle.

En este teatro fué donde la *Alboni*, á pesar de sus grandes cualidades artísticas, hizo perder al director *Mr. Marshall*, nueve mil duros poco mas ó menos, que ella se trajo á Europa.

Bajando de *Broadway*, que es el barrio elegante de New-York, se encuentra el fresco y lindo teatro del *Lyceum*.

En él hemos visto á *Henri Placide*, *Blake*, *Brougham*, *Lester* y *Wallack* que es su director. Estos actores tienen una reputacion merecida que se estiende á todos los Estados de la Union.

La direccion ha tenido el acierto de formar la mejor compañía

temprana muerte de Mlle. Rachel, y ya que nos ocupamos de ella, no podemos dejar de consagrarle estas cortas frases como tributo á su talento.

Mlle. Rachel ha muerto en los instantes que su genio rayaba á mas altura y sus dotes teatrales brillaban sin rival en la escena europea. Ha muerto á los 37 años de edad, despues de 20 de carrera y continuados triunfos. A semejanza de Talma, deja el teatro francés huérfano, y baja á la tumba acompañada de las lágrimas de todos los artistas europeos y de los amantes del arte dramático.

Digna es de admiracion esta gran artista, que empezó su carrera como una vagabunda, hija de un buhonero, educada en una secta sobre la cual pesa una maldicion, y que sin apoyo, encontró fuerzas en su debilidad para enriquecerse y elevarse á la consideracion universal.

Nosotros sentimos su pérdida de todo corazon, como debe sentirse todo lo que es bello, grande y sublíme, cual lo era la eminente trágica cuyo nombre pertenece ya á la posteridad.

A los que no comprendan esta nota ó la tachen de intempestiva, les diremos que es un homenage que rendimos en aras de la amistad y el talento, para quien nunca es intempestivo el elogio: ¡ojalá que los que no piensan así, obrasen sin embargo de esta manera siempre que se trate de un artista, para quien no hay propiamente patria! (*N. de los T.*)

que se ha visto en América. Artistas de primer órden, mugeres bonitas, variedad y buena eleccion de piezas, exactitud en los trajes, lujo en las decoraciones, nada falta en fin á este perfecto teatro. El arte dramático americano, estará eternamente reconocido á *Mr. Wallack* que rompiendo con el viejo sistema de actores *étoiles* (1) ha tratado de formar un conjunto completo.

Se representan piezas muy bien escritas por los americanos: la mayor parte comedias en prosa, ingeniosamente combinadas, alegres, chistosas y llenas de observaciones críticas sobre las costumbres.

La comedia, muy difícil en América, donde la libertad práctica es tan grande que hace desaparecer el ridículo, donde la vida está ocupada por el trabajo y no hay ni tiempo ni voluntad para censurar las acciones agenas, empieza á nacer ahora. Las distintas asociaciones, las religiones absurdas que nacen cada dia, por decirlo así, del espíritu inquieto de los americanos á impulso de la especulacion; la ridícula ley de templanza constantemente violada por los mas fervientes apóstoles de *agua clara:* la emancipacion de los esclavos predicada en *Boston* por propietarios de negros en la Luisiana; los incidentes insólitos, los rasgos curiosos de costumbres que se observan á cada eleccion popular, y tantas cosas que el intéres, la pasion, la ceguedad, cambian en comedia, es pasto suficiente para alimentar el espíritu y la facilidad de los raros autores dramáticos. Añadiremos que los hijos del Nuevo-Mundo no son insensibles á la sátira; mas nunca á la particular, ya lo hemos dicho, sino á la general, y rien de todas veras siempre que encuentran ocasion. Los mismos periódicos, poco jocosos ordinariamente, contienen de tarde en tarde, observaciones críticas escritas con chispa y buen sentido.

Recordamos haber leido en los momentos de las últimas elecciones, hace algunos meses, un hecho muy original. Pedimos permiso al lector para contarlo incidentalmente, pues no siendo políti-

(1) Actores *estrellas.* Asi se llaman en Francia á los actores eminentes que absorben la atencion pública con perjuicio de los demás. (*N. de los T.*)

co nuestro trabajo no intercalaremos capítulo que trate de esta materia especial.

El capitan Jack de Mobile, queriendo la víspera de las elecciones inflamar el celo de los votantes de su partido, imaginó ofrecerles un baile político. Esta clase de fiesta parece ser popular en *Mobile*, donde por una chocante antítesis se junta á lacabriola la voz grave de los candidatos.

El escelente Mr. Jack, sabiendo que en asuntos de eleccion es necesario no descuidarse, cuando se quiere salir bien, no quiso imitar la conducta de uno de sus torpes rivales que abandonado hasta el estremo ofreció á sus electores una tienda de zapatero por sala de baile, un barril de *whiskey* por bebida y un pobre negro que tocaba sucesivamente el violin, el clarinete y el banjo, por toda orquesta. Mr. Jack hizo las cosas mas en grande y la mayoría de sus convidados le recompensó dándole su voto.

Pero despues de su eleccion, no siendo bastante rico, como la Francia en otro tiempo, para pagar su gloria, encontró mas conveniente que la pagasen los actores mismos de ella.

Hé aquí exacta la nota de gastos que presentó á la junta electoral de su partido.

El partido, Debe al capitan Jack, á saber:

	Duros.	*Céntimos.*
Decoracion del baile.	55	»
Bebida.	75	»
Bailarinas (cincuenta).	62	50
Cigarros.	13	»
Despacho de billetes.	2	»
Música.	10	»
Celo por la causa.	50	»
Total.	267	50

¿Qué pensais de ese desvergonzado *Debe*, de esas cincuenta *bailarinas alquiladas* á razon de seis francos y algunos céntimos cada una; del adorno para la pieza del baile, del placer de los electores, y en fin de esos 250 francos reclamados por el celo en favor de su

causa? «Ese celo por la causa, decia el periódico del cual tomamos este hecho, no valia en política el precio en que fué estimado por el capitan Jack; mas para nosotros que reproducimos el *bill*, es un item inapreciable.»

Buscad en las cinco partes del mundo á ver si encontrais un hecho semejante mas que en los Estados-Unidos.

Volvamos á los teatros.

El *Bowery-theatre* situado fuera de *Broadway* en el populoso barrio que se llama Bowery, ofrece espectáculos militares que bajo todos conceptos están lejos de valer lo que nuestras representaciones del *Circo*. Mas todo es relativo y donde no existe el *muy bien* es bastante el *bien*, y el *Grand historical military spectacle* no deja de llamar gente. La nacion americana tan poco militar que apenas tiene mas que diez y ocho ó veinte mil hombres de tropas regulares, apasionada por todo lo que es ejercicio de guerra, no le falta ocasion de jugar á los soldados. Vénse á cada momento por las calles compañías de milicia ciudadana compuestas de cuarenta ó cincuenta hombres, haciéndose preceder por una banda de música mucho mas numerosa y marchando gravemente á bandera desplegada para ir no se sabe dónde y hacer no se sabe qué.

Marcar el paso al son de música es una dicha tan grande para los americanos, que el mayor placer de innumerables corporaciones es ir el domingo (dia inviolable de descanso) á enterrar á alguno de sus individuos, con gran ruido de tambores, toque de cornetas y alegres pífanos.

El *Burton's-theatre*, es el teatro del *Palais-Royal* de New-York. Se rie en él á casquete quitado. *Mr. Burton*, propietario y director de ese teatro, es á la vez uno de los autores mas chistosos y un recomendable actor. Aconsejamos á *Mr. Offenbach*, hábil y feliz director del Bouffes-Parisiens, que adquiera las piezas de *Mr. Burton*, graciosas, alegres y muy originales; con algun trabajo podria hacerse de ellas escelentes óperas cómicas para su divertido teatro.

Llegamos á un espectáculo verdaderamente nacional y notable.

A los bailes, á la música, al lenguaje de los negros del Sur,

imitado por actores blancos que se tiñen el rostro y las manos. *M. Christy*, creemos fué el primero que tuvo la idea de ofrecer esta clase de espectáculo á los *New-Yorkers*, que se vuelven locos por él. Hoy Mr. Christy es muy rico y ha abierto las puertas de la fortuna á numerosos imitadores, entre los que se distinguen monsieur Wood y los hermanos Buckley.

Mas para poder apreciar bien este género de diversion, es necesario haber estado en el Sur de América, haber vivido en el campo con los negros, haber visto sus vestidos destrozados y sus sombreros rotos; haber estudiado su fisonomía espresivamente vasta y movible; es necesario conocer sus gustos ridículos, su espíritu raro, su índole fuera de propósito; haber sido testigo de su escesiva fuerza, de su holgazanería sin igual; en fin, es preciso conocer lo profundo de su sensibilidad musical y el ardor desenfrenado con que se entregan durante noches enteras y sin reposo alguno á los ejercicios de un baile violento y escandaloso. Con estas condiciones solamente puede apreciarse la originalidad picante de los espectáculos de los negros *minstrels*.

La escena donde los actores *negros* trabajan, en número de diez ó doce, tiene forma de herradura. Los hijos de Cham, avanzan bestialmente, vestidos con enormes cuellos postizos, fracs ridículos, y armados con violines, guitarras y *banjos*, especie de bandurrias de largo *diapason* de timbre grave, melancólico y alegre á la vez: sacan además panderos y un par de *bone* (que son como las castañuelas, de hueso, y dan un sonido incisivo y ruidoso). Los actores *cómicos*, son; el del pandero, que toca con las manos, pies, cabeza, nariz y rodillas: el de *bone* que maneja los pedazos de marfil con fuerza y rapidez, dando saltos en su silla ó doblando el cuerpo con gracia, segun la naturaleza del trozo de música que acompaña.

Los actores se sientan en sillas y debutan generalmente tocando una overtura de ópera. Siguen despues los diálogos improvisados con gran palabrería, y que tratan de disparates de los negros, y picantes cosas de actualidad. El público se pasma con esas conversaciones que suelen tener animacion y franca alegría. Despues cantan coros y tocan sinfonías con solos de *banjo*, las cuales tienen

un ritsmo singular que ha inspirado á nuestro amigo y célebre pianista *Gottschalk*.

La parte mas interesante de todo el espectáculo es la escena que se supone pasar en el Sur entre los negros, lejos de sus vigilantes cuando se van de oculto á jugar y cantar, y un negro cimarron que aparece escuchando sin atreverse á llegar. El trage carnavalesco del fugitivo escita la risa; pero bien pronto se manifiesta la compasion entre la alegría, y todo el mundo se siente conmovido en favor del pobre esclavo. El sonido del *banjo* que le ha arrancado del seno de los bosques donde se hallaba oculto, produce en el negro infeliz, privado tanto tiempo de sociedad y placeres, tal efecto, que olvida hasta la prudencia. Canta, baila, llora, y rie á la vez. De tiempo en tiempo se acuerda de los peligros de su posicion; quisiera huir, mas no puede; una fuerza superior, invencible, lo detiene al lado del tocador del *banjo*: se adelanta implorando piedad con una voz entrecortada por el placer y el temor, y cae de rodillas ante el músico juntando las suplicantes manos. Esta escena es muy verdadera y conmueve á todos los que conocen la naturaleza y costumbres de los negros de la Luisiana.

El tocador de *banjo* levanta al cimarron; le asegura que no le denunciará, presentándole un *banjo* que toma con loca alegría. Entonces músicos y danzantes se entregan al placer con frenesí. Este espectáculo termina siempre por un baile muy estraño y divertido, en el cual una negra fea y coqueta, recibe loores de un horroroso negrillo. Los hermanos *Buckley* dan pruebas con sus bufonerías de un verdadero talento artístico y uno de ellos compone canciones de graciosa originalidad.

Además de los teatros, hay en New-York, como una media docena de casas de fieras, un mal circo, un hipódromo al cual no vá gente, *tabernas cantantes* (1); por último, el famoso establecimiento de *Female-Company* en Grand-Street.

No hemos estado nunca en él, pero si damos crédito á los pe-

(1) Son establecimientos equivalentes á nuestros cafés y los llaman *cantantes* en Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania y los Estados-Unidos, porque hay en ellos personas destinadas á cantar durante toda la noche para distraer á los concurrentes. (*N de los T.*)

riódicos y anuncios, este espectáculo tiene por actores, mugeres jóvenes, bonitas y bien formadas, que por medio de posiciones espresivas, voluptuosas y encantadoras, forman cuadros simpáticos y variados. Los anuncios añaden que despues del espectáculo público, hay para las personas que lo deseen bailes particulares (*private quadrilles*) donde se puede tomando parte en ellos, apreciar de mas cerca la belleza de esas damas. El precio de los cuadros vivos públicos es 1 franco 25 céntimos; no dicen el valor de los privados.

Los placeres en público no son del gusto americano, que prefiere los goces secretos, del *club*, las escuelas de baile (por las noches) la compañía de *Young ladies* que dirigen el gracioso arte de *Cellarius* y las reuniones íntimas. En invierno, las carreras en trineos de dos ó mas personas envueltas en abrigos de pieles, al galope de cuatro, ocho, diez y seis, y aun veinte y cuatro caballos que vuelan, mas bien que corren sobre la nieve endurecida; este es el placer mas grande para los americanos ricos. Las locas y risueñas hijas del Nuevo-Mundo, encuentran en estas veloces carreras á la luz de la luna y al relincho de los caballos, un encanto irresistible acompañado las mas veces de dulces palabras amorosas: si la mas severa virtud corre algun peligro en América, no es en el baile ni en casa, ni en el campo; sino en trineo á través de las heladas llanuras y bajo un cielo estrellado.

En verano el mundo elegante, no permanece en las ciudades, donde el calor es insoportable lo mismo en el Norte que en el Sur. Se marcha á Saratoga ó á Newport, sitios frecuentados por la gente rica de los Estados-Unidos. Se vive bien y no faltan distracciones.

Todas las noches hay bailes al son de una buena orquesta, y las señoras pasan el dia poniéndose y quitándose vestidos. Los hombres juegan á los bolos, beben, fuman, leen ó filosofan en los sitios sombríos.

Pero en el ramo de diversiones americanas, no dudaremos colocar en primera línea el placer de apagar los incendios. El número de estos es incalculable y el gozo de los bomberos al apagarlos

verdaderamente indecible. Es preciso haber estado en el pais, viviendo largo tiempo, para formarse la idea del bombero americano; de su estraña pasion por las bombas que engalana con flores y adorna de la mejor manera posible, paseándose con ellas para mostrarlas hermosas. No hay fiesta sin bomberos y por consiguiente sin bombas. Hemos asistido á muy diferentes solemnidades y siempre estaban presentes.

Las compañías de bomberos de distintas ciudades se visitan recíprocamente, para dirigirse cumplidos elogios por sus bombas.

Cuando la célebre cantatriz *Alboni* llegó á New-York, advertidos los bomberos de su arribo, fueron al muelle á esperarla con sus bombas. En todas las esposiciones industriales se ven figurar con un lujo estraordinario: las ha habido hasta de plata maciza. Los fabricantes de juguetes las confeccionan pequeñitas por el modelo de las grandes, para los niños, que juegan al bombero pegando fuego á algun papel ó rama de árbol, que apagan con aplauso de todo el que los ve.

Los propietarios ó inquilinos de casas, tanto por aseo como por el gusto arraigado de las bombas, se levantan muy temprano, y machacando en hierro frio, como suele decirse, dan á la bomba y limpian todas las habitaciones del edificio en la imposibilidad de poderlas apagar. Los bomberos allí, como en ciertas ciudades de Francia, son voluntarios y no asalariados.

Cuando la campana de alarma del ayuntamiento suena para un incendio, cosa que sucede todos los dias varias veces, se escucha por las calles un ruido infernal, de las bombas que ruedan arrastradas por treinta ó cuarenta obreros. El gefe corre delante con una bocina en la mano: «¡Valor! ¡adelante!» grita con voz estentórea, que se convierte en horrible al salir de la vocina. «¡Corramos, y que nuestras bombas queridas tengan el honor de apagar el fuego!» Nos condolemos del transeunte torpe ó sin ligereza para correr, que pretenda atravesar las calles al pasar ese huracan de furibundos hombres, bombas, escaleras y para-caidas. Seria despiadadamente tirado á tierra, magullado é injuriado, sin que ningun bombero quisiese prestarle auxilio ni acordarse de él. El bombero

no es hombre desde el instante que escucha la voz de *fuego*; es una fiera que destrozaria diez personas en su camino por apagar mas pronto las llamas de una chimenea. Sucede muchas veces que dos compañías de bomberos se dirigen por distintas calles á un mismo punto presentándose obstáculos para pasar. Oyense entonces juramentos espantosos y apelan al *juicio de Dios*, haciéndose justicia con fuertes puñetazos bajo la direccion de sus gefes, que se sirven mas que nunca de su bocina. Despues de algunas costillas hundidas, algunas dentaduras rotas, algunas narices aplastadas, vuelven á coger sus bombas, y agitando el aire con sus gritos de triunfo, se ponen nuevamente en marcha mas dispuestos que nunca.

Los bomberos visten una camisa de lana encarnada, un paletot de paño *pilot* color de nuez, llevado sobre el brazo, y un casco de cuero negro. Hay jóvenes cuyo entusiasmo por los incendios es tan grande, que se acuestan vestidos y á veces espian desde los tejados de las casas para descubrir mejor el fuego y llegar los primeros al teatro de la catástrofe.

Digamos sin tardanza que los bomberos americanos son valientes hasta la temeridad y serviciales hasta el sacrificio de su propia vida. No es raro verlos en grandes incendios, atrevidos y desinteresados perecer víctimas de su celo y bravura. Durante nuestra estancia en New-York, se derrumbó repentinamente un muro sobre veinte y un bomberos que perecieron cruelmente envueltos en los escombros. Si acontecen semejantes desgracias, todos los compañeros se reunen en corporacion para hacer al difunto los honores fúnebres. La bomba del muerto se viste de luto por algun tiempo, cubriendo con gasas negras la puerta donde se guarda.

Cuando una bomba llega demasiado tarde para tomar parte en el incendio se oye la voz del gefe que grita con su terrible bocina *stop*. ¿Qué sucede entonces? ¿Se vuelve como ha venido sin dar señales de vida? ¡Oh! no; ¡tanto peor para la casa si se ha apagado demasiado pronto! El entusiasmo sin freno de los bomberos da á la bomba llenando de agua el edificio. Hemos oido decir á los empleados de la *compañía de seguros* que temen aun mas el celo escesivo de los bomberos que se atrasan, que el fuego mas devorador.

Despues del *fiasco* completo de la esposicion universal de New-York, quisieron los accionistas hacer su último esfuerzo y se propuso la direccion del *Palacio de Cristal, in extremis*, al célebre *Barnum*.

Este no queria comprometer su buena reputacion sabiendo los peligros que presentaba esa empresa, mas como *nobleza obliga* y mas en América, el rey del *humbug* que no mezcla su ilustre nombre en especulaciones dudosas, accedió dejándose conmover por las súplicas de los accionistas.

El famoso *Jullien* se encontraba en New-York con una numerosa y notable orquesta cuyo tronco principal se componia de los primeros músicos de Europa. *Barnum* fué á buscarle y le dijo: «Es necesario que por cualquier medio, llame yo la gente á *Reservoir-Square*. Cuento con su orquesta de Vd. y con todos los músicos que puedan aumentarla: los cantores que Vd. me designe y los cuerpos de coros que hay en New-York, Boston, Filadelfia y todas partes, de donde Vd. juzgue que deben traerse. Hágame Vd. por todo lo que hay en el mundo, una composicion asombrosa, con algo de estraordinario, maravilloso ó espantoso; una obra maestra que al lado de ella, no sean las nuestras sino juguetes de niños. Vd. es hábil, conoce el pais, no repare en el gasto y adelante.» Quince dias despues de esta entrevista, anuncios gigantescos de diez pies de largo por cuatro de ancho, cubrian las paredes de la ciudad.

Representaban el palacio de cristal abrasado por las llamas del mas violento incendio y estaban impresos con tinta encarnada. Millares de personas espantadas corriendo en todas direcciones y viéndose al resplandor siniestro de las llamas y los torbellinos de espeso humo, diferentes compañías de bomberos arrastrando sus bombas que hacian operar.

Debajo de este dibujo imponente y terrorífico, se leia:

PARA LA REAPERTURA DEL PALACIO DE CRISTAL,

GRAN CONTRADANZA DE LOS BOMBEROS.

Compuesta espresamente para esta solemnidad,

POR

JULLIEN.

Sobre unos tres mil músicos concurrieron á ejecutar la pieza. Instrumentos de nueva invencion, ó mas bien máquinas de *Jullien*, imitaban el estruendo de las maderas inflamadas que caian, el chirrido de las llamas y el ruido sordo de las bombas luchando contra la inmensa conflagracion. Centenares de cantantes provistos de bocinas mandaban las maniobras á los bomberos reunidos y los vivas de los espectadores, subidos para ver mejor, sobre los productos doblemente espuestos de la industria, muebles, pianos, estatuas etc. respondian á las órdenes de los gefes de los obreros, mezclando sus furibundos gritos á los atronadores sonidos de la orquesta. Añadiendo á esto, los numerosos fuegos de Bengala que imitaban la combustion del edificio, no se tendrá sino una leve idea de este espectáculo desordenado y grande.

Se citan bomberos cuya imaginacion exaltada, queria ver absolutamente en esta imitacion, un incendio verdadero y pedian á gritos sus bombas para ponerlas en juego.

Despues de esta grandiosa sinfonía pirotécnica, las diversas compañías de bomberos, fueron con sus bombas y música á la cabeza bajo las ventanas de *Jullien* para felicitarle por el mérito de su obra y darle las gracias por el honor que les habia hecho dedicándoles *la contradanza de los bomberos*, y le regalaron como prueba de su futura estimacion, una magnífica batuta.

CAPÍTULO IV.

EL ESPÍRITU DE LIBERTAD.

El carácter, las costumbres, y el genio particular de un pueblo, resultan siempre de las circunstancias bajo las cuales se ha formado. La América, poblada desde un principio por aventureros que buscaban fortuna y sectarios que huian de la persecucion, es una prueba terminante de esta verdad. Los puritanos dogmáticos, severos y frios, propagaron austeras costumbres, mientras que los aventureros, poseedores de inmensas tierras, indisciplinados, iguales por la fuerza de las cosas, daban á sus descendientes el saludable ejemplo de la libertad práctica. Hoy, bastante debilitadas las creencias religiosas, no son mas que la doble máscara de la especulacion y la hipocresía, á pesar de que se reproducen con mas ostentosa variedad. En cuanto á la libertad, se ha conservado como un sentimiento y una necesidad. Para poblar esas nacientes colonias era preciso atraer á los emigrados y fijarlos, ofreciéndoles ventajas materiales y dándoles una patria segura. Los primeros legisladores americanos comprendieron esta verdad; hicieron leyes en favor de los pobres y acordaron dar el título de ciudadano con gran facilidad, á los estranjeros que iban á establecerse entre ellos. Un año de estancia bastó para comprobar el domicilio y tener el derecho de votar. Numerosos emigrados de todos los paises y religiones, contribuyeron de ese modo al engrandecimiento y riqueza de una nacion que en cien años se ha hecho una de las primeras

del mundo, y que será en lo porvenir dueña de todo el continente americano.

Es verdad que este pueblo, esencialmente feliz, ha tenido para dirigirse desde su fundamento, los grandes caractéres de *Washington*, *Jefferson*, *Franklin*, *Monroe*, *Madison*, *Patrick-Henry*, *Lee*, los *Caw*, los *Adams*, etc., etc. Sus nobles ejemplos han introducido en el espíritu americano, el gérmen de independencia que el egoismo y el amor al dinero jamás lograran apagar completamente.

Los *know-nothings*, con su política disolvente, rastrera, interesada, y bajamente ingrata, que reclama solo para los americanos de nacimiento el derecho de ciudadanía, por mucho que hagan no lograrán triunfar del buen sentir de la mayoría.

La injusticia de tal doctrina con respecto á los estranjeros que han sido por largo tiempo la fuerza motriz de la nacion, aparece como una villana ingratitud. El triunfo definitivo de los *know-nothings*, seria la anonadacion de la libertad, y por consiguiente la ruina mercantil, industrial y agrícola, empezando una era de decadencia, que precipitaria mas aun las guerras de religion. Nosotros no creemos en la victoria de los *know-nothings*, porque tenemos fé en el porvenir de los Estados-Unidos.

El americano goza, desde el nacer, de libertad; puede inscribir su nacimiento en los registros públicos ó quedar oculto á gusto de sus padres. Antiguamente era uso general (y aun hoy dia lo hacen algunas familias) apuntar los nombres y apellidos de los recien-nacidos en la hoja de una Biblia de familia que se legaba de padres á hijos. Este libro sagrado, sobre el cual prestan los juramentos de justicia, los católicos que no creen en él sino á medias, los judíos, turcos y chinos que no lo estiman en nada, es una autoridad para los tribunales en el caso de que una persona no haya sido inscrita en los registros públicos.

Mas si los americanos son libres al nacer no lo son menos á su muerte. Se entierran á su manera, donde y cuando quieren; con el cortejo que desean, á pie, á caballo, en trineo y precedido de músicas militares, sin que nadie ponga obstáculos ni fije su atencion.

El espíritu de libertad hace á los norte-americanos poco comu-

nicativos, y en apariencia egoistas; pero en el fondo son tolerantes y serviciales. No conteis nunca con la menor prevencion por su parte: al precaver alguna cosa, temen contrariar la voluntad, y esta debe ser respetada.

Un americano os ve próximo á caer en un foso de los que rodean las aceras de las calles delante de las casas y que se llama *basements*, seguro es que no gritará ¡cuidado! no por maldad ni indiferencia, sino por espíritu de independencia y temor instintivo de poner trabas á vuestra libertad individual impidiéndoos que voluntariamente os rompais la cabeza si llevais esa intencion.

Tened por amigo á un americano millonario (y no os ofenda esto): sed poeta, trágico ó fabulista sin tener mas caudal que el producto de vuestras obras: leédselas, y como no lo pidais, os verá morir de hambre, sin tenderos su mano protectora.

Siempre que un americano se decide á prestar algun servicio á señoras que no conoce, como por ejemplo, ayudarlas á subir al ómnibus, darlas el brazo para sacarlas de algun apuro en las calles ó precaverlas de alguna cosa, lo hace con hesitacion. Y las americanas no dan por esto las gracias (ya se verá mas adelante, que los hombres tienen que debérselo todo á ellas) pues miran dejando adivinar que dicen *in petto*:

«¿Quién se ha permitido tocarme y dirigirme la palabra sin conocerme?»

Esta ingratitud no se la dicta la prudencia, sino el sentimiento íntimo de libertad individual que se rebela contra intervenciones no reclamadas.

Es tal el respeto á la libertad individual, que la desconfianza y la calumnia son desconocidas. No se les vé formar en silencio bajos y cobardes complots que tengan por objeto echar por tierra una reputacion, divulgando un secreto sorprendido ó inventando una mentira.

Ese espionage mezquino de todos para cada uno, sin odio ni interés, que se llama *crítica* entre nosotros, no existe en América. Irritaria demasiado oir murmurar sobre las acciones de alguien.

Esta dignidad del americano le dá una fuerza moral que no es

facil comprender. En New-York hay ciertamente miseria, y sin embargo, jamás hemos oido á ningun americano quejarse para que se conduelan de su desgracia. Cualquiera que sea su posicion la aceptan resignadamente y luchan con valor. Con los deudores son sufridos y moderados en la forma de hacer sus reclamaciones. Nunca se entregan á esos escándalos que comprometen la reputacion de un desgraciado con honra, poniendo en conocimiento del público debates que no le interesan. Hacen uso de su derecho con calma, paciencia y dignidad. Si prestan un servicio, nunca es con la pretension de mostrar su valía ó reclamar el premio. No son agradecidos, pero tampoco exigen la gratitud. Si socorren es menos por generosidad de alma ó buen corazon, que por obedecer un principio social que ordena al fuerte y al poderoso, ayudar al débil y al necesitado, sopena de ver la sociedad desmembrarse y perecer. Esto es egoismo, pero preferible á esa bondad aparente, á esa prevencion astuta, que se ofrece á todo, por el placer de vanagloriarse, consolando las penas para conocerlas mejor y hacerse útil por curiosidad.

El americano ni pide ni ofrece nada. Hace y deja hacer, sin tomar disposiciones, y su conducta es en todo la consecuencia del espíritu de libertad.

La forma reservada, brusca algunas veces, que los estranjeros califican de incivilidad, no es mas que la fria espresion de su bien entendida cultura. Asi es que un americano no saluda nunca en parage público á una persona que conozca de las tertulias, como no haya sido presentado á ella particularmente.

Considera tambien como un deber de cortesía dejar á las mugeres en libertad de elegir las personas que públicamente desea contar en el número de sus amigos, y en la calle, antes de saludar á las señoras, espera de estas una ligera inclinacion de cabeza que le invite á hacerlo.

Los ómnibus y los *cars* de los caminos de hierro que circulan por las calles de New-York, y no están sujetos á reglamento, suelen recibir mas gente de la que pueden contener. En el caso de estar ocupados todos los asientos y presentarse una señora, se levan-

ta un caballero y le ofrece el suyo sin mirarla siquiera: ella igualmente se instala sin reparar ni mostrarse agradecida. Esta deferencia se le debe al bello sexo.

Que se presente en París un caso análogo, y el caballero no perdonará la circunstancia de entablar conversacion con la desconocida galanteándola. Y feliz ella si no la sigue despues hasta la puerta de su casa.

Cuando llueve inesperadamente y cada cual busca refugio, los ómnibus son teatro de escenas muy chistosas para los estranjeros que no están acostumbrados á los usos del pais. Las señoras que huyendo del agua se precipitan en tropel dentro del carruage lleno, se sientan sin que les rueguen, sobre las rodillas de los caballeros. Hemos visto ómnibus cuyos asientos estaban completamente ocupados, admitir una segunda fila. Es el espectáculo mas cómico y original del mundo. Las mugeres comienzan por sentarse modestamente sobre las estremidades de las rodillas; mas con el movimiento del coche y la incomodidad que esperimentan, concluyen por hacer de las personas verdaderos sillones á lo Voltaire.

Pero lo que tiene esto de característico es el silencio de los hombres; su actitud respetuosa y grave forma un contraste lleno de originalidad con las locas carcajadas de las mugeres, que hablan alto y gesticulan en todos sentidos como niños llevados á una distraccion.

El carácter estraño, espresivo, encantador de las americanas, que son todas sin escepcion verdaderos niños mimados, mereceria estudiarse estensamente.

Tienen un desembarazo y una confianza escesiva en sí mismas.

Hemos visto, particularmente en el Oeste, donde son mas independientes que los *Virginios* y *Yankees*, entrar un hombre en un almacen de música con sombrero puesto y echado atrás, abrir un órgano ó piano, sin pedir á nadie permiso; sentarse, y acompañado del instrumento, con voz nasal, sonora y gutural, entonar himnos de todas religiones: católica, judía, protestante, universalista, luterana, calvinista, unitaria, metodista, anabaptista, presbiteriana, episcopal, cuáquera, congregacionalista, y aun mormona. Y des-

pues de concluir estos cantos, sin inquietarse por el dueño del establecimiento ni los que están presentes, pasearse en el almacen; tocar, inspeccionar, cojerlo todo; un violin, una guitarra, una flauta, una trompeta, procurando producir sonidos para concluir marchándose sin comprar nada.

En el almacen de *Mr. Horace Waters*, situado en Broadway, entran señoras para escoger piezas de música. Se sientan al piano en medio de un gran concurso de gente que va y viene, poniéndose con la mayor franqueza á tocar polkas y valses, ó á cantar romanzas. Hay ocasiones en que necesitando acompañamiento de coros, ruegan á los dependientes y al amo que canten con ellas para juzgar mejor por el efecto general. A la súplica de una señora nadie resiste, dueño y dependientes abandonan su trabajo, y el primero, calándose sus gafas verdes, forma con sus empleados alrededor de la *artista*, un grupo que canta bien ó mal, acorde ó desentonado, sin que les moleste el concierto improvisado por la desconocida.

Las señoras en América tienen propiamente lo que en Francia se llama *vida de soltero*: los hombres, por el contrario, son en toda edad, como ya hemos dicho, *negociantes perfectos*.

Las jóvenes se van á pasear solas, dias enteros, elegantemente vestidas. A la edad de doce años quieren usar vestidos de seda. Van por todas partes; entran en las pastelerías; toman helados muchas veces al dia y llevan continuamente confites en la boca. Al volver á casa de sus padres, despues de un paseo de algunas horas, nadie le pregunta en qué ha invertido el tiempo. Cuando tienen novios (esto sucede desde muy temprana edad) salen con ellos en verano, y se van de noche al campo, al teatro, ó á pasear en vapores y ferro-carriles. En invierno recorren los sitios públicos en trineos hasta hora muy avanzada de la noche: tienen un llavin, con el cual penetran de incógnito hasta su habitacion, separada siempre de la de sus padres. Estas costumbres tienden ya á modificarse, particularmente en las grandes poblaciones, donde la continua presencia de los estranjeros ha revelado los peligros de esa conducta. Pero en los Estados del interior permanecen intactas.

En un número de casas muy respetables de americanos *conser-*

vadores, las señoritas tienen sus amigos particulares de ambos secsos, que apenas conocen á los padres de las jóvenes.

Un americano, de cuya buena fé no tenemos motivo para dudar, nos ha asegurado que en *Boston* visitaba todos los dias á una señorita sin haber dirigido jamás la palabra á sus padres, y sin que estos preguntasen ni opusiesen el menor reparo á sus visitas. La señorita no tuvo por conveniente presentarlo á su familia, y esta por respeto á la libertad individual no exigió la presentacion.

Los padres ceden comunmente á sus hijas el *Parlor*, y se retiran cuando un amigo particular viene á visitarlas, aunque sea de noche.

Podríamos mencionar el nombre de una señorita casada hoy, perteneciente á una familia honrada de New-York, cuya virtud es innegable, que por diversion convidó un dia á once jóvenes de ambos secsos para cenar juntos en la fonda *Taylor*. Estos jóvenes de familias muy decentes y bien acomodadas, no faltaron á la cita. La cena fué alegre; se bebió *Champagne* sin esceso, pero riyendo de una manera inmoderada. Eran las tres de la mañana cuando la amable jóven dió la señal de marcha. La cena le costó cien duros. Envió á buscar coches, escogiendo un caballero para que la condujese á casa de sus padres, poco inquietos acaso por su tardanza insólita, é hizo que las demás señoritas imitasen su ejemplo. Todas entraron bajo el techo paterno al rayar el dia, alegres y animadas, pero con el corazon puro y en calma. Este hecho de una señorita de diez y ocho años pareció un poco estraño aun en New-York; pero lo escusaron, y nadie pensó un solo instante en deducir consecuencias fatales para el honor de las convidadas.

En presencia de esta libertad práctica, se esperimenta una verdadera estupefaccion al ver la espantosa tiranía que ejercen aun las creencias religiosas en los Estados-Unidos. No puede formarse idea en nuestro pais de la intolerancia que existe en América para observar la ley del domingo, ley que bajo el pretesto de honrar á Dios, suprime hasta los ómnibus públicos, y no permite sino á la gente que tiene coches particulares pasear en ellos; que paraliza los viajes deteniendo los vapores y caminos de hierro; obliga á

cerrar las tiendas; imposibilita el trabajo de las fábricas; da por nulo todo contrato hecho en ese dia; sujeta al pobre á no ganar su vida; manda, para mayor gloria del cielo, que los mozos lleven solo bultos pequeños á fin de que no sean advertidos por los transeuntes.

La misma intolerancia produjo la otra ley que se llama de templanza, y prohibe vender los vinos y licores al pormenor, permitiendo de este modo que se emborrachen al por mayor. Mas es justo añadir que esta ley no ha sido observada un solo dia en New-York, y el alcalde *Mr. Wood*, por una prudencia que todo el mundo agradece, ha dado el ejemplo de la infraccion en sus ordenanzas. Hay otros Estados mas sumisos que se conforman con el régimen del *agua fria*, ó mejor dicho, que se emborrachan á puerta cerrada, ocultando las botellas bajo el piadoso manto de *Tartufo*.

Esta misma ley ha traido consecuencias que llaman mas la atencion.

Se sabe que los americanos acostumbran desde largo tiempo purificarse la sangre con zarzaparrilla, y que tienen por esta raiz una especie de pasion. Esto no puede comprenderse y está en boga: acaso la Academia de medicina se ha ocupado de este hecho sin poder esplicarlo. Nos consideramos felices ayudando sus investigaciones.

La zarzaparrilla que se usa en América es invencion del muy célebre, hábil, filantrópico y millonario doctor, Townsend *el amigo de la humanidad*. Este hombre que comprende las debilidades humanas y sabe trocarlas en beneficios, imaginó desde las primeras aplicaciones de la ley de templanza, disolver el jugo purificador y sencillo de la raiz de zarzaparrilla, en una porcion conveniente de *genuine brandy*, propiamente dicho, *coñac*. Lo guardó en botellas dándolo á probar. Lo encontraron escelente y se ha hecho universal.

Se ha tomado para las jaquecas, calenturas, irritaciones, resfriados, dolor de muelas y de callos: tambien para adelgazar ó engrosar la sangre. Las señoras particularmente se ahogaron en botellitas de zarzaparrilla, como un tiempo el *Duque de Clarence* en un

tonel de malvasía. Las nodrizas lo bebian para tener leche, y las que no querian criar lo tomaban para que se les retirase. Algunos lo usaron únicamente para conservar el cutis fresco. En fin, se consumió tanto, que el buen doctor entristeció los felices dias de *Mr. Barnum*.

De todas las anomalías que el antiguo régimen ha legado á los Estados-Unidos, la mas monstruosa es sin contradiccion la esclavitud de los negros en el Sur.

Mucho se ha discutido este asunto en pró y en contra.

Los partidarios de la esclavitud hablan de la inferioridad intelectual de la raza negra, perezosa é indolente, añadiendo que los negros se venden por su voluntad. Los negros dicen que son esclavos en sus paises natales.

Y aunque estas son verdades incontestables, no alegan ningun derecho en favor de los poseedores.

Los abolicionistas justamente indignados, gastan su sensibilidad compadeciendo unos cien mil negros que son esclavos en América, sin preocuparse por los millones de blancos que sufren mucha mas ruda esclavitud en *Polonia, Rusia y Turquía*, sin contar otros paises de la tierra.

La sóla razon concluyente que se saca del estado actual de esta cuestion, es el deseo de que tarde ó temprano acabe de triunfar la emancipacion en esos Estados que la rechazan sin hacer una abolicion general de la esclavitud para toda América. Es necesario tener presente que varios Estados americanos nos precedieron en la via de la abolicion, que definitivamente no data para nuestras colonias sino desde la revolucion de 1848.

Nos felicitaremos cuando se encuentre medio de hacer de la libertad un bien para los negros y no un mal mucho mayor que la esclavitud. Desgraciadamente ese medio no se ha encontrado todavia. Pedimos perdon á *Soulouque*, pero su constitucion social, con duques de la *Casonada*, condes de la *Mermelada*, marqueses de la *Limonada* y caballeros del *Tamarin*, no es mas que una broma de carnaval.

La colonia de *Libéria*, en la *Guinea*, fundada por la sociedad

colonizadora de la América setentrional, en 1821, es un miserable pais medio salvage.

Añadiremos que la solucion del problema, *emancipacion de los negros en los Estados abolicionistas*, no es sino una vana palabra con muchos aspectos.

Los *ciudadanos* negros no votan: se guardarian muy bien de votar. La ley no les quita este derecho, mas si quisieran usar de él ¡quién es capaz de decir el número de bastonazos y puñetazos que los partidarios de la libertad de los negros les administrarian riyéndose!

Todas las ventajas, todos los empleos, todos los honores, todos los placeres se rehusan aun á los negros aunque sean libres, en las ciudades mas abolicionistas.

Los negros no pueden ni subir en ómnibus, ni entrar en los *bar-rooms* donde van los blancos, ni introducirse en iglesia, hospital, museo, teatro, ni aun en el espectáculo de los *negros-minstrels*: no pueden pasear en los vapores, ni tomar asiento en los trenes del camino de hierro.

La industria tambien les cierra sus puertas y tienen que escojer para vivir, el estado de sirvientes de fondas (pues en casas particulares no los quieren) barberos, ó vendedores de ostras y licores fuertes, que venden al pueblo bajo.

Los negros que llaman libres, tienen sus calles aparte ¡y qué calles! sus casas ó mas bien chiribitiles; sus hospitales, sus iglesias aunque no hay mas que un Dios para todo el mundo. Tienen trenes especiales en los caminos de hierro, sobre los cuales, escrito, con grandes letras, se lee: *for colored people* (1), en fin hasta los cementerios estan aparte, como si los *amarillentos* huesos de los blancos, no quisieran por un orgullo póstumo y fatal, mezclarse con los *blancos* huesos de los negros, despues de la muerte.

Se han visto reyes, desposarse con pastoras; pueden verse reinas desposadas con pastores, pero no se tiene noticia de un blanco que se haya casado con una negra ó vice-versa. Semejante hecho seria un escándalo á los mismos ojos de *Mistress Stow*.

(1) Para la gente de color.

CAPITULO V.

EL AMOR.

Aquí es donde conviene colocar las observaciones que hemos hecho, apropósito de la belleza de las americanas en comparacion con la de las francesas.

La belleza de proporciones, esa belleza independiente de la gracia y de la espresion que se llama *plástica*, es mas propia de las americanas que de las francesas.

La juventud, mucho mas prematura que la europea, cuya inteligencia se fortifica desde la infancia con variados estudios, adquiere prontamente todo su desarrollo. La sencillez, ese pudor del alma, ese atributo de nuestras jóvenes, es un sentimiento desconocido de las americanas y por consiguiente no presenta obstáculos al deseo de instruccion, ni á las artes de la coqueteria. Resulta de esto, que las jóvenes de doce á quince años reunen á la hermosura y delicadeza del rostro, el brillo de la tez, la libertad de maneras, la desenvoltura del paso, el lujo del vestir y la perfeccion moral. Ni las pasiones, ni las costumbres, ni las penas de la vida, han modificado la perfecta armonía de las facciones de esas jóvenes, niñas en edad y mugeres en su porte. La estrema libertad de que gozan, quita

toda traba á sus caprichos, haciéndolas sin embargo las mas alegres de ambos mundos.

Esto no sucede en Francia: las niñas son bastante bonitas hasta la edad de seis ó siete años; mas no es raro que despues las facciones esperimenten un cambio poco favorable. En esa época es preciso adivinar por decirlo asi, lo que serán, pues sufren como la crisálida una trasformacion total. A veces las bonitas se vuelven feas ó vice versa: hasta los diez y ocho ó veinte años no termina la naturaleza su obra, y deja las mugeres tales como han de ser. Pero fija en ellas la belleza, se conserva mas tiempo que en las americanas. El arte de agradar cuyo secreto privilegio poseen, ayuda poderosamente á la naturaleza; no tienen movimiento sin gracia, ni gracia sin espresion.

Si la belleza francesa es menos precoz y perfecta, tiene en cambio, mas duracion y es mas espresiva.

En América no puede encontrarse un *Balzac* que alabe los encantos de la muger de treinta años.

Reasumiendo; si las unas son mas hermosas para pintarlas ó daguerreotiparlas, las otras son mas bellas á la vista; y si las francesas no son las que mas se admiran, al menos son las que mas se aman. «El cielo de Andalucía y el amor de una francesa, esclama Alejandro Dumas con entusiasmo, seria el paraiso terrenal.»

Se ha dicho que París era el paraiso de las mugeres; hubiera sido mejor colocarlo en América. Enumerar los privilegios que gozan las hembras, es cosa larga. Los americanos desde el principio de la colonizacion no olvidaron nada, para conseguir el éxito de su empresa. Sabiendo que la mas débil mitad del género humano ha guiado siempre á la mas fuerte, y que donde la muger viva gustosa vivirá tambien el hombre, se valieron de todos los medios imaginables, para atraer las mugeres, ofreciéndoles como buenos comerciantes, una *parte de las ganancias*: esta es grande y sus trabajos domésticos se limitan, Biblia en mano, á crecer y multiplicarse cuanto las es posible.

El culto que profesan á la muger es tan grande, que por todas partes se ven estampas (mas ó menos decentes) de mugeres es-

puestas á la admiracion pública. *Venus* saliendo del seno de las ondas, ninfas y jóvenes bañándose decoran los *bar-rooms* y los *clubs*, en union de los bustos de *Washington*. En el fondo de los sombreros de los hombres, ponen retratos de mugeres; en las portezuelas de los ómnibus tambien, hay camisas *ilustradas*, guarnecidas de ellos hasta los puños; y por el solo placer de tener imágenes, las piden los *caballeros* á las *señoras* que dándoles citas en los talleres de los daguerreotipistas, se dejan retratar sin escrúpulo alguno. Los *gentlemen* toman sus copias y se las llevan, conservándolas todo el tiempo que quieren, sin interés ni consecuencias de ninguna especie.

Las felices hijas del Nuevo-Mundo hacen lo que quieren, y gozan de libertad hasta el estremo de pegar á los hombres que las disgustan, sin que estos puedan defenderse personalmente: declaran padre al que sea menos acreedor á esta distincion, para lo cual no tienen mas que decir una palabra, y pronunciar un juramento sacrílego; abuso que aunque raro existe.

Se cuenta el hecho siguiente.

Un cuáquero austero y frio, como todos, tenia á su servicio una hija de Eva, jóven, bonita, sensible, débil y sin prevision.

Cometió un desliz, y ciertos indicios la denunciaron á la vigilancia del cuáquero. No queriendo este obrar de ligero y deseando al mismo tiempo como era su deber penetrar el misterio, llamó á la sirvienta, y le habló en estos términos:

—Hija mia: el *espíritu* suele estraviar al corazon, porque como dicen las Sagradas Escrituras, no es bastante fuerte para resistir las pérfidas tentaciones de la *serpiente*. Tú (1) eres culpable, hija mia; no trates de disimularlo, pues otro mas culpable, mas fuerte que tú, ha tenido en su ayuda para arrastrarte al mal, al espíritu tentador del demonio. Dime quien es ese hombre, hija mia, y le obligaremos á reconocer y reparar su falta, volviéndole al camino de la moral y la justicia.

(1) Los cuáqueros tutean á todo el mundo, amigos y estranjeros: no dicen *usted*, sino cuando se dirigen á Dios. (*N. de los T.*)

—Señor, le respondió la jóven resueltamente, no puedo obedeceros; ese es el secreto de mi corazon; no lo divulgaré jamás.

El cuáquero quiso persuadirla; pero fué en vano.

Era juez, y por interés hácia la pobre jóven, y darle padre á la desgraciada criatura que iba á dar á luz, la hizo comparecer ante el tribunal que él mismo presidia, esperando que la solemnidad del lugar la impresionaria hasta el estremo de confesarlo todo.

La jóven se presentó.

—Ahora bien, hija mia; le dijo el cuáquero sentado en su sillon de juez; ¿te encontraré hoy menos enemiga de tus propios intereses, y mas penetrada de tus deberes consentirás por fin en hablar?

—Yo no quisiera, mas puesto que lo deseais absolutamente...

—Me alegro, hija mia, la sociedad te agradecerá esa sinceridad, y yo por mi parte te doy las gracias: ¿nos dirás el nombre del culpable?

—No puedo ocultarlo por mas tiempo...

—Muy bien, hija mia, muy bien: ¿quién es?

—Vos.

Si un rayo hubiese caido sobre el cuáquero, no hubiera esperimentado una emocion tan fuerte. Se defendió; puso al cielo por testigo de su inocencia; pero la criada juró sobre la Biblia, y él, con arreglo á la ley, se reconoció culpable, condenándose á indemnizar á su mentida víctima y á mantener al niño.

En otro caso embarazó mucho á los tribunales encontrar la paternidad.

Habiendo declarado una muger que la habia seducido un comerciante estranjero, fué conducido ante los tribunales. La muger no merecia la confianza de los jueces. El comerciante no negó sus relaciones con ella, pero probó que otros al par que él habian obtenido los mismos favores. En efecto, el dia del juicio, cuatro personas comparecieron y declararon bajo juramento que reconocian fundadas las sospechas del acusado, en vista de las cuales se consideraban culpables.

La posicion del juez era dificil y delicada. Mas todo se resolvió de la manera siguiente. Despues de dirigir una amonestacion

severa á la muger, el juez terminó diciendo: «Como á pesar de esto, no es posible que la criatura que llevais en las entrañas sea víctima de vuestra conducta y es deber de la justicia reconocerle un padre, poned la mano en vuestra conciencia, pedid á Dios que os ilumine y designádselo á vuestro hijo.»

La muger echó una mirada circular sobre las cuatro víctimas de su engañoso amor; los contempló un instante y señalando por último al mas rico, fué condenado por el juez, con arreglo á su posicion.

Esplicaremos el significado de la palabra *flirtation*. Es una conversacion íntima, galante ó apasionada, que tiene lugar entre otra puramente amistosa. *La flirtation* (1), que los americanos pronuncian *fleurteichonn*, nace evidentemente de dos principios contradictorios: el deseo que tienen las mugeres de agradar á los hombres y el temor de los hombres de sucumbir á las seducciones de las mugeres. De ahí la estrema coqueteria de las unas y la fria reserva de los otros.

La muger es para los corazones sensibles una amenaza. En América no es la oveja quien tiene miedo al lobo, es el lobo quien teme á la oveja. Así, dejad obrar á las americanas, que su esperiencia (y ellas la tienen á toda edad) unida á las leyes, la defienden de todo peligro. No tengais cuidado por esos *apartes* entre los jóvenes de ambos sexos, que se observan en los salones, teatros, bailes y en los *Ice cream salooms* (2). Esos *Don Juan*, á quienes persigue el miedo, son mas inocentes de lo que se cree y juegan con el amor, como los niños á los soldados, con sables de madera y pistolas de caña.

Si alguno de los dos FLIRTEURS teme ceder á los atractivos del sentimiento, no es seguramente *ella*, sino *él*. Los rostros encanta-

(1) A pesar de que el autor dá el significado de esta palabra, como tiene otros muchos, nos parece conveniente hacer algunas observaciones para que el lector la comprenda, por ser intraducible á nuestro idioma. Significa: movimiento ligero: gracia: coquetería. To flirt, que es el verbo inglés de donde han sacado la palabra *flirtation*, significa: corretear: mofarse: tener muchos cortejos: proceder con ligereza: variar con facilidad: burlarse. (*N. de los T.*)

(2) Neverías.

dores de las *young ladies* estan iluminados por la confianza y admiran verdaderamente esas colegialas de quince y diez y ocho años, que van por las calles engalanadas con elegancia y llevan un libro debajo del brazo mirando á los hombres descaradamente, y riyéndoseles para obligarles á bajar los ojos.

Las colegialas suelen ser prometidas esposas ó simplemente tienen uno ó varios adoradores. Nada mas divertido que ver á los *bellos* de esas señoritas, como dicen los ingleses, *desconcertarse*, para hablar con ellas mas de cerca. Un marido ó prometido, solo tiene el derecho de dar el brazo á su muger ó á su futura. Cuando los hombres acompañan en un lugar público á las señoras, marchan á su lado sin ofrecerlas el brazo; pero pueden *desconcertarse* por estar admitido. Esplicaremos lo que significa *desconcertar*: el caballero apoya su brazo en la espalda de la señora, y la empuja ligeramente delante de él. Asi elude los rigores de la etiqueta. En otro tiempo los americanos acompañaban á las señoras por las calles llevándolas cogidas del codo. El *desconcierto* es un progreso, mas empieza á desdeñarse en las grandes ciudades por las gentes de buen tono: las demás siguen la costumbre.

Hay en New-York sitios privilegiados donde la *flirtation* está, por decirlo asi, á sus anchas.

Tal es el museo *Barnum*, donde los jóvenes pasean por todas partes *sans façon*, llevando cogidas del talle á sus bellas y hablándolas tan cerca del rostro, que supondria cualquiera se estaban besando. Hemos visto en el teatrito de este museo, que *Mr. Barnum* persiste en llamar *Lecture room* (1), por *beatitud*, pues Mr. Barnum es un *santo* que predica la templanza, al mismo tiempo que alaba sus bodegas á los mercaderes de vino. Hemos visto, deciamos, parejas amorosas besándose públicamente. Nadie fija su atencion en eso, y si alguno lo observa es con aire distraido. Nunca seria permitido turbar á los amantes en el ejercicio de su libertad individual.

Finalmente, en los establecimientos públicos, en los ómnibus,

(1) Gabinete de lectura.

en los vapores, en los caminos de hierro, se ven libres amantes hablando á las mugeres cogidas por el talle.

El espíritu de libertad individual mata en América la crónica escandalosa, y es raro que circulen por el público esas anédoctas de sociedad que forman el solaz de las revistas de París.

Mas si llega á presentarse este caso, si madame X... ha clasificado á su marido en la categoría de los *predestinados de Balzac*, á los ojos de todo el mundo, no es ella la que aparecerá culpable, ni el infortunado marido, á pesar de que se conduelen de él muy poco: el único á quien vituperan es al seductor. Su honor queda comprometido y su crédito comercial muy mal parado.

Pero lo mas chocante es que la culpable encuentra sus mas ardientes defensores en las mugeres mismas. Esto echa por tierra las ideas admitidas y debe producir confusion en el espíritu de los moralistas. Las mugeres no se acusan jamás, y cubren y defienden sus debilidades con un ardor increible.

El método que los americanos han heredado de los ingleses, ese método de reducirlo todo en materia de amor á una *cuota de indemnidad*, ha producido una industria.

Una *young lady* se asocia á un *boy* (1) cualquiera y tiende sus lazos seductores: si alguien se deja coger, el rostro de la encantadora toma en seguida una espresion inquieta y alarmante.

—¿No ois ruido? dice á su adorador.

—Sí, en efecto; ¿qué sucede?

—¡Ah! ¡huid, huid, ó de lo contrario somos perdidos!... huid pronto... ¡ah! ¡Dios mio! ya no es tiempo; he aquí...

El *boy* entra solemnemente en el cuarto representando el papel de padre, hermano ultrajado, ó furioso marido. La *lady* se desmaya, el aparecido coge al seductor, quiere matarlo, llevarlo ante los tribunales, dar un escándalo, ú obligarle á que se case con la víctima. El seductor que comprende perfectamente, saca dinero del bolsillo y se arregla todo de la mejor manera posible.

No existen en el mundo maridos mas cómodos ni menos celo-

(1) Muchacho.

sos que los americanos. Ausentes todo el dia de su casa, dejan á las mugeres en libertad de pasear horas enteras en *Broadway*. Cuando estan cansadas de andar entran en el almacen de *Stewart* el comerciante de novedades y *magasinent* un poco; van á probarse vestidos al taller de *Mme. Roullier-Angier*, ó al de *Mlle. Marie* hábil representante en New-York de una de las principales casas de Paris.

De entre las lindas paseantas, suele verse alguna que separándose del gentio, cubre su rostro con el espeso velo de varés verde, siempre unido al sombrero, y se dirige misteriosamente por una de las calles transversales á *Broadway*; párase delante de una casa de apariencia misteriosa; mira un instante á derecha é izquierda, y penetra con ligereza cerrando la puerta tras sí.

¿Qué es lo que van á hacer esas elegantes y perfumadas señoras (de las cuales muchas tienen casa y carretela en la quinta avenida) en estancias modestas y silenciosas donde no penetra ni la luz del dia? ¿Van secretamente á llevar socorros y consuelos á los desgraciados, ó son mugeres criminales que bajo ese pretesto se dedican á la *fabricacion de la moneda falsa?* Si es esto, ha de haber en New-York mas falsa que buena moneda, pues en todas las calles se ven esos misteriosos edificios que llaman *Assignation House* (1).

Las señoritas americanas se casan con suma facilidad y sin participarlo á su familia. La pareja amorosa se presenta en la iglesia, si es católica; en el templo si es protestante; en la sinagoga, si es judía; ó mas, simplemente ante una autoridad civil; un juez de paz y dos testigos bastan para identificar las personas; la ceremonia se hace en cinco minutos, sin publicacion de amonestaciones ni otra formalidad. Hemos tenido ocasion de ver en New-York á la hija de un ministro protestante que podriamos nombrar, la cual se casó seis meses antes que su padre hubiese podido ni aun sospecharlo, y sin que ella hubiese dejado de habitar bajo el techo paterno. El jóven no era del gusto del padre y este se habia mostrado hóstil al casamiento, por cuya razon guardó ella el secreto durante seis meses.

(1) Casa señalada.

Esta facilidad para contraer matrimonio, aunque tiene sus ventajas, tiene tambien sus inconvenientes. La poligamia es una de las consecuencias mas funestas. Se han visto hombres que se han casado por especulacion gran número de veces.

Se casan en un Estado, y cuando disipan el dote de la muger, vuelven á casarse en otro y así sucesivamente. Durante nuestra estancia en América, hemos visto condenar á un jóven de veinte y nueve años por haberse casado catorce veces. Las catorce mugeres de este *Pachá* tras-atlántico fueron juntas á quejarse de él. Entablada la demanda, se supo que en el espacio de tres semanas se habia casado dos veces; en *Boston* y *Baltimore*.

La justicia tiene indulgencia para esa clase de delitos, que la Inglaterra castiga severamente. Citaremos el llamado *David Beattyra*, condenado tan solo á veinte y dos meses de prision por la queja de siete mugeres, sus legítimas esposas. Es decir, tres meses y algunos dias por cada una: esto prueba que es muy simple la pena para privarse del gusto.

He aquí sobre otro caso de bigamia, una sentencia curiosa.

En 1848, *Mr. Georges Garrison* casó con *Miss Elisabeth Smith*; dos años mas tarde, viviendo aun esta, contrajo segundas nupcias con *Miss Lucy Potts*. *Mistress Garrison*, murió sin acusar á su infiel marido, y él alentado por la impunidad y deseoso sin duda de rendir tributo al nombre de su difunta esposa, casó por tercera vez con *Miss Margaret Smith*. Mas apenas celebró esta union, *Mistress Garrison Potts*, menos resignada que su antecesora, elevó queja contra el culpable. Se entabló demanda por lo que dijeron algunos testigos. Los curiosos acudieron para asistir al desenlace de este asunto, esperando que el criminal fuese á la prision de Estado, cuando con sorpresa general dió el juez el fallo siguiente:

«Relativamente á los dos primeros casamientos, *Garrison* no puede ser castigado por bigamia, porque la acusacion no ha sido hecha en el término de tres años, como está prescrito por la ley de estado de New-York. Tampoco existe crímen de bigamia con relacion á la primera y tercera muger, puesto que *Miss Elisabeth Smith* habia muerto cuando *Garrison* casó con *Margaret Smith*. Y finalmen-

te, con respecto al segundo y tercer casamiento el crímen es *nulo* porque la boda del acusado con *Miss Lucy Potts*, celebrada en vida de la primera muger, no puede ser reconocida por la ley.»

En consecuencia, *Mr. Garrison* salió libre en posesion de su tercera esposa. Ahora, el lector comprenderá la pena de *Mistress Lucy Potts*, cuando sepa que esta desgraciada *Ariàdna* se habia ya casado desde mucho tiempo antes con *Benjamin Simons*, que fué preso y condenado en medio de la luna de miel, por crímen de bigamia. Lucy Potts estuvo envuelta en la acusacion; varios testigos declararon que ella sabia perfectamente que Simons era casado, y fué necesaria toda la habilidad de un abogado *Yankee* para presentarla inocente á los ojos de la ley. Esto se llama verdaderamente ser infortunada en materia de matrimonio.

Aunque es muy ligera en América la ceremonia del matrimonio, hay ministros que la simplifican mas, cuando es al *por mayor*. «El tiempo es dinero» dicen los americanos, y es preciso saberlo economizar. El reverendo *L. H. Moore de Michighan* es una verdadera *máquina de casar* de fuerza de varios reverendos. *El Enquirer* de *Detroit* dice que el mes de diciembre último Mr. Moore casó de un *solo golpe* tres distintas parejas, á saber: *MM. Vaughan*, *Woodruft* y *Lapham*, con *Mlles. Fanny Johnson*, *Bestsey Jarrington* y *Mary Drake*. ¡Gracias á Dios que tenemos un reverendo que no le gusta hacer esperar á la gente!

Podiamos citar casos mas estraordinarios y mas rápidos aun.

El telégrafo eléctrico, suprimiendo las distancias, ha acercado los corazones. Se han llevado á efecto enlaces en que los contrayentes estaban separados por dos ó trescientas leguas de distancia. Ministros religiosos ó simplemente autoridades civiles, reciben en las oficinas del telégrafo las respectivas declaraciones de los consortes y las inscriben en los registros que dan fé: el matrimonio concertado asi, tiene valor.

El *Weekly-Herald* de New-York habla de unas bodas celebradas en Bordentown con circunstancias que califica de singulares.

Estando un jóven de Bordentown en víspera de casarse, murió súbitamente. Los prometidos y sus respectivas familias esta-

ban muy unidos á las creencias espirituales y resolvieron que tuviese lugar el matrimonio á pesar de la muerte del jóven: efectivamente fué celebrado con todas las ceremonias. La señorita tomó por esposo, no el cuerpo sino el alma de su amante representado por un cadáver. En este acto hizo ella juramento de no volverse á casar jamás.

Los periódicos de todos los Estados de la Union contienen bajo la rúbrica *matrimonial* numerosas demandas de casamiento, y mas lejos, en la columna del *personal*, avisos y citas amorosas.

A continuacion damos una muestra de los anuncios del *personal*. Los reproducimos fielmente, tales como han sido estractados de los periódicos:

«*Fanny*, Vd. sabe que yo la quiero: ¿por qué, pues, no viene Vd. á verme?—J. L.»

«Esta noche á las nueve.—R. J. K.»

«¡Ingrato! ¿me olvidará Vd. despues de haber jurado que siempre me amaria? Venga Vd. y será perdonado.—W. L.»

«No venga Vd. mas que cuando yo le avise. Mi marido lo sabe todo, mas yo lo arreglaré.—A. Th.»

Algunas veces, estos avisos misteriosos se dan en varias lenguas, sin duda para que el público los entienda menos: Ejemplo:

«*Quereos.—You were right.—Adieu.*—F. R.»

«*Mi querida, I love you, de tout mon cœur. This evening. Tu sais* —X. X.»

Podríamos multiplicar estas citaciones; pero las que hemos estampado bastan para dar una idea de esas correspondencias amorosas.

Muchos americanos, absorbidos por los negocios, no tienen tiempo de buscar esposa y recurren á los periódicos cuando desean casarse.

Conocemos una *lady* que debe su casamiento á este anuncio impreso en el *Herald*.

«Un *gentleman* desea ponerse en relaciones, para casamiento, con una señorita amable. Es preciso que sea bonita, bien formada, de carácter dulce y de maneras distinguidas. Una rubia de diez y

seis á diez y ocho años será preferida. No importa que sea pobre, porque el *gentleman* está establecido y tiene buenos negocios; pero quiere que la señorita sea bella, amable y respetuosa. Dirigirse confidencialmente á casa del señor K. M. *Fourth avenue* 384, *near Twenty-Eighth street.*»

La señorita sin confiarse á nadie, se decidió á ir sola, defendida por sus diez y ocho años, la hermosura de su rostro, la elegancia de su talle, la amabilidad de su carácter y sus rubios cabellos, á casa del autor del anuncio. Este la encontró encantadora, y tres dias despues estaban casados.

Algunas veces, pero es raro, son las señoritas las que piden maridos. Ved aquí un modelo del estilo que usan para pedirlo; lo tomamos de un periódico del Oeste:

«Una señora viuda de veinte y siete años de edad, que posee una fortuna neta (clear) de 50,000 duros, desea contraer nuevo enlace con un *gentleman* bien educado y que sea poco mas ó menos de su edad.

»Como la que anuncia ha sufrido mucho con los desarreglos de su primer marido, exige que el segundo profese estrictamente los principios de la templanza, y que lo certifique. Es preciso ademas, que sea hombre piadoso, bien formado, de carácter sério, amable, y que no sea viudo.

»La secta á que pertenezca importa poco (esceptuando la mormona), pues la que suscribe es universalista y profesa abiertamente la tolerancia.

»Se advierte á los *appliquants* (1) que envien al mismo tiempo de las pruebas, sus retratos hechos al daguerreotipo á las señas que van al pie.

»A los caballeros que se les devuelvan sus retratos, se suplica que no hagan gestiones ulteriores.»

Pero lo que reservamos para final es la demanda de una jóven (blumerista sin duda) que encontrando las cadenas del himeneo muy pesadas de llevar, y queriendo sin embargo desechar el fastidio

(1) Solicitadores.

de su corazon, hizo á los *gentlemens* la siguiente proposicion que trascribimos exacta del *New-York Herald* con fecha del lunes 13 de agosto de 1855.

«A young lady, moderately good looking, twenty years of age, wishes to find á partner for life. Any gentleman desirous of changing their isolated state for one of congenial happiness, will please address Jennie P. A., box 271 Union square Post Office, Broadway.»

En español quiere decir literalmente:

«Una jóven regularmente parecida, de veinte años de edad, quiere asociar su vida á algun caballero. El que quiera cambiar su estado por semejante dicha, que se dirija á etc., etc.»

Hemos oido decir que tales proposiciones se encuentran escritas de puño y pegadas á la puerta de la Academia de medicina y de ciertos clubs.

La policía de New-York, severa desde hace tiempo con las mugeres sospechosas, ha tomado contra ellas medidas rigorosas. Para reparar en lo posible los perjuicios que ocasiona el rigor, ellas se valen ingeniosamente de todo lo que pueden. Nosotros hemos visto un dia dentro de un ómnibus una muger elegante que llevaba un lindo y pequeño tiesto de flores, entre las cuales habia una tarjeta; dirigimos la vista y pudimos leer, como si fuera una instruccion botánica, el nombre y señas de la casa de la propietaria.

No podemos abstenernos de decir aqui algunas palabras del *club de los libres amores*, que ha hecho tanto ruido en New-York. Este club tan celebrado se fundó bajo la direccion de *Mr. Andrews*, uno de los mas furibundos propagadores de las teorías socialistas de Fourier, y autor de un sistema social, sin reglamento, gobierno, ni leyes. Mas adelante veremos que esto se ha ensayado ya en *Albany*.

Mr. Andrews, casado y padre de familia, habia reunido para formar su club, partidarios de la libertad ilimitada en todo y por todo. *Mme. Andrews* asistia á ese club y llevaba á sus niños tambien. Se reunian dos veces por semana para bailar, cantar, predicar la emancipacion de la muger y divertirse á discrecion. Nosotros hemos visto allí respetables padres de familia con sus hijas, ma-

ridos con sus esposas, viudas y señoritas solas. Y toda esta gente, estaba persuadida de que el primero y mas inmutable de todos los derechos es siempre el de entregar libremente el corazon á aquel que le hace latir. El *club de los libres amores* condenaba el matrimonio como un juramento que se viola muy á menudo en favor del corazon, cuando no se viola el corazon en favor del juramento.

Semejantes teorías no se discuten, y el sentimiento general las condena. Diremos para ser justos, que las asambleas de ese club han sido siempre muy decentes y mucho mas divertidas que sentimentales. Una ó dos veces se han dado á propósito de alguna muger libre, algun libre puñetazo. Mas allí iban á distraerse ante todo, y es preciso no olvidar que el *boxeo*, distraccion inglesa, es uno de los placeres favoritos de los Estados-Unidos. Hombres que no tienen motivo para hacerse mal, se marchan en silencio á un lugar designado donde les aguarda un público impaciente. Despues de hundirse el pecho, romperse el cráneo y lastimarse toda la parte huesosa de su cuerpo, se dan las manos con gracia, prometiendo volver á hacerlo lo mas pronto posible. Los espectadores que durante el combate han animado y aplaudido los golpes, se retiran dichosos, pagando á los actores magullados el precio convenido de este feroz espectáculo. Tan cierto es, como dicen algunos filósofos, que el hombre es naturalmente bueno.

Terminaremos este capítulo con un elogio dirigido á la lengua inglesa por la distincion que ha sabido establecer entre amar á una persona y una cosa. Los ingleses, y por consecuencia los americanos, tienen dos verbos *amar: to love* para los seres animados, y *to like* para las cosas inanimadas. De suerte que en inglés no se dice como en francés, *yo amo* á esa muger, y *yo amo* á esa pierna de carnero; *amo* á mi padre, y *amo* á las manzanas cocidas; *amo* á Dios y *amo* al cerdo salado.

Las palabras bien escogidas son para el pensamiento lo que el aderezo y las flores para las mugeres: las unas hacen resaltar la delicadeza de los sentimientos espresados: las otras añaden á la belleza natural voluptuosidad y gracia.

CAPITULO VI.

EL CHARLATANISMO.

El charlatanismo es el génio de los americanos. Han hecho de él una verdadera ciencia que nadie desdeña, elevándola hasta las mas altas especulaciones de la filosofía práctica. Mientras que los metafísicos europeos, sin beneficio para la bolsa, buscan la razon de las leyes divinas y los filósofos se esfuerzan en someter al análisis las pasiones y sentimientos del hombre, la escuela del *humbug*, se contenta con estudiar los vicios y estravagancias de la flaqueza humana para esplotarlos en su provecho.

El *humbug*, se ha introducido tan profundamente en las costumbres americanas, que es estimulante indispensable y alma que anima todas las cosas buenas ó malas.

Ni la piedad misma lo deshecha.

Cuando la concurrencia se acumula, en las iglesias numerosas y variadas, es de ver como procuran mostrarse á cual mas hábiles para atraer á los fieles indecisos. Los industriales que cubiertos con el púlpito evangélico, han edificado y amueblado las iglesias segun el culto escojido, no quieren sacrificar las bolsas á sus creencias. En estos casos es muy conveniente añadir al coro de la iglesia una

brillante cavatina italiana cantada en latin, para llamar la atencion pública hacia los sentimientos religiosos. Algunas veces no es el canto tan poderoso que pueda atraer las estraviadas y testarudas ovejas, que se obstinan en salvar sus almas, solo á costa de no fastidiarse.

Para estos rebaños rebelados, se emplean grandes recursos. Contratan á un *Smart young preacher* (1) y lo envian á dar una vuelta por *Europa*, *Tierra Santa*, ó las *Indias*. Su mision consiste en estudiar las costumbres de los pueblos que visite y recojer anécdotas raras é instructivas formulando juicios sobre los hombres y las cosas.

Al poco tiempo, vuelve de su viaje con la cartera debajo del brazo, llena de notas curiosas, con las cuales forma discursos interesantes.

En seguida envian prospectos á domicilio, é insertan en los periódicos gacetillas y anuncios, poniendo ademas grandes y numerosos carteles por todas partes. Asi dan publicidad al viaje que en medio de los mas grandes peligros acaba de hacer el *young preacher* con las impresiones del viajero y sus raras aventuras, fijando los dias en que habrá en la iglesia lectura pública de estos acontecimientos. Entonces es cuando estimulada la curiosidad, vuelven las ovejas al redil, dejando en él una poca de lana: *They made plenty of money after all* (2).

Ahora verán los lectores uno de los buenos *puffs* (3) de América: el engaño fraguado por el reverendo Hanson; el cual persuadió á uno de sus cofrades (á Mr. Eléazar Williams) de que era hijo de Luis XVI. El pobre Eléazar, viejo y casi idiota, se dejó aleccionar tan perfectamente por el astuto Hanson, que el infeliz misionero del pais de los *Chappaways* llegó á no tener duda de su orígen real. Se acordó de un gran número de particularidades notables, relativas á su infancia: trazó el retrato de su desgraciado padre, como si lo hubiera visto el dia anterior. Todo le vino á la memoria;

(1) Jóven é inteligente predicador.

(2) Ellos ganan mucho dinero despues de todo.

(3) La exajeracion en alabar y recomendar alguna cosa para llamar la atencion sobre ella. (*N. de los T.*)

hasta la brutalidad del zapatero Simon, que cincuenta años antes le habia dado muerte, cuyo acontecimiento recordaba tambien. A causa de este mal trato se habia visto obligado á buscar refugio en las vastas soledades del *Nord-West*, donde mas tarde fué nombrado ministro protestante, lo cual probaba su cualidad de hijo de San Luis.

Cuando el reverendo Hanson creyó á su cofrade Eléazar Williams suficientemente amaestrado en el papel, se puso en camino para New-York.

Seguro del éxito el reverendo Hanson, fué en busca del propietario del *Putnam-Magazine*, revista que tenia necesidad de suscritores.

—Vengo, dijo el reverendo al editor, á proponerle un negocio.

—Hable Vd., caballero.

—Vd. tiene necesidad de algo nuevo que estimule la curiosidad de los lectores. Yo he hecho un descubrimiento que pondrá en conmocion toda la América, y tendrá un eco inmenso en Europa.

—¿Cuál es ese descubrimiento?

—El de Luis XVII; el desgraciado duque de Normandía, que se creia muerto en la prision del *Temple:* se lo ofrezco á Vd. á partir ganancias. ¿Conviene?

—Sí. ¿Formará muchos volúmenes?

—El rey se propone escribir tantos artículos como Vd. quiera, y hasta que la curiosidad pública esté completamente satisfecha.

El editor y el reverendo se entendieron, y el dia menos pensado se leyó á la cabeza de una entrega del *Putnam-Magazine* estas líneas escritas en gruesos caractéres que produjeron una sensacion profunda:

¡LUIS XVII, PRETENDIENTE Á LA CORONA DE FRANCIA,

NO HA MUERTO!

¡ESTÁ ENTRE NOSOTROS!!

El reverendo Hanson refirió en el primer artículo, y en otros que se dieron á luz, el milagroso descubrimiento que habia hecho

en la tribu de los *Chappaways* del infortunado hijo de Luis XVI. Las entregas fueron arrebatadas de la mano. Vertian lágrimas al oir recitar tantas desgracias, y abrieron una suscricion en favor del futuro heredero de la corona de Francia. Se distribuyeron á millares los retratos de Luis XVII en trage de ministro protestante, cosa bastante cómica por cierto. Y todo el mundo encontró gran semejanza entre Eléazar Williams y su padre Luis XVI.

La exaltacion llegó á su colmo: hubo grandes polémicas, hábilmente suscitadas, y el embuste parecia que iba á salir adelante con su maravillosa empresa, cuando la fortuna abandonó de súbito al reverendo Hanson y su *real engaño*.

La presencia inesperada de la madre de Luis XVII vino á echar por tierra todo el edificio artificiosamente levantado por el *reverendo*.

Era una vieja salvaje de mas de ochenta años de edad, con piel roja y horriblemente pintada. Viendo que su hijo no volvia, é inquieta por un viaje que se prolongaba mucho mas allá de los límites fijados por Eléazar Williams, se puso valerosamente en camino la buena madre, abandonando su choza de los grandes lagos para ir al pais de los de *pálido rostro* á adquirir noticias de su muy querido hijo. Despues de mil pesquisas supo su paradero y que vivia con su cólega el reverendo Hanson. Acto continuo se presentó en la casa que le habian indicado.

Su aparicion causó el efecto de un rayo.

—¡Dios mio! gritó el reverendo Hanson viendo á la salvaje y dirigiéndose á Eléazar; ¡teniais madre, desgraciado!

—¡Ay de mi! respondió Luis XVII profundamente avergonzado, es muy cierto; pero no es mia la culpa.

—¡Hijo mio! dijo la madre en lengua *Chappaways* y con doloroso acento; ¡ven á abrazarme!

—¡Adios sueños de oro! murmuró el reverendo Hanson levantando los ojos al cielo.

Eléazar Williams ha vuelto á ser misionero evangélico en el pais de los Chappaways; pero aun no está convencido hoy de que no sea hijo de Luis XVI: tan imbuido lo dejó el reverendo Hanson.

En este capítulo debemos dar un puesto honroso á *Mr. Barnum*.

Escribir su historia es hacer la del *humbug* y el *puff* en su mas alto grado. Bastarán algunos rasgos de este grande hombre para apreciar su inmenso mérito, que en diplomacia hubiera representado el papel de *Talleyrand*.

Todo el mundo sabe que la mas famosa invencion de Barnum es aquella de la nodriza de *Washington*; pero son muy pocas las personas que conocen las circunstancias que le impulsaron á dar este golpe maestro.

Nosotros hemos podido recoger datos importantes.

Por el tiempo en que pasó esto, Barnum estaba modestamente empleado en una casa de comercio en calidad de comisionista.

En un viaje que hizo á Nueva-Orleans, el vapor que le conducia tuvo necesidad de renovar su provision de carbon, y descansó en *Tennessee* á orillas del *Misissipí*.

Allí, un viajero habló de una vieja negra que en los alrededores contaba ciertos rasgos de la infancia de Washington, á quien decia haber conocido.

No se necesitó mas para inflamar el cerebro del futuro *manager* de *Jenny Lind*.

Dejó partir el vapor; renunció desde aquel momento á sus funciones comerciales, y resolvió, con un golpe rápido, atrapar la fortuna.

Se dirigió lleno de entusiasmo á la habitacion de la negra y le propuso al dueño comprársela. Este, no pudiendo sospechar las secretas intenciones de Barnum, se consideró feliz en venderla por cincuenta duros.

Terminado el negocio, Barnum entabló con la esclava este interesante diálogo:

—¿Con que Vd., buena muger, ha tenido el insigne honor de criar á Washington?

—¡Oh! lo que es eso no, mi digno amo; lo conocí en su juventud, le hablé varias veces, y nada mas.

—Sí, sí, no me engañe Vd.; estoy seguro que lo ha criado Vd. misma, con su propia leche; me lo han dicho.

—Dispénseme Vd. mi digno amo; aunque yo no soy mas que una miserable esclava, la honradez y mi conciencia...

—¿Cómo es eso; qué quiere decir conciencia? Le repito que Vd. ha sido quien ha criado á Washington: ¡qué diablo! cuando le digo que estoy seguro de ello. Se me figura que la palabra de un *gentleman* como yo, es mas creible que la chochez de una vieja sibila africana como Vd., que ha perdido la memoria. ¿Por quién me toma, horrible mona peinada? Mereceria Vd. que sin compasion á la edad y á esas lanas blancas que á guisa de cabellos tiene en la cabeza, mandase imponerla una severa correccion.

—¡Mi buen amo, perdon, perdon!

—¿Pero qué he hecho?... no, santa muger, este acaloramiento es impío, y yo soy quien debe pedir escusa. Ya lo adivino todo, Vd. trata por modestia de ocultar la verdad, por huir de los honores que merece. ¡Qué perfecta criatura! Tiene todas las virtudes y buenas cualidades. Sus cándidas facciones, aunque marchitas por la edad penetran mi corazon! ¡Oh! ¡sí, sí! nadie mejor que Vd. pudiera haber sido escojida por la Providencia para dar de mamar á nuestro inmortal Washington. ¡Cuán feliz y orgullosa debe Vd. estar!

—¡Mi buen amo!

—Pero no son suficientes mis alabanzas. El pueblo que sin conocer á Vd. la ama, espera el instante de tributar su profunda admiracion. ¿No es Vd. la madre de la Patria siendo la nodriza de su salvador?

—¡Cuánta honra para una pobre negra al fin de sus dias! creo soñar. ¡Oh señor, yo no puedo contener mis lágrimas!

—Déjelas Vd. salir: ¡lágrimas preciosas, tan dulces á mi corazon! Venga Vd., celestial criatura. El pueblo espera que se muestre Vd. para eterna admiracion. ¡Esta alta y estimable mision yo sabré llenarla!

—¡Ah! mi buen amo; esto es demasiado; no puedo soportar semejante dicha; ¡mi corazon se parte!

—Sí, ese corazon generoso, sobre el cual ha reposado tantas veces la cabeza del niño, que el tiempo hizo hombre y las circuns-

tancias nuestro salvador. ¡Ah! diga Vd. que ha criado á Washington; que yo oiga esto y me precipito á sus plantas para recibir la bendicion.

—¡Oh, mi cabeza, mi pobre cabeza! Estoy loca, pero ya no cabe duda, yo soy quien le he criado.

—¡Oh! perfectamente; mas ahora que ha vuelto Vd. á la memoria, no perdamos tiempo; haga Vd. su lio; tome Vd. sus cosas y corramos á recibir honores de los pueblos impacientes por conocerla. Vamos; *¡hup!*

Barnum acompañado de su negra octogenaria, á quien convenció sin mucho trabajo, fué á Filadelfia y sucesivamente á todas las grandes ciudades de la Union. Tuvo un gran éxito y pudo continuar en mas grande escala, su nuevo comercio.

Barnum contrató para un dia determinado todos los barcos que hacian el servicio en los alrededores de la bahia de New-York; inmediatamente anunció un gran combate de búfalos, que ofrecia gratis á todos los habitantes de los pueblos unidos; pero con la obligacion de ir en los vapores que habia retenido. Los búfalos no se hicieron daño alguno; por el contrario, parecieron mirarse con complacencia. Los concurrentes salieron poco satisfechos, pero de jando un ingreso considerable en los *ferry boats*.

Al par del combate de búfalos es necesario admirar la *sirena embalsamada* que espuso largo tiempo en su museo.

Un dia, los periódicos, gigantescos carteles y bandas de música, anunciaron al público asombrado el encuentro de una *sirena mitológica*, mitad muger y mitad pez.

Pescadores insensibles á la música, como Ulises en otro tiempo, fueron sorprendidos en la mar por los maravillosos cantos de una encantadora sirena.

Lejos de dejarse seducir por ese ser misterioso, la arponearon sin piedad, como á un marsuino ó requin. Atravesada por el hierro mortífero, fué subida á cubierta donde espiró, cantando con voz entrecortada por el dolor, no sabemos qué; acaso el patético ária de la *Lucía*, trasportado por una voz de sirena.

Cuidadosamente embalsamada despues por los marineros, la

ofrecieron á Mr. Barnum para su museo nacional, tan rico en *curiosidades únicas*, como decian los prospectos.

El maravilloso animal atrajo largo tiempo un gentío inmenso que venia de muy lejos á contemplar tal prodigio.

Sin embargo, llegaron á comprender que la pretendida sirena no era mas que un compuesto de paja cubierto con una piel brillante y que la cara y el dorso eran de cera. Mucho hizo reir este engaño de un hombre que era ya la admiracion general. Mas no por esa risa, dejó de serlo. Y tanta gente continuó viendo el *puff mitológico*, despues, como antes de saberse la mentira. El negocio con cluyó bien, pues Mr. Barnum, segun dicen, ganó cerca de cien mil francos.

Hemos llegado á la época de la vida del gran maestro, en que fortificado su genio por la esperiencia y alentado por los buenos resultados, llegó á la plenitud de su importancia y desarrollo. Por una combinacion sábiamente preparada llevó de un solo golpe su nombre al pináculo de la gloria y mereció para siempre el egregio título de *Rey* del *Humbug*.

Hablamos del viaje de *Jenny Lind*; esta *Odisea* musical, que nos parece, como invento al menos, mucho mas superior que la obra de *Homero*.

Lo que mas admira es el perfecto conocimiento que tiene Mr. Barnum del público extra-inocente á quien se dirige. Cualquiera otro que ese hombre se hubiera contentado con proclamar á *Jenny Lind* por la primera cantatriz del mundo, con mengua de las *Catalanis*, *Grisis*, *Malibran* y aun de las sirenas embalsamadas; pero él despreció estos medios vulgares; cubrió su engaño de un tinte religioso, cosa que no sienta mal por allá, procurando enaltecer la virtud de la cantatriz. Aseguró que no tenía de muger mas que la apariencia graciosa, siendo en realidad un ángel. Un ángel bajado del cielo para alentar la piedad de los hombres y encantarlos con sus inefables melodías.

La presentó como un emblema de pureza, como símbolo de la América, y la apellidó, *Virgen del Nuevo-mundo*.

Durante tres años estuvo escitando por medio de los periódico.

(que solo Dios sabe el número de ellos) la curiosidad, el fanatismo, el respeto del público hácia el desconocido *ángel*. En los anuncios que se reproducian bajo distintas formas, gastó la enorme suma de 250,000 francos (50,000 duros.)

Cuando creyó al público suficiente preparado, anunció al gran entusiasmo de las poblaciones, que la *Vírgen del Nuevo-mundo* iba muy pronto á desembarcar en New-York.

Se pasaron tres meses en una contínua ansiedad, durante los cuales el nombre de *Jenny Lind* estaba en todas las bocas. Muchas personas, vagaron dias enteros errantes por la playa, para ser los primeros en saludar á la famosa vírgen.

Un grito general de alegria resonó cuando el cañon del fuerte respondió al saludo del vapor que conducia á la casta *Jenny*. Entonces hubo un contento indescriptible; se daban las manos, se abrazaban y hasta lloraban los mas sensibles. Desde el muelle en que estaba anclado el vapor, hasta la fonda de *Irving-house* donde se hospedó la célebre artista, cuya distancia es de media milla, pusieron alfombras para que no tocasen al suelo sus divinos pies. Todas las noches por órden de Barnum, le dieron serenatas debajo de sus balcones. Convino con las modistas que hicieran sombreros á la *Jenny Lind*; con los cocineros budines; y con las señoras que fingieran ponerse malas á la vista de tanta inocencia.

En esto llegó el dia fijado para el estreno del ángel.

Por medio de una innovacion capaz de llevar á su colmo el entusiasmo, dispuso que los principales asientos fueran adjudicados por subasta y al mas fuerte postor.

Preparó un asiento de honor que consistia en una butaca tallada y dorada con riqueza, puesta en el mismo proscenio. Se le señaló en la primera subasta el precio de quinientos francos, y estraordinariamente disputada, subió hasta dos mil, siendo al fin adquirida por un sombrerero en la suma de dos mil cuatrocientos.

Desde ese dia, el sombrerero aseguró su fortuna y la gente fué en tropel á surtirse á su casa, porque no pudiendo aun contemplar á *Jenny Lind* , querian por lo menos ver al hombre que debia sentarse tan cerca de ella.

Este hecho del sombrerero merece ocupar un lugar al lado de los de Barnum.

La noche del primer concierto de Jenny Lind en el espacioso local de Castle Garden, subió el ingreso á noventa mil francos. El público reunido esperaba ansioso la aparicion de la milagrosa vírgen.

Grande fué la sensacion que causó al abrirse de repente la puerta del foro, dejando ver á Jenny Lind, que llegó á saltos al proscenio y desde él echó una mirada inocente á la sorprendida multitud.

El ruiseñor Sueco no se presenta de otro modo ante el público; diríase que es un niño travieso que se escapa de la vigilancia de su ama y corre locamente todo lo que le permite el largo de la estancia.

Oyese el *ritornelo* y la maravillosa criatura dejó escapar de su divina boca los primeros y patéticos acentos del aria *Casta diva* de la *Norma*.

Sucedió lo que naturalmente sucede cuando se ensalza fuera de propósito á una persona, por mucho que sea su mérito. Encontraron á Jenny Lind inferior á la idea que se habian formado.

La especulacion angélico-musical de Barnum se hallaba bastante comprometida.

Acaso hubiese fracasado del todo si un pensamiento del instante, arrastrando el entusiasmo del público hasta el delirio, no la hubiera salvado.

Sin esperar el fin del concierto, Mr. Barnum se presentó en la escena con aire profundamente conmovido, pidiendo permiso para hablar.

Al tumulto de la asamblea, sucedió el silencio: Barnum se recojió un momento como para pedir al cielo inspiraciones dignas de la alta mision que iba á cumplir, y en seguida dió algunos pasos adelante.

«Señoras y caballeros:

»Por indigno que sea llegar á este sitio á usar de la palabra, despues de las celestiales armonías que acaba de haceros oir el án-

gel de la jóven América, la Vírgen del Nuevo-mundo, yo no puedo guardar por mas tiempo un secreto de su generoso corazon. Jenny Lind, señores (el orador dirigió su vista al cielo al pronunciar este nombre que articulaba con uncion), Jenny Lind enterada de los sufrimientos de la clase indigente, desea aliviarla en todo aquello que esté de su parte. Así, renuncia el importe de esta primera representacion, que asciende á noventa mil francos, en favor de los pobres, y yo estoy encargado de entregarlo al alcalde de New-York á fin de que lo distribuya entre los necesitados de esta ciudad.»

Con frenéticos vivas acojieron estas palabras pronunciadas con el tono del entusiasmo. Semejante rasgo de magnificencia régia, pareció á los americanos, en general poco pródigos, una accion verdaderamente divina y que colocaba á Jenny Lind en el rango de los ángeles mas benévolos.

Las gentes se abrazaron llorando ó se dieron fuertes apretones de mano.

Aprovechando la emocion general, el sombrerero creyó cosa conveniente fingir un desmayo en su sillon de preferencia.

El concierto continuó algunos momentos despues y acabó con el ruido de los aplausos, de los gritos, de los bravos y de los silbidos que allí tienen distinta significacion que en Europa, pues son señal de la mayor satisfaccion.

Despues del discurso, Barnum se frotaba las manos en señal de contento; valiéndose de un medio atrevido acabó de decidir la victoria.

Desde este momento, Barnum acompañado de su ruiseñor, recorrió triunfante toda la América. En su camino prodigaba el charlatanismo y recogia en cambio pesos duros.

Jamás se conoció delirio igual, y la historia de Orfeo encantando á los animales con los acordes de su lira, queda muy atrás de los milagros de Jenny Lind.

No recordamos en qué ciudad, se reunió debajo de la ventana de la fonda donde se hospedaba la célebre cantatriz, una turba de muchachos. Querian verla y reclamaban este honor á grandes gri-

tos: «¡El ángel! ¡el ángel! ¡queremos ver á nuestro ángel! ¡el símbolo de nosotros! ¡la jóven América!»

El ángel pedido no apareció, pero Mr. Barnum se presentó para apaciguar á los turbulentos.

«Señoras y caballeros, dijo dirigiéndose á los muchachos cuyo entusiasmo era sin duda pagado; el ángel que por un sentimiento de religioso amor, vosotros deseais ver para tributarle homenage, se halla en este momento orando. He penetrado sin embargo hasta el santuario donde su alma se eleva al cielo para recibir las sublimes inspiraciones de su inconcebible canto. Ella me ha comisionado, señoras y caballeros, para participaros su profundo sentimiento por la imposibilidad de satisfacer vuestros justos deseos y haceros saber la resolucion de contribuir con una suma de quince mil francos para los huérfanos de la ciudad.»

Los muchachos se declararon satisfechos, y este nuevo rasgo de generosidad unido á otros muchos, cundió al momento por todas partes. Los periódicos hablaron con entusiasmo de la inagotable bondad de la celestial Jenny y los conciertos continuaron siendo productivos.

Mas llegó el instante en que los americanos desencantados cruelmente, creyeron ser juguete de una estraña ilusion. Circuló la noticia de que el ángel, cortándose las celestes alas, se iba á quedar terminantemente en la tierra y á tener familia como el mas simple mortal. Esta dudosa noticia se confirmó, sabiéndose positivamente que la celestial criatura animada hasta entonces de espíritu etéreo, se habia desposado con *Mr. Goldsmidt*, pianista que gastaba gafas. *El ángel* mismo no pudo disimular al público un talle insólito, rico en dulces esperanzas maternales. Esto arrancó un grito de horror por todas partes, y algunos espíritus débiles exajerando el mal, decian que la América se hallaba atacada en la persona de su viviente símbolo.

Se calmaron estas inquietudes, pero fue imposible continuar llevando gente á los conciertos del *ángel caido*. Barnum se vió precisado á dar los billetes gratis para llenar las desiertas salas.

Un simple coche de alquiler condujo hasta el vapor al ex-ángel,

cuyo solo delito habia sido amar. Los periódicos casi no dieron noticia de la partida del señor y la señora de Goldsmidt.

Barnum, tan firme en el ataque como en la retirada, espuso en la primera galeria de su rico museo el busto en mármol blanco de la ilustre Jenny Lind, escultura hecha *antes* del casamiento de esta grande artista.

Reasumiendo: Jenny Lind y Barnum en sus respectivos papeles de *ángel* y *conductor*, no ganaron en pocos meses menos de dos millones que dividieron entre los dos.

CAPITULO VII.

LAS BELLAS ARTES.

En América se cultivan poco las bellas artes. Y no puede ser de otro modo en un pais donde las necesidades materiales no estan aseguradas, sino en un corto número de personas, y donde todo el mundo tiene por objeto hacer fortuna. Solo el comercio podria protejer las artes, pero este no piensa mas que en comerciar, ni tiene gusto para otra cosa. El comerciante no comprende al artista y le considera inútil, y por consecuencia inferior al hombre de negocios, cuyo papel es mas brillante en sociedad. El chalan mas ínfimo desdeñaria ocuparse de la música ó pintura y creeria faltar á la gravedad de su carácter si admirase un cuadro ó se dejase ablandar por los dulces acentos musicales. Pero como los americanos tienen el alma impresionable y viva, esta indiferencia por las artes no puede durar largo tiempo y se debe esperar mucho de las futuras generaciones.

Entre tanto, como los hombres no valen allí sino el capital que poseen, los artistas, poco ricos generalmente, son considerados como cosas sin valor. El mundo los tolera, mas bien que los convida á sus reuniones, y es conveniente hacer una advertencia á los músi-

cos que quieran abandonar á *Paris*, donde son tan estimados y festejados, para establecerse en América: en aquellas tertulias no se convida al *artista* para que participe de los placeres de la fiesta, sino para oirle. «Un artista es siempre respetado, nos decia un antiguo vendedor de bacalao, cuando comprende su posicion en el mundo y se coloca en su verdadero lugar.»—«Es cierto, contestamos; ¡ojalá pudiéramos dejar el papel pautado y el piano, por la venta del bacalao!»—«Ese tiempo vendrá, jóven, ese tiempo vendrá: no hay que desesperarse; principio quieren las cosas.» Y ciertamente que no hubiera tardado mucho como nos aseguraba el estimable comerciante, si hubiéramos perseverado en continuar viviendo bajo el cielo poco melodioso de New-York.

No hay escuela de pintura americana, propiamente dicha, si se esceptúan algunos paisistas, cuyas obras correctas pero frias no tienen nada de original. Los aficionados á cuadros son muy raros en el Nuevo-mundo, y se queda uno sorprendido al ver en los salones amueblados con lujo, horribles mamarrachos, comparados con los retratos que vemos espuestos en los *boulevards* y bajo los que se lee: *Semejanza garantizada, precio* 25 *francos*. Hemos visto cuadros al óleo, con marco y cristal como si fueran grabados. Parecen espejos é impiden que pueda examinarse el valor de la pintura, pero nadie se queja.

Se hace un comercio considerable con las pacotillas de cuadros que se expiden de Francia é Italia para venderlos en subasta. Presenciamos un dia una, en los momentos que se esponia un retrato de tamaño natural. Era de un capitan de bandidos, con el trage tradicional de los gefes; armado hasta los cabellos, con puñales, pistolas y carabina. Sus ojos inquietos, sus facciones marcadas y feroces, su larga barba, se dibujaban bajo un sombrero calabrés de fieltro negro. Debia ser *Mandrin*, *Cartouche* ó *Fra Diabolo*. Tenia el número cincuenta en el catálogo; lo abrimos y en él decia: *Retrato de Luis XIV, rey de Francia, pintado* por *Girardon*. Esta clasificacion estaba equivocada, pero es muy precioso el tiempo en América para perderlo en rectificar. El gefe de bandidos, se vendió como un Luis XIV á un aficionado entusiasta por la fisonomía del glorioso mo-

narca: el verdadero retrato del rey debió necesariamente ser comprado por algun discípulo de *Lavater*, tal vez, que le encontraria las cualidades de la ferocidad.

Solo hay dos galerías particulares de cuadros en New-York. La mejor es de *Mr. Luis Borg*, vice cónsul nuestro. En esta galería se ven algunos originales escelentes: lienzos de grandes maestros y muy buenas copias. Además posee *Mr. Borg*, curiosidades de valor, objetos que han pertenecido á *Washington y Napoleon I*; una coleccion preciosa de grabados antiguos; esculturas de *David d' Angers*, de *Pradier*, y la mendiga de Strazza; una considerable porcion de armas y muebles de marfil, esmalte, coral de otras épocas, y joyas de Saxe. *Mr. Luis Borg*, á quien tenemos el gusto de conocer con intimidad, es un aficionado distinguido á la música y compone melodías llenas de gracia y frescura. Los artistas de mérito encuentran siempre en él un apreciador justo, deseoso de serles útil.

Creemos que las americanas solo tienen un escultor sobresaliente; *Mr. Pawers* que ha hecho una obra notable: la *Esclava griega*, verdadera inspiracion poética digna de los mas grandes maestros. *Mr. Pawers* ha vivido largo tiempo en Italia en medio de tesoros artísticos, y ha sido guiado en sus estudios por las lecciones de hábiles profesores. Mas para que pudiese aprovecharlas fué necesario que olvidase las que habia recibido en *Boston*; este doble esfuerzo de su espíritu, realza mas aun su mérito.

El grabado conviene mas que la pintura y escultura al genio de los americanos. En las estamperías, se ven buenas copias de cuadros grabados por ellos y las ilustraciones de sus libros son bastante bellas. Juzgando por los billetes de innumerables bancos de carniceros, tenderos, constructores de buques y ganaderos que existen en los Estados-Unidos hasta en los pueblos nacientes, se conocerá que abundan los buenos grabadores. En los billetes de banco (moneda corriente de América), dibujan, segun el objeto de cada uno, figuras emblemáticas muy delicadas. Los carniceros, animales; los constructores, astilleros ó *clippers;* los sastres, talleres donde los cortadores dan á la tela forma de vestidos, y los tenderos, productos de su comercio. Podria formarse un album de los

mas pintorescos é interesantes, reuniendo cierto número de billetes americanos. Los hay hasta de cinco francos, pero se economizaria mas comprando á bajos precios los falsos ó verdaderos desacreditados por quiebra, que son bastante comunes.

La música es la mas cultivada de las bellas artes, pero no por eso se estima mas que la pintura y escultura. En el número de los pocos músicos que pueden ó deben envanecer á los americanos, es preciso colocar en primera línea al célebre *Gottschalk*, hijo de Nueva Orleans. Pero *Gottschalk* no tiene de americano mas que el nacimiento: en gustos, costumbres y espíritu, es francés. Vino muy niño á París para recibir las lecciones del arte, y en París fué donde le tejieron sus primeras y mas preciosas coronas: y á París tendrá que volver. Nuestro corazon se exalta al pensar en la estúpida acogida que le hicieron los americanos, incapaces de apreciar su mérito. *Gottschalk*, ese talento tan fresco, tan poético, tan original hace seis ó siete años cuando le oyeron los *parisiens*, ha llegado á ser el pianista mas perfecto. ¿Qué fué á hacer en la patria adoptiva de las medianías musicales y en medio de gentes que al verle recorrer el teclado sonoro con la rapidez del rayo, se reian á carcajadas, y como nosotros lo hemos visto le tocaban á la espalda diciéndole por único elogio: «He ahí un buen ejercicio para el frio. Vd. deberá tener siempre calor.»

En cuanto á la prensa es curioso leer los artículos que algunos periódicos consagraron al talento del pianista. A consecuencia de un concierto, en que por despecho acaso, *Gottschalk* se escedió á sí mismo gastando toda la poesía de su alma herida, uno formuló este juicio: traduccion.

«La música no nos agrada; y de los músicos el que menos podemos soportar, es el pianista; asi, pues, ¡cuánto nos haf astidiado el concierto de *Gottschalk*! lo que hemos oido allí no es música ni pianista, etc. etc.» Estad, pues, dotado de una organizacion escepcional, trabajad toda la vida en desarrollarla; tened talento, tanto como se puede tener; y gastad vuestra salud, para que os dirijan despues semejante elogio!

¿Quereis otro ejemplo de la acojida que tienen los artistas en

América? Pues no tenemos otro inconveniente sino la duda de saber por cuál hemos de empezar: desde la *Malibran*, *Bosio*, *Tedesco*, *Laborde* y *Damoreau Cinti*, todos han perdido su tiempo y ganado muy poco, hasta la *Alboni* que trajo ocho mil duros, que *Mr. Marschall* el empresario y director del teatro de *Broadway*, dice haber perdido con ella.

Paul Jullien, que ha llegado á ser un violinista completo despues de haber sido un prodigio de precocidad, no ha economizado nada en cinco años que lleva de estar alli. Podíamos citar músicos que creyendo encontrar allá la riqueza, abandonaron la Europa, donde vivian estimados y con comodidad, para caer en la mas espantosa miseria y desesperacion.

M. S. pianista de la duquesa de Montpensier, toca el piano en las tabernas de New-York, para despertar el buen humor de los bebedores de *whisky*. Hace poco, uno de estos, demasiado alegre, se acercó al artista y por broma le saltó un ojo de un puñetazo. En cuanto á la ópera, ha arruinado á casi todos los directores desde el infortunado *Palmer*, que se ha visto reducido á vender macarrones aderezados por él mismo en un bodegon, hasta *Mr. Hackett* que ha perdido 20,000 duros con *Mario* y la *Grisi* y *Mr. Peyne*, que en la última temporada á pesar del concurso de la señora *Lagrange* y otros artistas de mérito, arregló sus cuentas con el déficit de 30,000 pesos fuertes.

En América se ha ensayado todo con respecto á especulaciones artísticas y han dado malos resultados.

Algunos empresarios atrevidos contrataron el año pasado al célebre *Jullien*, para una escursion de seis meses. Formó una magnífica orquesta; tocó de *Mozart*, *Beethoven*, *Mendelsshon*, *Berlioz*, *Rosini*, *Meyerbeer*, *Verdi* y de su propia cosecha: clásico, romántico, diabólico, cencerril, panicofónico y bufo. Hizo tocar á *Kœnig*, solos de cornetin de llave; á *Lavigne* de óboe; á *Collinet* (hombre que tiene cien años) de flajolé; á *Bottesini* de contrabajo; embellecieron el local con fuentes elegantes que manaban *Champagne* á discrecion: el precio á estos conciertos clásicos, románticos, fantásticos y báquicos, era el de cuatro *schellings* americanos (dos francos y cin-

cuenta céntimos) y á pesar de esto no iba gente. Los combinados esfuerzos de la orquesta, *Jullien* y los directores, no fueron suficientes á impedir que se perdiera en esta especulacion la suma de 250,000 francos, en seis meses.

Decid: ¿os entran ganas de partir al instante á dar conciertos en el Nuevo-mundo? ¿Por qué no? ¿No hay pacotilleros que han enviado patines al Senegal y comerciantes que han mandado paraguas á Lima donde nunca llueve?

Sin embargo, como todas las reglas tienen escepciones, hay artistas que no pueden quejarse de su estancia en América. Mas para vencer la indiferencia del público han tenido que apelar á recursos agenos al arte.

Leopold de Meyer, el fogoso pianista autor de la *marcha marroquina*, ha dado buenos conciertos presentándose al público con pantalon escocés de anchos cuadros, y dirigiendo sonrisas á todo el teatro, entre melodía y melodía: haciéndose arrojar flores por sus amigos y ofreciéndolas en seguida á las señoras. Entre las dos partes del concierto, pronunciaba discursos y enviaba besos á las jóvenes bonitas.

Todo esto lo encontraban sublime en un hombre cuya fuerza física igualaba al mérito artístico.

Un violinista, en una ciudad del Oeste, tuvo la ocurrencia de vestirse de diablo con cuernos y rabo, para tocar las variaciones diabólicas del *Carnaval de Venecia* de *Paganini*. Apostó ademas músicos ocultos en el local, que debian por su turno dividir las melodías del violin, á manera de vocinas rusas.

Este concierto fué anunciado por prospectos y sueltos, capaces de exaltar los ánimos mas tranquilos. Llegó el dia señalado, y el diablo se presentó. La salida fué saludada por unánimes aplausos; la vestimenta hablaba en su favor; no le faltaba nada; los cuernos eran hermosos, y la cola larga pendiendo de una piel roja como el caparazon de la langosta cocida. En fin como diablo, era preciosísimo.

Durante algunos instantes se paseó en la escena, haciendo gestos para herir la imaginacion de los espectadores y preparar el efecto de las primeras notas infernales.

Despues se paró de repente, cogió con presteza el violin, contempló el arco y empezó bruscamente como movido por un resorte diabólico, el *Carnaval de Venecia*.

Apenas el arco hubo recorrido las cuerdas en la primera parte del condenado tema, un instrumento invisible y estraño continuó la melodía y fué seguido sucesivamente por otros que sonaban en todos los ángulos del local. Durante estos diálogos de espíritus infernales, el diablo recorria la escena á grandes pasos, interrumpiendo el concierto con risas sardónicas, que repetian los ecos del local y fatídicas melodías. El final fué un *tutí* capaz de erizar los cabellos. Mucho se habló de esto y aun se habla hoy dia.

La imaginacion de los concertistas debe estar agotada. Todo se ha hecho. Conciertos de máscaras, de rifas, religiosos, históricos, improvisados, serios, bufos, pirotécnicos, enigmáticos, báquicos, bailables, y por último diabólicos. Un hombre solo, con una voz detestable, ha dado conciertos productivos, cantando sin acompañamiento y durante tres horas consecutivas, salmodias soporíferas de todas las religiones. En Boston lo hemos oido.

Un compositor ha escrito una sinfonía *animal* que tiene por título el *Arca de Noé*. En esta obra imitativa y estraordinaria, se oye el rebuzno del asno, el balido del cordero, el bramido de la ternera, el gruñido del cerdo, el silbido de la serpiente, el canto de los pájaros, el rujido del leon, y la voz del hombre; y se acompaña de un programa descriptivo, digno de pasar á la posteridad con los prospectos odontálgicos.

Debemos citar á un violinista italiano, que creyó hacer fortuna imitando con su instrumento la voz de una vieja colérica. Esto solo tuvo un éxito mediano.

En muchos conciertos, á la voz cantante se mezcla la parlante, y despues de la sinfonía sigue el discurso. El americano es muy aficionado al *speech* (1) y quiere absolutamente que le hablen de todo, apropósito de cualquier materia. Muchas veces entre los conciertos se pronuncian dos ó tres discursos. Si aplauden un trozo de música, pidiendo el autor, es ocasion para hacer un *speech*. Si fal-

(1) Discurso: oracion: arenga.

ta un ejecutante anunciado en el programa, *speech*; si aplazan el concierto para otro dia, *speech*; si tratan de dar uno nuevo, *speech*, y si no puede hacerse, *speech*.

Hemos oido muchos discursos apropósito de cavatinas y brillantes sinfonías, pero no hay dos que merezcan citarse. Sin tener la pretension de traducirlos literalmente podemos asegurar que trazaremos su índole.

Era el beneficio de un hábil pianista, que es al mismo tiempo un compositor de talento. Despues de la primera parte, se presentó un caballero de frac negro, trayendo al artista de la mano. Hizo seña al público que se agitaba en las banquetas, de que queria hablar. Se restableció el silencio, y despues de los saludos de costumbre, el orador se espresó en estos términos:

«Señoras y caballeros: (la galantería americana exije que cuando se habla al público y en los carteles de anuncios, se antepongan las señoras á los caballeros:) no es porque yo sea abogado y desee aprovechar con maña los medios que me sugiere la facilidad de mi palabra, la fuerza de argumentacion, y el encanto de mi elocuencia, por lo que tomo la palabra ante este escogido auditorio. Tengo, á Dios gracias, cuantos clientes pueda desear, y dudo al escojer entre la multitud de procesos con que me abruman, tanto civiles como criminales. Mi objeto no es hablar de maridos desengañados que piden divorcio, ni mugeres engañadas que quieren engañar á los bribones, nada de eso. Si uso de la palabra ante vosotros, es únicamente obedeciendo al sentimiento que me anima y para tomar parte en el entusiasmo que produce este compositor que tengo cogido por la mano.» (Aplausos). «Cuántos momentos felices me habeis hecho pasar ¡grande hombre! despues de los largos debates del foro. ¡Oh, la música! ¡Oh, amigo mio!¡ oh prodijio! si no existieseis, seria preciso inventaros para dicha y gloria de la humanidad.» (Prolongados aplausos). En medio del ruido confuso del público y la orquesta, el beneficiado tomó á su vez la palabra.

«Señoras y caballeros:

»Que me sea permitido devolver á mi amigo el gran orador aquí presente (el abogado hizo una inclinacion) algunos de los li-

sonjeros elogios que ha hecho de mi insuficiencia. ¿Qué os diré, señoras y caballeros? Yo amo á los abogados y despues el piano, el clarinete, el cornetin de piston y el piporro, instrumento que suena tan dulce en mi oido, como en mi corazon la voz de un abogado *dilettante* mezclada á los bravos del público.»

Este último *speech* fué acogido con unánimes aplausos, porque encuentra muy natural el público, que se prodiguen cumplidos elogios á sus respectivos talentos un músico y un abogado, para variar los placeres del espectáculo.

Hay en New-York una sociedad filarmónica alemana, que no admite sino músicos alemanes y ha creido hacer un gran honor á *Gottschalk* concediéndole el diploma de socio, despues de largas discusiones. Uno de los mas encarnizados opositores, era *Mr. Schaffenberg*, músico estéril y pianista duro y monótono. Los socios tocan regularmente las sinfonías de *Beethoven*, para las personas que no han oido las grandes orquestas de Alemania y del conservatorio de Paris. Pero id á decir en New-York que su sociedad filarmónica no es la mejor del mundo y sereis comido vivo, por los *Ramberg*, *Steinberg*, *Krokberg* y *Schaffenberg*.

Los alemanes son la plaga del profesorado en América; dan lecciones de piano y de lenguas vivas á todos precios en perjuicio de otros.

La música que está mas en boga en los Estados-Unidos, es la de *Verdi*. *Il Trovatore* ha hecho furor en New-York, en Boston y las ciudades donde *Mme. Steffenone*, *Brignoli*, *Amadio* y *Mlle. Vestvali* lo han ejecutado. Si los americanos adquieren alguna vez el gusto por la música, el honor será para Verdi, cuyas obras se tocan en todos los pianos; que no es poco, pues la América sola fabrica mas que Francia é Inglaterra juntas. No se comprende esto en un pais tan poco musical.

«¿En qué se convierten las esponjas en New-York?» preguntaba un dia con curiosa solicitud un periódico de Key-West, asegurando que este solo puerto espedia para New-York, de treinta á cuarenta toneladas. A semejanza de él preguntaremos, ¿en qué se convierten los pianos?

Estos reinan hoy, si no por derecho de nacimiento ó conquista, al menos de invasion. Es imposible figurarse la prodigiosa cantidad que se fabrican allende el Atlántico. Para apreciar toda la estension de este comercio, baste saber que constituye con el algodon, la venta mas importante. En New-York, Boston, Filadelfia, Baltimore, Richemond, Luis-Ville, Cincinnati, Washington, Saint-Luis, Chicago, Charleston y Nueva-Orleans; en el Norte como en el Sur, en el Este como en el Oeste, en las grandes ciudades como en las improvisadas, por decirlo así, cada dia en los bosques, hay fabricantes de pianos, dando considerable número de instrumentos al comercio. Bien es verdad que en los salones está considerado como un mueble indispensable.

En un pais tan aficionado á la mecánica, los ingeniosos pianos de *Mr. Debain* debian producir y efectivamente han producido sensacion. Vimos uno espuesto en el *Palacio de la Industria*, y podemos asegurar que era general la admiracion; los *Yankees* venian de todas partes en busca del *french-piano*. Tocar sin ser pianista cuatro veces mas fuerte que el mas fuerte artista, les parecia un adelanto prodigioso; el supremo resultado del arte, y la mecánica. Estos entusiastas colocaban á *Mr. Debain* muy superior á *Listz* que con sus dos manos no puede tocar mas que una docena de notas á la vez, mientras que Mr. Debain podria hacer oir las ochenta y cinco notas de un piano de siete octavas, en un solo acorde.

Un periódico poco filarmónico, pero muy chistoso, hablaba en estos términos del piano-mecánico de Mr. Debain. «En la época actual, los pianos mecánicos del fabricante francés, están llamados á prestar un eminente servicio, propio del adelanto de la sociedad, aminorando los pianistas ó *suprimiéndolos enteramente.*»

»Despues de efectuado este progreso, no hay mas que desear, sino que se encuentre el medio de *suprimir* los pianos.»

Es preciso que los pianistas sean gentes de mucho mérito, y los pianos, instrumentos muy agradables, para que el antiguo y el nuevo mundo, se diviertan en lanzar contra unos y otros semejantes epígramas.

Despues de los pianos, el ramo mas importante de la fabrica-

cion instrumental, es el *harmonium*. Por la bagatela de ciento cincuenta ó doscientos francos, los templos modestos pueden adquirir uno de esos instrumentos, que no son en realidad sino acordeones encerrados en cajas de palo santo. El magnífico armonio que Mr. Debain envió en union del piano-mecánico, al Palacio de la Industria, fué para los americanos una verdadera revelacion. Los periódicos hablaron de ese instrumento que nosotros probamos y el jurado de la esposicion, acompañado de un diploma lisonjero, colocó á nuestro compatriota á la cabeza de los recompensados por este género de industria artística. Mr. Debain recibió una medalla. ¿Aprovecharán los americanos esta leccion? Lo dudamos. Aparte del talento necesario para la construccion de semejantes instrumentos, tienen que venderse á un precio relativamente alto, y en América gusta mucho lo barato para dedicarse á la perfeccion de ellos.

De todos los instrumentos, el acordeon es el que ha adquirido allí popularidad. La moda ha pasado, pero hubo un tiempo en que no se podia dar un paso sin tropezar con uno. Habia propiamente reemplazado en manos del *Yankee*, al eterno cortaplumas con que sin cesar corta y talla pedacitos de madera. Cuando el *Yankee* carece de ellos, se emplea en los muebles, mostradores de tiendas, bancos de iglesias, ó si viaja en los costados del buque. Eso es un pasatiempo habitual y tanto peor para la madera que cae bajo su cortaplumas. En tanto estuvo en boga el acordeon, no se escucharon mas que sinfonías bajo el vasto cielo de la Union. Mas poco á poco fué decayendo el instrumento musical y el cortaplumas volvió á recobrar su imperio en las activas manos del *Yankee*.

En las iglesias de New-York tocan mucha y buena música. En las católicas, todos los domingos, se cantan misas con acompañamiento de órgano, de *Mozart*, *Hyden*, *Cherubini*, *Weber* y otros grandes maestros. El coro se forma de tres partes; un tenor, un bajo y un soprano, pero sostenidos por el órgano, es preferible al canto-llano que entonan los sochantres y seises con voz falsa y sin espresion. El reglamento de Francia, que escluye del coro la presencia de las mugeres, no se ha introducido en New-York, donde las buenas *sopranos* son buscadas con empeño.

Los músicos militares, detestables hace tres años, tienden á mejorarse, y somos justos elogiando á nuestros compatriotas de la guardia *Lafayette*, que tienen una magnífica banda de música. Las invenciones de *Mr. Sax* han alcanzado un triunfo en América como en Europa. Pero allí como aquí, atrevidos falsificadores, imitan los instrumentos poniéndoles la marca de Mr. Sax. No solamente le privan de este modo del interés á que como inventor tiene derecho, sino que lo desacreditan, vendiendo como suyos instrumentos mal fabricados.

De lo que acabamos de decir, se conjetura que debe haber pocos compositores en América. Sin embargo, tienen aires populares, tiernos é inocentes, que no carecen de encanto. Proceden de aires irlandeses, y como estos, poseen cierta melancolía fatal que penetra el alma. *Mme. Sontag*, cantaba baladas con un gusto esquisito y un abandono simpático. ¡Pobre Mme. Sontag! despues de una escursion de diez y ocho meses por todas las ciudades de la Union, despues de haber sufrido tantas penas y fatigas con un valor que sostenia el amor á sus hijos, fué á sucumbir á Méjico de una muerte singular y misteriosa.

Durante nuestra permanencia en New-York solo hemos oido una ópera americana. Era de *Mr. Bristow*, compositor, acompañante, afinador, organista, director de orquesta, profesor y fabricante de pianos. Se vé que no faltaban cuerdas al arco. La ópera fué perfectamente cantada por *Mlle. Pyne*, tenia algunos trozos buenos y alcanzó un éxito brillante. El asunto del poema, sacado de la moderna historia americana, no contribuyó poco á hacerla simpática para el público. Antes de Mr. Bristow, debemos colocar á *Mr. Fry*, que reune al mérito de compositor una grande erudicion musical.

«Los niños, dice no sabemos qué escritor, creen generalmente que el bacalao nada en el fondo del mar, en forma seca, correosa y aplastada como lo venden.» Muchos profesores y compositores distinguidos se hallan en el mismo caso, con respecto á la historia de su arte, lo mismo en Europa que en América. Fuera de la rutina no saben nada. Por la filosofía y estética de los sonidos no se toman

el menor interés. El conservatorio de París que se cita con razon como la primera escuela de música europea, deja un vacío en este punto que hemos sido los primeros en advertir. «Mientras que se limiten, decíamos en una revista musical del *Siecle*, á enseñar la combinacion de los sonidos bajo el punto de vista de las reglas de armonía y no se espliquen los diversos efectos que producen en nuestra organizacion por el de las sensaciones morales, el conservatorio podrá producir buenos músicos pero no compositores.» Y acabábamos por pedir para nuestra escuela nacional la creacion de una cátedra de filosofía é historia musical.

Animado sin duda por las mismas convicciones y el amor á la ciencia, *Mr. Fry* ha consagrado ocho años de su vida á escudriñar en las bibliotecas de Francia, Alemania, España, Italia é Inglaterra, los distintos elementos con que ha formado una obra interesante. A manera de los conciertos históricos de *Mr. Fétis*, Mr. Fry ha dado varias reuniones en la gran sala quemada hoy, (¿qué salas y casas no concluyen por quemarse en América?) de *Tripler Hall*. Pero estos conciertos tan interesantes é instructivos, por los cuales Mr. Fry se asoció á numerosos coros y orquesta completa, encargados de ejecutar los *ejemplos*, han tenido poco éxito.

¿Qué importa á los negocios de New-York preguntamos nosotros, que los griegos hayan ó no conocido la armonía? ¿Que Palestina haya reformado la música religiosa, componiendo misas segun las reglas particulares que se llaman contrapunto? ¿Que la primera obra de música impresa en Italia sea precisamente de un francés? ¿Que la primera ópera representada, fuera *Euridice*, compuesta por *Jacques Péré* y ejecutada en Florencia con motivo del matrimonio de Enrique IV y María de Médicis? ¿Que esta ópera no se compusiera sino de recitados, etc. etc? Nada seguramente; y la menor noticia de algodon averiado, harina importada, ó bacalao, es mucho mas interesante.

No; América no es artística por ahora; nosotros le hacemos justicia por sus grandes cualidades, y le diremos sus defectos con la misma franqueza.

CAPITULO VIII.

LA MECÁNICA Y LAS MÁQUINAS.

En un pais tan vasto como América, donde los brazos faltan las mas veces, y el trabajo es una fiebre general y continua, donde la necesidad ha pasado á ser pasion, naturalmente la mecánica debe hallarse adelantada, puesto que economiza las fuerzas del hombre, abrevia el tiempo, y produce ventajas. El pueblo americano es el que hace mayor número de aplicaciones del vapor. Por todas partes se ven máquinas útiles é ingeniosas y con formas estraordinarias. Echemos una rápida ojeada sobre las de vapor, gloria industrial de América. No somos mecánicos ni sentimos humillacion confesándolo, pues no escribimos para hombres especiales. Estas líneas se dirijen á los simples profanos y no tienen mas objeto que poner á su alcance las costumbres americanas, de las cuales la mecánica es un lado pintoresco.

La osada inteligencia de los americanos se demuestra sobre todo en las máquinas de vapor aplicadas á la marina. Algunas llegan á tener proporciones verdaderamente admirables. Pueden citarse vapores de fuerza de mil doscientos caballos. Sin hablar de los grandes que hacen la travesía larguísima de Europa y California, ¡cuán-

to no pasman los que son mas bien palacios flotantes de dos ó tres pisos, y que surcan las aguas del Ohio, el Misisipí y el Hudson! Estos inmensos buques, desconocidos en Europa, son propiamente ciudades, que contienen dos mil viajeros, mercancías considerables y numerosos rebaños.

¿Pero qué son al lado del Ohio, del Misisipí, del Hudson, verdaderos mares de agua dulce, los *grandes* lagos de la Suiza, tan decantados? El de Génova y el de Côme, parecerian pequeñas charcas de agua, comparados con los prodigiosos de América. Mientras en Europa se admiran los vapores de fuerza de cuarenta caballos, allí se consideran ordinarios los de seiscientos. Esos vapores de perfecta forma en el esterior no pierden su perfeccion interior. Estan dorados, cubiertos de alfombras sedas y terciopelo; adornados de magníficos espejos y muebles de lujo. Tienen pianos, juegos de mil clases y bibliotecas. Desgraciadamente no se está siempre seguro en ellos. ¡Tengan cuidado los que viajan bajo el mando de un celoso capitan, que no tope con un adversario! En seguida quiere adelantarle y calentando la máquina mas de lo que puede resistir, no solo con carbon y leña sino hasta con resina, la suelta toda. Si su rival no cede, lo hace cuestion de honor. Bien pronto se propaga su entusiasmo á los pasajeros, que formando cadena desde la máquina al puente dan vivas de alegria, en tanto que el combustible toma incremento y suele volar el buque.

Los vapores americanos estan construidos para recibir la carga en el puente. El interior lo ocupa la máquina; en medio del barco, no se apercibe de ella sino el gigantesco balancin, como una bomba que no cesa de moverse. Al lado de él, pero mucho mas alto y por encima de todos los pisos del vapor, se eleva un pabelloncito, donde permanece el capitan en observacion y el timonel que dirijen los movimientos.

En América no hay vapores pequeños. Los mas chicos son los *ferry boats* de *Brooklin* en New-York, que atraviesan el rio *Est;* tienen 160 metros poco mas ó menos. Los *ferry boats* no tienen menos fuerza de ochenta caballos. Atraviesan todos los rios, pues los puentes son por decirlo así, desconocidos en los Estados-Unidos.

Las máquinas son generalmente bien construidas, sólidas, pero sin lujo. Las piezas no estan pulimentadas. Lo útil reemplaza siempre á lo agradable en los trabajos de herreria. Es preciso esceptuar de esto las bombas de incendios que los americanos adornarian de la mejor gana con perlas y diamantes.

Apropósito de las diversiones americanas, hemos hablado ya de las bombas y bomberos. No trataremos mas de este asunto. Solo añadiremos que son las mejores y mas elegantes del mundo. Ellos rien de conmiseracion pensando en la pobreza de las nuestras. «Pobres incendios y pobres bombas.» Dicen con desden. Lo cierto es que un bombero americano no vacilaria, en caso de apuro, en vender su vestido para decorar su bomba. No es mas celoso un amante de su querida, que un bombero de los atractivos de su bomba. Decidle á uno (en América todo el mundo tiene algo de bombero) que es ruin y estúpido; desdeñará esos insultos y puede que ni responda. Mas, criticadle una bomba, y os matará sin escrúpulo. Entre el bombero y la bomba, no se puede nunca poner el dedo. Al lado de las ricas bombas de incendios, incrustadas, cinceladas con arte, decoradas con flores, y adornadas con los colores mas vivos, las locomotoras de los caminos de hierro, forman un contraste que llama la atencion. Cargadas con una chimenea estraña, corta y ancha como la boca del infierno, son negras y tristes, como un pensamiento lúgubre; parece que llevan ya el luto por los viajeros que pueden precipitar en lo profundo de algun abismo ó en las aguas por algun puente hundido. Estas catástrofes son bastante frecuentes en los Estados-Unidos, pero llaman muy poco la atencion. Lo importante para el americano es que con peligro ó sin él, bien ó mal, le trasladen con rapidez á cualquier punto de su vastísimo territorio. La vida del hombre se considera de escaso valor en América, pues ha visto desde el año de 1843, aumentarse la poblacion con 3.300,000 emigrados de todas naciones, y está acostumbrada á mirar á los hombres como introduccion ó estraccion de mercancías. Los hombres le llegan completamente hechos como las telas tejidas.

Allí hay muy pocos niños proporcionalmente, y es porque la

Europa le dá los hombres que contiene y son necesarios á ese pais avaro de tiempo, de goces y de brazos vigorosos que labren la tierra y edifiquen ciudades que se ven salir como por encanto de en medio de las selvas. Asi, pues, ¡qué actividad! ¡qué furor de trabajo! ¡qué esfuerzos por todas partes! A esta hora los Estados-Unidos, no poseen menos de 36,000 kilómetros de caminos de hierro: lo bastante para rodear con una línea el globo terrestre. La Inglaterra, que es el pais que tiene mas vias férreas con relacion á su territorio, no posee mas que 20,000 kilómetros. La Francia 7,000. La Alemania con todos los Estados secundarios 12,000. La Bélgica 1,500. La España 1,400. La Dinamarca 300. La Italia comprendiendo la Toscana, los Estados pontificios y el Piamonte 1,500. La Rusia, potencia mas vasta de Europa, 3,500.

Gracias á las comunicaciones prontas, fáciles y á poco precio por mar y tierra, los Estados-Unidos, se cultivan mas cada dia, estienden su poblacion, que en algun tiempo cubrirá toda la superficie del continente, y marcha á pasos agigantados á la mas asombrosa prosperidad material.

El vapor y sus máquinas variadas, son una de las causas principales, despues de la libertad, del pronto adelanto de ese pueblo trabajador.

Los agricultores, que saben todos leer y escribir y reciben diariamente un periódico, y los industriales de las villas, han seguido el impulso de la civilizacion. Los trabajos de la tierra se hacen en gran parte mecánicamente. Máquinas locomotoras de fuerza de cuarenta, cincuenta, y aun sesenta caballos, desmontan las vastas llanuras del Kansas, del Orégon y la California. Se laborea, surca, siembra, siega, aventa, y recoje el trigo, por medio de máquinas.

Para todo lo que puede contribuir á aumentar la priesa de la colonizacion y ayudar rápidamente la prosperidad material se valen de recursos mecánicos.

Allí se ha inventado el *excavador*.

Es una especie de máquina locomotriz para limpiar la tierra. Está formada de una *grua* que gira media vuelta sobre sí misma. Del pico de esta *grua* cuelga una cadena que levanta y baja el *scoop*

ó cubeta armada de dientes de acero que cava el terreno. Por detrás de dicha *grua* se encuentra la caldera del vapor que impulsa el mecanismo. En menos de un minuto se llena de tierra un wagon, sirviéndose del *excavador*.

Este aparato se emplea en toda América y se ha usado en Inglaterra y en Rusia para la construccion del camino de hierro de S. Petersburgo á Moscou. Cuatro máquinas de esta especie, construidas en Paris, funcionaron haciendo el trabajo de noventa hombres, en los caminos de hierro del Norte y del Havre. Este instrumento está llamado á prestar grandes servicios á la agricultura.

Vemos que una de las mejores casas de importacion de Rio-Janeiro, la de D. Manuel Olegario Abranches, ha espedido para el interior del Brasil *excavadores* y algunos otros instrumentos de agricultura. Se esperan los mas felices resultados del uso de estos diferentes aparatos, cuyo empleo en el Brasil es debido á la feliz iniciativa de dicho Sr. Abranches.

En los Estados donde junto á casas de madera, han edificado con ladrillo ó piedra, sirve para tallarla, hacer las cornisas, dibujar los arquitrabes y cortar las volutas: es una máquina estremadamente curiosa para estos usos: movida por el vapor funciona con todos sus útiles tallantes, picantes, rascantes y contundentes.

Hay máquinas para trasportar las casas de madera de un punto á otro, instalándolas sobre nuevos cimientos. El año último vimos en New-Brington, en el Staten-Island, mudar una casa de ese modo: fué trabajo de una mañana. Se hallaba situada en la falda de una colina la víspera, y al otro dia estaba en el punto culminante.

Poco tiempo antes de nuestra marcha de New-York, ladrones atrevidos provistos sin duda de una máquina semejante, quitaron de en medio una casa desalquilada que se estaba recomponiendo. Advertida la policía por el propietario que no la encontraba, buscó á los culpables. Prendieron á los ladrones, pero no pudieron *prender* la casa que habian deshecho y vendido al pormenor.

Este hecho auténtico y confirmado en todos los periódicos de New-York, nos parece capaz de humillar á los rateros vulgares que se limitan á robar el pañuelo y la tabaquera del bolsillo de la gente descuidada.

La nacion que publica el mayor número de periódicos, debe tener tambien las mejores prensas. Nada sobrepuja en efecto las admirables máquinas de triples cilindros de la fábrica de *MM. Hoé* y compañía, en New-York. Manejadas por algunos hombres, no tiran menos de 20,000 ejemplares por hora, segun se nos ha asegurado. Y es cierto que dos horas despues de la llegada de los vapores tras-atlánticos, el *Herald* y otros periódicos venden por las calles á miles, largos suplementos, conteniendo las principales noticias de Europa. Dos horas, pues, bastan para leer los periódicos europeos, componer y tirar millares de ejemplares.

« *Time is money*: el tiempo es dinero. » Hemos dicho que tal era la máxima fundamental de los americanos. Se comprende que con semejante regla de conducta, es preciso llevar siempre un relój consigo y tenerlo en todas las habitaciones donde se permanezca, para no olvidar nunca la hora que es. Por eso el genio americano se ha apresurado á inventar máquinas, por medio de las cuales se pueden fabricar relojes á poca costa. Con respecto á esto, han llegado á un punto que sorprende. El *Connecticut* posee inmensas fábricas de péndulos de madera muy buenos y se venden por mayor á razon de dos francos y cuarenta céntimos cada uno. Junto á esta hay en Troy otra máquina para hacer zapatos. En los talleres que hacen uso de ella, no salen menos de cuatro mil pares por dia para todos los Estados de la Union.

Ya se conoce en Francia la máquina para coser. En América sirve para la confeccion de toda clase de prendas y ropa blanca. Son manuables y no ocupan con sus ruedas y útiles mas que un espacio de dos pies cuadrados. Manejadas por una obrera no dan menos de 500 puntadas por minuto.

Como apéndice á la máquina de coser, figura la de cortar, que puede hacerlo á la vez con doce fraques, y su uso está muy estendido.

Las invenciones útiles que en los Estados-Unidos mas que en ninguna otra parte conducen á la fortuna, sobrescitan la imaginacion trabajadora de los americanos. Van á quien inventa ó perfecciona mas una cosa, y si el movimiento contínuo se halla algun dia, seguramente ellos lo encontrarán.

Los inventores en el Nuevo-mundo, trabajan á su libre albedrío, nada impide sus ensayos. No existen trabas de ninguna especie que se opongan á los esperimentos difíciles ó peligrosos; se tiene el derecho de inventar el rayo en su cuarto, sin que nadie pueda quejarse. Se alquila una habitacion en una calle cualquiera; se paga un trimestre adelantado, que es muy usual en América, y se inventa todo lo que se quiera.

Sino temiésemos ser indiscretos, podríamos citar el nombre de un francés que ha inventado en su cuarto, *Howard-street*, tercer piso, un cañon de bronce del calibre de 8, que tira treinta cañonazos por minuto y que ensayó muy amenudo en su casa. El inventor lo hacia todo en su cuarto, donde habia puesto su taller: hacia el oficio de herrero, limaba, cortaba, serraba la madera, partia el hierro, torneaba las piezas de cobre y recibia á sus amigos.

Cuando despues de ocho meses largos de un trabajo tenaz, nuestro compatriota hubo realizado su propósito y se halló poseedor de un terrible cañon que habia inventado y hecho con felicidad él solo, justamente orgulloso quiso probar y tirar como lo habia anunciado, treinta cañonazos por minuto. A cada detonacion del terrible instrumento de muerte, la casa temblaba en sus cimientos: hubiérase dicho que se hundia. Pero los inventores tienen de molestos y felices, que absortos en su trabajo no se inquietan nunca por los demás. Nuestro compatriota no se apercibía de la consternacion que á su alrededor habia, y cuanto mas tiraba mas deseaba aun.

Los vecinos sobrecogidos de espanto primeramente, concluyeron por tomar su partido y se acostumbraron poco á poco á estas demostraciones guerreras que les hacian temblar en sus sillas y saltar de las camas.

Un vecino que vivia en el mismo piso del inventor, quiso por

un sentimiento de delicada atencion, que nunca seria bastante alabado, admitir las visitas en su casa, y apartarlas de terribles emociones. Escribió sobre un ancho rótulo colocado cerca de la puerta del inventor, este aviso con gruesos caractéres: «No os fieis; aquí tiran cañonazos.»

El hijo del propietario de este cañon, que es uno de nuestros mejores violinistas, maravillado de la invencion de su padre, fabricó tambien un cañoncito para dispararlo alternativamente con el grande. De suerte, que despues de una detonacion formidable de la pieza de á 8, se oia el golpe seco pero mas débil del cañoncito del hijo que respondia.

Nadie se quejó.

Sin embargo, no olvidaremos jamás la piadosa fisonomía de un inquilino de tranquilas costumbres, que nos dijo un dia en la calle mirando la casa del inventor en la cual iba á entrar:

—«¡Qué ruido hacen en esta casa!»

Diremos que el cañon de nuestro compatriota ha sido examinado por las personas mas competentes y los cónsules franceses de New-York y Washington, conviniendo todos los que lo han visto, en admirarlo como una obra maravillosa de destruccion. Es muy cierto que por medio de esta pieza de artillería, que ha funcionado delante de nosotros, se tiran veinte y cinco ó treinta cañonazos por minuto, con dos artilleros solamente y dando vueltas á una manibela, como se toca el órgano de Berbería. ¡Es terrible! si semejantes inventos no ponen término á la guerra, por la eminencia del mismo peligro, no contribuirán poco á la destruccion completa de la especie humana.

Otro francés, *Mr. Lambert Alexandre*, ingeniero en New-York, ha resuelto uno de los mas difíciles problemas de la mecánica de vapor. Ha reemplazado las ruedas de los vapores por un sistema propulsor directo, continuo, sin trasmision de movimiento.

Nosotros hemos visto un modelo de este barco funcionando en el rio *Hudson*, con un éxito completo y aplauso de todos los hombres competentes y autorizados.

Las ruedas de los vapores tienen varios inconvenientes graves.

En tiempo ordinario, cuando el mar no es fuerte al hacer sus evoluciones, elevan inútilmente masas de agua que aminoran la fuerza de la máquina en un treinta ó treinta y cinco por ciento: de este modo, una fuerza de cien caballos, por ejemplo, se reduce á setenta lo mas. En mal tiempo es aun peor, porque los vaivenes del barco hacen que las ruedas volteen en el aire alternativamente.

El nuevo sistema salva estos inconvenientes y crea nuevas ventajas. Asi que se hallan las ruedas sumergidas cuatro ó cinco metros debajo del buque, se agitan en una densidad superior á la capa en que funcionan las ordinarias. El campo de superficie de las nuevas es tres veces mas estenso que el de las que actualmente se usan.

Con este sistema, que revolucionaría completamente la navegacion, el poder motor, como ya hemos dicho, es continuo, y la resistencia que esperimentan las ruedas, nula.

La colocacion de la máquina en la quilla es una ventaja inmensa para la marina, porque la pone á cubierto del cañon enemigo.

Segun el cálculo de los hombres mas competentes, los buques construidos por este nuevo sistema, no harian menos de 18 á 22 millas por hora. Asi, pues, se atravesaria el Océano atlántico en seis ó siete dias. ¡Qué ventajas resultarian para el comercio con una navegacion tan rápida! La mecánica, triunfante, se burlaria del capricho de los vientos, que podrian moderar su fuerza, pero detenerle nunca.

Y en la guerra, ¿cómo se figura uno estos barcos andando 20 millas por hora, con su máquina garantizada, y armados de los nuevos cañones, que tiran treinta cañonazos por minuto?

Mr. Lambert Alexandre no satisfecho con dotar á los vapores de un nuevo propulsor, ha inventado para uso de la marina en general un instrumento admirable, destinado á reemplazar la *guindola*, tan poco conveniente: le ha dado el nombre de *silometrógrafo*. Este aparato náutico, que algun dia ocupará su lugar en los buques junto á la *brújula* y el *octante*, sirve para señalar sobre un cuadrante la marcha del barco con sus mas mínimas variaciones, en un papel destinado al efecto que se enrolla y desenrolla por sí

mismo. Nada mas ingenioso, exacto y sólido á la vez que este instrumento capaz por sí solo de hacer la gloria de su inventor.

Hay en todas las grandes ciudades de la *Union*, hombres establecidos que comercian con la *fuerza*. Tienen su casa abierta á todos los industriales que necesitan un motor. Alquilan uno, dos, tres caballos de fuerza ó mas, si los necesitan. Este comercio de fuerza es muy curioso.

Un dia encontramos á un americano que parecia muy preocupado.

—¿Qué tiene Vd? preguntamos, parece que está Vd. incómodo.

—Un poco, respondió él; busco por todas partes *medio caballo* y no lo puedo encontrar. Los *medio-caballos* no son nada comunes desde hace algun tiempo; los propietarios no quieren venderlos al pormenor.

—¡Cómo! replicamos sorprendidos y sin comprender lo que queria decir el americano. ¿Busca Vd. medio caballo?

—Si, respondió sin apercibirse de nuestra sorpresa; un caballo entero es demasiado fuerte para mí, y tengo bastante con medio: ¿Conoce Vd. alguno que quiera cedérmelo?

—No; dijimos mas asombrados, ¿acaso Vd. come ahora caballo? Se nos figura preferible la vaca, digan lo que quieran.

—A mí me gusta la vaca, contestó él riyéndose, y no tengo maldita la gana de comer caballo. Lo que busco es *medio caballo* de fuerza de vapor.

En los barrios comerciales de las ciudades de los Estados-Unidos estan construidas las casas de modo que pueden contener cábrias y otras máquinas para trasportar los bultos desde la calle á todos los pisos de las casas. En América no hay mozos de cordel, los fardos son conducidos por carretas con caballos ó máquinas al efecto.

Un daguerreotipista ha tenido la idea de construir un aparato para el mejor servicio de sus parroquianos y por este medio les ahorra el trabajo de subir hasta un quinto piso donde tiene el taller. En el cuarto bajo hay una butaca que atraviesa toda la altura de la casa y conduce cómodamente sentadas á las personas que quieren visitar al artista. Despues que son daguerreotipadas en cinco minutos, vuelven á bajar por el mismo camino aéreo.

Hay en América máquinas para todas las cosas y caminos de hierro para todos los usos.

El verano en los *Ice cream saloons* y en las fondas, agitan el aire por medio de grandes abanicos movidos con máquinas y producen un fresco agradable.

Igualmente, como llevamos dicho, tienen en las fondas lavaderos mecánicos donde lavan, secan y planchan en dos horas, la ropa blanca de los viajeros. Una máquina nuevamente inventada por un Canadiense, beneficia la atmósfera gruesa de las cocinas, sacando de ella un gas escelente para el alumbrado. Es tal la aficion de los americanos por los caminos de hierro, que hasta en el pequeño radio de las iglesias los han puesto con objeto de variar el púlpito de lugar, cuando les place. Está colocado de suerte que desde un rincon lo llevan hasta el altar mayor donde espera el sacerdote para decir el sermon. El ruido que produce al rodar es muy semejante al trueno.

En *Longansport*, estado de la *Indiana*, el doctor *Alphens Myers* se ha hecho verdaderamente dueño de la *solitaria*. Este célebre médico que es tambien un mecánico de los mas ingeniosos, ha inventado una *trampa para la ténia*, cuya descripcion encontramos en el *Scientific American*.

Dicha trampa se fabrica con una hoja delgada de oro ó plata, segun los medios del *propietario del gusano*.

Contiene ademas un resorte espiral, que se apoya en una especie de tenedor con dientes muy punzantes. Estos dientes estan mantenidos por una espiga ó alfiler que descansa sobre una de las puntas y la obliga á sostenerse en el resorte. Despues de meter un pedazo de queso para engañar á la *solitaria*, que segun parece es muy golosa, se cierra el instrumento.

El enfermo debe ayunar rigorosamente algunos dias.

Cuando el paciente no tiene nada en el estómago, que pueda servir de alimento al *parásito* y el doctor lo supone hambriento, es la ocasion de tender la red. Se desliza por la garganta el hilo que retiene la trampa, teniendo constantemente abierta la boca del enfermo, por medio de un corcho colocado entre sus dientes. El ope-

rador con *red* en mano acecha el instante en que el *botriocéfalo* impaciente por almorzar, deja su oscuro retiro, y asoma por la garganta buscando el queso tentador.

Dice el doctor Alphens Myers:

«Existen solitarias indecisas ó caprichosas que dejan al enfermo con la boca abierta durante seis, diez y aun mas horas, sin tomar una resolucion satisfactoria.» Mas adelante añade: «No hay que descorazonarse por esto.»

En efecto, el hábil doctor concluye siempre por contemplar con orgullo la víctima, en esta red de nuevo género.

En uno de los capítulos precedentes hemos hablado de una máquina para matar cerdos. Esta estraña aplicacion de la mecánica moderna de vapor, merece que nos ocupemos de ella detalladamente. Los propietarios de esta temible máquina, en que todos los dias tienen pronta y estraordinaria muerte tantos miles de cerdos, son *MM. Borello* é *Hinglinton de Cincinnati*.

La fábrica se compone de cuatro grandes cuerpos, ligados por puentes colgantes, y mas lejos, la terrible máquina está sembrada de innumerables rebaños de cerdos pertenecientes á distintos dueños, que los llevan como el trigo al molino.

A una señal del mecánico se levanta una balaustrada que comunica con la primera division de la máquina, llamada el degolladero, y empieza la operacion. Están los cerdos muy oprimidos los unos á los otros, y les abren un desfiladero por donde se precipitan en el segundo cuerpo hasta un corredor estrecho en que pasan dificultosamente uno por uno. Detenidos allí, mueren atravesados por el cuello con enormes cuchillos movidos al vapor, como todo el resto de la maquinaria. En menos de un segundo, los cerdos degollados son cojidos por las patas traseras, arrastrados violentamente y levantados por medio de garruchas hasta cierta altura. Suspendidos así, pasan luego á un balancin que se mueve sin cesar y zabulle repetidas veces al animal en un pozo de vapor, acabando por sumergirle. De este pozo vuelve á salir enganchado nuevamente por garfios para pasar al raspadero. Este es de forma cilíndrica y formado por instrumentos parecidos al cepillo, que se

mueven en sentido contrario, dándole sobre quince vueltas al cerdo en menos de medio minuto, tiempo que basta para limpiar al animal y dejarle la piel mas blanca que la de un pollo.

Despues de esta operacion lo trasportan rápidamente, valiéndose del mecanismo de las poleas, á un corredor especial, en que lo abren por el vientre desde el hocico á la estremidad de la cola. Entonces los trabajadores le sacan todo lo que tiene de provecho, y arrojan lo restante en un gran canal que atraviesa los patios y va á perderse en el *Ohio*. Inmediatamente lo llevan á la penúltima division, tendido en una ancha tabla para ser destrozado simétricamente. Luego se salan y cuelgan las partes que han de ser curadas, mientras las restantes se ponen en salmuera y se meten en barriles.

Todo esto se hace con tanta rapidez, que cuesta trabajo seguir con la vista las múltiples y variadas operaciones. Los cerdos suceden á los cerdos como los caballos de madera suceden á los caballos, en el juego circular de los anillos. Debe añadirse á esto los gruñidos siniestros de los cerdos degollados, cuyos ecos llegan hasta el oido. Esta lúgubre música no tiene fin, y á medida que los ronquidos de un cerdo se pierden ahogados en el pozo, la máquina degüella sin interrupcion otro que vuelve á lanzar al aire nueva melodía de lamentaciones.

Este establecimiento curioso es muy frecuentado por los estranjeros que pasan por *Cincinnati*, siendo perfectamente recibidos por los actuales propietarios, que son verdaderos *gentlemen*. Un viajero francés cuenta que habiendo ido á ver la fábrica en dia de fiesta, á pesar de estar suspendido el trabajo, uno de los asociados á la casa, mató treinta cerdos con el solo fin de que viese obrar la máquina.

No pudo ser mas amable.

La electricidad aplicada como fuerza motora, preocupa tanto en América como en Europa el círculo de sabios é inventores. Todo el mundo presiente que la gran revolucion del progreso industrial, está en la electricidad, cuyo poder mal desarrollado y casi desconocido debe algun dia reemplazar al vapor, con ventajas que

nadie puede calcular. En el número de los ensayos que tienden á realizar este descubrimiento, hemos visto funcionar en New-York, la máquina electro-magnética inventada por *Mr. Larmengeat* y ejecutada en pequeño. Consiste en un aparato simple, pero muy ingenioso, que mueve una prensa de imprimir con facilidad y prontitud admirables. El público acudió en tropel á presenciar los esperimentos del hábil inventor que acaso ha realizado (el porvenir nos lo dirá) el gran problema de la fuerza eléctrica aplicada á la maquinaria.

Entre las invenciones raras de América hay una del pais de los *Yankees* puros, que es muy digna de mencionarse. *Time is money.* Es una cama-despertador que no deja nunca de cumplir con su mision. Su mecanismo es muy ingenioso. Se le dá cuerda, y á la hora indicada toca la mas ruidosa y desagradable de todas las sinfonías fantásticas, patéticas ó cencerriles. Si el que duerme no despierta súbitamente con ese trozo de música, la mecánica bienhechora repite su advertencia, mas ruidosa y desagradable que la primera. Si á pesar de esta segunda sinfonía, la persona insiste en permanecer dormida por necesidad ó pereza, la mecánica recurre á un tercer medio infalible; esta vez sin acompañamiento de orquesta, el resorte que opera en el fondo del lecho, vuelca sin remedio y hace rodar por tierra al terco que duerme.

En Francia se sirven de péndulos-despertadores, cuando no se quieren quedar entregados al encanto del *far niente* ó como vulgarmente se dice, que se peguen las sábanas al cuerpo; mas, concluyen por acostumbrarse al ruido de la *péndola* y se duerme perfectamente por mas que traten de despertarse.

¿Pero quién resiste al lecho-despertador de los americanos que tira por tierra á la persona entre los colchones y las mantas en desórden?

Un periódico americano, el *Uncle Sam* ha contado apropósito del lecho-despertador una historia bastante picante, garantizando la autenticidad.

Mr. W. D. S., se habia desposado con la hija de un rico comerciante, jóven de diez y siete años, amable y encantadora. La

boda tuvo lugar en casa del padre de la casada, donde habia un lecho-despertador.

Nada faltaba en la fiesta; la asamblea era numerosa, escojida y elegante, y estuvo perfectamente en semejante dia de goces.

Así que dieron las doce de la noche, los convidados se retiraron poco á poco y las luces disminuyeron en la casa.

Ultimamente salieron los abuelos, dejando á la feliz pareja despues de bendecirla.

A la primera hora del dia siguiente, despues de las dulces y vivas emociones del anterior, cuando el esposo y su tierna compañera dormian soñando delicias, fueron repentinamente despertados por un horroroso crujido que salió del lecho. Se sintieron levantar por una fuerza superior é invencible, y por último lanzados en medio de la habitacion.

Abrazados para morir juntos, creyéronse víctimas de un temblor de tierra.

No dudando de la triste suerte que les estaba reservada, esperaron la muerte con valor. El esposo buscó para consolar á la esposa, palabras de la mas apasionada ternura.

Mas como la muerte no llegaba, no tardaron en reconocer que no habia habido temblor sino en la cama.

El lecho-despertador, muy hermoso en verdad, fué elegido como lecho nupcial por el padre de la casada sin sospechar la diablura fraguada por *Tomasito* el mas jóven de la familia. Este maligno muchacho concibió la chistosa idea de dar cuerda á la máquina del lecho y puso la aguja del despertador en las cinco de la mañana. El pilluelo comprendió que los recien casados estarian á esa hora muy dormidos para poder despertar con la señal de música únicamente y determinó precipitarlos fuera de la cama.

Ved ahora una máquina de un género enteramente nuevo, digno de *Mesmer* ó de *Cagliostro*. Esta máquina lúgubre y misteriosa es.... nos atreveremos á decirlo.... para hacer hablar las almas de los difuntos.

Hasta el dia, los espíritus evocados, se presentaban de cierta manera; no respondian ó lo hacian tan lentamente que era preciso

arrancarles las palabras. Esto desesperaba á los americanos que no les gusta perder el tiempo. En fin, gracias al doctor *Hare de Filadelfia*, los *espíritus* han llegado á ser mas tratables; sino ha conseguido obligarlos á hablar, por lo menos se comprende mejor y mas de prisa lo que dicen y la conversacion no languidece. Esta maquina ingeniosa se llama *Espíritu-escopo*. Se compone de seis partes enteramente distintas, pero no pueden funcionar cada una de por sí. En lugar de contar un número de golpes correspondientes á cada una de las letras del alfabeto, lo que seria demasiado largo por poco locuaz que fuese el espíritu, no hay mas que dirijir la vista sobre un cuadrante que reune todas las letras, para formar las palabras, segun la voluntad del mudo interlocutor. Para Mr. Hare, que sea dicho de paso, es un químico profundo y hombre de intachable reputacion, nada mas fácil, que por medio del Espíritu-escopo ponerse en relacion con las almas del otro mundo. Así es como ese doctor ha tenido largas conferencias con Cesar, quien le ha dicho cosas espantosas. Con la hermosa Cleopatra, que ha estado amable y encantadora. Con Washington, que ha aprobado decididamente la invencion del Espíritu-escopo.

Mas no puede hablar siempre con los espíritus y para poner el suyo á *dieta*, como decia Buffon cuando leia ciertos libros, Mr. Hare, hace voluntariamente bailar las mesas. Una mesa es para el doctor Hare el objeto mas interesante y mas encantador... pero despues del Espíritu-escopo.

«¿Qué hay en el mundo preferible á una mesa? gritaba con entusiasmo. ¿Tenemos algo mas querido? Es inseparable de nuestra existencia. Sobre la mesa se tratan los negocios; las compras, las ventas, los contratos, se firman las cartas. La mesa, señores, ocupa el primer lugar en el famoso cuadro de *Trumbull*, representando la firma de la declaracion de independencia. La mesa nos vé reunidos tres veces cada dia á su alrededor, y cuando el apetito no nos falta, no nos separamos; nosotros vamos á ella para gozar del atractivo de la conversacion. Torpeza ha sido tomar por símbolo de la vida íntima el hogar: en los paises tropicales le abandonan, mientras que á la mesa nunca!»

Desgraciadamente para Mr. Hare no sucede con el Espíritu-escopo lo mismo que con las mesas, sin las cuales es imposible pasar. Y la especulacion del doctor nos parece muy aventurada, á pesar de que Washington la recomiende.

Mas si los espíritus evocados han decaido algun tanto en América, pueden vanagloriarse de que estuvieron en boga en otro tiempo. El senado de Washington ha estado preocupado con los espíritus evocados, al responder á una peticion que le habia sido dirigida por 15,000 firmas.

Y puesto que el Espíritu-escopo nos ha conducido al terreno de las fábulas ruidosas de América, hagamos un estracto de esta rara peticion. Esto servirá para quedarnos en paz con los espíritus evocados, y dar una idea exacta de la sensacion producida en los Estados-Unidos por esta aparicion maravillosa, creada por el *charlatanismo*, á pesar de que no es invencion de Mr. Barnum, pero que debe haberle impedido dormir mucho mas que el lecho-despertador.

Mr. Shields toma la palabra; copiamos testualmente.

«Tengo el honor, dice, de presentar al senado una peticion que tiene quince mil firmas, sobre un asunto singular y nuevo.

»Los que firman, dicen que ciertos fenómenos físicos y morales, de naturaleza enteramente misteriosa, llaman la atencion pública en este pais y en Europa. El análisis parcial de esos fenómenos descubre la existencia de una fuerza oculta que se manifiesta por el levantamiento, el deslizamiento, la suspension, por el movimiento en fin, que comunica á los cuerpos ponderables, contrariando las leyes naturales.

»Esta fuerza se manifiesta por los resplandores que aparecen de repente en los lugares donde ninguna accion química, ninguna fosforescencia se desarrolla, y por sonidos misteriosos parecidos unas veces á golpes dados por un espíritu invisible, otras al murmullo de los vientos y al ruido de los truenos. Algunas veces se oyen voces humanas ó de instrumentos estraños de música. Esta fuerza se manifiesta tambien en curas maravillosas.

»Los peticionarios están divididos en opiniones, sobre el orígen de estos fenómenos. Los unos los atribuyen al poder inteligente de

los espíritus libres de la cubierta material; los otros pretenden que se puede esplicar de una manera racional y sastifactoria. Mas todos están conformes en la realidad de los fenómenos y piden que se nombre una comision, para hacer una investigacion científica.»

Despues de esta lectura, *Mr. Weller*, pregunta lo que es conveniente hacer con la peticion.

Mr. Petler. Es preciso enviarla á los tres mil ministros. (Risas).

Mr. Weller. Yo propongo el envio de la peticion al comité de negocios estranjeros. Podemos tener ocasion de entrar en relaciones estranjeras con los espíritus. Importa, pues, que esa junta, de la cual formo parte, decida si los ciudadanos americanos pierden sus derechos al dejar este mundo. (Nuevas risas).

Mr. Shields. Yo consiento, siempre que el presidente de la junta se sienta con fuerzas para tratar un asunto tan serio. Mi primera intencion era enviarlo á la junta de postas, porque puede hallar el medio de establecer un telégrafo entre este mundo y el espíritual. (Hilaridad general).

Terminemos este capítulo con un hecho que interesa bastante á la historia del vapor aplicado á la marina. Hemos encontrado este hecho relatado en un librito muy curioso y que ha llegado á ser raro en el dia: *Las relaciones de un viaje á América*, escrito por *Brissot* el convencional, é impreso en New-York en 1792 por *Berry* y *Rogers*, 35 *Hanover Square*. Vemos que desde el año 1788, se hacian en la *Delaware*, cerca de *Filadelfia*, ensayos costosos de vapores. El inventor *Mr. Fitch*, encontró socios para dividir con ellos los gastos, y veia disputado su descubrimiento por *Mr. Rumsey* que construia un navio destinado á atravesar el Océano en quince dias. En el barco de Mr. Fitch, la máquina de vapor ponia en movimiento tres largos remos de considerable fuerza que debian hacer sesenta revoluciones por minuto. Mas los americanos no daban fé á una invencion que mas tarde debia hacer un cambio tan prodigioso en la industria y el comercio, y con su indiferencia quitaron el valor á los atrevidos é ingeniosos inventores. *Fulton*, hijo de *Pensilvania* tenia entonces veinte años; los ensayos de Fitch debieron ser conocidos por él. Hasta 1802 no hizo Fulton sus ensayos en grande, en París, y en

1807 boto al agua su primer vapor en el rio *Hudson*. ¿Pero cien años antes, un médico francés, *Denis Papin*, no hizo marchar un barco de ruedas valiéndose del vapor, por el rio Fulda en Cassel?

Sea lo que quiera, es sabido que nunca son los primeros inventores, los que recojen el fruto de sus descubrimientos. Cristobal Colon descubrió la América y le dan al nuevo continente el nombre de *Américo*, cuando debiera llamarse *Colombia*. En diferentes épocas Papin, Fitch, Rumsey, inventan sucesivamente los vapores y es Fulton quien lleva la gloria, dejándole á otros los beneficios.

Así van las cosas en este mundo de exasperante mofa, donde nada está en su lugar; donde la fortuna camina con ojos vendados, distribuyendo sus favores á diestro y siniestro, bien ó mal, en medio de una discordancia moral, capaz de hacernos insensibles de desesperados, sino nos hiciese reir de conmiseracion.

CAPITULO IX.

LA NAVEGACION.

El número de buques americanos que surcan los mares es verdaderamente prodigioso. Si para el servicio del comercio marítimo no se valiesen de marineros de todas las naciones, habria mas americanos en el mar que sobre la tierra. Lo mismo en el Sur que en el Norte, en el Este que Oeste, en alta mar que en las costas, se ven los buques americanos en gran abundancia. Los Estados-Unidos no perecerian si hubiese un temblor de tierra que hiciese desaparecer su territorio. La poblacion flotante de los mares y las riquezas que se salvasen en los buques, bastarian para fundar nuevos y florecientes Estados.

En los puertos no se ven mas que buques estrechamente unidos como inmensos bosques de mástiles. Los astilleros de construccion se aumentan á cada instante, y la actividad que reina llega á lo maravilloso. No sabemos si la marina mercante es la mejor bajo el punto de vista científico de marinos y tripulantes, pero si se juzga por las muchas desgracias que le acontecen, es la peor del mundo. No sabemos si sus buques, tan andadores generalmente, son los mas sólidos, cosa que no creemos por la madera que em-

plean. En cuanto á la marina de guerra poco considerable, es parecer mismo de los americanos á pesar de su orgullo, que es inferior á la inglesa y francesa.

Ultimamente propuso el Ministro de Marina, un plan relativo al establecimiento de un cuerpo permanente de marinos, é instrucciones para la formacion de una Academia Naval. *Mr. Fillmor* era todavía Presidente de la República. Respondió á las proposiciones con estas palabras, que pintan perfectamente el estado de la marina de guerra americana:

«El primero de estos proyectos debe, en mi opinion, contribuir grandemente á la mejora del servicio, y lo considero tanto mas digno del favor público, cuanto que deberá ejercer una saludable influencia *en la disciplina marítima quebrantada en estos momentos por el espíritu de insubordinacion que aumenta cada dia y resulta de nuestro actual sistema.*»

Mr. Fillmor aprobaba tambien la organizacion de la Academia Naval. Pero encontraba peligrosa la abolicion de las penas corporales en la marina. «Creo, decia, que todo cambio que tenga por objeto abolir para siempre el castigo, debe ir precedido de un sistema de alistamiento que dé á la marina buenos marineros, cuya conducta y dignidad de carácter quiten toda ocasion de recurrir á las penas de naturaleza dura y degradante.»

Es de estrañar que cuando se comunicó la ley de abolicion de penas corporales en 1850, hubiese á bordo de los navíos de guerra una verdadera insurreccion por parte de los marineros. Amenazaban desertar en masa si no se restablecia la primitiva ley y se les privaba de los puñetazos, puntapies y cordelazos á que habian tenido siempre derecho.

Algunos zurriagazos vigorosamente aplicados y una distribucion conveniente de puñetazos y puntapies, restablecieron el órden alterado y probaron á los satisfechos marineros que no habian juzgado mal la bondad de sus gefes reclamando, como lo habian hecho, el restablecimiento de los castigos corporales.

Es verdad que esta reclamacion fué hecha por los buenos marineros que temian la secuestracion y no las cuerdas. En efecto, el

ballos, destinada á hacer el trabajo principal, como cargar velas, descargarlas é izarlas. *Mr. Mac-Kay*, pensaba que navegase ese *leviatan* de los mares y confió el mando á su hermano *L. Mac-Kay* conocido por el capitan del *Sovereign of the Seas* (1).

El fuego comunicado por una pavesa desprendida de una casa incendiada en el puerto, destruyó en pocas horas esa maravilla, de la que aun queda algo. La combustion la consumió hasta flor de agua, pero no pudo pasar de allí. Sobre la parte intacta, han vuelto á construir un nuevo navío que, sin ser igual al primero, es no obstante, el mas hermoso y velero que se conoce.

El entusiasmo por la navegacion es tan grande que no hay *office ó bar-room* donde no se vea en un cuadro el dibujo de los principales *clippers* y *vapores* al lado del *Schooner* de *Mr. Stevens*. Este célebre barco ganó el premio á los ingleses en la travesía de New-York á Inglaterra. La rivalidad entre los marinos ingleses y americanos pasa los límites imaginables. Nos condolemos de todo corazon por los pasajeros de un buque americano que se encuentren en el mar con otro inglés mas velero. El americano desplegaria todas sus velas para adelantar á su adversario; romperia sus palos y zozobraria antes de ser vencido. Hay en Boston un antiguo marino, que se ha hecho ministro protestante, desesperado porque en un viaje á la India fué pasado por tres buques ingleses. «Yo hubiera querido zozobrar y morir, dice, antes que sufrir tal vejacion; pero Dios no lo ha querido y me he consagrado á él.»

El primer vapor que emprendió su viaje entre el nuevo y el antiguo mundo, fué el *Savannah*; esto es incontestable, pues está consignado en los anales de Liverpool, y las circulares comerciales de aquel tiempo, relatando este hecho, hacen constar la primacia del pabellon americano.

El *Savannah* era de porte de 380 toneladas, aparejado con tres palos y máquina horizontal. Salió de *Savannah* (Georgia) el 26 de mayo de 1819 y llegó á Liverpool despues de veinte y cinco dias, en los cuales solo diez y ocho habia funcionado la máquina. Segun

(1) El Soberano de los mares.

Hemos tenido el gusto de ver minuciosamente esa obra maestra, algunos dias antes que el fuego, azote de América, le consumiese en la bahía de New-York donde estaba cargando. Esta imprevista desgracia fué objeto de un luto nacional por parte de los norte-americanos, tan orgullosos de sus *clippers*. Espectáculo doloroso, observar ese magnífico navío destinado á dominar los mares, quemarse sujeto por las anclas, sin que le pudiesen socorrer, la víspera del dia que iba á darse á la vela por primera vez. La poblacion entera de New-York fué á contemplar tan aflictiva catástrofe. Se hubiera dicho que el navío devorado por las llamas, al tener prematura muerte, hacia padecer á todo el que lo veia. El interés que inspiraba ese *clipper*, que era el navío mas grande del mundo se aumentaba por las dificultades que su constructor habia tenido que salvar.

Este era un simple trabajador de *Est-Boston*, llamado *Donald Mac-Kay*, que sin apoyo de ningun banquero ni comerciante llevó á cabo enérgicamente tan gigantesca empresa, sueño de una vida laboriosa. El *Great-Republic* tenia 325 pies de largo, 53 de ancho y otro tanto de profundidad; cuatro puentes completos, y recibia seis ú ocho mil toneladas de flete. Se calculaba en 2380 toneladas la encina blanca que entró en su armadura, y en 1.500,000 pies el abeto duro con que se habia construido la sobre-quilla, el piso, la cubierta, los puentes, el bordage, etc. etc. El hierro empleado subia á 300 toneladas; el cobre á 56 y las curbas á 1600. El buque estaba forrado en cobre; tenia 25 pies de elevacion y se calculaba que para construirlo se habian tardado 50,000 dias.

Aunque de tan grande capacidad, reunia las cualidades de fuerza, belleza y ligereza. Apropósito de esto debemos decir que estendia de un solo juego 16,000 varas de vela. Tenia cuatro palos, y el segundo delantero aparejado como la mesana de una barca; los otros tres como los de una fragata cualquiera. El palo mayor tenia cuatro pies de diámetro por 131 de alto; la verga grande 28 pulgadas de diámetro y 120 de cruzámen: el resto de la arboladura en proporcion. Las cámaras estaban entre los dos puentes superiores, y en los costados tenia una máquina de vapor de fuerza de 15 ca-

ballos, destinada á hacer el trabajo principal, como cargar velas, descargarlas é izarlas. *Mr. Mac-Kay*, pensaba que navegase ese *leviatan* de los mares y confió el mando á su hermano *L. Mac-Kay* conocido por el capitan del *Sovereign of the Seas* (1).

El fuego comunicado por una pavesa desprendida de una casa incendiada en el puerto, destruyó en pocas horas esa maravilla, de la que aun queda algo. La combustion la consumió hasta flor de agua, pero no pudo pasar de allí. Sobre la parte intacta, han vuelto á construir un nuevo navío que, sin ser igual al primero, es no obstante, el mas hermoso y velero que se conoce.

El entusiasmo por la navegacion es tan grande que no hay *office ó bar-room* donde no se vea en un cuadro el dibujo de los principales *clippers* y *vapores* al lado del *Schooner* de *Mr. Stevens*. Este célebre barco ganó el premio á los ingleses en la travesía de New-York á Inglaterra. La rivalidad entre los marinos ingleses y americanos pasa los límites imaginables. Nos condolemos de todo corazon por los pasajeros de un buque americano que se encuentren en el mar con otro inglés mas velero. El americano desplegaria todas sus velas para adelantar á su adversario; romperia sus palos y zozobraria antes de ser vencido. Hay en Boston un antiguo marino, que se ha hecho ministro protestante, desesperado porque en un viaje á la India fué pasado por tres buques ingleses. «Yo hubiera querido zozobrar y morir, dice, antes que sufrir tal vejacion; pero Dios no lo ha querido y me he consagrado á él.»

El primer vapor que emprendió su viaje entre el nuevo y el antiguo mundo, fué el *Savannah*; esto es incontestable, pues está consignado en los anales de Liverpool, y las circulares comerciales de aquel tiempo, relatando este hecho, hacen constar la primacia del pabellon americano.

El *Savannah* era de porte de 380 toneladas, aparejado con tres palos y máquina horizontal. Salió de *Savannah* (Georgia) el 26 de mayo de 1819 y llegó á Liverpool despues de veinte y cinco dias, en los cuales solo diez y ocho habia funcionado la máquina. Segun

(1) El Soberano de los mares.

testimonio de otros y de los oficiales del *Savannah*, solo tardó diez y ocho dias trabajando siete la máquina. Pero lo que hay de cierto es que en medio del mar hicieron uso de las velas, temerosos de que faltase el carbon y para aprovechar la brisa que se habia levantado mientras las ruedas estaban desmontadas: luego que se acercaron á las costas inglesas, reemplazaron nuevamente el sistema de locomocion, concluyendo el viaje como lo habian comenzado.

La vista de este buque que marchaba sin ayuda de velas, escitó la mas viva curiosidad en Inglaterra. Cuando el *Savannah* remontaba el canal de *Saint-Georges*, el comandante de una division inglesa, viéndolo desde lejos sin velas y envuelto en una humareda espesa que parecia salir de la arboladura, creyó que era un incendio y despues que hubo anclado, envió dos piraguas en su socorro; mas reconoció su error y él mismo fué á examinar mas atentamente la maravilla. A la entrada en los *docks* de *Liverpool*, el *Savannah* fué recibido con vivas de entusiasmo y el capitan festejado por todos los cuerpos constituidos de la ciudad. Hasta diez y nueve años despues, no atravesaron el Atlántico los vapores ingleses. El primero fué el *Sirius* saliendo de *Cork* en 1838 y entrando en New-York el 23 de abril del mismo año, seguido algunas horas mas tarde del *Great-Western* que venia de *Bristol*. El *Sirius* habia hecho su viaje en diez y ocho dias y el *Great-Western* en quince. El *Sirius* es, pues, el primer vapor tras-atlántico que llegó á los Estados Unidos como gastador de una buena division.

Una cuestion de alto interés marítimo y comercial se agita en estos momentos. Interesa no solo á los Estados-Unidos sino al mundo entero.

En las conferencias que tuvieron lugar en Paris en marzo y abril último para la paz con Rusia, el Congreso ha adoptado respecto á la marina, las cuatro proposiciones siguientes:

«1.° El corso está y permanece abolido.

»2.° El pabellon neutro resguarda la mercancía del enemigo, á escepcion del contrabando de guerra.

»3.° Las mercancías neutras, á escepcion del contrabando de

guerra, no están sometidas á la toma bajo el pabellon del enemigo.

»4.° Los bloqueos para ser efectivos, deben ser eficaces, es decir, mantenidos por una fuerza suficiente á impedir que se acerque el enemigo.»

El gobierno de los Estados-Unidos, adhiriéndose á las tres últimas, rehusa acceder á la primera, que es la mas importante.

Ya el presidente actual *Mr. Pierce*, se ha mostrado hostil á la supresion de los corsarios, propuesto en 1854 por el rey de Prusia. «La abolicion, decia Mr. Pierce, no puede desearse sino por las potencias que sostienen un armamento naval considerable, en proporcion de su comercio.» Mr. Marcy, órgano del gobierno, toma este argumento y lo desenvuelve con mucho talento. Sucede, en fin, que los Estados-Unidos rechazando la abolicion del corso, no sirven solo á sus propios intereses sino al de las naciones que no pueden llegar á ser marítimamente poderosas.

»Los Estados-Unidos, dice Mr. Marcy, miran la marina poderosa, las grandes armadas constituidas y los establecimientos permanentes, como nocivos á la prosperidad de una nacion y peligrosos á la libertad civil.

»Los gastos para mantenerlos estan á cargo del pueblo; y son á los ojos de este gobierno, una amenaza contra la paz de las naciones. Una fuerza considerable, lista siempre para las eventualidades de la guerra, es una tentacion para precipitarse. La política de los Estados-Unidos ha sido, y hoy mas que nunca, contraria á tales armamentos, y jamás podrán ser arrastrados á adherirse á modificaciones de la ley internacional, que obligue necesariamente á mantener en tiempo de paz una marina considerable.

»Si se ven precisados á reclamar sus derechos por medio de las armas, estan satisfechos con las relaciones internacionales presentes y contar para sus operaciones militares de tierra con un ejército voluntario; y para protejer su comercio marítimo es suficiente su marina mercante.

»Si ese pais estuviese privado de sus recursos, se veria obligado á cambiar de política, tomando ante el mundo una actitud militar.

»Resistiendo á toda tentativa de modificar el código marítimo existente, que puede conducir á semejante resultado, el gobierno de los Estados-Unidos vé otra cosa que su propio interés, abrazando en sus miras el de todas las naciones que no pueden de ningun modo llegar á ser potencia marítima dominante. Su situacion en este punto, es semejante á los Estados-Unidos y la proteccion del comercio y el sosten de las relaciones internacionales pacíficas, indican tan enérgicamente como este pais, la resistencia al cambio propuesto en la ley admitida por las naciones.

»Para ellas, abdicar el derecho de recurrir á las autoridades, seria someterse á consecuencias contrarias á su prosperidad, comercial, sin ventajas en compensacion. Ciertamente que no pueden darse mejores razones para semejante abandono; pero privarse del derecho de recibir los servicios voluntarios y la propuesta de renunciar al primero, no merece á la consideracion del presidente, mas favor que la del segundo.

»No debe esperimentarse ningun espanto de que las potencias marítimas *importantes* consientan en perder el sistema poco *importante* para ellas de servirse de corsarios, con la condicion de que las débiles renuncien al medio mas eficaz de defender sus derechos marítimos.

»En la opinion de ese gobierno, debe inspirar serios temores que abandonados los corsarios, el imperio del mar sea esclusivo de las potencias que adoptan la política de sostener poderosas escuadras. Aquel que tiene una superioridad marítima real, seria de hecho el dueño del Océano y por la abolicion del corso aseguraria mas permanente su dominacion.

»Esta potencia comprometida en una guerra con otra nacion inferior en fuerza marítima, no tendria mas que hacer para la seguridad y protecion de su comercio que vigilar los buques de la armada de su enemigo. Podrian ser entretenidos por la mitad de sus escuadras, y con la otra mitad privar el comercio de su enemigo en el Océano.

»Los desastrosos efectos de una gran superioridad marítima, serian mas reducidos si esta superioridad estuviese dividida entre tres

ó cuatro grandes potencias. No cabe duda que el interés de los Estados débiles, es combatir y desechar una medida que procura el desarrollo de los establecimientos marítimos regularizados por los gobiernos.»

Sin entrar en debates seguramente muy graves, opondremos á *Mr. Marcy* la autoridad de *Benjamin Franklin* que ha escrito:

«El uso de saquear á los comerciantes en la mar, proviene de la antigua piratería, y aunque puede ser ventajoso á algunas personas, está lejos de serlo á todos aquellos que se contratan ó á la *nacion que lo autoriza*. Al principio de una guerra, algunos buques ricos que no estan en guardia son apresados, y se animan los aventureros para armar nuevos barcos; mas así que el enemigo llega á estar mas prevenido, equipa con mas cuidado sus buques mercantes navegando bajo la proteccion de convoyes; mientras los corsarios se multiplican para cogerlos, su número disminuye de tal modo, que los gastos esceden á las ganancias; y aunque los aventureros encuentren un botin ventajoso, se pierde, porque el *gasto hecho durante la guerra para armar los corsarios, es mayor que el valor de la presa*. Añadid á esto la pérdida nacional del trabajo de tantos hombres, que gastan en embriagarse y en toda clase de escesos lo que saquean; que pierden sus hábitos de industria, siendo muy raras veces capaces de una ocupacion honrosa despues de la guerra y no sirviendo mas que para aumentar el número de los vagos y ladrones. ¡Castigo justo que el cielo les envia, por haber arruinado á sangre fria á tantos honrados comerciantes que ganaban la fortuna de sus familias, sirviendo los intereses comunes de la humanidad.»

Estas palabras llenas de sentido, son un escelente comentario de la declaracion del Congreso de Paris y una respuesta á los argumentos de *Mr. Marcy*. Sabemos que la sola fuerza marítima de América consiste, por decirlo así, en la rapidez con que en un caso de necesidad, podria convertir sus buques mercantes en escuadras de guerra bajo la ley marítima actual, que sanciona el corso, que como dice *Franklin*, no es sino un resto de piratería, y esta un crímen odioso.

En *Brooklin*, cerca de New-York, hay un arsenal bastante bueno y un museo naval algo pobre. Apenas se ven en él mas que pinturas medianas representando los felices combates de los americanos contra la flota inglesa en la época de la guerra de independencia.

En cambio hemos visitado en *Staten-Island*, la casa de refugio de los marinos civiles. Este magnífico establecimiento ha sido fundado por un capitan de navio muy rico, á fin de que sirva de retiro á los pobres marinos inposibilitados ó viejos, de todos los paises. Los marinos, cuya vida se pasa en medio de los peligros y privaciones, cuyo mezquino salario no les permite en ningun caso hacer economias, encuentran en esta casa, gracias al generoso pensamiento de su noble fundador, los mas activos cuidados y el descanso de su vejez. Allí hemos visto varios franceses que habiendo servido algunos años en la marina americana, han merecido los beneficios del retiro. El fundador no ha querido preferir su pais, en detrimento de los otros, y no ha tenido en consideracion mas que el sacrificio y los servicios que prestan.

Esto es un ejemplo noble de verdadera filantropía.

CAPITULO X.

LAS RELIGIONES.

La América del Norte es el museo mas completo de las doctrinas religiosas, que produce la necesidad casi universal de esperar en otra vida la indemnizacion de las miserias de esta.

La libertad de cultos, fortificada por la indomable independencia del espíritu americano, permite ensayarlo todo en materia religiosa ó social, en ese pais, donde el gobierno no puede poner traba al pensamiento y las instituciones admiten toda suerte de progreso, pues el pueblo no conoce ninguna clase de preocupaciones.

Los Estados-Unidos, son el vasto campo del pensamiento humano; allí van á sembrar, á tomar raiz y fructificar las ideas filosóficas, sociales y religiosas, que la Europa no tolera, sino en el estado de granos secos, cubiertos con las vidrieras de sus bibliotecas. Aunque solo tuvieran la gloria de acoger y permitir las tentativas del espíritu filosófico, en bien de la humanidad, tendrian derecho al eterno reconocimiento del mundo. No existen ideas especulativas, utópicas, ó paradógicas, que no hayan sido practicadas allí. Mientras que nosotros los Europeos discutimos larga y detenidamente los méritos y posibilidad de tales ó cuales instituciones, sin llegar á un

resultado definitivo, los americanos, eminentemente prácticos, reconocen sus defectos ó ventajas.

Esta gran libertad de accion de que gozan los Estados-Unidos, lejos de ser un peligro para la sociedad, es el medio mas seguro de precaver los desastres de una revolucion. Las revoluciones nacen de la exaltacion de las ideas y de los impedimentos opuestos á su realizacion. Las ideas oprimidas largo tiempo en el estrecho cauce á que se las sujeta, concluyen, como las olas enfurecidas, por traspasar los diques. Entonces el bien se convierte en mal; entonces no es un progreso fecundo lo que trae consigo el pensamiento; es el esterminio, la destruccion, como las aguas desbordadas, que mejor dirigidas, hubiesen fertilizado el suelo en vez de devastarlo.

En América no es de temer este mal; las tempestades del pensamiento son imposibles. La libertad, ese gran mecan de seguridad de las civilizaciones adelantadas, no permite á las ideas amontonarse y fundirse como las bombas marinas, que nada las detiene en su curso destructor; el pensamiento se desliza suave y constantemente, por las útiles sendas de la práctica. Surge una idea de algun valor para el bienestar de la sociedad, y en seguida se pone en ejecucion, naturalmente, sin esfuerzos, sin resistencia; si es buena, todo el mundo se aprovecha; pero si á pesar de las apariencias contrarias es ilusoria, se desecha sin volver á ocuparse de ella. La clase de los malcontentos, tan numerosa en Europa, no existe en América. En efecto, los malcontentos no pueden estarlo de su propia conducta ni guardarse rencor por mucho tiempo á sí mismos.

Un solo peligro hay á nuestro modo de ver, en América: este es las discordias religiosas.

La práctica mal entendida de los cultos, exaltando algunas veces mas de lo regular los ánimos, falsea la razon por el fanatismo y destruye la libertad por la intolerancia. Si un dia, páginas sangrientas vienen á empañar el hermoso libro, apenas comenzado de la historia de los Estados-Unidos, no será preciso buscar la causa en la política general de este pais, en los diversos intereses de sus Estados desunidos por leyes particulares y enlazados por principios comunes, en las sensibles anomalías, en la administracion de justicia

algo defectuosa en muchos puntos, en la inesplicable ley de la esclavitud, ni en ninguna otra circunstancia que pueda turbar el vuelo de la prosperidad, pero no detenerlo. El peligro del equilibrio americano, segun aviso de los mas sabios economistas, está solamente en las guerras de religion. El fanatismo religioso, corre el gran riesgo de llevar al Mundo-Nuevo, como en otro tiempo trajo al antiguo, un contingente de discordias, de suplicios y carnicería. Añadiremos, que si estos síntomas de disolucion estan ya indicados para que haya ocasion de temer por el porvenir, son aun demasiado débiles para amenazar el presente: la intolerancia religiosa, fuente del mal futuro, no tiene aun mas que una influencia parcial.

Así, pues, gracias á la tolerancia general, se ven nacer en América, los cultos mas variados y estraordinarios, debidos á la distinta interpretacion de la Biblia, que cada cual venera á su modo.

No tratamos de hacer la historia, ni aun en compendio, de las sectas que bullen en el Nuevo-Mundo; ese trabajo seria largo. Estamos lejos de conocer todas las doctrinas espirituales, que nacen continuamente de la especulacion americana y se mezclan al culto del Todo-poderoso. No queremos hacer gala de una erudicion que no es natural. Nos limitaremos, pues, á decir de los cultos en América lo que hemos observado por nosotros mismos.

¿Mas por dónde empezar?.... Es imposible visitar ese enjambre de iglesias, blancas, rojas ó grises, que edifica todo el que quiere.

Hay: Morava, judía, universal, presbiteriana, protestante, reformada, cuáquera, luterana, metodista, mormona, romana, unitaria, episcopal, congregacionalista, calvinista, anabaptista, levítica, swedenborgiana, cheikeriana, sunkeriana, y bacheloriana. Podríamos continuar la nomenclatura, pues los templos brotan, por decirlo así, en todas partes, como las setas despues de una lluvia borrascosa.

El primer templo adonde nos condujo la casualidad á nuestra llegada á New-York, era de la secta de los metodistas, que es la mas fria y monótona de las puritanas. Los metodistas tienen cantos, junto á los cuales, los de la iglesia católica harian el efecto de brillantes cavatinas de *Rossini*. La audicion de esos cantos entona-

dos por señoras y caballeros con voz temblona y nasal, es la penitencia mas saludable que se puede imponer todo pecador, algo bien organizado para la música. Tienen ademas la desagradable costumbre de arrepentirse en voz alta en la iglesia, formando durante el sermon, el mas singular concierto de suspiros y quejas que se puede imaginar.

Entrando en ese templo, que no decora pintura alguna y que no embellece ningun ornamento arquitectónico, nos sobrecogió un sentimiento de tristeza. Nos pareció que entrábamos en un vasto sepulcro de familia y que los metodistas estaban muertos y habilmente embalsamados por el método *Gannal*.

El predicador exhortaba á los asistentes desde el púlpito, para que se arrepintieran de sus faltas, cuando oimos un quejido sordo que salió de uno de los ángulos de la iglesia.

—¡Dios mio! esclamamos dirigiéndonos á nuestro vecino, alguno se ha puesto malo.

El vecino nos miró con sorpresa y sin responder.

Un quejido mas pronunciado y lúgubre que el primero, dejóse oir por otro lado, antes que hubiese concluido el anterior.

—¡Dios mio! volvimos á esclamar; otra persona mas ha caido enferma.

Nuestro vecino, por toda respuesta, se puso tambien á gemir, como un perro fiel que ha perdido á su dueño.

Los asistentes no tardaron en imitarle; todo el mundo suspiraba, gemia, se quejaba y lloraba; propiamente dicho, se arrepentia.

Los *cheikers* son tan raros como los metodistas. No tienen predicadores de oficio. Para tomar la palabra en el templo, aguardan á que descienda el Espíritu Santo sobre ellos y los esclarezca é inspire.

Las mugeres como los hombres, tienen el derecho de predicar cuando se sienten animados. Para lograr que el Espíritu Santo descienda sobre ellos, se ponen á temblar. El temblor dura algunos minutos. Así que un hombre ó muger se siente inspirado, participa esta buena nueva á sus co-religionarios, los cuales cesan de temblar para escuchar respetuosamente. Muchas veces es una vieja medio

loca, la que pronuncia el sermon, y aunque esto fastidia, la escuchan hasta el fin sin interrumpir.

Los cuáqueros tienen la costumbre de ponerse boca abajo antes de predicar.

Segun las apariencias, su espíritu se ilumina mas en esta posicion. Ellos son los únicos sectarios que han adoptado un traje particular. Los mismos clérigos católicos no salen públicamente con vestido sacerdotal. Los cuáqueros, por el contrario, llevan anchos pantalones, gruesos zapatos, levita larga de talle corto y sombrero con alas grandes muy bajo de copa.

Las mugeres visten malísimamente; usan trajes de lana ó seda, estrechos de falda, cortos de talle, y de color gris tierra: chales cuadrados que apenas cubren sus espaldas; capotas ó sombreros de forma índescriptible, del mismo color gris tierra, y capaces de afear á la *Venus de Médicis*. Los cuáqueros solo beben agua y se alimentan de legumbres cocidas, sin manteca ni sal, que comen acompañando el eterno pedazo de *roast-beef*. Son hospitalarios y sostienen entre ellos un admirable espíritu de confraternidad.

Los anabaptistas, que se subdividen en varias sectas, creerian estar mal bautizados en New-York sino se zabullesen en el rio del Norte en lo mas crudo del invierno. Hay un dia fijo para el bautismo de los neófitos, que son todos adultos. Se dirigen á las orillas del Hudson, donde los desnudan y precipitan cabeza abajo. Cuando está helado el rio, es preciso romper el hielo para efectuar la zambullida. Los pobres tiemblan, cantando los himnos, que parecen consagrados al invierno. Una vez, un clérigo torpe bautizaba á una niña; la dejó caer en el rio y desapareció bajo los hielos. El clérigo dirigió una oracion al Eterno, que volvia á tomar el alma de la neófita despues de la purificacion del bautismo, y la ceremonia continuó sin otro incidente.

En el mes de agosto próximo hará dos años que los *milliners* se reunieron en New-Jersey en *meeting* estraordinario. Esperaban el fin del mundo anunciado por la Biblia, segun ellos, para esa época fatal. ¡Permanecieron acampados tres dias preparándose para la muerte, que no llegó! Algunos se incomodaron tanto con este

contratiempo que impedia ver el trastorno del mundo, anunciado por la Biblia, que cambiaron de religion concluida la sesion.

A este propósito, es bueno observar que los americanos cambian de religion sin escrúpulo alguno, siempre que su conciencia los arrastra á una nueva doctrina. No aseguraremos que el interés deje de contribuir á estas conversiones.

En New-York hemos conocido un hombre muy estimable y estimado, que se hizo ministro luterano, despues episcopal, mas tarde presbiteriano, y finalmente sacerdote católico. Pero lo que hay de mas singular en este asunto, es que la palabra del amable prelado, cuya uncion evangélica es irresistible, ha arrastrado en pos de su última conversion á todas sus ovejas. Oficiaba un domingo como ministro presbiteriano en la iglesia de su propiedad, y al siguiente, en el mismo templo, decia misa entre los fieles, que por no abandonar á tan escelente predicador, se habian hecho católicos.

Los americanos dicen que uno de los mas grandes beneficios de sus instituciones es la carencia de una religion oficial, mantenida á costa del Estado. Creen justo dejar á cada cual en libertad de pagar á los sacerdotes cuyos auxilios reclama.

Es muy curioso observar allí á los especuladores religiosos. Cambian de una á otra religion, guiados por el único interés del dinero, dios de los dioses para los americanos. Compañías de *santos* capitalistas, estudian cuidadosamente los lugares adonde los emigrados piensan dirigirse; siguen con inteligencia las nuevas líneas de vapores ó caminos de hierro, y cuentan las casas que se edifican en los puntos últimamente desmontados. En el momento que los piadosos especuladores conocen la utilidad de un púlpito, se dan prisa á comprar á módicos precios vastos terrenos, en los que miden y trazan calles, edificando en medio de la ciudad en proyecto, una iglesia de la secta que presumen debe convenir mejor á la ciudad que va á levantarse. Construyen despues casas de madera, cedidas á buena cuenta á los recien llegados, para animar y atraer á la multitud. Insertan tambien anuncios en los periódicos para encomiar las bellezas del pais, los prodigiosos recursos que

ofrece á los especuladores y colonos, y concluyen por convencer á los agricultores y comerciantes á que se establezcan entre ellos.

Las especulaciones de este género dejan rara vez de tener efecto en los Estados-Unidos: comerciantes y emigrados llegan en tropel al llamamiento de los filántropos religiosos que les alquilan los bancos de la iglesia todo el año, los bautizan, los casan y entierran á un justo precio.

Para el servicio del culto toman á sueldo á un sacerdote ó ministro de la religion escogida, al que añaden un *sexton*, que hace las veces de pertiguero. Con celo ortodoxo, contratan tambien un profesor de instruccion, que enseña aritmética, geografía é historia sagrada, y abre para los niños de ambos secsos la escuela de los domingos *(sunday school)*, que no deja de producirles una modesta, pero conveniente suma de pesos duros.

Las especulaciones de la compañía de los santos accionistas no se limita ahí. En relacion inmediata á la iglesia está la industria de los cementerios, que es aun mejor. Tienen cuidado de establecer el cementerio en un buen barrio de la ciudad, y cuando esta llega á ser considerable, tienen cuidado de comprar el terreno, por ser aquel lugar insalubre. Los santos capitalistas, dicen primero que es una profanacion; pero concluyen por acceder mediante una suma considerable. Entonces la fortuna queda hecha, y los santos capitalistas van á llevar á otra parte sus piadosas especulaciones.

Nada mas curioso que visitar las diferentes iglesias pertenecientes á los negros. Hemos indicado ya, que estos son espulsados de los templos que poseen los blancos. Por esta razon, muchos desgraciados han llegado á dudar de la existencia de un solo Dios, y se han imaginado que cada raza de hombres tiene el suyo, y por consecuencia, un cielo y un infierno distinto para ellos, segun lo acreditan ciertos ministros de color. Hemos tenido el gusto de asistir á un sermon pronunciado por un negro, en el cual describia las delicias del paraiso y los horrores del infierno. «El infierno, decia dirigiéndose á la multitud que espresaba en su rostro los

sentimientos del miedo y el dolor: el infierno, mis queridos hermanos, es un lugar de horrible martirio, donde hiela constantemente y la nieve cae sin cesar sobre las espaldas desnudas de los pecadores encadenados por la eternidad. Allí, hermanos mios, no hay mas que pacas de algodon, sacos de café y cajas de azúcar, que Dios en su justa cólera condena á llevar eternamente á bordo de buques que no se cargan jamás. El infierno es el tormento de los tormentos, la desgracia de las desgracias; es, para decirlo de una vez, el trabajo sin reposo, combinado con el frio del hielo.»

Al llegar aquí, muchos negros temblaron haciendo una horrorosa contorsion.

«Pero, prosiguió el predicador, si en lugar de los castigos del infierno, mereceis el paraiso de la clemencia celeste, ¡cuántas felicidades os están reservadas! ¡cuántos goces os esperan!»

En este momento, el rostro de los negros tomó una espresion de gozo indefinible, y varios no pudieron contener los ímpetus de una risa nerviosa.

«En el paraiso, mis queridos hermanos, hace siempre calor, ese dulce calor que fertiliza las tierras de nuestra Africa dichosa, y trueca el Senegal en un paraiso tambien, con la sola diferencia de que en el cielo el calor es mucho mas fuerte y no se trabaja nunca. Allí, mis queridos hermanos, los bienaventurados elegidos por el Señor, no se hallan espuestos á encontrar ni pacas de algodon, ni cajas de azúcar, ni sacos de café, ni barcos que cargar: y se comen sin descanso las mejores judías, con un tocino, del cual el mejor de este mundo no puede dar sino una idea débil y miserable.»

Al pronunciar estas últimas palabras, muchos negros riyeron y hablaron entre sí, ó se relamieron los labios en silencio.

«Asi, pues, mis queridos hermanos, comparad: por un lado el infierno con sus escarchas y sus hielos incesantes; sus pacas de algodon, sus cajas de azúcar y sus sacos de café, que es preciso llevar continuamente á bordo de los buques que no se cargan jamás; por el otro, las delicias del paraiso con su eterno calor, su perpétuo goce y las suculentas golosinas que ya sabeis.»

—«¡Sí; el tocino, el tocino!» gritó sencillamente un negro que al parecer habia hecho ya la eleccion.

Que no se nos tache de exagerados. Todo cuanto pudiéramos inventar sobre las rarezas de los negros en los oficios divinos, no pareceria mas estraordinario que la misma verdad.

Los negros, tan distintos de los blancos moralmente considerados, hacen en voz alta las observaciones que les sugiere el sermon del predicador. Este responde, y entonces se entabla entre paréntesis una polémica acalorada; se forman grupos en pró y en contra, y la discusion se hace general. Algunas veces, el predicador, imposibilitado de poner fin á la enfadosa contienda, hace bruscos movimientos desde el púlpito y mira á horcajadas gritando con toda la fuerza de sus pulmones y haciendo mas gestos que un molino de viento.

Advertiremos que el respeto que profesamos en Europa, y particularmente en Francia, á las iglesias, no existe en América. Los propietarios las hacen objeto de especulacion y las alquilan para dar conciertos, tener sesiones de lectura ó abrir esposiciones públicas.

Nadie ve mal en esto, y encuentran muy justo y conveniente que el propietario de un templo se utilice y saque todo el partido posible, en los dias que el servicio del culto lo deja libre. Aun las iglesias católicas se ponen á disposicion de los artistas que dan conciertos espirituales, y los sacerdotes, desde el púlpito, no dejan de recomendarlos al *diletantismo* de los fieles.

Hay una secta religiosa que no debemos dejar de mencionar aquí, y tiene su cuartel general á cuarenta millas de New-York. Estos sectarios, muy caritativos y amables, tienen por base principal de su doctrina la estincion completa de la raza humana, nó con violencia, matándose los unos á los otros, sino paulatinamente, condenándose al celibato perpétuo. Están persuadidos de que el hombre nace malo y que no es moralmente perfeccionable. En la Biblia, que es considerada como el libro de Dios, encuentran ellos la mejor prueba en apoyo de su opinion.

En la Biblia reconocen los crímenes, faltas, pasiones y ver-

güenzas que afligen á los hombres, malos aun hoy dia, segun sus creencias. Les parece imposible que el hombre sea hecho á imágen de Dios, creyendo, por el contrario, que es obra del demonio. Además ponen en balanza los raros instantes de dicha que se tienen en la tierra, con los pesares de todas clases que sin cesar nos atormentan y los padecimientos físicos á que estamos sujetos, y se arreglan de manera que, segun ellos, la vida no tiene nada de agradable.

Piensan que valdria mas no haber nacido que vivir á este precio. Si se les objeta que esta vida es solo un instante de prueba, y que Dios castiga á los malos, pero recompensa á los buenos, responden que no se creen con derecho de hacer sufrir esta penosa prueba á sus hijos, los cuales podrian no nacer con las virtudes necesarias para salvarse. Dios, añaden, no puede castigar á los que jamás han sido; si la recompensa es inefable, el castigo es eterno, y la sabiduria nos dicta la abstinencia.

Cuanto quisiérais decir á esos sombrios lógicos para disuadirlos de su error, seria inútil. Las gentes que componen esta secta, son hospitalarias y muy caritativas. A los estranjeros que van á sus tierras les dan habitacion y alimento gratuitos por cuenta de la comunidad. Pero no conteis con el auxilio de los *estériles*, como los llaman, para salvaros de un peligro inminente que amenazase vuestra vida; os dejarán ahogar, quemar, ó ahorcar, sin tenderos una mano ni cortar la cuerda. No procurarán salvaros la vida, pues es preciso no olvidar que quieren la estincion de la raza humana.

No trabajan para destruir la existencia que tenemos de Dios, pero se creen con el derecho de no hacer nada para conservarla.

Los que practican esta singular doctrina religiosa, poseen un establecimiento magnífico situado en un punto culminante de un paraje encantador, desde donde se descubre el mas espléndido panorama de la naturaleza. Un lado del edificio, pertenece á los hombres, y el otro sirve de refugio á las mugeres. Los secsos no se juntan mas que en el templo á la hora de las oraciones. Ellos cultivan la tierra y hacen todo el trabajo del campo, con frac negro y corbata blanca. Si algunos se hacen culpables por infraccion del voto de

celibato, son arrojados de la congregacion y devueltos á la sociedad ordinaria de los hombres que califican con el nombre de *reproductores*. Mas como su doctrina les ordena el perdon de las faltas y la indulgencia para las debilidades humanas, facilitan á los culpables su entrada en el mundo, entregándoles una considerable suma de dinero. Se citan personas sin delicadeza que solo se han alistado en la secta de los *estériles* por violar las leyes y percibir la suma acordada para los culpables.

Como la contraposicion de esta secta, existe la conocida bajo el título de mormona, en las orillas del lago *Salé*. No es el celibato la base de su doctrina, sino la poligamia. Las leyes que rigen la conducta de las mugeres son muy severas, y el adulterio es castigado con pena de muerte. Nosotros no hemos visitado el pais de los *mormones*; *á Mr. Jules Remy*, sabio naturalista francés que ha permanecido algun tiempo entre ellos, debemos ciertos detalles curiosos sobre tan estraordinaria poblacion.

Mr. Remy asegura que todas las mugeres que ha interrogado sobre este punto, responden que su vida está llena de encantos. Pretenden desconocer los celos y citan como modelo de union y armonía el hogar de *Parley Pratt*. Este apóstol tiene nueve mugeres, que viven como hermanas, y treinta y tres hijos.

Una de sus esposas, *Mistress Belinda Marden*, jóven tan bella como amable y chistosa, ha publicado recientemente una obra notable, en la que trata de probar que la pluralidad de las mugeres está autorizada por Dios y que es causa en la tierra de la perfecta felicidad. Añade que el título de *gran polígamo* es sinónimo de *gran santo*, siendo muy grato á los ojos del Eterno.

Mistress Belinda Marden se engaña, al menos en lo que concierne á la muger en general, cuando hace alarde del sistema polígamo y lo prefiere á los demás. Es imposible que admita ese sistema una muger que ame. Por mas que las mormonas se declaren contentas, no podemos creerlas con sinceridad; las suponemos mas honestas. El amor es el egoismo de dos; él y ella, ella y él; lo demás se aparta de la naturaleza y es una aberracion.

Para ser justos, debemos declarar, segun lo aseguran las per-

sonas que han podido observarlo, que su conducta esterior no rompe de ninguna manera la mas rígida moral. Los hombres permanecen fieles á las mugeres, y las esposas á los maridos. Todas las mugeres de un varon, viven bajo el mismo techo y tienen su cuarto particular. Comen á la misma mesa, y las leyes de la iglesia mormona les recomienda la fraternidad como una de las principales virtudes. Se ocupan por turno de los cuidados domésticos, añadiendo algunas veces á esto alguna ocupacion, como el hilado de lana ó los trabajos de aguja. Todos los hijos del marido deben ser igualmente queridos por ellas, y hay que hacerles la justicia de que se conforman con esta ley. No son jamás admitidas en las deliberaciones públicas, y su papel está limitado á ser las amigas y criadas de los servidores del señor. Esta colonia naciente está en camino de progreso. Los mormones tienen ciudades bien edificadas y hacen un comercio que se acrecienta cada dia. Los emigrados son perfectamente recibidos y encuentran empleos ventajosos.

Como cada secta trata de ser la mejor, sopena de dejar de existir, los mormones tambien, y ofrecen al mundo el ejemplo mas perfecto de moral y organizacion social. Creen conformarse en todo con la naturaleza y encuentran mas moral confesar las leyes que la rigen, segun suponen, que quebrantarlas hipócritamente bajo la máscara de la virtud, como dicen, llevando al estremo su paradoja.

Aconsejamos por prudencia á nuestras lectoras que no dejen partir á sus maridos para el lago Salé.

Acaba de aparecer en Alemania una historia de los *Mormones*, *por Smith*, que dá á conocer el número de los iniciados. Segun este libro, habrá en América 68,700 mormones; 38,000 en Utah; 5,000 en New-York; 4,000 en California; 5,000 en Nueva Escocia y el Canadá y 9,000 en la América meridional y las islas.

En Europa habrá 39,000; de los cuales 32,900 están en la Gran-Bretaña é Irlanda; 5,000 en Escandinavia; 1,000 en Alemania y Suiza; 500 en Francia, y los restantes dispersos en pequeños estados. En Asia habrá un millar; en Occeania 2,400; en Africa un centenar. Toda la secta se compondrá de unos 126,000 adeptos contando 8,000 cismáticos.

Hemos señalado la intolerancia religiosa como el peligro futuro de la Union Americana. Hasta el dia, aunque sea doloroso decirlo, es preciso confesar que solo al partido católico hay que reprochar los hechos accidentales que revelan este peligro. El partido católico se compone casi todo de irlandeses ignorantes, fanáticos y pendencieros hasta el esceso. Mientras que los protestantes á pesar de las divisiones de su doctrina, reconocen como un derecho imprescriptible la libertad de conciencia y el libre ejercicio de todos los cultos, el partido católico irlandés, tolerante y revoltoso, hace todo lo que puede por restringir este derecho que no puede destruir. Algunos demasiado celosos, llevan el espíritu de propaganda hasta el estremo de introducirse en el seno de las familias y aumentar los creyentes por medios ilícitos. Se han visto quienes han arrebatado hijas á sus padres para convertirlas. Muchas veces no han temido llevar el luto y el dolor á las poblaciones, dando contra el derecho, las instituciones del pais y la libertad de conciencia, batallas sangrientas, salvajes y verdaderamente impías.

Todo el mundo recuerda con horror las escenas de muerte y desórden provocadas el año último por los irlandeses y ciertos católicos canadienses á propósito de las conferencias del padre *Gavazzi*. Este es un sacerdote católico italiano, que decia haber estado agregado á la corte de Roma. Los grandes abusos que reprochaba á algunos de los principales dignatarios del clero romano, con los cuales decia haber tenido relaciones, no eran propios para grangearse las simpatías de los irlandeses, siempre dispuestos á jugar el revolver y el puñal. Para dar mas autoridad á sus revelaciones, Mr. Gavazzi pronunciaba sus discursos con traje de eclesiástico, cosa considerada por algunos católicos como una provocacion y un insulto, del cual era necesario tomar venganza. Mientras que la mayor parte del auditorio escuchaba con vivo interés las estrañas palabras del sacerdote italiano, los irlandeses proferian gritos de muerte y preparaban sus armas.

Sin embargo, el padre Gavazzi, con valor inconcebible, proseguia lo que llamaba la obra de su conciencia. Estaba fuertemente

apoyado por los periódicos, unánimes en reconocer el derecho de la palabra y predicar el sosten de las libertades del pensamiento. Firme con su derecho y confiando en las instituciones liberales que rigen el Canadá, Mr. Gavazzi se dirigió á Montréal y anunció varios sermones como lo habia hecho en New-York. La parte ignorante y fanática de la poblacion católica, resolvió impedir esto por todos los medios posibles, y no encontró nada mas sencillo que asesinar al padre Gavazzi. Avisado de esta resolucion, se puso bajo la salva-guardia de las leyes y anunció nada menos que para el dia siguiente su primera sesion pública. Entonces los católicos se armaron de sables, picas, fusiles, pistolas y puñales y se esparcieron por la ciudad, esperando al sacerdote que se habian propuesto asesinar.

A la hora fijada, un escuadron de guardia fué á buscar á su casa al orador y le escoltó hasta la sala donde debia pronunciar su discurso. Apenas hubo articulado la primera palabra, el tropel agrupado á las avenidas del salon, quiso penetrar á viva fuerza; opúsose la guardia y fué la señal de un mortífero combate, en el que fueron vencidos los perturbadores. Hubo quince muertos y gran número de heridos. Mr. Gavazzi, escapó del peligro casi milagrosamente, en medio de esta escena de carnicería. Manteniendo su derecho hasta el fin, predicó el número de sermones anunciados y se volvió á una ciudad de los Estados-Unidos. Cuadros semejantes, provocados siempre por la intolerancia del partido católico, se sucedieron por donde pasaba el predicador.

Hubo combates, muertos y heridos, pero triunfó la libertad del levantamiento intolerante, y el derecho de la palabra fué sostenido y consagrado.

Un orador, de género menos elevado que el padre Gavazzi, es el que han designado vulgarmente con el nombre del *Angel Gabriel*. Este es protestante y propaga sus doctrinas al aire libre con acompañamiento de cornetin de piston. Los domingos se dirige á las horas de los oficios á una plaza pública, y subido en un poyo, predica sus discursos religiosos precedidos de un cornetin, capaz de provocar la envidia en nuestros mas hábiles vendedores de *cani-*

llas (1). Como estos, él toca con preferencia el famoso *allegro* del duo de *I Puritani*: *Suoni la trompa é intrépido*. A estos belicosos acentos de Bellini, se reune el pueblo para oir los discursos ortodoxos del *Angel Gabriel*.

Este singular personaje ha estendido por todas partes la luz de su sagrada palabra, mezclada con las agradables melodías de su cornetin de piston. Pero mas de una vez, los ojos y nariz del *Angel Gabriel* han sentido las huellas de la argumentacion católica irlandesa, cuando se ha permitido criticar ásperamente el gobierno espiritual y temporal del Papa. En materias de religion, no le gusta á la jóven *Erin* que se discuta; y en caso de hacerlo con ella, responde á puñetazos.

Ahora se sabe que si vienen espantosas inundaciones á maltratar algunos de nuestros departamentos, provienen, segun dice el cardenal *Bonald*, de que la Francia no ha respetado la ley del domingo. ¿No seria fundado preguntar, cuando la Francia entera es culpable del mismo pecado, por qué el castigo ha sido impuesto solo á ciertos lugares? Paris ha estado exento de él, aunque es bajo este punto de vista mas criminal que todas las ciudades. Pero no se debe ser curioso. Baste hacer constar que la liquidacion repentina de las nieves que han hecho desbordar el Ródano y el Loira, no han tenido ni pueden tener otra causa que la inobservancia del reposo dominical. Si es así, como no lo dudamos, los Estados-Unidos nos parece que están por largo tiempo aun, al abrigo de las inundaciones.

Sin duda el puritanismo se ha descuidado algo en estos últimos tiempos, y no estamos ya en aquellos magníficos dias en que los fieles guardadores del domingo, tendian la víspera por la noche cadenas en las calles y arrojaban sillas en las avenidas para impedir que pasasen los coches. Hace de esto veinte años, y los años son siglos en América. Sin embargo, por interés de salvacion se impide á las compañías de ómnibus hacer el servicio interior los

(1) Los vendedores de *canillas*, en París, tienen la costumbre de marchar por las calles tocando unas trompetitas, para llamar la atencion del público. (*N. de los T.*)

domingos; pero segun parece, los cocheros particulares y los de empresas, asi como las de los *cars*, que sobre radios de hierro hacen exactamente lo mismo que los ómnibus en el empedrado, no pecan trabajando en domingo.

Se impide que estén abiertas las tiendas, á escepcion de las de licores y cigarros. No sabemos qué motivo hay para que se venda tabaco y aguardiente.

Para las compañías de los *ferryboats*, que hacen la travesía de New-York á Brooklin, y para los barcos de recreo que se llenan hasta irse á pique, de gente presurosa que se traslada á las casas de campo de *Hoboken* y *Staten-Island*, no es tampoco pecado navegar en dia festivo; mas el camino de hierro que vá de Brooklin á Green-Wood, se condenaria irremisiblemente sino descansase.

Los periódicos tambien peligrarian aumentando la cólera del puritanismo si apareciesen en forma ordinaria; mas no pecan disminuyéndose hasta la mitad.

Los muchachos que venden periódicos no son pecadores, pero sí los hombres.

Los carniceros no pueden vender carne, pero los cocineros pueden sazonarla.

Finalmente, los músicos, como diesen un concierto que no se calificase de espiritual, faltarian al tercer mandamiento; pero no sucede así, cobrando, por marchar á la cabeza de los entierros (muy numerosos los domingos) mientras tocan piezas muy profanas á manera de aires fúnebres.

Es preciso confesarlo, porque es verdad que el buen sentido de la mayoría, hace justicia á una ley que es en América una anomalia inesplicable. Se observa aun en muchos puntos por rutina, pero apenas existe en las costumbres generales de las poblaciones. Por eso los obreros se encierran para continuar su tarea y los comerciantes se traen á su casa los libros el sábado por la noche y trabajan al dia siguiente sino van á divertirse al campo, cosa prohibida tambien.

La ley del domingo intercepta con el trabajo productivo, todos los ejercicios de la naturaleza que perturban la piedad y la meditacion. La música está enteramente proscripta, á menos que no

sea religiosa. Mas los americanos son ingeniosos en trocar dificultades: tienen para los dias festivos, polkas sagradas, mazurkas edificantes, valses bíblicos, galops celestes y contradanzas ortodoxas que ejecutan al piano, teniendo el pedal de los apagadores constantemente levantado. No pára aquí la cosa, pues hemos visto gentes que no teniendo ningun escrúpulo, acompañaban la música con pasos sagrados y movimientos de cuerpo enteramente parecidos á los bailes mundanos que hemos ya mencionado.

Si se quiere saber exactamente cómo pasan el domingo en las casas de educacion que tienen los puritanos apegados á sus antiguas costumbres, hé aquí lo que ha contado uno de nuestros compatriotas, profesor de un colegio de este género:

« Despues de pasar la mañana en el templo y en la *Sunday School* (escuela del domingo) sigue la lectura de la tarde y el canto de los salmos. Ese doble ejercicio dura seis horas consecutivas. Si se presenta una visita, pasa sin ruido, se sienta, coje un libro y toma parte en la lectura ó el canto.

»Poco á poco el sueño se apodera de los niños, caen todos los volúmenes de las manos, se multiplican los bostezos, y los ronquidos son generales. Una vez la vieja directora se dislocó las articulaciones de la quijada, bostezando fuera de regla; no podia cerrar la boca, y esto produjo en la casa el terror y un escándalo *sentimental* de risas y *capital good fun* (chistes de buen género).»

Mas para apreciar la rigidez de las costumbres puritanas no se debe ir á New-York. Boston y Baltimore las conservan mas intactas. Ved un ejemplo: habíamos observado en Boston, que en las casas mas conocidas por su puritanismo, si tenian piano, cubrian los pies del instrumento con una funda. En las casas que pasaban por menos severas, no habíamos observado esto. Bastante nos llamaba la atencion, y resolvimos pedir esplicaciones á un fabricante.

Este nos respondió con seriedad: «Es que se suele decir en vez de los pies, las piernas del piano, y para ciertas personas rígidas, no es decente que ni aun los instrumentos de música tengan desnudas las piernas.»

CAPITULO XI.

LAS ASOCIACIONES.

Las asociaciones, que aparte de la sociedad general, tienen por objeto formar corporaciones regidas por leyes particulares unidas muchas veces á dogmas religiosos, son numerosas en América.

Nacen y se crean por todas partes, sin que el gobierno ponga obstáculos. Este no tiene mas mision que la política del pais; no dicta leyes á los intereses privados, ni les impone creencia religiosa; los ciudadanos son enteramente libres para asociarse entre sí como mejor les plazca, y adorar á Dios bajo la forma que les convenga. Las asociaciones no ofrecen peligro en un pais esencialmente libre, y menos aun por la independencia innata de sus habitantes y las instituciones generosas y progresivas que los rigen.

Los hombres que gozan de los beneficios de la libertad no piensan en abusar de ella en perjuicio de su propia dicha. La gran prosperidad de la Union americana debida y alimentada desde un principio por hombres de todas razas, religiones y lenguas, de los cuales un cierto número, es preciso confesar que eran la escoria de las naciones europeas, es una prueba irrefutable de esa verdad.

La libertad hace á los hombres mas inteligentes, porque les abre sin dificultad las puertas de las carreras; los hace mas mo-

rales y nobles, porque evita la disimulacion; mas orgullosos, porque establece la igualdad; mas valientes, porque destruye la servidumbre; mas fuertes, porque permite, con otras muchas ventajas preciosas, las asociaciones, que al reunir las fuerzas de todos, coartan las de cada uno.

Esa necesidad, inherente á la organizacion del hombre, de vivir en sociedad, de reunirse bajo leyes comunes que tienden á equilibrar en lo que es posible las probabilidades del bienestar de los individuos; esa necesidad de asociarse para buscar la felicidad, ha dado márgen á corporaciones dignas de ser observadas.

Lo que menos conoce y mas ha calumniado el hombre, se ha dicho que es el hombre mismo. Las nobles y generosas cualidades que hemos recibido de la naturaleza como contrapeso poderoso que oponer á los desbordamientos de las pasiones, esas bellas cualidades que la libertad con su poder solamente desarrolla, son por lo general desconocidas de los hombres, cegados por el interés de los mas hábiles. ¿Se creeria, por ejemplo, que haya hombres que puedan vivir en sociedad sin ley alguna, sin reglamento, guiados esclusivamente por el buen sentido y la equidad natural? Una sociedad de este género se ha formado en el Norte de los Estados americanos; está en plena via de prosperidad, y nada hasta ahora indica que sea detenida en su feliz carrera.

Los hombres que viven bajo este sistema, que como se vé, consiste en la carencia de todo gobierno, han contado mucho con los buenos sentimientos del hombre, entregado á los dictámenes de su conciencia, y con el egoismo bien entendido de cada cual, que marca la conducta de todos. Segun ellos, del buen proceder particular de los miembros de la corporacion, depende la fortuna y la felicidad. Los vicios no castigados por las leyes, insuficientes para reprimirlos, son, si es preciso creerles, naturalmente castigados en su singular asociacion, donde solo la virtud encuentra recompensa, y la lealtad hace suerte. Aquí, dicen ellos, el interés individual, tan íntimamente enlazado con el general, no puede ni debe tener regla de conducta, sino en la tolerancia, la moral y la justicia.

El hombre corrompido, prosiguen, que miente á sabiendas ó falta á su palabra, por sórdida avidez, encuentra en seguida disminuido su crédito, pues el honor y la palabra es la sola garantía que ofrecen las transacciones comerciales. Para reconquistar su crédito el mentiroso ó el deshonrado, están obligados á hacer grandes esfuerzos de virtud, y tienen que castigarse asimismo para volver á ocupar un puesto en la sociedad, corrigiendo de un modo eficaz y moral sus defectos.

Si alguna persona es de mal genio, perversa ó vengativa, como todo está en relacion á su alrededor y poco á poco le van dando el castigo por sus faltas, se le provoca á adquirir mejores cualidades. Mas si muestra su cólera desenfrenada y lleva la maldad hasta el crímen, la sociedad, indignada y amenazada por un enemigo comun, ó se libra de él por medio de la muerte, segun el delito, ó le abandona á sus remordimientos como indigno pária.

Así, sucesiva ó proporcionalmente, castigan las faltas ó malos hechos que amenazan los intereses de la asociacion ó inducen ultraje á la moral, tan necesaria por falta de leyes.

Los miembros de esta sociedad la encumbran en detrimento de la universal, y responden á este reproche que lejos de haber consagrado la omnipotencia de la fuerza bruta con la carencia de leyes, es por el contrario la mas segura garantía que puede ofrecérsele.

Para llevar su paradoja hasta el estremo, sostienen que el abuso de la fuerza en menoscabo de la moral y la justicia, no puede tener lugar sino en las sociedades reglamentadas por constituciones y leyes, desnaturalizadas en beneficio de los poderosos y privilegiados ó confiscadas por minorías ambiciosas. Para ser consecuentes con su falsa teoría, suponen que en América y Europa, las leyes no son mas que la garantía del fuerte contra el débil y no la del débil contra el fuerte. Estas opiniones erróneas hacen mas estraordinaria la prosperidad de una asociacion que está bajo la salvaguardia del interés y buen sentido de los que la componen.

Creemos que *Mr. Andrews*, el fundador del famoso Club de los Libres amores, es tambien el de esta asociacion singular. En todo caso, es uno de los mas ardientes propagadores. Ha publicado una

obra sobre este asunto, interesante, dictada por los mas generosos sentimientos.

Debemos decir que la California, se ha gobernado hasta hace poco por sí misma, desde los tiempos del descubrimiento del oro, sin recurrir á leyes; únicamente dirigida por el buen sentido y el sentimiento de justicia que existe en los hombres. Las transacciones se hacian bajo palabra, como en la bolsa de París, y los ladrones, bastante raros, eran colgados por la poblacion misma que se hacia juez, despues de la espeditiva ley del *lynch*, lo que no tiene lugar en la bolsa (1).

Por contraposicion á la sociedad sin leyes, han ensayado en América la vida demasiado reglamentada del *falansterio*, segun las doctrinas de *Fourier*. Mas si bien es cierto que estas teorías presentan ventajas por el lado material, la uniformidad que reina, así en los trabajos como en los placeres, influye de una manera tan molesta en lo moral, que las ventajas no compensan los inconvenientes. Resulta de esa uniformidad sin lucha ni incidentes, el deterioro fatal y progresivo de las facultades mentales. Se han apercibido de los peligros de esta triste mancomunidad y han tenido temor de ir á parar al anonadamiento moral á que llegaran los habitantes del Para-

(1) Será conveniente hacer aquí algunas observaciones sobre la California.

Hace diez años era un pais desierto, pues solo contenia 5,000 habitantes. Hoy cuenta 500,000; florecientes ciudades y magníficos puertos como San Francisco y Monterey, frecuentados por miles de buques de todos paises: riquísimos valles, abandonados ya por los mineros, producen abundantes cosechas de cereales. Los que llegaron ávidos de riqueza á emplearse en la esplotacion de las minas, se han convertido en fabricantes y labradores, marinos y comerciantes.

Las minas riquísimas en que abundan estas regiones privilegiadas por la naturaleza, han producido en solo ocho años de esplotacion, la inmensa cantidad de 836,000 kilógramos de oro, de los cuales ha recibido Europa 8,000.000,000.

Tal es el ánsia, ó por mejor decir el furor de enriquecerse, que desde el año 1850 al 53, los buques de Europa y América han trasladado mas de 50,000 almas á las costas californianas. Sin embargo, la escasez de mugeres es aun notable, despues de las fatales consecuencias que ha producido esta falta.

En general todo ha escaseado en California, pues hubo época y aun es bastante comun, que el arrendamiento de una simple barraca dispuesta para servir de tienda, costaba 2,500 pesos fuertes.

Este pais está en una via de prosperidad envidiable. (*N. de los T.*)

guay, bajo la paternal pero estúpida administracion de los jesuitas, cuya comunidad se asemeja á una especie de falansterio religioso.

El falansterio *furierista* se vendió hace algunos meses, y sus miembros entraron en la sociedad general, que á pesar de sus imperfecciones, vale algo mas que el falansterio. *Mr. Victor Considerant*, uno de los apóstoles del comunismo, ha establecido tambien desde hace poco, una especie de asociacion agrícola en el Norte de *Texas*. Le deseamos que prospere, pero ponemos en duda el éxito completo y duradero de tal sociedad. El comunismo es una verdadera máquina humana funcionando con la regularidad de un mecanismo cualquiera, y del que cada hombre es una rodaja. Mas la naturaleza ha hecho felizmente del hombre un ser completo y no una fraccion, y su individualidad es demasiado viva para que pueda acomodarse largo tiempo al desempeño de semejante papel. En el comunismo falta la lucha que existe en el órden moral como en el físico, porque es la gran ley de la naturaleza. Todo vive en lucha y debe luchar para vivir. La vida conduce á la muerte, y la muerte enjendra la vida por una lucha incesante de los séres en este vasto campo de batalla que se llama Universo. Asi lo quiere la naturaleza en sus leyes misteriosas, que el hombre estaria inclinado á juzgar severamente, si las apreciase solo con su razon y los sentimientos generosos y buenos.

En Brooklin, hácia el lado Este de New-York, hay una sociedad que vive en la mas estrecha fraternidad de sentimientos y fortuna. No hemos tenido el honor de visitar esas damas y caballeros, pero nos han asegurado que jamás ha cesado entre ellos la mas perfecta concordia.

En esta comunidad poseen las mugeres las mismas prerogativas de los hombres. Los *jóvenes* suelen hacer de *coqueta*, y las mugeres de héroes. Los niños se educan á espensa comun, y esta sociedad atenta, se muestra como modelo de buenas costumbres y organizacion social. La moral, invocada siempre en las religiones y sociedades, es muy respetada por los miembros de la asociacion, que pretenden conformarse en todo con las leyes de la naturaleza

y tienen el derecho mas inviolable y sagrado que existe: el de amar y ser amado libremente.

Estas son aberraciones que condena la delicadeza de sentimientos y la razon.

Como el *humbug* es el alma de América, Mr. Barnum, el ilustre charlatan, tuvo tambien el pensamiento, *por interés moral*, de fundar una sociedad de bebedores de agua y legumbristas, en *Connecticut*. Pero los virtuosos proyectos de este grande hombre han abortado, á causa de la quiebra que se ha visto precisado á presentar últimamente. ¿Es positiva esta quiebra? ¿Los bebedores de agua y los legumbristas deben desesperar? No lo creemos (1).

Mr. Barnum, poseedor de una fortuna valuada en quince millones de francos, solicita en este momento la autorizacion para establecer en New-York un vasto jardin de recreo, con teatros, cafés, fondas y diversiones públicas de mil clases. ¿No habrá querido fingir una quiebra respetable, para aumentar su crédito? Esto no tendria nada de particular, y nos conduce á decir algunas palabras sobre las quiebras, aparte de lo que concierne á Mr. Barnum.

En América, tienen las quiebras dos consecuencias contrarias: matan comercialmente á los que las presentan ó aumenta su crédito. Esto último debe parecer estraño á primera vista, pero se verá que es lógico.

Primer caso. Si el hombre que se presenta en quiebra es verdaderamente desgraciado, y para pagar á sus acreedores se deshace de lo que posee, es hombre perdido sin remedio. Supongamos, que quiera volver á emprender los negocios, y confiando en la delicadeza de que ha dado pruebas, se dirige á sus antiguos acreedores para pedirles nuevo crédito; se puede apostar cualquier cosa á que

(1) *Los vendedores de agua* y los *legumbristas*, se han quedado á la luna de Valencia. ¡Mr. Barnum ha quebrado! Ignoramos si de una manera positiva, ó negativa que es muy comun en los Estados-Unidos. Actualmente se halla en Inglaterra y lleva vida de príncipe. Su último *puff* en New-York fué la historia de su vida, escrita por él mismo, y cuya venta dió un producto fabuloso. Antes de llenar con él su bolsa, se presentó en quiebra desazonando á sus asociados y se trasladó despues á Europa.

Probablemente volverá á aparecer en América, porque no es posible que el hombre de lá fortuna, termine su historia novelesca con una quiebra. (*N. de los T.*)

sale mal en su empresa. No tenemos ninguna confianza comercial en Vd. le dirán. ¿Es Vd. afortunado en los negocios? No; puesto que se ha presentado en quiebra. ¿Tiene Vd. garantías que ofrecernos? Tampoco; y nadie mejor que nosotros lo sabe, pues para pagarnos ha tenido Vd. que agotar sus últimos recursos.... Ya Vd. lo vé, querido amigo, los negocios con Vd. son imposibles.

Segundo caso. Si el comerciante es hábil en la quiebra, y se arregla de modo que no ofrece sino un mezquino dividendo á los acreedores, reservando para él la mejor parte del pastel, ¡oh! entonces las cosas cambian de aspecto. Nuestro hombre puede, si quiere, volver á emprender el comercio al dia siguiente de su quiebra, presentándose con seguridad ante los acreedores, en la firme confianza de obtener el crédito que solicite.

Puesto que este hombre se ha mostrado hábil para engañarnos, dirán, es prueba de su habilidad en los negocios, y debe salir bien de ellos. Por otro lado, tiene dinero, y nadie mejor que nosotros lo sabe, porque somos sus víctimas. Así, pues, debemos tener confianza en él.

Al lado de las asociaciones que tienen la pretension de revolucionar el órden social, hay un número de corporaciones, cuyo fin es reunirse y socorrerse mutuamente. Estas corporaciones, se pasean por las calles los dias festivos con bandera desplegada y al son de música.

Los americanos son muy apasionados por ver el desfile de la milicia ciudadana, por las procesiones de todo género, los buques empavesados, los pabellones que enarbolan en todas partes y las músicas militares que preceden los cortejos generalmente.

No podria formarse idea exacta del espectáculo singular que presentan las corporaciones políticas y filantrópicas de New-York, siempre mezcladas á las compañias de bomberos acompañados de sus bombas, el dia del aniversario del nacimiento de Washington, el de la independencia y el de acciones de gracias.

En Broadway y en la plaza del Ayuntamiento, no se ven mas que gigantescas banderas con multitud de cintas de colores, dibujos emblemáticos, guirnaldas é inscripciones llevadas por sociedades

que marchan al son de tambores, pífanos, timbales, y oficlaides. El objeto de estas ceremonias es muy laudable, y los Estados-Unidos no podrian haber escojido mejor ocasion para regocijarse.

Mas en América todas son buenas ocasiones para hacer gala en procesiones, y podemos asegurar que el placer de marchar al paso, llevar en el frac negro ó el paletot un cinturon de color, algunas insignias sobre el pecho ó cintas alrededor del brazo, contribuyen mucho á formar parte del celo de las corporaciones. Cuatro guardias nacionales vestidos militarmente, no se reunen jamás para ir al campo á tirar al blanco, sin que marchen con gravedad y al paso, precedidos de una banda de música y seguidos de dos ó tres negros que llevan el blanco con guirnaldas y coronas de flores, destinadas al mas hábil.

A estas manifestaciones, llaman *escitacion*.

Las sociedades secretas, como los *Knownothings* en otro tiempo y los diferentes cuerpos de *franc-masones*, han marchado siempre con gran pompa y bandera desplegada.

Suprimid las banderas, cintas, tambores, bandas y pífanos y dareis á la *franc-masoneria* el mas fiero golpe. El pueblo americano está constantemente absorbido por los negocios, y tiene tan poco tiempo para entregarse á los placeres, que es una dicha verdadera para él, pasearse calle arriba, calle abajo, con banderas y música. Lo han dicho: de gustos y colores no hay nada escrito. En cuanto á nosotros, quisiéramos mejor que nos pusieran veinte y cinco sanguijuelas ú oir dos trajedias en una misma noche, á figurar en semejantes cortejos.

No olvidaremos señalar una de las mas curiosas corporaciones, al menos en lo que concierne á insignias.

Hé aquí cómo hemos descubierto la existencia de esta corporacion. Entramos un dia en un bar-room, en compañia de un americano que nos habia convidado á refrescar. Despues de nosotros entraron dos *gentlemen*. Uno de ellos apercibió un grupo de individuos; se acercó á él pronunciando á media voz la palabra *¡paraguas!* A esta palabra, todos volvieron la cabeza, y el grupo entero saludó

al recien llegado con la misma palabra *¡paraguas!* tres veces repetida.

Habíamos olvidado ya esta escena sin comprender nada, cuando algunos dias despues vimos pasar en Broadway, con un magnífico tiempo, una fila de individuos armados con paraguas abiertos. Entonces entendimos que el *gentleman* y el grupo de personas que habíamos visto en el bar-room debian pertenecer á la corporacion de los paraguas, cuyo fin ignoramos.

Imitando las doctrinas *sansimonianas*, que proclaman á la muger igual en derechos sociales, cargos y empleos al hombre, existe la famosa secta de las blumeristas.

Las grandes sacerdotisas de dicha secta son *Mmes. Lucrecia Mott*, *Rosa*, y *Antoniette Brown*, la mas célebre por la independencia de sus ideas y lo atrevido de sus discursos. Estas señoras aseguran que si la muger se degrada y pierde tan amenudo, que si el vicio está tan estendido en los grandes círculos de las poblaciones donde las necesidades son mas considerables, es porque los hombres reservan para sí solos las funciones lucrativas y dejan á las mugeres los trabajos ínfimos, de un cultivo que embrutece el espíritu y de una utilidad insuficiente para las obligaciones de las que lo emprenden.

«Levantaos, pues, gritaba un dia con indignacion dirigiéndose á los hombres en un *meeting*, en Boston, Miss Antoniette Brown; levantaos, pues, contra la inmoralidad de las mugeres y haced los gazmoños, cuando sois vosotros los que las corrompeis, retirándoles con una mano, por egoismo, aquello que les rendis con la otra, por venalidad. ¡Ah! ¡vosotros sabeis que el vicio nace las mas veces de la miseria; que el hambre suele ser mas poderoso que la virtud, y en vuestro despotismo infernal, en vuestra cobardía, empobreceis á las mugeres para hacerlas viciosas!... Dadle una parte de los negocios lucrativos que vosotros desempeñais; que no tengan necesidad de vivir de vuestros infames y humillantes obsequios, y estoy perfectamente convencida, que vuestras seducciones, caballeros, harán muchos menos estragos en nuestras filas.»

Es evidente que los hombres, mas fuertes que las mugeres, han hecho siempre en sociedad el papel del leon. Pero nos parece que

las blumeristas olvidan con facilidad, que con brillantes empleos y tragando piezas de oro, no se almuerza. El puchero, el modesto pero necesario puchero, debe estar listo todos los dias y antes de todas las especulaciones. ¿Y sino se confiase al cuidado de la *señora*, seria el *caballero* quien debiera disponerle? Eso no nos parece natural, y por consecuencia tampoco razonable; hay para las mugeres ocupaciones mas graves, que ellas solo pueden llenar, con esclusion de otras; el cuidado de alimentar y educar sus hijos. Mas las blumeristas, que tienen razon en muchos puntos, exageran las reformas cuando quieren ser como los hombres, jueces, abogados, sacerdotes, médicos, soldados, diputados, embajadores, ministros y hasta bomberos.

Hemos tenido ocasion de ver reunidas en número considerable las blumeristas, en el Club de los Libres amores; llevan pantalones, enaguas cortas, pelerinas y sombreros redondos. Todas son delgadas, viejas, feas y dotadas de una voz detestable y chillona. Les gusta perorar y se insurreccionan gozosas contra los hombres y el matrimonio.

Pero en cuanto al casamiento, es preciso no fiarse de mugeres viejas, delgadas, feas y gritonas.

CAPITULO XII.

LOS PERIÓDICOS.

Hace algunos años, se decia en Francia que el periodismo era el cuarto poder del Estado. No sabemos si puede decirse todavía, pero en América, donde saben leer lo mismo los campesinos que los ciudadanos, ocupa no el cuarto rango de los poderes, sino el primero, y no por eso le va mas mal.

En ninguna parte ejercen los periódicos tanta influencia en las decisiones del gobierno y en la opinion pública. Perfectamente redactados, son eco de las necesidades de los pueblos y el mas firme apoyo de los principios constitucionales. La polémica, tan viva y virulenta al acercarse las elecciones en que los partidos están frente á frente chocando con fuerza, se calma despues de la sentencia pronunciada por la mayoría. Esta no es ciertamente infalible, pero en un pais donde todo el mundo tiene derecho á votar, sabe leer, y puede esponer su razon en contra de los demás, representa siempre las mejores ideas.

La movilidad de los funcionarios públicos, repara fácilmente los errores, al mismo tiempo que procura un progreso estimulado y continuo. Es inútil decir que la prensa americana enteramente li-

bre, tiene por primera mision, la propaganda de las medidas políticas y económicas, capaces de fortificar la libertad de los ciudadanos y aumentar el bienestar general.

Al lado de la cifra innumerable de periódicos liberales que se publican, se nota con dificultad la existencia de algunos, que por espíritu de partido religioso mas que social, tratan de turbar con falsas notas el acorde perfecto del sentimiento. Los de este género, entre los cuales hay quien predica el amor á *Dios* con un estilo endemoniado, tienen poco valor en ese pais avanzado y floreciente, gracias á sus instituciones liberales, que desearian ver reemplazadas por un gobierno absoluto é intolerante.

Aseguran tener mas razon que todo el mundo, que la prosperidad americana es facticia y la libertad tiene mil inconvenientes, profetizando las mas grandes desgracias si continúan adorando á Dios con distintos cultos y gozando de las ventajas liberales. Pocos leen estos miserables periódicos, y si los miran es para reir, como se rie de un niño rabioso que hace mohines y amenaza con el puño.

Los periódicos útiles en cualquier nacion son indispensables en los Estados-Unidos, que se gobiernan por sí mismos.

La libre discusion es allí la mas segura garantía del órden social, y por natural consecuencia la fuente del progreso.

Donde quiera que se reunen quinientos americanos, de seguro se encuentra una iglesia y un periódico político. Ambas cosas son para ellos objetos de primera necesidad; lo demás es secundario.

Los diarios, á imitacion de los ingleses, están confeccionados de modo que sirven á los intereses del comercio, que con la agricultura forma, por decirlo asi, la única clase de los Estados.

Son una coleccion incesante de noticias y avisos de todas clases y cosas, de todos los paises. La *Nueva comercial* es el gran negocio para los que no se ocupan mucho de literatura. Se imprime con pequeños y compactos caractéres y de doble tamaño que los franceses; está exento de timbre y depósito y se vende á diez céntimos poco mas ó menos; estipendio corto si se tiene en cuenta que el dinero es relativamente de menor valor que en Europa. No

hay americano que deje de comprar y leer periódicos; es raro que no encuentre en ellos lo que desea saber, pues lo contienen todo: Salida y llegada de vapores y trenes, con la tarifa de pagos; el precio corriente de las mercancias y el de los espectáculos y diversiones públicas; el movimiento de las importaciones; los artículos de comercio; las novedades de la capital; la animacion de los puertos, el nombre de los pasajeros que van ó vienen; los discursos oficiales completos; las noticias estranjeras anunciadas por correspondencias particulares; las revistas cotidianas de lo que puede interesar al público; una prodigiosa cantidad de diferentes géneros de anuncios, para pedir ú ofrecer habitaciones ó criados, para vender ó comprar alguna cosa, para casarse, divorciarse y darse citas amorosas; para proponer negocios; para reclamar mugeres estraviadas ó preguntar por hombres que se desean hallar; para escribirse, responderse, amenazarse y perdonarse.

No conocemos cosa mas original que la lectura de esos periódicos, y reuniendo ciertos anuncios que se publican diariamente, podria formarse un volúmen curioso.

Nosotros hemos escogido algunos originales; helos aquí fielmente trasladados:

«Se solicita una cocinera católica y tuerta para el servicio de una escasa familia: se exije la falta de un ojo por serias razones, que se darán á la persona que se presente, Prince-Street, 9.»

«Yo soy J. O. K. de Edimbourg. Hace cerca de catorce años que no veo á mi muger, esto es, desde el fatal ¡13 de enero! que el infame *W. Smith de Michigan* la sedujo para abandonarla en seguida en la miseria y desesperacion. Hoy deseo ver á mi muger por razones de alto interés. Ruego, pues, á las personas que la conozcan, que me envien las noticias que pido á la redaccion de este periódico. Mi muger tiene hoy treinta y cuatro años. Era rubia, de esbelto talle, y me parecia bonita. Debe haber cambiado mucho. Las iniciales de su nombre son M. L. B.»

«El doctor R... (*Office*, 164; *Broadway*) necesita cabezas de *solitarias*, para acomodarlas á cuerpos sin cabezas de estos *botrio-céfalos*, de los que posee una preciosa coleccion. Las personas que las

tengan y deseen deshacerse de ellas ventajosamente, pueden dirigirse al *office* del doctor, de tres á cinco de la tarde. Tambien puede si conviene, cambiar cuerpos de ténia por cabezas de dicho intestinal.»

«Una señorita de diez y nueve años, de orígen inglés y sin ningun pariente, desearia vivir con una familia americana ó estranjera. En cambio de su manutencion, ella dará lecciones de piano, de canto y costura, y tambien de lengua inglesa. Sus maneras son distinguidas y tiene un carácter vivo y alegre.» Escribir á M. N. L. Post-*Office-Box*, 331.

«Frenologia.—*Clinton-Hall*, 131, *Nassau Street*. Este gabinete, visible todos los dias, contiene los bustos en yeso de las personas mas distinguidas: sabios, literatos, hombres políticos, corsarios, envenenadores, ladrones, asesinos, adúlteras é idiotas.»

«Champagne, Marc Causidiere, 15, Beaver Street es el solo agente de la casa *Delbeck y Lebegard de Reims* en todos los Estados-Unidos. ¡Buena marca! ¡buen vino! ¡buena acogida!»

«Abogado.—*Louis Pignolet, attorney at law*, (1) 187, *Greenwich Street*. Conciencia y saber.»

«Agencia de colocaciones, 522 *Broadway*.—Nodrizas, profesoras, amas de llave, costureras, modistas etc. etc. Comision módica y discrecion á toda prueba.

«Almoneda, en el *hipódromo*, de un magnífico tigre de Bengala, una pantera de Java, un oso muy bello, un leon soberbio y otros animales feroces, perfectamente domados, en buen estado de salud y á precios módicos.»

«Un médico especial para las enfermedades nerviosas, desea encontrar varios paralíticos de carácter dulce y sosegado. Se propone curarlos por un método enteramente nuevo, inventado por él, que necesita tanta paciencia y abnegacion de parte del enfermo, como inteligencia y desprendimiento del médico. La cura es infalible.»

«Una jóven inglesa y protestante, que habla un poco francés é italiano, desea colocarse de ama de gobierno en casa de un caballe-

(1) Luis Pignolet, abogado procurador.

ro de edad, con hijos ó sin ellos, y que le agrade viajar, porque á ella le gusta mucho.»

«Dirigirse al correo, bajo las iniciales L. W.»

«*Mr. Beebe* tiene el honor de participar á su clientela, (*observad la palabra clientela*) que á la buena fabricacion de sus féretros ventajosamente conocidos, acaba de añadir un surtido de cuellos postizos, corbatas y sedería. Espera, como siempre, merecer la confianza del público, por la buena calidad de sus efectos. Féretros de lujo con ventiladores, á eleccion.»

Cirujano Dentista.—*Mr. Gaweau*, 412, *Broadway*, merece la reputacion que tiene. Su talento consiste en *estraer* lo mas tarde posible; pero cuando llega esta necesidad lo hace con calma, dulzura y sangre fria.»

«Febrífugo peruano, en casa de *Sands* 100, *Fulton Street*. Para las afecciones del hígado, ictericia, y enfermedades biliosas, descomposicion de sangre, tumores frios, dilatacion del bazo, y reblandecimiento de huesos.»

«Camas-elásticas.—Esta admirable invencion enemiga de las chinches, no impide la circulacion del aire, y solo con un colchon delgado, basta para que sea la cama mas sana y blanda.»

«En casa de *Demeure* y *Mauritz* 43, *Centre Street*.»

«Se desea, para completar una compañía de artistas ambulantes, un pianista acompañador, un clarinete y un fenómeno humano; una giganta ó enana, una muger colosal ó barbuda. Se dará la preferencia á una que tenga *cabeza de muerto*.»

«*Mr. A. Derne, óptico de Paris* 510, *Broadway*, tiene el honor de prevenir al público y á sus numerosos amigos, que ha recibido por el último vapor una coleccion completa de *lentes* de nuevo gusto.»

Estos anuncios enumerados, bastan para dar una idea de la publicidad americana.

Los periódicos, como se vé, son muy diferentes de los nuestros y no pueden leerse por entero: para eso falta tiempo. Cada cual busca en ellos la parte que le interesa; política, social, industrial, comercial, ó la seccion de anuncios, interesante á todos. Como hemos dicho antes, hay una seguridad de encontrar en los diarios buenos,

cualquier noticia que se desee, y en esto, como en correspondencia estranjera, ni el *Times* de Londres es superior al *Herald* de New-York.

Los principales órganos de la prensa New-Yorkers, son, el *Daily-Times*, la *Tribune* y el *Herald*.

El *Daily-Times*, es abolicionista algo exagerado en puritanismo, y su gazmoñería arrostra por todo, cuando se le habla de *vino*, y el *agua* se le sube á la cabeza.

Está redactado con inteligencia.

La *Tribune* es la representacion del partido avanzado. Es todo aquello que no son los demás; furierista, blumerista, partidario del *libre amor*, de los espíritus evocados, y espera que el mar salado desde hace tanto tiempo, se trueque en *limonada gaseosa*, cuando los hombres sean bastante perfectos para tener una cola adornada con un ojo vigilador.

Para colmo de estrañeza, la *Tribune* pertenece al partido de los *Rusos*. Durante la guerra de *Crimea* no ha cesado de elogiarlos y proclamarlos los mas hábiles diplomáticos, los mejores soldados, los mas sábios capitanes, y á su gobierno el mas humano y perfecto del Antiguo-mundo.

Seguramente la *Tribune* no tiene bastante con sus ojos para ver claro en ciertas cuestiones, y no le vendria mal la cola *falansteriana* para aumentar su lucidez.

En cuanto al *New-York-Herald* es volteriano, escesivamente progresista, y el mas influyente.

Las abominables ideas *volterianas* se han propagado lo mismo en América que en Europa. Por esta razon, el *Herald* y varios periódicos de la misma escuela, cuentan por miles los lectores; en tanto olvidan otros de mejores opiniones que se hacen moderados, templados, devotos, poco republicanos, y afectan no ser nada espirituales, para alejarse sin duda de *Voltaire*.

La prensa de Francia está representada en varias grandes ciudades de la Union, por periódicos y revistas escritas en francés. El *Courrier des Etats-Unis*, publicado en New-York, pasa por el mejor. Debe su fama á los esfuerzos del escritor *Mr. Gaillardet*, que fué

propietario, director, y poco antes aprendiz de impresor. Aquel pais no es como los de Europa, el talento y la nobleza se democratizan á menudo; ejerciendo profesiones que entre nosotros parecerian bajas á muchas personas, pero que allá aceptan sin escrúpulo como produzca dinero.

Mr. Gaillardet, despues de una lucha digna, difícil y larga, consiguió hacer del *Courrier des Etats-Unis* un periódico importante al lado de los mas influyentes.

Despues cedió la propiedad de su empresa, volviendo á París donde vive tranquilamente del fruto de su trabajo, aunque no le impide esto enriquecer su antiguo periódico con una correspondencia semanal, escrita con tacto é inteligencia, y que nuestros compatriotas aguardan cada vapor, como una voz consoladora y amiga que les habla desde la lejana patria.

El director actual del *Courrier des Etats-Unis* es *Mr. Emile Masseras*, que continúa la obra de Mr. Gaillardet con el activo concurso de *Mr. Trobriand* y bajo la direccion del propietario gerente *Mr. Charles Lassalle*.

Si el color político del *Courrier des Etats-Unis* cambia con frecuencia y si se muestra tal vez en un mismo número defensor de distintos partidos, tiene al menos el mérito de ser sinceramente francés, para disculpar sus contradicciones.

La prensa americana, nos parece que olvida los servicios prestados por la Francia á los Estados-Unidos, y no es siempre benévola y justa para nosotros. Sus elogios encierran algunas veces epígramas, y las críticas son crueles cuando justas, ó envidiosas cuando falsas.

Cuando acontece esto, el *Courrier des Etats-Unis*, inspirándose en la divisa patriótica de los americanos «Mi pais tenga ó no razon» se vuelve acalorado y elocuente defensor de Francia, haciendo abstraccion de sistema político y espíritu de partido. Así, pues, estimado por su carácter obsequioso y afable como por las cualidades de su genio fácil, elegante é incisivo, *Mr. Masseras* llena sus funciones satisfactoriamente.

Mr. Trobriand á quien nos costará mucho trabajo en nuestra ca-

lidad de artistas, perdonarle el haber desconocido el mérito de *Mirate*, uno de los mejores tenores que han visitado á New-York, es un escritor divertido, cuya pluma es una adquisicion escelente para el periódico. Que nos permita Mr. Trobriand aconsejarle la moderacion en sus críticas; menos entusiasmo por la trajedia y mas indulgencia para la música del pobre *Mozart* que tiene bastante mérito.

Bajo la direccion de su digno propietario *Charles Lassalle*, nuestro diario prospera y es una buena especulacion que satisface y priva dedicarse á otras.

Para América, tan íntimamente enlazada á Europa por un gran comercio, las noticias de esta última son de mucho interés; de suerte que los diarios americanos se esfuerzan en aumentar el número de correspondencias, y no perdonan medio de ninguna clase para que sean conocidos de sus lectores con la mayor prontitud.

Cada llegada de vapor tras-atlántico, se anuncia en las calles por la venta de suplementos que dan en compendio los principales sucesos. No se exajera diciendo que la venta causa una viva sensacion.

Apenas los vapores llegan al puerto, se vé por la ciudad una multitud de chicos de diez á quince años, descalzos la mayor parte y mal vestidos con pantalones sostenidos por una cuerda á manera de tirante, y paletots de paño *pilot* muy largo de talle. corriendo en todas direcciones, alta la cabeza y el ojo avizor, con un enorme paquete de periódicos debajo del brazo que distribuyen apresuradamente á los transeuntes mediante la suma de seis *sueldos* cada uno. Se confeccionan con una prontitud maravillosa. Las prensas tienen hasta nueve cilindros y ocupan treinta y cuatro hombres. Estas formidables máquinas vomitan millares de ejemplares, que los vendedores se arrebatan á las puertas de las imprentas. En seguida no se oye otra cosa que la voz aguda y prolongada de los *boys* que gritan hasta faltarles el aliento: «La llegada del vapor estranjero con *importantes* nuevas.»

Cuando los vapores se atrasan, los vendedores de periódicos, á semejanza de los hombres importantes, no quieren perder el tiempo y remedian el atraso de una manera, que logran el fin que se

proponen. A suplementos anteriores que hablan del vapor que se espera, añaden pegándola hábilmente, la fecha del dia, y los venden como nuevos. Muchas personas caen en la red; echan una rápida mirada sobre el ansiado *extra* y leen con avidez cosas pasadas que no tardan en reconocer. Entonces arrojan al aire el papel y continúan su camino apretando el paso para desquitar el tiempo perdido.

Ciertos periódicos estan muy lejos de desplegar esa actividad febril de los principales. Para muestra de las pocas obligaciones que contraen con el público, sirva este aviso del *North Caroline-Time*, escusándose por haber dejado de salir.

«El *North Caroline-Time* no ha salido á luz las dos semanas pasadas por estas dos razones: la primera porque en la penúltima nos encontrábamos ausentes, ocupados en negocios particulares, y la segunda porque en la última tuvimos un fuerte catarro.»

En todas las ciudades se publica un prodigioso número de periódicos de variados géneros. Los hay industriales, de medicina, pintura, agricultura, marina, ciencias, modas, música, religion, literatura, sociales y pintorescos. Contienen mucho material tomado de los libros europeos y americanos.

Para juzgar del consumo de libros y periódicos, que se hace en los Estados-Unidos, basta la observacion siguiente: setecientas cincuenta fábricas de papel abastecen mas de dos mil máquinas continuamente en actividad; el año pasado han producido estas fábricas la enorme cantidad de doscientos cincuenta y dos millones de libras inglesas de papel. Para hacer una libra, se necesita libra y cuarto de trapo, por consecuencia se consumieron cuatrocientos millones de libras de trapo en la industria papelera de un solo año.

Debemos añadir que Italia es la que envia la mayor parte de los trapos. Esto no honra mucho su industria, pero el despotismo que gobierna á ese desgraciado pais, no permite, como se sabe, el libre desarrollo del pensamiento, que comprime y reglamenta. Los periódicos y libros, son objetos de lujo y curiosidad en este pais tan hermoso por la naturaleza, como degradado por la preocupacion religiosa y la tiranía.

CAPITULO XIII.

LA MEDICINA.

En América para las personas que no saben nada, es un gran recurso la medicina, particularmente la homeopática. ¡Es tan fácil ser un mal médico homeópata! Algunos frasquitos conteniendo bolitas de almidon que se administran á los enfermos por lo frio, caliente, tibio, fresco, seco y húmedo, no es embarazoso, ni *caro*, ni desagradable al paladar.

A mas de la medicina homeopática merece citarse la vegetal. Hé aquí cómo se practica: tomais una cacerina, os calzais gruesos zapatos, os armais de un gordo baston, y partis al campo, guiado por *el amor á la ciencia* y el ánsia de ser útil á vuestros semejantes. Despues de llegar al campo, entrais en una fonda donde haceis que os sirvan una buena comida, acompañada de buenos vasos de vino. Terminada la comida, os vais á tomar una taza de café, al aire libre, bajo frescas sombras, fumando filosóficamente un *trabuco*, habano puro. Al poco tiempo, vuestros párpados se ponen pesados, la cabeza se inclina ligeramente sobre los hombros, el cigarro se apaga cayéndose de vuestros dedos inmóviles, y os en-

tregais á un sueño ligero, favorecido poéticamente por la brisa que murmura en los árboles y las melodías de la naturaleza.

Por la noche regresais á vuestra casa, encorvado y muerto de fatiga, pero felíz y orgulloso con la cacerina llena de plantas raras y preciosas, de las cuales vos solo conoceis las virtudes supremas; y que con peligro de la vida habeis arrancado á los escondrijos espinosos y á las entrañas de la tierra, en las cimas levantadas ó en el fondo de algun abismo.

Los enfermos esperan impacientes volveros á ver con los milagrosos brebajes que les preparais, y que bajo un rótulo misterioso, ocultan los modestos é inofensivos jugos de la zanahoria, de la lechuga, el nabo y el vulnerario. Si esto no produce bien, tampoco mal, y se nos figura que la mejor medicina es aquella que al menos no hace daño.

Pero si la medicina vegetal se practica por todo el mundo en América, la homeopática es esclusiva de los alemanes.

Cuando veais pasar por las calles un hombre con gafas, vestido con pantalon ancho, frac ancho, chaleco de piqué blanco, ó de saten negro, tambien ancho, y la cabeza cubierta con un sombrero de copa baja y alas anchas, no necesitais preguntar quién es; estad seguro que es un doctor aleman; un homeópata. En América son los alemanes médicos, pianistas, clarinetistas, ó todo esto á la vez.

¿En cuántas clases seria preciso clasificar las distintas especies de médicos de los Estados-Unidos? Esto es lo que no podemos decir, porque están tan divididos los de cuerpo como los de alma.

—Tragad esto, dicen los unos.—No lo trageis, dicen los otros. —Decid esta oracion, ordenan estos.—No la digais, mandan aquellos.—Creednos á nosotros y bebed agua, predican los apóstoles de la templanza y los doctores hidrópatas.

En América hay muchos y muy buenos médicos, estranjeros é indígenas, y tenemos un placer en poder aquí pagar una deuda de profunda gratitud al talento y abnegacion de *Mr. Bolton*, de que nos dió pruebas en una enfermedad peligrosísima que tuvimos en New-York. A este escelente doctor, tan instruido como amable y

generoso, debemos la vida. Confesamos que morir en New-York nos hubiera disgustado, no porque los cementerios sean malos, al contrario; el de Green-Wood es notable por muchos títulos: está colocado en una altura, desde la cual los *muertos gozan de una vista* admirable; tiene muy bellos monumentos fúnebres, y como en New-York no hay paseos publicos, en sus tortuosos senderos llenos de silencio misterioso, es donde la *flirtation* americana da sus mas tiernas citas. Mas nosotros éramos algo parecidos al personage célebre de *Henri-Monnier*, que queria absolutamente ir á morir á casa del *ricachon*, á pesar de las amonestaciones de su esposa, que le decia conmovida: «Muere aquí, amigo; se está muy bien; yo te daré una buena almohada y sábanas blancas; nada te faltará.» A lo que respondia el enfermo sin conformarse: «Yo quiero ir á morir á casa del *ricachon*» Ahora que nosotros estamos en casa de nuestro *ricachon*, es decir, en París, no pensamos en morir, y hacemos los mayores esfuerzos para vivir todo lo posible.

En América no existe hoy, como antiguamente, el derecho de ejercer la medicina sin diploma. Pero los médicos que practican sin él y aun sin exámen, son por desgracia muy numerosos. El ministerio público, no persigue de oficio á los médicos no recibidos por la Facultad, y es necesario para que los tribunales puedan condenarlos que alguna persona eleve queja civil contra ellos. Las sentencias en esos casos, suelen ser rigorosas. Hemos conocido un hombre que obtuvo por daños y perjuicios, cinco mil duros, de un falso doctor que al curarle un brazo roto, se lo colocó al revés.

Mas á un doctor provisto de su diploma, le es permitido estropearos, siguiendo las sanas doctrinas, y mataros con las reglas del arte. «Hay entre los muertos, ha dicho *Mr. La Palisse*, la mas grande honradez y discrecion, y jamas han venido á quejarse del médico que los ha matado.» Esto es cosa muy buena para los facultativos de todos los paises y particularmente para los numerosos americanos, que han hecho del calomel un específico universal. El remedio es casi siempre peor que la enfermedad, y espanta ver los estragos del mercurio, pintados en el rostro de muchas personas.

La diseccion de los cadáveres no se permite en ciertas partes

de los Estados-Unidos, donde el puritanismo exajera el respeto á los muertos. Pero los médicos no se privan por eso de las útiles especulaciones anatómicas; compran secretamente los cadáveres y los disecan en sus casas.

Nunca olvidaremos el hecho siguiente, cuyo recuerdo nos impresiona demasiado.

Fuimos un dia á devolverle una visita á un profesor de anatomia de la Escuela de Medicina de New-York; llegamos á su casa y una criada jóven é irlandesa, salió á abrirnos.

—El señor está ocupado en este instante, dijo; pero si Vd. desea verle, tómese el trabajo de pasar á ese cuarto de la derecha, al fin del corredor. Avisaré que está Vd. aquí.

—No le moleste Vd. esperaremos el tiempo necesario; no tenemos prisa.

Nos dirigimos al punto que nos habia designado. Solo que equivocadamente, tomamos la izquierda en vez de la derecha. Entramos en un cuarto, cuya puerta se hallaba entreabierta.

Era invierno. La chimenea contenia un gran fuego, que alumbraba el cuarto con ese resplandor azulado y débil del carbon de piedra candente. Al rededor de ella, estaban tres personas silenciosamente sentadas. No se incomodaron por nuestra llegada, ni siquiera parecieron notarla. Tomamos una silla sentándonos á distancia conveniente del grupo. Nadie habló. Pero de tiempo en tiempo, se distinguía en la sombra un movimiento brusco de una de las personas sentadas, parecido al estremecimiento nervioso é involuntario y acompañado de un crujido de las articulaciones, que se hacia sensible por el profundo silencio que reinaba á nuestro alrededor. A poco apareció el médico silbando una polka.

—¿Vd. aquí? esclamó sorprendido. ¡Por vida mia! que no esperaba hallarle con semejante sociedad.

—Apropósito de sociedad, replicamos por lo bajo, sírvase Vd. decirnos quiénes son las personas que se calientan tan tenazmente, inquietándose tan poco por Vd. y por nosotros. Su conducta nos sorprende, porque sabemos que Vd. no recibe en su casa sino personas de educacion.

—¡Cómo! ¿no sabia Vd. con quien estaba?

—Sin duda, puesto que lo pregunto.

—Acérquese, acérquese Vd., nos dijo tomándonos del brazo y conduciéndonos hácia los desconocidos, al mismo tiempo que pidió luz.

Entonces vimos tres cadáveres, de los cuales uno, en el momento de examinarlo, hizo un brusco movimiento de brazo.

—¿Cómo?... digimos al doctor sin poder acabar la pregunta y con voz trémula por el terror.

—Estos son, respondió con aire indiferente, tres sugetos que he comprado ayer á un enfermero del hospital; un buen muchacho con el cual he hecho algunos negocios: es algo carero, pero me da buenas cosas.

—¿Y por qué ha sentado Vd. esos cadáveres al rededor del fuego?

—Para deshelarlos, amigo mio; nosotros deshelamos á estos sugetos antes de servirnos de ellos. Esos movimientos que hacen, son producidos por el calor que afloja sus músculos.

—Permítanos Vd., digimos al profesor de anatomía, que no prolonguemos por mas tiempo la visita; ya volveremos en momentos mas oportunos.

—Permanezca Vd., pues no me molestan en lo mas mínimo.

—Estamos conformes, pero nos molesta infinitamente vuestra sociedad de *deshelados*.

Y nos retiramos profundamente conmovidos por tan estraña escena.

En los Estados-americanos, comprendidos en una inmensa longitud de terreno, se encuentran todos los climas y la mas completa coleccion de males con que *Mr. Purgon* amenazaba á la gente. En el Sur, durante el verano, hace la fiebre amarilla estragos espantosos, particularmente en los recien llegados. En el Este y Oeste, las fiebres nerviosas hacen considerable número de víctimas. En el Norte, parte que se reputa por mas sana, todas las enfermedades, reunidas como buenas hermanas, se dividen el trabajo entre sí.

New-York, considerada como una de las ciudades mas saludables de la Union, es sin embargo, por los súbitos cambios de temperatura, fatal para las personas que tienen las entrañas delicadas y los pulmones débiles. Además muere crecido número de niños de corta edad, de una enfermedad que se presenta en verano y se llama *cholera infantum*. La ciencia no tiene poder para curarla; el cambio de aire, el aire puro del mar, es el único remedio. Pero es ciertamente casi seguro.

A la vista tenemos el cuadro de la mortandad de New-York en el año de 1852.

No deja de ser interesante dar el análisis sumario, aunque solo á título de noticia, para las personas que deseen ir á establecerse en América.

El número de muertos, subió ese año en la poblacion de New-York, que tenia entonces 500,000 personas, á 22,024. Un poco menos que el número correspondiente á 1851, sin duda porque en 1852 las variaciones de temperatura fueron menos violentas y sensibles. Este número hay que dividirlo entre los individuos de ocho ó diez naciones diferentes, reunidas hoy bajo una misma tierra. La parte de los americanos es de 13,296; la de los irlandeses de 4,362; la de los alemanes de 1,044; la de los franceses de 90.

Si examinamos cuáles son las enfermedades mas obstinadas y que mas contribuyen *á segar por la muerte*, como decian los poetas del tiempo de *Delille*, esta demasiado rica cosecha de víctimas, veremos que las afecciones pulmonales ocupan el primer lugar. Se cuentan 2,462 muertos por consuncion; 2,462 por inflamacion; 256 por bronquitis; 252 por congestion. Total, 4,000 de enfermedades del pulmon.

Siguen las enfermedades de los niños. *Cholera infantum*, 907; convulsiones, 1,676; *croup*, 590; sarampion, 320; viruelas, 562; nacidos muertos, 1,506.

Las enfermedades de las entrañas ocupan el tercer lugar; 1372. Despues vienen las calenturas, el cólera, las enfermedades del corazon, del cerebro, nerviosas, biliosas, escrofulosas, hidrópicas, paralíticas, apopléticas, hidrofóbicas. En este cuadro vemos que

19 personas fueron muertas por asesinato, 35 por suicidio, 86 quemadas y 169 aplastadas, heridas, ahogadas, etc., etc.

En América, como en Europa, es una escelente industria la de vender remedios cuando se está en posicion de darles mucha publicidad. En New-York hay fortunas considerables hechas con la venta de ciertas drogas, de las que se ven anuncios en abundancia en los ómnibus, vapores, periódicos y esquinas; en las paredes de las casas recien incendiadas, en los árboles, en los abanicos; grabados en la tierra, y hasta pegados en las canteras. Valiéndose de estos medios de estraordinaria publicidad, *Mr. Benjamin Brandreth* ganó 2.500,000 francos, vendiendo píldoras purgativas. *Mr. Townsen l*, el *hombre de la zarzaparrilla*, cuya receta hemos esplicado yá, ha hecho una fortuna mas considerable aun. Las *life pills* (píldoras de la vida) y los *phenix bitters* (1) tambien han dado millones á *Mr. Moffat*: en fin, *Mr. Pease* no ha sido menos feliz vendiendo el *horehound candy* (2) para los resfriados de pecho.

Hemos dicho que en los Estados-Unidos no era permitido curar sin estar recibido de médico, aunque estas leyes son infringidas. Mas despues del hecho siguiente, estamos tentados á creer que ni el título de licenciado es suficiente.

Uno de nuestros compatriotas, *Mr. Onésime Pernicieux*, hace algunos meses que se estableció en Saint-Louis para ejercer la medicina. Era licenciado únicamente, y sea que no se creyese bastante autorizado por las leyes del pais, ó que hubiese querido darse mas preponderancia á los ojos de sus clientes, buscó el medio de hacer mas respetable su título. Cubriendo su *insuficiencia* presente con su *ciencia* futura, Mr. Pernicieux (singular apellido para médico) mandó imprimir una tarjeta, en la que puso:

ONÉSIME PERNICIEUX,

(de Paris,)

LICENCIADO EN MEDICINA, MUY PRONTO DOCTOR.

(1) Fenix amargo.
(2) Marrubio confitado.

¿Qué decís de las buenas disposiciones de este carísimo Mr. Pernicieux? En verdad que la sola vista de esa tarjeta bastaria para dar salud al enfermo mas rebelde.

Los discursos sobre la emancipación de las mugeres comienzan á dar sus frutos. Si las americanas no son aun electores ni elegibles, si no pueden llegar á ser ni Presidente de la República, ni Ministro de Estado, ni abogado, ni general, ni bombero, tienen al menos el derecho de llamarse médicos y ejercer esta profesion. En efecto, acaba de abrirse en New-York una Academia de medicina para el bello secso. Las señoras se muestran muy activas en tomar lecciones de una ciencia que hasta ahora habia pertenecido esclusivamente á los hombres. Referiremos una anédocta que demuestra la ciencia médica de algunas de estas estudiantas. Un ciudadano envió á buscar una blumerista *médica* para su señora enferma. La blumerista tomó el pulso de la paciente, la examinó la lengua y declaró que estaba atacada de una enfermedad del hígado. Esta señora ejercia la medicina homeopática y sacó su frasco y sus globulitos, prescribiéndole tomase tres por la mañana y tres por la noche. La enferma siguió rigorosamente lo que le ordenó, pero sin encontrar alivio.

—Me encuentro lo mismo, decia á cada nueva visita.

—¿Si? respondia la blumerista sin alarmarse; pues bien, voy á cambiar de remedio. Y tomando otro frasco que contenia nuevos glóbulos, le prescribia el uso de ellos.

Diez veces se quejó la enferma de no esperimentar alivio, y diez veces el doctor femenino varió el remedio esperando atinar con el verdadero.

Impaciente el marido, quiso consultar al doctor Bolton, del que ya hemos hablado.

El sabio doctor examinó cinco minutos á la enferma, y se echó á reir con esa risa franca y simpática que le caracteriza, declarando su estado muy poco *alarmante*; pero muy *interesante*.

Volvió la blumerista, provista de nuevos frascos con glóbulos para cambiar aun el remedio si fuese necesario.

—Mi esposa no tiene enfermedad alguna, le dijo el marido un

poco irritado, y su mal no es mas que la consecuencia natural, de una disposicion mas natural aun.

—¡Ah! ¿por qué no me lo ha dicho Vd. antes? contestó sencillamente; no le hubiese administrado ningun remedio.

Esta anédocta no concluye de modo alguno con la aptitud posible del bello secso en materia médica; solo prueba el estado actual de su instruccion científica, la cual sin duda es susceptible de progreso.

CAPITULO XIV.

EL DIA 4 DE JULIO.

El 4 de julio, aniversario de la declaracion de la independencia americana, se celebra en los Estados-Unidos quemando centenares de millones de petardos de todas especies, lo mismo en las ciudades que en el campo, y con tiros de pistola, fusil y cañon, capaces de hacer temblar la tierra. Es preciso haber pasado este dia allí para darse cuenta exacta de la bacanal del memorable 4 de julio (1).

El motivo de esta manifestacion es laudable, y se comprende muy bien el entusiasmo que debe inspirar en las poblaciones el recuerdo glorioso de una independencia que al dar libertad á los Estados-Unidos le ha dado tambien riqueza; pero es imposible regocijarse mas bulliciosamente.

La manía de las carretillas es universal, y todo el mundo las

(1) Esta costumbre tiende á modificarse: muy pocas son ya las personas decentes que salen á las calles y prenden fuegos artificiales. La poblacion sensata se marcha á los pueblos inmediatos para huir del bullicio y el atolondramiento de la hez que alborota y pulula por New-York. El uso de las armas de fuego tambien ha sido prohibido en este dia.
(*N. de los T.*)

quema, desde el niño mas pequeño y la jóven, hasta la muger y el hombre mas grave por su edad y condicion.

En cuanto despunta el alba, la gente se levanta y comienza el ruido. Se ven hombres á la puerta de sus casas, en mangas de camisa, con cajas de petardos al lado, una mecha encendida en la punta de un baston y haciendo fuego sin cesar, mas que para comer, hasta las dos de la noche.

Bandadas de jóvenes recorren las calles con pistolas, carabinas y fusiles, tirando por todas partes á diestro y siniestro.

Algunas veces, las armas de que se sirven son viejas y enmohecidas, y estallan en las manos de los que hacen uso de ellas; pero esto es tan frecuente que nadie fija la atencion.

Hemos visto hombres con manos quemadas é inutilizadas por el disparo de un arma, resguardar el brazo maltratado y seguir tirando con el otro mientras cantaban el *Yankee doodle* (1).

Esta cancion, poco marcial y mala, bajo el punto de vista artístico, es de orígen inglés, y los americanos han hecho su himno patriótico para burlar á la armada inglesa, que queria burlarse de ellos.

Los ingleses habian compuesto la cancion del *Yankee doodle* durante la guerra de la independencia, para mofarse de la armada ciudadana de los americanos, de la cual creian poder hacerse dueños fácilmente, gracias al buen comportamiento y disciplina de la suya. Los americanos, picados en lo mas vivo, juraron vencer á los ingleses y los echaron de su territorio, al son mismo que habian ido cantando contra ellos, y que ha llegado á ser con el *Hail Culombia* (2), su canto nacional.

El *Yankee doodle*, que tiene siempre el poder de escitar el entusiasmo popular, produce un efecto mas grande el dia 4 de julio, que se halla, por decirlo asi, en escena entre las detonaciones de tantas armas.

Pero la noche de ese mismo dia sobrepuja á la mañana. Acos-

(1) Yankee holgazan.
(2) Salve Colombia.

tumbrado el oido, encuentra débiles los tronidos de los petardos; las pistolas cargadas hasta la boca, parecen monótonas, y aun las carabinas tienen una voz sorda y resfriada en medio de ese bullicio universal. Las carretillas y bombas se consumen por cajas. Suenan detonaciones formidables hasta en el interior de las casas, donde hay barricas dispuestas en medio de las alcobas, para contener los petardos chinescos que arden por paquetes de quinientos á la vez. Se ven en las calles restos de fuegos artificiales, y los tejados de las casas poblados de colas de cohetes que surcan el aire en mil distintas direcciones. Cierran las ventanas para impedir que penetren los cohetes en las casas y que se prenda fuego. Mas á pesar de estas precauciones, los incendios son siempre numerosos el 4 de julio, que es tambien la fiesta particular de los bomberos. Al ruido general de las detonaciones se junta el lúgubre sonido de la campana que toca á fuego, y el de las bombas arrastradas por numerosos criados.

A la luz de la casa incendiada cuyos resplandores se estienden por la ciudad, es cuando la gente aturdida, cansada, harta de bulla, con las manos y el rostro ennegrecidos por la pólvora, la garganta inflamada por los repetidos vivas, tira sus últimas carretillas y cartuchos entrando en su casa á buscar el reposo necesario despues de tanta agitacion.

Las personas que quieren darse importancia de buen tono se ausentan este dia al campo donde tiran sus petardos.

Los estadísticos, que lo calculan todo, han dicho que segun las carretillas consumidas el 4 de julio, y la pólvora quemada, cada ciudadano representa por término medio 535 detonaciones.

Los fuegos artificiales no son la ocupacion general, pues hay otros goces y numerosas diversiones públicas.

Magníficos vapores pintados de blanco y elevados sobre las aguas como casas flotantes, unidos de dos en dos con grandes planchas, sirven de salones de baile á mas de un millar de bailarines, al mismo tiempo que pasean por el rio. Desde que los buques, elegantemente empavesados, abandonan los muelles para ponerse en marcha, una orquesta numerosa toca danzas, valses, polkas y ma-

zurkas, desde lo alto de un tablado, sobrepuesto entre dos vapores.

La masa de bailarines se lanza al son de la música, y todo el mundo se agita á la cadenciosa voz de los instrumentos y al ruido de las ruedas de las máquinas. Nada hay mas pintoresco, que ver desde las orillas del ancho *Hudson*, deslizarse por el agua tranquila, esos inmensos barcos en los cuales se aperciben los que bailan como pequeñas *marionetas* movidas al son vago de la orquesta perdida en lontananza.

Estas escursiones son mas agradables en verano, cuando los calores son tan fuertes como el frio, que en New-York es rigoroso en los meses de diciembre, enero, y febrero.

Los paseos en vapor son del gusto especial de los americanos, y como sus distracciones públicas, accesibles á todas las clases.

En Francia, cuestan muy caras las diversiones á causa de ciertas costumbres aristocráticas que conserva el orgullo para impedir la mezcla de las clases de la sociedad.

En Inglaterra es peor aun, porque son privilegio esclusivo, puede decirse, de la gente rica. Mas en América, donde la poblacion no está dividida por el orgullo de las castas; donde el vestido del pobre es diferente al del rico solo en la forma mas ó menos elegante, no tienen mas tendencia que satisfacer á la generalidad. Ademas, los precios son reducidos, y por consecuencia, mayores los beneficios de la especulacion, basados siempre, tanto por interés como por liberalismo, en la participacion del mayor número posible de personas, en el bienestar y los goces de la vida.

A mas del baile, hay que añadir las escursiones por mar tambien durante el verano, y mas particularmente el 4 de julio, para la pesca del bacalao.

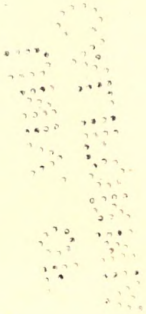
Esta es sin disputa, la pesca mas divertida. No puede formarse idea de la estupidez de este pez, que espera en el fondo el turno de ser pillado con la caña. El pescador de bacalao, cuando es abundante la pesca, no tiene mas que el tiempo necesario para preparar la caña y tirar el lance; arrastrada primero al fondo por el peso de la plomada, sube despues con un bacalao suspendido del anzuelo.

El próximo, ocupa el puesto del anterior y parece esperar con impaciencia y agrado á que le llegue la vez de ser pescado. Sucesivamente los demás hacen lo mismo, hasta el último, que ha estado viendo desaparecer á sus compañeros sin la menor sospecha.

Algunos pescadores se divierten en soltar en el agua uno de los peces cogidos, para dar el curioso espectáculo de los esfuerzos que hace para sumergirse y ganar el fondo sin poder lograrlo. Cuando obligándole á salir del agua, se llena de aire, sobrenada apesar suyo, como una vejiga soplada, sin poder descender mas que algunas pulgadas de la superficie.

Despues de verlo luchar así por algun tiempo tratando de zabullirse, es muy fácil cogerlo con la mano.

El 4 de julio, juntamente con el aniversario del nacimiento de *Washington*, y el dia de las acciones de gracia, en el cual las dan á Dios por las mercedes otorgadas á los Estados, y que no pueden verdaderamente olvidar, son las tres grandes fiestas patrióticas de la *Union-Americana*.



C. Legrand inv.te y lit.e

Lit.a de J. J. Martinez, Desengo.no 10 Madrid 1858

El 4 de Julio

CAPITULO XV.

LA COMODIDAD.

La comodidad es la ciencia del bienestar material. A las naturalezas calmosas y frias de los ingleses y americanos del Norte, les gusta la comodidad del *home* (de la casa) y necesitan de ella para vivir.

Al recorrer las calles cortas, elegantes y silenciosas de New-York, Boston, Filadelfia, y las grandes ciudades, se siente la imaginacion apocada contemplando el tranquilo aspecto de esas casas de ladrillos y piedras grises, cerradas como suntuosos *sepulcros* de familias *vivientes*.

Nada falta para despertar estas fúnebres ilusiones en el estranjero, pues se hallan enterradas por sus lados en los *basements*; rodeadas con balaustradas de hierro y estrechos jardines esteriores, y sobre la puerta, á la cual se llega subiendo una gradería de piedra, se lee en una plancha de metal blanco, como si fuera un epitafio, el nombre del inquilino, escrito con letras negras. El interior es menos triste, á pesar de su simétrica etiqueta; se encuentra un lujo y una comodidad de la que nosotros franceses, con

nuestras grandes casas de seis ó siete pisos y nuestros cuartos pequeños no podemos formar idea. Puede decirse que los parisienses no se sirven de habitaciones mas que para resguardarse de la intemperie, mientras que los ingleses y americanos, viven en ellas lealmente. ¡Pero en cambio existen tantas compensaciones en París! Si se esceptúan las casas llamadas de Irlandeses que se alquiran á los pobres por cuartos pequeños, no hay sino dos modos de vivir en los Estados de la Union: ocupando una casa sola con su familia ó en fonda ó *boarding-house*, especie de casas de pupilos, en las cuales se suele desplegar mucho lujo de muebles.

En las casas americanas, el mueblaje principal representa, por sí solo, un capital. Las habitaciones están cubiertas de alfombras, desde el mas elegante salon hasta el rincon mas oscuro de la cocina.

Los americanos adoran enteramente las alfombras; se privarian de las cosas mas necesarias, antes que faltarles una que poner en el *parlor*. Hasta los negros las poseen en medio de los infectos agujeros que habitan en Woster Street, en Church-Street, en Laurens Street, y en Christy Street, en New-York.

En verano levantan las de lana, demasiado calorosas y las sostituyen con esteras chinescas de cuadros amarillos y rojos, muy bonitas y frescas. En las casas, las escaleras de los pisos, están guarnecidas de hermosas alfombras de Bruselas, sujetas con planchas de metal blanco.

Las casas de la *Quinta avenida* (una calle magnífica) en New-York, y desde lo alto de la ciudad hasta la Cuadragésima, (allí se distinguen las calles por números á partir de cierto sitio) están edificadas por un modelo igual, así en lo esterior como en lo interior. Tienen en el piso bajo un espléndido salon del largo del edificio. Este, se divide en dos mitades por medio de una puerta corrediza de caoba, que se abre y cierra á voluntad, desapareciendo en el muro. Esta disposicion es escelente, pues permite medir el grandor del salon segun el número de convidados y si quieren, forman dos iguales é independiente el uno del otro.

Los muebles y cortinas que adornan los salones americanos

son muy bellos. La mayor parte son de París, ó imitados por ebanistas y tapiceros franceses.

No hay casas tan bien puestas como las americanas. Despues del mayor aseo, el lujo se estiende hasta los cuartos de los criados. El orgullo ó el interés de ciertos comerciantes que desean aumentar su fortuna y realzar su crédito con las apariencias, ha hecho en estos últimos años, de simples casas, verdaderos palacios reales.

En el *basement*, especie de bodega poco profunda y habitable, es donde se halla comunmente instalada la cocina, no lejos del comedor. Mas en las casas en que el comedor se encuentra en el primer piso, los platos llegan por el interior de la pared, metidos en una caja sujeta por cuerdas pendientes de garruchas, como se trasportan los libros en la Biblioteca de la calle *Richelieu*. Por este medio el olor de la cocina no se estiende por la casa y el servicio es mucho mas rápido.

Las casas de las grandes ciudades, tienen salas de baños perfectamente organizadas, con gárgolas de agua fria y caliente. Los americanos tienen costumbre de tomar un baño de algunos minutos, antes del almuerzo.

El agua fria ó caliente está á discreccion, no solo en la sala del baño, sino en los dormitorios en tocadores de mármol blanco adheridos á la pared y con magníficas pilas, donde el agua se desliza por tubos invisibles hasta la calle. La caliente, sube por conductos desde la cocina. La fria, llega por canales subterráneos que serpentean en New-York, desde el gran depósito situado en la calle 42, abastecido por un acueducto muy lindo, admirado por los ingenieros, y levantado sobre arcadas, y por el que corre el agua del Crotona, escelente y digestiva.

El uso del gas para el alumbrado de las casas, es universal en América. Los cuartos tienen elegantes lámparas que dan una claridad grata, pronta y baratísima. Los reverberos de aceite, son por decirlo así, desconocidos; se sirven apenas de una especie de *gas portátil* que llaman *fluido*, en las raras casas que se encuentran privadas del carbónico. Los caloríferos, cuyos hornos están cons-

truidos en las bodegas, estienden por la casa un calor agradable. Estos hornos se alimentan de carbon de piedra, introducido por un agujero que dá á las aceras de las calles y que tapan con una plancha de hierro.

No hay casa en New-York ni en las ciudades de la Union, que deje de tener su largo jardin con un cuadrado de césped, donde secan la ropa lavada. Las únicas cosas que faltan para la comodidad, son cuadras. Las personas que poseen coche se ven obligadas á tenerlos en cocheras especiales destinadas á ese objeto.

Mas al lado de estas casas tan suntuosas y cómodas, los comerciantes tienen un *office*, en que pasan las tres cuartas partes de su vida, y forma con su casa particular el mas raro contraste.

Comunmente existen dos hombres en el americano: el de negocios, *The business man*, que puede verse sin anunciarse, sin ser conocido, sin ceremonia y con sombrero puesto, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, y el hombre particular, *privado*, como dicen ellos, que con su lujo interior no se le puede abordar sino por medio de sus conocimientos íntimos.

Llevamos dicho yá lo que era la casa particular; echemos ahora una ojeada sobre el *office*.

El *office* del *business man* es generalmente repugnante. Es preciso que el tráfico produzca una dicha grande en algunos hombres, para que se condenen á la mas insoportable de las prisiones. El *office* del verdadero *broker* (1) americano, es un cuarto sombrío y miserable, amueblado con una mala mesa-despacho que evita la sospecha del lujo; unas sillas de paja remendadas que se rompen amenudo (creemos que apropósito para poderlas componer): una mezquina fuente con su cofaina para lavarse las manos, y por conclusion, varios sillones de cuero verde que llevan la enseña profunda del asiduo trabajo del dueño y sus dependientes.

El negociante, cuyas cualidades son casi siempre opuestas á la generosidad, á la poesía y al amor de lo bello en artes, desecha por sistema en su *office* la comodidad. Cree probar con eso lo severo

(1) Corredor.

de su carácter, que se parece mucho al que se deja crecer grandes bigotes como muestra de su fuerza y valor. Además, afecta el desdén hácia el lujo personal para agradar adulando de ese modo á los comerciantes inferiores que van á tratar con él. Es una verdad, que los traficantes desean hallar en casa de los que ellos saben que son ricos, las apariencias de la miseria. Estos contrastes hieren su sórdida imaginacion, les inspira la avaricia y estrecha los lazos de amistad.

Un negociante que estuviese instalado en un *office*, limpio, decente, y bien amueblado, cuyo lenguaje fuese atento y conveniente y sus maneras corteses, contentaria muchos menos parroquianos y haria menos negocios que otro sepultado en su vieja butaca de cuero, que recibe y habla de un modo indiferente. El tono de ese hombre, sus maneras, su lenguaje, los miserables muebles de su *office*, cuando se sabe que habita una casa suntuosa, donde vive en familia, agradan mucho mas al que encuentra esta manera de ser, la que conviene á un verdadero comerciante.

Negociantes y jugadores de profesion, como hay tantos en América, nos han confesado que el oro mas precioso á sus ojos, era el que una mano sucia sacaba de una bolsa oculta en el forro de algun viejo y grasiento frac. La avaricia tiene tambien sus voluptuosidades, y se observan mas fácilmente que se esplican.

Las casas, tan singularmente construidas, cuyos cuartos se alquilan para ser *offices*, no tienen otro uso, y nadie duerme en ellas. El domingo en el barrio del comercio, reina un silencio profundo que solo interrumpe el lento paso de algun *policeman* que ronda. Los comerciantes instalados en los salones suntuosos de sus casas particulares y leyendo la Biblia, de la cual tienen necesidad para que les ayude, sueñan las astucias de sus sabias combinaciones, para ponerlas en juego al dia siguiente.

Los caminos de hierro americanos, están lejos de ofrecer en algunos puntos la perfeccion de los nuestros, pero en otros los superan. No hablaremos de su construccion, pues á mas de parecer provisional, tiene efectivamente pocas garantías de solidez: los wagones, feos de forma, no llegan ni con mucho á la comodidad de los

de nuestras líneas férreas. Son largos y contienen un ciento de sillones de madera sin tapizar, y en medio los hay movibles á fin de poderse dirigir frente á frente desde ellos á la persona á quien se desee hablar. El centro queda libre para los que quieran pasearse. Además están muy unidos de corto en corto trecho, y puede pasarse de uno á otro con la mayor facilidad, recorriendo todo el convoy. Confesamos que esto es muy agradable, con particularidad en los viajes largos, como son regularmente en los Estados Unidos, á causa de lo distante que se encuentran las ciudades unas de otras. En invierno llevan caloríferos que modifican la temperatura interior.

En los caminos de hierro americanos, no hay como en Francia é Inglaterra distintas categorías de asientos; el rico no se sienta en magníficos cojines forrados de ricas telas al lado del pobre que lo hace en banquetas de madera. Esas diferencias no existen allá, y de seguro nosotros no nos quejaremos de esto. El trabajador, lo mismo que el desgraciado emigrado, divide con el mas opulento banquero las tristezas é inconvenientes del viaje. La igualdad existe aunque no sea mas que en los caminos: ya esto es alguna cosa. Añadiremos segun hemos dicho ya, que los viajes en vías férreas lo mismo que en vapores, son muy baratos.

En un capítulo precedente hemos dado á conocer parte de la comodidad de los vapores, donde se encuentran salones de lectura y música *restaurants*, *bar-rooms* y hasta como en las grandes fondas, algunos tienen un cuarto amueblado con lujo, adornado con cortinas de seda, terciopelo y encajes, designado bajo el nombre de *cuarto de la casada*. En él es donde los jóvenes casados van, cuando les place, á ocultar orgullosamente su amor.

Los americanos están muy lejos de esperimentar como nosotros la delicadeza de la modestia y la decencia. Las mugeres mismas, las jóvenes mejor educadas, no tienen sino un pudor natural muy dudoso y una decencia convencional. Mil pruebas podíamos citar en apoyo de esta opinion, pero nos limitaremos á señalar como concluyente, el uso general del *cuarto de la casada*. Así, pues, una jóven americana, cuando sale de casa de sus padres, desposada,

no esperimenta ningun escrúpulo, ninguna incomodidad, en poner su inocencia en espectáculo ante un peloton de curiosos y estranjeros que espian sus movimientos y la siguen con la vista, sonriendo, hasta la estancia del himeneo. ¿Existe una jóven francesa que quiera y se atreva á fijar una necesidad urgente en posicion de recien casada, y publique un programa de sus sentimientos íntimos y tiernos? Seguramente no.

La comodidad en los vapores es tan grande, que los periódicos nos dicen que el *Isaac-Newton*, uno de los buques del rio *Hudson*, acaba de suprimir el uso del alumbrado de aceite, para adoptar el de gas que habia considerado hasta aquí como peligroso para la navegacion. Ciento cuarenta luces de gas distribuidas en el barco, lanzan sus vivos é inalterables reflejos. Inmensas arañas completan la ornamentacion de las cámaras y alumbran al mismo tiempo los gabinetes contiguos. El gasómetro colocado en el puente y en condiciones de perfecta seguridad, puede contener hasta 500 pies cúbicos. En fin, parece que entre otras ventajas, el nuevo alumbrado tiene sobre el antiguo una grande economía. Esta última consideracion podrá determinar á los demás vapores á imitar al *Isaac-Newton*.

Nada mas singular ni menos cómodo que los ómnibus en New-York. Son coches de forma inglesa, no pudiendo contener mas de doce personas sentadas, pero susceptibles de recibir un número mucho mayor los dias de lluvia, en que las *ladies* sorprendidas por el mal tiempo, se instalan sin cumplimiento sobre las rodillas de los caballeros. Los ómnibus no tienen conductor como en Francia, y desde su asiento el cochero hace sus veces. Un agujero practicado en lo alto del ómnibus permite á los viajeros ponerse en comunicacion con él: y por su causa el que le toca ponerse delante, paga su asiento para tener que ir de pié. Cuando se desea que el coche pare, se tira de una correa, que pasando por dicho agujero vá á parar al pie del cochero; este, en el instante que le tiran para el carruaje.

Para poder hablar al cochero hay que tomar una posicion poco agradable; es necesario alargar el pescuezo, hasta que llegue el

rostro á la entrada del agujero, donde aplica el otro su oreja. Semejante sistema seria imposible en Europa por parecer incómodo y ridículo: mas en América, como llevamos dicho, no existe esto á causa del espíritu de libertad que domina. El americano, esencialmente especulador, no vé en esta detestable organizacion de ómnibus sino la economía de un conductor y la celebra sin pensar en quejarse.

El precio de una carrera es como en París, 30 céntimos. Pero si os encontrais sin ellos ó no teneis mas que una parte, aceptan lo que buenamente le deis y os dejan bajar sin dificultad alguna. Hay mas; el cochero es dueño absoluto de su coche y alquila por un tanto. Muchas veces por no tomarse el trabajo de cambiar, ó en la duda de recibir un billete falso (se sabe que el billete de banco es casi la moneda corriente en América; el oro y la plata son muy raros en circulacion), prefiere dejaros partir á que le pagueis.

El interior y esterior de los ómnibus está adornado con retratos de grandes artistas en voga. *Mme. Sontang*, *Alboni*, *Grisi*, *Mario*, y algunos otros cantantes célebres; los ómnibus son verdaderos museos artísticos. *Jenny Lind* se veia en ellos; pero despues del casamiento imprevisto de esta gran cantatriz, los cocheros desilusionados como el resto de la poblacion, han hecho desaparecer de las portezuelas de sus carruajes la graciosa imágen del *ángel caido*.

No hay pais donde se gaste mas nieve que en los Estados-Unidos; los americanos, grandes consumidores de agua, no la beben sino helada en verano é invierno.

Por las mañanas, carretas cargadas de nieve, van de casa en casa dejando en el *basement* la provision del dia. Todo el mundo hace uso de ella, hasta la gente mas pobre. Es una comodidad que los negros mismos se proporcionan. La nieve cuesta á dos céntimos poco mas ó menos, libra. Cuando los americanos no beben agua de nieve, toman leche merengada. A cualquier hora del dia y desde muy temprano se ven elegantes señoras, en las mesas de los *ice cream saloons*, donde devoran mas bien que toman, los hela-

dos. Antes y despues de comer, lo mismo de dia que de noche, saborean la leche merengada. Un vaso de un *schelling americano* (60 céntimos) equivale á dos de los que acostumbran dar en los cafés de París y cuestan un franco cada uno.

Las señoras, y tambien muchos caballeros, tienen la costumbre entre almuerzo y comida, de entrar en un *ice cream saloon* y comer una sopa con ostras, bebiendo un gran vaso de agua-nieve. Las ostras ocupan el primer lugar en las cenas de los americanos. Se sirven mariscos guisados de diferentes maneras, y tambien crudos. Muchos hacen un *lunch* de ostras sazonadas con sal y pimienta, y lo acompañan con *crakers*, especie de bizcochos muy buenos.

A menudo sirven ostras en conchas. El aspecto que presentan tan grandes y llenas de grasa es algo repugnante para el que no está acostumbrado.

Nada mas curioso que los *restaurants* de los negociantes, en la ciudad baja de New-York; mostradores muy altos sirven de mesas á los *business men*, que se sientan como grandes niños en altas sillas. Al lado de estos mostradores-mesas, hay hornos encendidos, y en menos de cinco minutos, el cocinero dispone una sopa de ostras, que nunca deja de ir con un platito de berros ó col en ensalada. El negociante, que no tiene jamás tiempo que perder, traga en un par de movimientos de quijada la sopa muy abundante, el verro ó las coles, y los bizcochos que quiere, no costándole mas que 60 céntimos.

Se puede aun hacer un *lunch* mas barato yendo á ciertas horas á las fondas donde se sirve el *free lunch* (el libre ó gratis *lunch*). Carnes frias muy apetitosas se ofrecen en platos de plata, y cada cual tiene el derecho de tomar parte en esta comida, con condicion de pagar un vaso de cualquier bebida á precio moderado. De suerte, que por 30 céntimos, valor de un vaso de cerveza, puede hacerse una buenísima comida muy bien servida y en la mejor compañía.

El aguardiente cuesta caro en los Estados-Unidos; pero cuando se pide en los *bar-room*, el mozo trae una botella entera con un gran vaso, y se sirve á placer sin pagar jamás ni mas ni menos

que el precio fijado de antemano, segun el término medio de una libacion ordinaria. Mas aun; ponen siempre á voluntad de los consumidores, queso, bizcochos y tabaco gratis. Pero es tal el saludable efecto de la libertad, que dejando á los hombres su dignidad, les inspira sentimientos de delicadeza y circunspeccion. Nadie; ni aun los mismos beodos, abusan de la libertad que les permite servirse otra medida del vino ó licor puesto á su disposicion; saben lo que deben beber por el precio que han estipulado, y no pasan de él. Lo mismo sucede con el queso, el tabaco y los bizcochos; nadie abusa.

La comodidad americana se estiende hasta los templos: una galería de butacas circunda el interior del edificio; el suelo está alfombrado, y en el invierno mantienen una temperatura agradable por medio de caloríferos.

Los barberos han hecho rápidos progresos en la ciencia de la comodidad despues de Fígaro, que iba á casa de Bartolo con pie ligero, vacía debajo del brazo, navaja de afeitar y una lanceta en el bolsillo.

Los de nuestros dias, y mas aun los americanos, que colocaremos sobre todos los del mundo, tienen establecimientos magníficos. Es casi un placer afeitarse en New-York; tan buenos son los barberos, y tan suntuosas las tiendas. El sillon donde uno se sienta vale el dinero, como vulgarmente dicen. El cuerpo está deliciosamente colocado desde los pies á la cabeza, la cual baja y sube á su voluntad el barbero por medio de un simple resorte. Enjabonan el rostro con pinceles de barba mucho mas voluminosos y finos que los que usan en Francia. Despues de los primeros pases de navaja, vuelven á enjabonar y á pasarla rápida y ligeramente. No es de los barberos americanos de los que puede decirse:

«El maestro Lambin se dá tal maña
para afeitar, que ved su ligereza;
mientras rasura un lado, en el opuesto
crecen mayores las barbudas crestas.»

Luego que está hecha la barba, la operacion no termina ni con

mucho. Preguntan si se desea tener la cabeza enjabonada. Si se contesta afirmativamente, en un instante las activas é inteligentes manos del artista pasan y repasan los cabellos y el cuero cabelludo hasta poner la piel mas blanca que el arminio, como dice el *aria*. Con abundantes enjuagues de agua fria y caliente quitan hasta el último vestigio del jabon; luego con grandes tohallas secan la cabeza que el hierro, el peine, el cepillo y la pomada acaban de embellecer. Mas si no se quiere el enjabonamiento, rocían el pelo con agua odorífera, que refresca y mantiene los cabellos en la posicion que se les dá.

Estamos seguros que seria una buena especulacion poner en París un establecimiento montado á la americana y servido por naturales de allá. Los franceses, á quienes ciertos estranjeros se complacen en calificar de buenos peluqueros, son sobrepujados por los americanos, al menos en la parte de barbería.

Si algun barbero americano lee por casualidad estas líneas y se decide á venir á París para probar fortuna, nos contará en el número de sus parroquianos mas consecuentes, y le suplicamos desde ahora que reciba las pruebas de nuestra reconocida admiracion.

Los arquitectos americanos tienen la manía del estilo griego para la construccion de las casas de campo. Son casi de madera, pintadas de blanco, con fachada de columnas sobremontadas por capiteles corintios; la Bolsa y la Magdalena de París pueden dar una idea de ellas. Resulta de estas construcciones uniformes, estremadamente blancas y rodeadas de lindos jardines, un golpe de vista muy encantador; la imaginacion toma las orillas del *Staten-Island* por una de las antiguas islas del mar Egeo.

Las casas de campo, sin ser tan cómodas como las de la ciudad, están, no obstante, bien amuebladas. El suelo, bastante feo, lo cubren con esteras chinescas, y no hay un salon sin un largo y pesado piano cuadrado, con pies de *mastodonte*. Entre las sillas y butacas ordinarias, entra la indispensable *rocking-chair*. La *rocking-chair* (silla-cuna) es una especie de butaca de crin, cuyos pies descansan por cada lado sobre medios círculos de madera arquea-

das por detrás, lo que permite mecerse agradablemente y sin fatiga alguna. Las hay de varias dimensiones, y tambien para los niños. Confesamos que es muy grato balancearse en esas butacas donde el cuerpo descansa perfectamente.

Los dormitorios están adornados de una manera graciosa y original, con muebles de madera pintada. Sobre fondos que varían de colores, desde el blanco al verde manzana y amarillo limon, al azul cielo, destácanse ramos y flores sueltas de muy vivas y variadas tintas. Esto respira vuluptuosidad, y es fresco como conviene á una casa de campo.

Los americanos, cuyo lujo se estiende poco á poco, tienen para uso del tocador, jarros mas grandes y cómodos que los nuestros, aunque algo menos elegantes. Pero á las camas de cinco pies y medio de largo, ponen sábanas de niños, y sus tohallas y servilletas cubren apenas el rostro ó las rodillas. Y en muchos *boarding houses*, tanto en el campo como en la ciudad, no dan servilletas para la mesa. Cada cual se limpia como puede, en el mantel ó el pañuelo.

Vastas fondas construidas con madera, á los alrededores de las grandes ciudades, y en un espacio de veinte ó veinte y cinco leguas á la redonda, reciben en verano á las numerosas familias, que no teniendo casas propias, quieren, no obstante, gustar los placeres agrestes y huir de la ciudad durante los horrorosos calores de junio, julio y agosto. Muchos prolongan su estancia hasta setiembre, octubre y noviembre.

El tiempo que se pasa en el campo, no es de vacaciones, sino para los niños y mugeres. El calor no detiene á los hombres en el indomable empeño de sus negocios. Parten por las mañanas en *rail-roads* ó en *steamboats* y se dirigen á la ciudad, permaneciendo en su *office* hasta la noche, en que vuelven á dormir al campo.

Ahora debemos preguntar, ¿qué hacen en ausencia de sus maridos, durante las largas horas del dia, el gran número de jóvenes y tiernas *ladies*? ¡Oh! coquetean ¡buen Dios! Coquetean en los sombrios senderos, en el *parlor* de la fonda, en la orilla del mar, en alguna gruta, al abrigo del sol y al murmullo misterioso de las on-

das, cuyas quejas monótonas, despiertan en el alma los dulces y poéticos pensamientos del amor sentimental.

Es imposible pasar un tiempo mas agradable que el verano, en una de esas fondas; no hay estranjero que no hable con grande entusiasmo de la estancia del campo y que no ensalce el carácter íntimo de las americanas, su mezcla de astucia y candor, la blanca frescura de su tez y la fina y delicada armonía de sus facciones.

En algunos sitios á la moda, el lujo del vestir es verdaderamente escesivo. Puede decirse que cuando las señoras no coquetean están en su cuarto ocupadas en vestirse y desnudarse. El trage de los niños es notable por el buen gusto, la elegancia y la originalidad. Las americanas, que aman y miman á sus hijos, mas que todas las mugeres del mundo, los crian de un modo particular, que pareceria, y debe ser peligroso en Francia, donde el clima es mucho mas húmedo.

Desde los primeros dias de su nacimiento, sea la estacion que quiera, los dejan con la cabeza descubierta y estremadamente libres en la cuna. Durante las cinco ó seis primeras semanas, lo envuelven en pañales de franela. La terrible faja, en que aprisionan á los niños en nuestro pais, á pesar de las amonestaciones de los médicos, es desconocida en América é Inglaterra. En ciertas provincias de Francia, los atan con cuerdas, á sus pañales, asemejándolos á momias egipcias. No les dejan á las piernas y brazos el menor movimiento. Eso es atroz é impide el desarrollo de la criatura, que sufre un verdadero tormento; esta costumbre tiene visos de conservarse largo tiempo aun, en un pais que se llama el mas inconstante y esclarecido del mundo.

Hasta la edad de cuatro ó cinco años, visten los niños de una manera encantadora, con trages escotados y brazos desnudos: y las niñas igualmente hasta la de diez ó doce.

Hay sin embargo, quien ha querido rechazar este régimen; pero no se encuentran en ninguna parte niños tan hermosos como en los Estados-Unidos.

Ya hemos dicho algunas palabras sobre la cocina americana, tan mediana y poco variada. No volveremos á hablar del parti-

cular; solo añadiremos que la carne de caza, el pescado, las aves, las frutas y las legumbres, de buenas apariencias, están lejos de tener el sabor y la delicadeza que los mismos productos de nuestro clima. Los americanos no hacen uso de ciertos alimentos que nosotros estimamos mucho en Europa. No comen la raya ni los requines, que son muy buenos; tampoco otro pescado blanco, delicado pero muy lleno de espinas; en fin, matan, para volverlo á arrojar al mar, una especie de monstruo marino, de forma horrorosa, mas capaz de inspirar espanto que de abrir el apetito: tiene una carne blanca y dura como el rodaballo, y sabor gustoso. Los norte-americanos, desdeñan entre otras cosas la acelga, y apenas comen los riñones de carnero y la asadura de ternera; en cambio se regalan con el asado de ardilla, que tiene apariencias de ratas grandes.

Las ratas se consideran como un plato escelente por los chinos que habitan los Estados-Unidos y muy particularmente la California, donde los hay en gran número. ¡Pero qué no comerán los chinos! Diremos lo que nos ha referido un francés, minero de la California. Una vez vió á un chino armado de un largo y puntiagudo cuchillo, rebuscando en la tierra. Lo que pretendia encontrar eran gusanos, que á medida que los iba cogiendo, los metia en una caja grande de metal blanco, suspendida de su cuello. «Sin duda es un pescador, dijo nuestro francés, y voy á ver cómo pescan los chinos, que hacen las cosas diferente de los demás hombres.» Siguió observando al chino, que cuando tuvo la caja llena de gusanos, se dirigió á una barraca, donde los fué limpiando uno por uno con el mayor cuidado, poniéndolos despues al fuego en una gran cacerola, en que hirvieron por espacio de veinte minutos. «Vamos, á los peces les gusta mas los gusanos cocidos que crudos» dijo nuestro compatriota decidido á esperar el fin. Pero, ¡cuál fué su sorpresa, al ver que el *pescador* quitó los gusanos de la lumbre y sentándose con su familia alrededor de la cacerola, celebró un delicioso banquete de reptiles!

En California, comen muchas cosas que es difícil hallar en otra parte; tales son cotorras guisadas con arroz, micos asados, y

pájaros diversos, entre los que se cuenta el *bengalí*. Los osos se venden en los mercados, y parece cierto que es una comida escelente cuando se sabe preparar.

Ahora que hablamos de mercados, diremos que en los Estados-Unidos, van los hombres con la cesta debajo del brazo á hacer la compra diaria. Esta costumbre empieza á perderse en ciertas ciudades, pero en otras se mantiene en vigor, y no es raro ver en New-York á los elegantes *gentlemen*, hacer su provision, regateando el precio de un ave ó una pierna de carnero, y haciéndose pesar el pescado que se vende al pormenor en Washington Market.

Pero lo que mas choca á los estranjeros es el vestido de los vendedores, limpio sin igual y de un corte perfecto.

Los carniceros por ejemplo, están en su despacho como verdaderos *gentlemen*, de frac ó levita de paño negro, pantalon de buena tela, chaleco bien cortado, camisa perfectamente almidonada con cuello postizo muy lustroso, tan estirado como el carton, y corbata americana elegantemente anudada. Un delantal blanco les evita el contacto de la carne; y con sombrero puesto, sierran, cortan y destrozan, sirviendo á los parroquianos con atencion y complacencia.

Los artesanos que van á las casas particulares, para trabajos, de componer chimeneas, poner luces de gas, y arreglar las feísimas ventanas de guillotina que los americanos han heredado de los ingleses, se presentan vestidos de frac negro ó levita de paño y trabajan sin estropear la ropa y sin quitar el sombrero. Conservarlo puesto, no se considera como falta de educacion ni descortesía, y hay que reconocer que los jornaleros americanos, á pesar de su independencia, son atentos y corteses, pero no con esa cortesía finjida de falsos ofrecimientos, sino haciéndose útiles y serviciales.

El guarda-ropa de un americano, aunque sea rico, es muy limitado y no tiene mas ropa blanca que la estrictamente necesaria. No es como en Francia, y con particularidad en el Mediodia, donde el lujo consiste en tener siempre muy provistos los armarios de ropa blanca y lavar una vez al año.

El americano cuando vá de viaje no lleva mas que una simple balija ó maletita de equipaje. Compra en cada ciudad la ropa blanca y los vestidos que necesita y deja en la fonda lo que tiene sucio. Las mugeres tambien hacen lo mismo con corta diferencia, y no es estraño verlas emprender grandes viages con un simple cofre.

Mr. Jobard, el famoso sábio de Bruselas, ha combatido últimamente en un discurso, el uso de los cepillos para limpiar la ropa, preconizando el de esponjas húmedas, que quitan mucho mejor que la crin, el polvo y las manchas del paño. «Esto que he dicho, escribe Mr. Jobard, no le gustará mucho á los comerciantes de cepillos, pero alegrará á los de esponjas.» Nosotros diremos otra cosa que no agradará á los traficantes de cepillos y esponjas, pero sí á los escoberos. En efecto, en América, no se limpia con esponjas ni cepillos, sino con escobas. Son de paja, pequeñas y aplastadas en forma de abanicos. Este es el solo instrumento que hay para quitar el polvo, y es escelente.

En el pórtico de las fondas, hay negros con escobillas aguardando á los viajeros, y sin decirles una palabra, los barren de la cabeza á los pies, con esa gravedad complaciente que poseen.

Los americanos no han heredado de los ingleses el gusto por las carreras de caballos. Hay muy pocas *Steeple chases* en los Estados-Unidos pero en cambio muchas carreras de cabriolé por caballos trotadores. Tienen la pretension, con motivo ó sin él, de poseer los mejores trotadores del mundo. Los han enviado mil veces al territorio británico, pero los ingleses no han querido admitirlos nunca, so pretesto de que galopan con las piernas traseras; acusacion grave que han rechazado vivamente, pero que los otros han sostenido siempre. Los americanos pretenden que los ingleses han inventado esta calumnia para rehuir la humillacion de ser vencidos por ellos. Esto pudiera ser cierto, por lo que nos informaremos de nuestro amigo *Léon Gatayes* que debe saberlo.

En América, donde se come generalmente mal, se beben escelentes brevajes. En Francia no se tiene idea del gusto y variedad de ellos; se toman calientes ó heladas, y en este último caso con cánula de paja ó junco. La cánula lleva poco á poco el brebaje á

la boca; refresca mejor y hace que se le tome muy bien el gusto. Ignoramos lo que puede ser el néctar y la ambrosía; pero de seguro estas bebidas de los dioses, no serán mas agradables que las americanas, de las cuales no hacen en París mas que pésimas imitaciones. ¿Cómo es que *Brillat Savarin*, el célebre autor de la *Fisiología del gusto* que ha permanecido algunos años en los Estados-Unidos, no ha hablado de las bebidas americanas? Sin querer investigar la causa de este silencio, nosotros trataremos de remediarlo, dando aquí los nombres de las principales, con los ingredientes para hacerlas. Nos quedaríamos sorprendidos de que por esto se nos erigiese un templo por los que se dedican á la industria que nos ocupa; pero sabe Dios que no reclamamos tan eminente honor.

El Min julep se hace echando en una cantidad conveniente de vino de madera un poco de nieve, mezclada con azúcar en polvo y nuez moscada raspada. El todo se reune pasándolo rápidamente á unas garrafas dispuestas de antemano, y los operarios lo mueven con una destreza y prontitud admirables. El *mint julep*, se traslada á un gran vaso que se cubre de hojas de menta verde, añadiéndole antes unas fresas y pedacitos de piña. Luego se consume por medio de la cánula, este agradable tónico y aromático refresco.

El Sherry cabbler, de gusto diferente, lo prefieren muchas personas al *mint julep*. Se compone de vino Jeréz, aguardiente, azúcar y nuez moscada en polvo y pedazos de nieve: se mezcla como el *mint julep* por medio de dos garrafas, y se bebe tambien con cánula.

El Cock-tail, literalmente *cola de gallo*, se hace con el *bitter*, aguardiente, nuez moscada y nieve. El *cock-tail* está considerado como licor tónico y no se bebe mas que la cuarta parte de un vaso.

Hay varias clases de *cock-tails*, entre los cuales, con el *bran* y *cock-tail*, conocemos el *sling* de un gusto muy fino.

El Gin toddly se bebe de ordinario caliente y se hace con ginebra, azúcar, limon y agua hirviendo.

Siguen despues: The mountain dew (el rocío de la montaña).

Half and half (mitad por mitad; es decir, mitad agua y mitad aguardiente.)

The whisky punch (ponche de *wisky*).

The thorough knock me down (literalmente, rompe pecho.)

The Tom and Jerry.—The old Tom (el viejo Tomás,)—The egg-nog. Esta última bebida, mas en uso en los Estados del Sur, es de rigor en la época de Navidad; es una especie de ponche á la romana. *The egg-nog* se compone de huevos crudos mezclados con aguardiente, y se hace de este modo. Las mismas criollas lo preparan con sus blancas é indolentes manos, ofreciéndolo á los convidados de Nochebuena. Separan de cierto número de huevos la yema de la clara; despues baten esta como para hacer merengue, hasta que se forma una espuma blanca y sútil; despues mezclan la yema con aguardiente y azúcar y la reunen á la clara.

Esta agrada poco á los estranjeros, pero se acostumbran y concluyen por encontrarla buena.

Uno de los puntos de vista mas bellos de las ciudades, y particularmente de New-York, son los árboles, que en líneas paralelas circuyen las calles y dan en verano sombra y frescura. El calor es tan fuerte, que en los muelles y plazas caen hombres muertos, heridos por el ardor del sol. Por eso hay regaderas públicas; y los particulares no riegan las aceras por mañana y tarde obligados por la policía sino voluntariamente, con las mismas bombas que sirven para limpiar la casa de alto á bajo.

Las estaciones de caminos de hierro, tan lindas en Francia, que algunas pueden ser consideradas como verdaderos monumentos son tan feas en América que es difícil dar una idea exacta. Sucede lo mismo con los edificios públicos. Citaremos la bolsa de New-York, los diferentes tribunales, las prisiones y el correo que no son sino miserables barracas, advirtiendo que el servicio deja mucho que desear.

Circunscribiéndonos al correo, diremos que las cartas en lista y los paquetes, se entregan sin formalidad alguna, á cualquiera que se presenta á reclamarlos. Ni aun exijen del reclamante que diga su nombre; en pagando el porte, podria llevarse todas las

cartas si tal era su gusto. Es cierto que vá condenado á galeras, el que sin autorizacion tome una dirijida á otro, pero á pesar de la severidad de las leyes con relacion á esto, se comprenden los inconvenientes que deben resultar de semejante estado de cosas.

En cuanto á los carteros, llevan las cartas reunidas de cualquier modo en un pañuelo de faltriquera, teniéndolo sujeto por los cuatro picos. Se preguntará por qué no las llevan en una caja, cuando es fácil perderlas en un pañuelo que se abre á cada instante.

Despues de haber mencionado el sistema de butacas de los teatros, con esclusion de los palcos y demás asientos, no nos falta para terminar esta enumeracion mas que señalar como una comodidad para uso de un número de *ladies*, las dentaduras postizas.

Los dientes se echan á perder muy pronto en ciertas partes de América por el uso inmoderado de la nieve, el abuso de los dulces y las aguas demasiado cargadas de calcáreo, pero la coquetería hace su mas importante papel valiéndose de las dentaduras postizas.

No es muy raro en efecto, si nos sometemos al dicho de varios dentistas americanos y estranjeros, ver señoras jóvenes y aun señoritas estraerse los dientes, para ponérselos postizos, y esto únicamente porque los suyos son algo amarillos, largos ó mal nivelados. Es cierto que los dentistas americanos, tienen reputacion de ser los primeros del universo, y que esas señoras tienen para soportar la terrible estraccion, las paralizadoras emanaciones del cloroformo; mas es necesario ser escesivamente coqueta para preferir á los dientes verdaderos y sanos, aunque algo amarillos, desarreglados ó largos, los postizos, por muy blancos y bien alineados que puedan estar.

Hay, pues, en América, considerable número de dentaduras postizas, bien por necesidad, bien por coquetería. Nadie tiene repugnancia en adornar su boca con falsos dientes, y si creemos en una historieta que nos ha sido contada, una dentadura será siempre un regalo muy aceptable, cuando se quiere, como ha dicho Horacio, unir lo útil á lo agradable.

Hé aquí la historieta:

«Las señoritas educandas de un colegio, en el campo, de los alrededores de Boston, habian observado desde largo tiempo la dificultad que su querida maestra esperimentaba al masticar la corteza del pan, la ensalada y ciertas comidas. Como discípulas atentas y generosas, resolvieron comprarle una dentadura falsa, y escotaron entre ellas para este efecto. Habian oido lamentarse á su directora en varias ocasiones, de lo caro que costaban las dentaduras artificiales, de que los ricos tan solo podian gozar.

»¡Ah! ¡Si mi pobre marido viviese aun! dijo un dia de tierna espansion y creyéndose sola. ¡Dentro de un mes es el aniversario de mi nacimiento: él, deseando festejar este dichoso dia, me daria una prueba de amor, comprándome una dentadura, de la que tengo ya necesidad! ¡Querido esposo! ¡Cara dentadura!

»Estas conmovedoras palabras fueron acojidas, y con ayuda de un inteligente dentista en quien pusieron toda su confianza, y que tomó discretamente la medida de la boca de la directora, la dentadura —una dentadura de lujo— se halló lista para el dia del aniversario.

»Desde la mañana de este dia memorable, las pensionistas elegantemente vestidas, esperaban la salida de la directora. La dentadura fué cuidadosamente colocada en un plato de plata, entre dos ramos; y finalmente, ofrecida por la pensionista mas jóven, que pronunció un discursito con voz entrecortada por la emocion, á la señora directora. Esta les dirigió otro á sus discípulas en accion de gracias, el cual concluyó por las siguientes palabras:

—»Yo hé podido mostrarme severa algunas veces con vosotras, amadas discípulas, y morderme los labios, como vulgarmente se dice: desde hoy, no tendré ya mas que amables sonrisas, aunque no sea mas que por enseñar mis bonitos dientes, y hacer honor al regalo vuestro.»

Por muy estraordinario que parezca semejante hecho, no es nada raro para las personas que conocen las costumbres sencillas del campo, y el espíritu eminentemente positivista y *práctico de los americanos*.

CAPITULO XVI.

LA EDUCACION PÚBLICA.

En un pueblo esencialmente libre y progresista como los Estados-Unidos, es necesario que la enseñanza sea libre tambien y gratuita la instruccion.

La falta de una iglesia dominante ha hecho allí fácil la libertad de enseñanza, de cuyos beneficios gozan, sin distincion de secta religiosa.

Siendo libre la conciencia de cada persona, puede escoger el culto que sea preferible. A los niños no se impone ninguna doctrina religiosa. En las *public schools* no tienen otra mira que la de formar hombres, alimentando sus inteligencias con los elementos de la instrucion, tan útiles en una sociedad, donde saben leer y escribir, para que sepan hablar y comprender la palabra.

La enseñanza no es obligatoria, ni conviene que sea. Esa medida será buena en los paises dominados por preocupaciones y en que descuidada la inteligencia, ha estado largo tiempo comprimida; pero no puede serlo en los Estados-Unidos, donde el pueblo por la misma conciencia de su dignidad, comprende las ventajas de la ilustracion.

Así, pues, la clase mas numerosa, que no es ciertamente la menos útil, sabe leer, escribir, y calcular lo suficiente para las necesidades de sus intereses. Este magnífico don, gratuito y verdaderamente republicano, de la instrucion primaria para todos los escasos de fortuna, es sin duda la causa principal del engrandecimiento presente y la salvaguardia del porvenir.

Por mucho que hayan dicho en contra de la razon humana, y á pesar de las declamaciones apasionadas de algunos charlatanes para probar que es inútil la discusion, los Estados-Unidos demuestran que para garantir los grandes principios de libertad debe contarse con la instrucion y el buen sentido público.

En cuanto á la educacion moral, tan indispensable como la instruccion propiamente dicha, no se descuida en las escuelas gratuitas.

La moral inseparable de los principios religiosos, se enseña con libros elementales, escelentes bajo por todos conceptos. Aconsejan el amor á Dios, sin decir nunca bajo qué forma conviene adorarle; ordenan honrar á los padres; no matar, no robar, hacer cuanto bien se pueda y evitar el mal cuanto sea posible, amando al prógimo como á sí mismo.

Instruido en esta doctrina invariable, crece el niño sin peligro para la sociedad y sin temor de que se corrompa su conciencia. Llega á ser hombre, y cuando su razon está suficientemente fortificada, escoje el culto que merece sus simpatías. Cualquiera que sea la secta que elija, la *Biblia* ó el *Alcorán*, el Evangelio puro ó alguno de los sistemas que le dividen, siempre conserva los mismos principios morales. Aunque las religiones son diversas, la moral es una.

Por lo que respecta á las escuelas particulares, son un lugar neutro cerrado á las competencias de secta. La instruccion y la moral se estiende respetada por las religiones. Al fin de los prospectos de las escuelas bien dirigidas se ven avisos prometiendo bancos á los discípulos en varias iglesias de diferente culto.

Se ha reprochado á los americanos, el contentarse generalmente con una instruccion superficial. Los que han dicho esto, ol-

vidan que la América lo debe todo á su independencia, y que esta data del año de 1776. El 4 de julio de ese año memorable es cuando se confirmó el acta en Filadelfia: luego en medio siglo se ha aumentado en un doble el número de los Estados, se ha cuadruplicado su poblacion y se han estendido sus fronteras desde el Misisipí hasta el Pacífico. El tráfico y la navegacion han adquirido un desarrollo estraordinario, y las facultades intelectuales de los norte-americanos han llegado al mas alto grado de esplendor produciendo los mas notables descubrimientos. Su vasto territorio está cruzado en todas direcciones por canales y caminos de hierro. Su génio ha sometido los vientos y las olas á la voluntad del comercio; ha dirigido el rayo; ha suprimido las distancias por trasmision del pensamiento; y como el ángel bueno, ha paralizado el dolor físico por medio del cloroformo. Nada de esto es bastante, y al único pueblo que al menos sabe leer, exijen la cultura general y el conocimiento profundo de las ciencias y la literatura.

Es preciso reconocer que la enseñanza progresa continuamente y existen colegios superiores que serian notables en la misma Europa. Entre ellos podemos citar el de *Cambridge*, cerca de *Boston*, el de *Howard* y el de *Westpoint*, de caballería é infantería.

Ahora bien; si es cierto que la enseñanza tiende cada dia á ser mas perfecta, tambien lo es que hay un gran número de escuelas dirigidas por profesores incapacitados. Como no se exige título, cada cual puede abrir escuelas á su gusto. Así es que se hacen profesores y abren colegios los que por desgracia en su tráfico, se ven precisados á cerrar los establecimientos. No es estraño encontrar quien dudando en la eleccion haya tratado de enseñar todos los ramos, desde la astronomía, hasta la gimnasia. Hemos conocido un *Auvergnat* aguador y mozo de un *bar-room*, que sabiendo apenas leer y escribir, se anunció como profesor de francés. Su método nuevo y sencillo, consistia en hablar auvergnat y decirle á los discípulos; «imitadme.»

Este singular maestro fué presentado á otro aleman que daba tambien lecciones de francés: los *dos* quisieron hablarse, pero no pudieron comprenderse á pesar de los mayores esfuerzos.

—*¡Demonio!* decia el *Auvergnat; ¡este puede vanagloriarse de hablar un francés raro! No es como el de la Auvergne. Sin duda, cada pais habla uno que no comprenden los demas.*

—*¡Voto vá! ¡qué rareza de hombre!* murmuraba el aleman aparte, lanzando al *Auvergnat* una mirada envidiosa. *¡Usted hablar francés y hablar mucho bien! Pero yo no hablar tampoco mal y no saber por qué él hacer como sinó entender mi. Esto estar envidia porque yo ser tambien profesor de lengua.*

Hé aquí un hecho mas curioso aun y de cuya veracidad estamos seguros:

Un *Bordelais*, despues de haber sido maestro de todo y oficial de nada, se encontraba un dia cerca de *Louisville*, casi desesperado. Pensaba en el suicidio, medio por el cual se privaria dulcemente de la pesada carga de la miseria, cuando por casualidad halló un americano que era amigo suyo. Dióse prisa en pintarle su triste situacion encomendándose á él.

—*Well*, contestó el *yankee*, si Vd. supiese italiano, podria entrar de profesor en una escuela de niños que hay en estos alrededores y tiene fama en los estudios de lenguas vivas.

—¿Entonces es un italiano y no un francés lo que se necesita? preguntó nuestro compatriota con ansiedad.

—No: lo que hace falta es un profesor de italiano.

—¿El profesor á quien debo suceder está aun en la escuela? preguntó el *Bordelais*.

—Jamás ha habido cátedra de italiano en esa escuela, y es un vacío que se debe llenar. ¿Pero sabe Vd. italiano, si ó no?

—¿Qué si lo sé? respondió el *Bordelais* con seguridad, ¡yo lo creo! ¡Pues si en un tiempo á fuerza de hablarlo olvidé el francés!

—*Very well*, caro amigo, me alegro de poderle ser útil. Preséntese Vd. de mi parte en la escuela y no dude que será recibido.

—Gracias, amigo mio, *á revedere mio caro*, como decimos en italiano. Y el *Gascon*, que solo sabia de la lengua esta corta frase y la palabra *felicitá*, por haberla oido cantar en una infinidad de *cabalette*, se despidió de su protector.

En seguida se puso á reflexionar sériamente el medio de enseñar italiano pero no lo encontraba: sin embargo, se dirigió á la casa que por fortuna debia ofrecerle un albergue y el alimento de que ya tenia necesidad.

De pronto y como herido por un buen pensamiento, pasó la mano por la frente. Una sonrisa feliz iluminó su rostro entristecido. Apretó el paso y llegó prontamente á casa del director del colegio que no opuso obstáculo á su visita.

Al dia siguiente de su llegada el *Bordelais* tomó posesion de la cátedra. Los discípulos hicieron rápidos progresos bajo la direccion de tan hábil profesor, doblemente estimado por su carácter alegre. El director habia dirigido, en distintas ocasiones, lisonjeros elogios á nuestro compatriota por su buen método y el cuidado que tenia en hacer pronunciar bien *la dulce lengua de los amores*, como decia por lo bajo sonriéndose.

—Mi método, como Vd. ve, decia el *Bordelais*, consiste en no servirse de libros. ¿Para qué sirven los libros? Para cansar el espíritu de los discípulos con teorías las mas veces inútiles, que hacen perder un tiempo precioso que puede emplearse fructuosamente en la práctica.

—¡Muy bien! replicó el director ¿Pero y el *Dante*? Yo quisiera que de vez en cuando les hiciera Vd. leer en el Dante.

Porque el Dante, como Vd. conoce, siempre es el ¡Dante!

—Sí, respondió el Bordelais, el Dante es y será siempre el Dante; pero no siempre es divertido. En otro tiempo he leido una traduccion del *Infierno* y eso no vale gran cosa: me gustan mas las canciones de *Beranger*, añadió riéndose.

—¡Cómo! ¿En una traduccion habeis leido el Dante?

—¡Demonio! dijo el *Gascon* entre sí, habia olvidado mi papel. Y despues reponiéndose: he leido el *Infierno* en otra lengua, porque he querido ver lo que perdia ese hermoso libro, traducido. En cuanto á las canciones de *Beranger*, las prefiero de cierto modo para los estudiantes de primer año.

El director encontró satisfactoria esta esplicacion.

Todo marchaba perfectamente en el colegio, y nuestro compa-

triota, seducido por la bondad de una vida segura y tranquila, solo pensaba en mantenerse en su puesto, cuando un incidente inesperado vino á poner término á tantas felicidades. Un italiano verdadero, llegó al colegio para poner en él uno de sus hijos. Alegre por la presencia de este estranjero, el director creyó obtener un triunfo en las personas de sus discípulos de italiano.

Los presentó. Los alumnos hablaron entre ellos con una facilidad maravillosa, para los que no llevaban mas que algunos meses de lecciones. Pero en vez de aplaudir, el italiano soltó una larga carcajada y aseguró no haber oido una sola palabra de su lengua.

Se buscó al malhadado profesor y habia desaparecido. El desgraciado enseñó por italiano el ¡*patois gascon*!

La lengua francesa no es mejor tratada por los americanos que se dedican á enseñarla, y puesto que estamos refiriendo hechos, que mas bien que los razonamientos prueban la verdad, contaremos este otro.

Un reverendo, director de un colegio de niños, se presentó sin ser conocido en casa de un profesor de francés que gozaba de una reputacion merecida.

—Señor, le dijo en inglés, vengo á que me enseñe Vd. francés.

—Con mucho gusto; pero sírvase Vd. tomar asiento.

—Permítame Vd. que no acepte: para sentarse hay que perder tiempo, y yo no puedo desperdiciar un mínuto. Parto esta misma noche.

—¿Para volver pronto sin duda?

—No señor; para no volver jamás-

—¿Y entonces cómo quiere Vd. tomar lecciones de francés estando lejos?

—No deseo mas que una.

—¡Una! ¿Y en una sola pretende Vd. saber la lengua?

—Pienso que si. Mi fin es aprender el alfabeto; obtenido esto, lo demas lo aprenderé facilmente, por medio de libros que dan la pronunciacion figurada.

El profesor sacudió la cabeza en señal de duda, pero cosintió en darle la leccion por no disgustarlo.

—Santiago, dijo el profesor llamando á su criado, tráiganos Vd. el encerado y el lapiz.

Colocado en su sitio el encerado para las demostraciones, comenzó la leccion. El respetable ministro pasó dos horas desarticulándose la quijada para no decir en vez de *aye é*; de *airr r*; y de *iou ú*. Despues, como verdadero *Yankee*, calculó exactamente el precio de la leccion con arreglo al que debiera dar por una temporada; sacó el dinero y se lo ofreció al profesor. Este, por toda respuesta, llamó nuevamente á su criado.

—Santiago, le dijo, tome Vd. ese dinero; el señor se lo regala, por el trabajo que ha tenido en traer el encerado. Por lo que respecta á mí, continuó dirigiéndose al reverendo; no tengo costumbre á semejanza de los cocheros *simones* de mi pais, de ser pagado por hora ó carrera. Yo he dado la leccion por complaceros y para *mayor gloria de nuestro alfabeto*.

El reverendo se retiró admirado del desinteres del profesor.

Quince dias despues de esta entrevista gramatical el reverendo considerándose suficientemente instruido en la lengua de *Racine*, entraba en un colegio de profesor de francés.

Podríamos si fuera necesario, citar los nombres de estos señores.

De la insuficiencia de semejantes profesores, cuyo concurso es nulo para la enseñanza, resultan libros elementales muy buenos. Creemos que América es el pais que ha escrito mejores compendios en todos los ramos de instruccion.

Es verdad que la mayor parte son el resúmen habilmente hecho de libros impresos en *Alemania*, *Inglaterra* y *Francia*, pero los americanos no tienen escrúpulo de tomar el bien donde lo encuentran.

Para completar la instruccion tanto como para divertir á los *lecturers*, leen públicamente todas las materias posibles: *Historia*, *Filosofia*, *Literatura*, *Física*, *Química*, *Zoologia*, *Astronomía*, *Geología*, *Lexicología*, *Mágia* y *Espíritus evocados*. La *Biblia*, el *Evangelio*, y los *Libros sagrados* de *India*; del *paganismo*, del *catolicismo*, del *budismo*, del *brahmismo*; y sobre el *arte*, la *verdad*, lo *bello*, lo *amable*, lo *su-*

blime, etc. etc. En los Estados-Unidos hay lectores en gran número y son una renta escelente para los *learned professors* que hacen de ellos un objeto de especulacion.

Estas sesiones científicas y literarias se anuncian en los periódicos con repetidos avisos, y en las esquinas de la ciudad con gigantescos carteles de varios colores. Pero es necesario reconocer que las lecturas públicas tan ventajosas para un pueblo que desea instruirse, no logran su fin como fuera de esperar.

Carecen de originalidad, y los *lecturers* callan los fragmentos de los libros mas conocidos.

Escepto MM. *Thackerey*, *F. Moagher*, y *Everett*, un inglés, un irlandés, y un bostoniense, costaria trabajo encontrar hombres verdaderamente instruidos, entre los innumerables *lecturers* de profesion.

Los asuntos que agradan mas al público americano, son los alegres y despues los maravillosos. Recordamos que en New-York un músico de los mas distinguidos, solo tuvo en un concierto, cincuenta personas de pago, mientras que un *lecturer* hizo 1,800 pesos fuertes hablando de los espíritus evocados.

Cuando el *lecturer* anuncia su sesion con un nombre estravagante que causa muchos *lapsus* y equívocos, puede contar el éxito por seguro.

La mediocridad de las lecturas públicas es generalmente para el pueblo que le agrada, un recreo noble é inofensivo.

La educacion de las mugeres es mas perfecta que la de los hombres. Las primeras no tienen como los últimos negocios que reclamen su atencion desde muy temprano; por el contrario, disponen del tiempo que quieren para instruirse. Van á los colegios, como hemos dicho ya, hasta la edad de diez y ocho ó veinte años.

El objeto principal de sus estudios, son las lenguas vivas. Además del francés, que ha llegado á ser obligatorio, muchas jóvenes aprenden aleman é italiano. Pero si hemos de guiarnos por el programa fastuoso de los colegios, las señoritas merecerian los títulos de bachilleres y doctores en *ex-letras y ciencias*.

Nada olvidan esos programas: las labores de recreo, figuran junto á la *Historia universal*, á la *Geografía*, á las *Matemáticas*, á la *Botánica*, á la *Física y Química*, á la *Historia natural y Astronomía*. Mas de estos conocimientos, no tienen al salir de los colegios, sino los mas vulgares rudimentos. Sin embargo, los jóvenes carecen aun de ellos.

Algunas señoras francesas han fundado en New-York, colegios cuya reputacion es mas ó menos bien justificada, por el mérito de las directoras. Junto á los de *Mme. Canda*, *Chegaray* y *Coutan*, mencionaremos particularmente el de *Mme. Hix*.

Esta señora es una muger del gran mundo en toda la estension de la palabra. A sus conocimientos especiales y profundos, al encanto de su conversacion escogida en el mas puro francés, reune un cuidado maternal para las jóvenes que le confian. Hemos pasado noches muy deliciosas, (raras en América) en casa de esta señora, cuyos talentos musicales estan fuera de la línea general, siendo una cantatriz de mucho gusto. A Mme. Hix, la ayuda desde hace algun tiempo su hijo *Mr. Hix*, quien despues de haber sido sucesivamente profesor del colegio de *Cambridge* y secretario de *Mr. Soulé* en Nueva-Orleans se ha asociado definitivamente á los trabajos de su madre.

Si semejantes colegios se multiplicasen, acabarian por conceder á los profesores instruidos la estima que le rehusan. Parece que *Lucien* habia adivinado la triste suerte de un gran número de profesores en los Estados-Unidos cuando en sus diálogos de *muertos*, esclama: «Despues de haber abrumado de calamidades á aquellos que quieren perder los dioses en su inexorable cólera, les conservan para golpe de gracia el azote de la ¡pedagógia!»

No han faltado jesuitas, que para estender sus doctrinas como puede comprenderse, han abierto tambien colegios.

En ninguna parte es su mision tan difícil de llenar. Al otro lado del Océano, son perfectamente conocidos y no se fian de ellos. Pero consiguen su próposito por caminos estraviados. Se valen de coadjutores legos é ignorados, de los que nadie desconfia, y es un medio de propaganda para aumentar su poder.

Algunos sirven á la *compañía* por preocupacion religiosa, y otros por tener protectores y asegurar su suerte.

Los periódicos americanos, inquietos por la invasion progresiva de los jesuitas, suelen lanzar terribles anatemas. Pero ellos bajan la cabeza y dejan pasar la nube. Han sido menospreciados por muchos, suprimidos por un *breve* de Clemente XIV, y espulsados de todos los paises del mundo, concluyendo por hacer nuevamente su conquista.

Hoy tratan de solidificarse en el suelo americano, entre los refugiados, cuyos padres han perseguido. Tal vez lo conseguirán; pero muy poco á poco. La educacion de la juventud, les ofrece el medio mas seguro de conseguir su fin. No es nuevo, pero tampoco lo es el descuido general.

Pascal ha escrito contra ellos un libro inmortal, que los pinta con rasgos de genio para la *moral revolucionaria*, mas ellos viven siempre bajo el amparo de la moral. En nombre de ella, entraron en la famosa conspiracion de los *Polvos* en Inglaterra y tomaron parte en la *Liga*; en su nombre desconocieron la autoridad del Papa, y despues juraron obedecer ciegamente sus órdenes; y por último, bajo ese mismo nombre, se han interesado en los asesinatos y abominaciones que han escogido á la religion por pretesto y se esfuerzan en atraer la juventud, con el atractivo de la instruccion. Deseamos que los jesuitas, educadores interesados, no alimenten en América el espíritu de sus discípulos para inmolarlos en seguida en beneficio propio.

CAPITULO XVII.

LOS BAILES.

En Francia se casan las mugeres por dos motivos principales y uno *accesorio*, que consideran de la manera siguiente: primero, poseer un pañolon de cachemira y algunos brillantes; segundo, ser mas libres; y el *accesorio*, tener marido. En América, el *accesorio* es el principal y único objeto del casamiento, pues las solteras no tienen menos libertad que las casadas; llevan cachemiras y brillantes antes del casamiento como despues de él, y en cuanto á los placeres de sociedad, entre los cuales el baile ocupa el primer lugar, es lo que absorbe la atencion de las jóvenes. Dan bailes en casa de sus padres y hacen las invitaciones en su propio nombre. Y como se comprende, ellas y los *bachelors* (celibatos) son los que mas disfrutan. Muchas veces la señorita, no convida mas que jóvenes solteros de ambos sexos, pues las *miss* desdeñan á los casados, y les dirigen la palabra con ironía picante.

Mas cuando acontece á alguna estender su atencion hasta los casados, estos no van á la fiesta sino á título de *utilidad*, es decir, como por ejemplo, tapicería viviente, para completar la ornamentacion de la sala.

En los bailes particulares, sin escepcion, solo los solteros toman parte, y las mas intrépidas y apasionadas bailarinas cesan, en su placer favorito, desde el momento que el amor conyugal ocupa en su corazon el sitio de la *flirtation*, que no es mas que el preludio.

El casamiento opera cambios notables. Los norte-americanos, interesados en todo, son en materia de amor los mas desinteresados del mundo, y las mugeres, como los hombres, no obedecen mas que al impulso de su corazon. La creencia de que son castos, unido á la facilidad relativa que los hombres activos é industriosos tienen para ganar su vida y hacer fortuna, son las causas que hasta ahora han alejado del matrimonio el interés que domina en Europa.

No es raro ver jóvenes poseidas del demonio, si es que no lo son en persona, bajo una bella encarnacion, volverse *ermitañas*, no envejeciendo, cosa que disminuiria en mucho su mérito, sino casándose.

Podríamos citar los nombres de algunas jóvenes en New-York, Boston, Filadelfia, Baltimore, etc., etc., que despues de haber sido *leonas de largas melenas*, llegaron á ser con el matrimonio, modelo de las mugeres arregladas, sencillas y económicas. Sino temiéramos ser indiscretos, diríamos el nombre de una de esas famosas bellezas demasiado libres de New-York, que despues de dar en invierno locos paseos en trineos durante la noche, sin mas testigos que las lejanas estrellas del firmamento; despues de abandonar la casa materna para asistir á espléndidas cenas, bebiendo Champagne con alegres compañeros de quienes era el *Anfitrion*; despues de reinar en su casa tanto por el lujo como por la belleza, y sin salir de New-York, haber recibido á sus amigos con costumbres y trage español, cual si estuviera en España; griego como en Grecia, á la *Pompadour* como en Francia, á la Sultana y en *harem* como en Turquía, concluyó esta vida de agitacion, casándose con un comerciante jóven y sin fortuna, considerándose feliz en su modesto hogar.

Esto es seguramente, un cuadro de costumbres bastante raro,

y que sería difícil encontrarlo en Europa, donde como llevamos dicho, el casamiento es casi una especulacion.

Las obligaciones de la muger casada, no son incompatibles con el baile, y es una desgracia que las jóvenes lo priven de su agradable presencia.

En el norte de América, cada familia dá un solo baile anual; pero en él es ocasion de mostrar un lujo estremado que raya hasta en lo ridículo. No es por divertirse ni divertir á los amigos por lo que los reunen en su casa; es por ostentacion, para enseñarles el boato y hacerles ver que pueden, si quieren, malgastar algunos miles, en una *soirée*. El salon principal donde se coloca la orquesta, lo adornan con esceso de flores naturales, entre las que descuellan las camelias, por ser las que cuestan mas.

Se ven camelias por valor de diez ó doce mil francos y aun mas. El *ambigú*, perfectamente servido por numerosos criados, y en el que los convidados encuentran abundantes y esquisitos manjares, como tambien ricos y variados vinos, se abre á las doce y permanece toda la noche á disposicion de los concurrentes. En cuanto al trage de las señoras, no puede ser mas lujoso ni de mejor gusto. Todo lo que nuestras incomparables fábricas de Lyon producen de costosas sedas y notables encajes, se encuentra reunido á las alhajas mas resplandecientes.

Poco antes de nuestra partida de los Estados-Americanos, *Mme. R.....*, de Filadelfia, acababa de dar su baile anual, que tiene el privilegio de escitar la curiosidad y el entusiasmo en los habitantes de la Union. Este baile es notable, y los periódicos hacen de él una revista muy detallada. Desde mas de cien leguas á la redonda, vienen personas, por mar y tierra, para asistir á casa de Mme. R....., que desde hace tiempo es la *leona* de los Estados-Unidos.

En el último baile, dado por esta amable señora, que hace de su fortuna un noble empleo, y sabe animar á los artistas de mérito, fueron convidadas mas de mil personas y casi ninguna faltó. Hubo señoras que se sentaron hasta en las gradas de las escaleras, risueñas y animadas como guirnaldas de flores. Los danzantes

no pudieron bailar, y marchaban en procesion para llegar hasta el salon grande y poder gozar del magnífico golpe de vista que presentaba. Se valuó en veinte ó veinte y cinco mil francos el valor de las camelias que adornaban la sala de baile. Elegantes rótulos colocados á corta distancia unos de otros, advertian á los *gentlemen* que no cogieran las flores. Los *gentlemen*, que por esceso de galantería las arrancaban al salon para adornar á las bailarinas, merecieron este aviso. Mme. R..... habia pensado con justicia, que la galantería bien entendida, debia ser para la dueña de la casa y que no era conveniente se hiciesen regalos á su costa. En los bailes anteriores sucedia, que á fuerza de tanto galantear á las señoras, de veinte ó veinticinco mil francos gastados en camelias, no quedaban mas que tallos rotos y marchitas hojas, al terminar sus placeres la reunion. Para dar una idea del lujo que Mme. R..... desplegó, nos limitaremos á referir un hecho que habla suficiente por sí solo. Queriendo esa señora amueblar de nuevo su casa, para hacer mas brillante recepcion, mandó traer de París todo lo que era necesario y pagó por derechos de entrada, sin contar el flete, ni otros gastos de arreglo y trasporte, doce mil duros.

Pero, si las casas particulares se limitan á dar un solo baile por año, en las fondas y *boarding houses* se baila con mas frecuencia. Los propietarios hacen este gasto con el fin de divertir á las pensionistas y aumentar la clientela; otras veces, los mismos pensionistas se combinan y pagan los gastos de las *soirées*, convidando á sus amigos de dentro y fuera.

En las fondas, se baila lo mismo en verano que en invierno; y en el campo, hemos visto á pesar de los 35 grados de Reaumur, señoras y caballeros saltando con el mayor entusiasmo, de noche y de dia.

En los Estados-Unidos, no existen bailes públicos del género de *Mabille*, *Château-des Fleurs*, *Château-Rouge* y otros, tan numerosos en París y sus alrededores. El puritanismo americano retrocedería de espanto á la vista de esos bailes, por muy vigilados que esten por la policía. El *cancan* es aun desconocido de los rígidos habitantes de la Union (al menos en apariencia) y si alguna vez lo

aceptan, será privadamente, en sus casas á puerta cerrada, y acaso en algunas academias de baile.

Estas academias, no son en realidad sino bailes de pago: se admite una persona presentada por otra, durante una noche ó abonándose por un mes. Allí es donde hay que ir á buscar las *Frisettes*, las *Reine-Pomaré*, las *Mogador*, las *Rosas-Pompon* y las *Coqueliquettes* del Nuevo-Mundo. Esas señoras, pagadas por los empresarios del establecimiento, están encargadas de dar lecciones á los *gentlemen*. Se presentan con el abandono que reclama su honrosa profesion; airosamente vestidas y elegantemente peinadas.

El puritanismo, que se espanta de todo, suele á veces no espantarse de nada. Es preciso saber comprenderlo y evitar el escándalo; ¡oh! no es menos hipócrita que otros, y se deja arrastrar facilmente hasta cometer sus calaveradas secretas, que el cielo perdona á medias, como se sabe.

Aunque no haya bailes públicos permanentes, no por esto se impide á nadie bailar. Las gentes á quienes pudiera dársele el nombre de *pueblo*, si hubiese distincion de clases, esas gentes que se designan bajo la calificacion de obreros y comerciantillos, bailan muy suficiente en sus casas, en el campo, en los vapores, en las escursiones y en los *clubs*. El baile es hoy igual en todas partes: *wals*, *polka*, *mazurka*, *redowa*, *schottisch*, *contradanza*, etc., etc. Además la gente no muy bien acomodada añade á estos la *gigue* que prefiere á los otros: mas, los apasiona.

El mérito del *gigueur* consiste en tener el dorso y los brazos en completa inmovilidad, mientras ejecuta con los pies las mas raras y variadas figuras. El buen *gigueur* baila así durante media hora y aun mas, sin cesar hasta que el cansancio oprime su pecho y paraliza sus miembros.

La *gigue* se baila solo por hombres, y es agradable cuando el bailarin es listo y lleva pantalon ajustado.

Los *virginios* ejecutan además, reunidos en gran número, un baile pesado lleno de figuras ridículas, que duran tanto como los eternos *cotillons* de nuestros salones parisienses.

Empieza este baile por un largo paseo en redondo, cogidas las

parejas del brazo; cosa chocante en América, donde como hemos dicho, no se da el brazo mas que á las prometidas ó esposas.

Despues del paseo, se hace una especie de balancé cruzado general, seguido de varias figuras que se creerian tomadas de la *Auvergne*. Concluidas dan otros paseos. Algunas veces se cogen del brazo los hombres solos, y nos parece que no les digusta. Termina esta larga pantomima por una galop general que los pone ébrios de gozo; mejor dicho, casi furiosos. Mas bien que conducir, llevan en el aire á sus bailarinas, esponiéndose á tropezar y caer en el polvo con su preciosa carga, y ser pisoteados por los demás, que entusiasmados, nada podria detenerlos en su veloz carrera. Y ciertamente no es la música la que los escita así, pues la orquesta se compone á veces de un violin.

Es tal el deseo de placeres que se acumula en el corazon de los americanos, siempre ocupados en los negocios, que cuando hallan ocasion de divertirse, lo hacen como la gente que come por estraordinario en fonda á seis reales por cabeza; hasta ponerse malos.

En los Estados-Unidos no hay, como en las colonias españolas, bailes nacionales, verdaderamente locales, graciosos y espresivos. Los bailes españoles ofenden la *moral pública* de los norte-americanos, que no comprenden que uno de los privilegios del arte para llevar las cosas hasta lo ideal, es exagerar poéticamente los sentimientos de la pasion. Para el mayor número de los americanos el *Laocoonte*, esa obra maestra de la antigüedad, ese bello tipo del noble sufrimiento, aparece como un anciano mal vestido por las serpientes; y en cuanto á sus hijos, los consideran como jóvenes indecentes que debieran ponerse pantalones y frac.

Volviendo á los bailes, diremos que únicamente los de los negros en el Sur, presentan un carácter original. Los dias de fiesta ó despues del trabajo, encienden una gran hoguera y bailan alrededor de ella los *bamboulas*, muy singulares, dramáticos y á veces cómicos, á pesar de cierto fondo de tristeza que resulta del carácter de sus instrumentos y de su música misma, llena de intérvalos estraños, y melodías lánguidas basadas en ritmos persistentes y acentuados. No podemos comparar estas danzas de los negros,

sino á la famosa del *bisonte*, en la que este animal hace la corte á una becerra galopando á su alrededor.

Los negros y negras, tan arqueados y derrengadas, se ponen frente á frente como dos energúmenos, y entusiasmados, mezclan sus voces al son de los instrumentos.

Es imposible dar una idea aunque débil, de la versificacion de sus canciones, demasiado libres. Y sin embargo, los criollos jóvenes asisten á esos bailes sin el menor escrúpulo. Lo que no podria menos de herirles en boca de un blanco, les alegra y hace reir en la del negro. Bien es verdad que estos no son hombres para los habitantes del Sur, y pronto tendremos ocasion para hablar de este asunto, interesante por tantos títulos, en un sucinto estudio sobre las costumbres de la Luisiana.

CAPITULO XVIII.

LA NAVIDAD.—EL DIA DE AÑO NUEVO.—LOS VALENTINES (1).

El dia de noche-buena está destinado en los Estados-Unidos á las fiestas de familia, tal como sucede en varias ciudades del norte de Francia y en Alemania.

Se planta el árbol de *noche-buena*, que consiste en una gran rama de ciprés, llena de juguetes de niños, alhajas de mas ó menos valor, cajas de dulces y toda clase de regalos, que el propietario del árbol ofrece á los convidados como prueba de obsequiosas atenciones. Esta fiesta es, como puede comprenderse, de niños. Despues de admirar en conjunto el árbol maravilloso, se les permite á ellos, y á las personas jóvenes, coger la fruta preciosa, que les tienta mas que las bellas manzanas del árbol de la ciencia, que no desean en manera alguna alcanzar.

Esta costumbre de la fiesta de noche-buena, empieza á perderse y confundirse con la del dia de año nuevo; hay en ese dia, una especie de descuido, y las señoras se muestran tan cortesmente

(1) La carta anónima y llena de requiebros ó de sátiras que el dia de San Valentin, y en todo el mes de Abril, acostumbran escribir los jóvenes ingleses y americanos á sus conocidos. El amante ó cortejo que se elije el dia de San Valentin en Inglaterra y en América. (*N. de los T.*)

hospitalarias con las visitas de caballeros, que no se limitan á admitirles su tarjeta.

El dia de año nuevo no se ven señoras por las calles: permanecen en sus casas desde por la mañana hasta las doce de la noche y aun mas tarde, para recibir visitas. Estan en el salon, de gran trage de baile, como igualmente las jóvenes. Un *ambigú* elegante y muy bien abastecido de aves frias, jamon, pasteles, frutas y dulces variados, vinos y licores, está á disposicion de las personas que se encuentran reunidas.

Es costumbre no rehusar á la invitacion de la dueña de la casa, y admitir aunque no sea mas que un vaso de vino de Madera y un bizcocho. El Madera, tomado vaso á vaso desde por la mañana, concluye por la noche de llenar el estómago totalmente de líquido, y sus vapores asoman á los respetables rostros de los *gentlemen* con tintas purpúreas. Mas son tan amables las señoras, que es imposible rehusarles nada.

Hace dos años, por el mes de enero, nos sucedió en New-York una aventura bastante singular y que prueba el espíritu de fraternidad y franqueza que reina en las familias americanas, tan reservadas de ordinario, en el dia de que hablamos.

Teniendo que hacer una visita á una señora, que habiamos tenido ocasion de ver una sola vez, nos equivocamos de casa, encontrándonos entre una docena de señoras. Nos recibieron muy bien, y durante algun tiempo no nos apercibimos del error. Las señoras nos ofrecieron refrescos y bebimos; despues hablamos un poco.

Sin embargo, no viendo salir á la señora á quien deseábamos pagar la visita, preguntamos á una señorita si la *señora* vendria pronto y pronunciamos su nombre.

—¡Esa señora! dijo ella sonriéndose, como hacen las americanas á propósito de todo: no vendrá, porque no tenemos el honor de conocerla.

—¡Cómo! replicamos sorprendidos y confusos; ¿no conoceis á esa señora? ¿No es de su familia? ¿No estamos en su casa?

—De ninguna manera, replicaron las señoritas riyendo á mas no poder: esa señora vive en la casa próxima.

Entonces dirigiéndonos á la señora por cuya edad se debia suponer fuese la dueña de la casa:

—Mil perdones, señora, la digimos, por este error involuntario, que no sentimos mucho, en atencion al placer que esperimentamos teniendo el gusto de conocerla; seríamos felices si admitiese V. nuestras escusas.

—Sus escusas son inútiles, caballero; nosotras hemos comprendido que su visita no era sino el resultado de una equivocacion, que es muy fácil suceda á esta hora avanzada de la noche y mas con la precipitacion de hacer una visita atrasada.

—Permítanos V., señora, añadimos, que le entreguemos esta tarjeta al retirarnos.

La pusimos en manos de la encantadora *lady* y encontramos que indirectamente éramos sus conocidos, como artistas: entonces nos obligó á cenar y pasamos una gran parte de la noche cantando en tan amable compañía.

Aventuras de esta especie han sucedido á amigos nuestros y no tan solo han sido dispensados de su error, sino recibidos por las dueñas de las casas, con la mayor amabilidad en ese dia. ¡Ah! Si no hubiese mas que americanas, el Nuevo-Mundo sería la estancia mas deliciosa, pero por ciertas cosas los americanos echan á perder un poco la América.

Los *Valentines*, son cartas anónimas, que durante el mes de abril tienen la costumbre de enviar á sus conocimientos. Los novios mandan á sus novias cartas estraordinariamente grandes, con canto dorado y adornadas con cupiditos y corazones inflamados, encerrados en cajas de lujo, compuestas con cintas de colores y atributos de mil clases.

Hay cajas de esa especie, que cuestan hasta veinte duros y aun mas. En cuanto al contenido de las cartas ya puede adivinarse: contiene las palabras mas dulces del vocabulario amoroso; protestas, juramentos y algunas veces una tímida queja.

Los autores de estas cartas, nunca firman; pero son conocidos; lo saben muy bien, y ese es precisamente el placer que les proporcionan los *valentines* amorosos.

Las señoritas contestan á estas cartas adornándolas igualmente, pero con mas brevedad, y dibujando ó haciendo dibujar sobre ellas una escena cómica, en la cual se burlan del galan y le dan á entender que ha sido conocido.

Un jóven, agregado á una Embajada, que tenia bigotes á lo don Quijote, recibió en respuesta á un tierno *valentine*, este otro de una jóven americana. Sobre una hoja de papel, habia un caballero dibujado, que al quererle declarar su amor á una jóven, hizo un movimiento tan brusco con la cabeza, que una de las estiradas puntas del bigote untadas de oloroso cosmético, penetraba por un ojo de la jóven:

—¡Ah! gritaba, ésta, Cupido me ha atravesado un ojo.

En las papelerías, se venden bastas imágenes iluminadas, representando escenas grotescas, con notas que las esplican.

Se limitan á menudo á enviarse estas láminas cual si fueran *valentines*.

Un farmacéutico recibió la imágen de uno de sus compañeros con el instrumento que se sabe en la mano, y persiguiendo á un enfermo.

Un zapatero remendon, otra, llevando un horrible chanclo y con fisonomía *granugienta*, como dice *Teófilo Gautier*, nariz en forma de *coliflor*, como ha dicho *Victor Hugo*, y ojos que *vendimian*, como dijo *Balzac*.

En fin, los partidarios de la libertad de las mugeres, reciben el retrato de una vieja *blumerista seca* y *fea*, con un látigo en la mano y á caballo sobre las espaldas de un hombre. Hay *valentines* para todo lo ridículo y todas las profesiones.

Se daba en otro tiempo, y acaso aun hoy dia en alguna parte de Inglaterra, el nombre de *valentines*, á los pretendientes que cada jóven tenia costumbre de escoger en la época de la fiesta de los *Brandons*.

Se les habia concedido por un cierto tiempo el grato privilegio de escribir cartas amorosas á su pretendida. Este es sin duda el orígen de los *valentines* en América, donde la costumbre se ha modificado como se vé.

CAPITULO XIX.

LOS CRIMINALES.

El estudio que hemos emprendido de los usos y costumbres americanas quedaria incompleto sino consagráramos un capítulo especial á los criminales. Es preciso reconocer que esos señores son tan útiles en América como en todas partes, y que les debemos muchas consideraciones.

Los hombres de bien, les son deudores de lo mas estimable, de su reputacion. Sin los pillos, ¿cómo habria gente de probidad? ¿La honradez hubiera podido existir sin los que son contrarios al honor? La virtud es evidente que no lo fuera, si el vicio no formase contraste.

Suprimid los pícaros, y dareis un golpe mortal al mayor número de instituciones de los paises civilizados.

Sin los criminales, ¿qué sucederia de los legistas, filósofos, moralistas, ministros, alguaciles, abogados, comisarios, gendarmes, y demás policía, aduaneros, carceleros, guardamontes, etc. Seria el trastorno de la sociedad entera, tal como no lo han soñado nunca los progresistas mas avanzados.

¿Qué pasaria á la literatura, el teatro, la pintura, la escultura,

la ópera, que no viven sino de contrastes? ¿Y á la Historia, si no refiriese tantos crímenes?

Mas, basta para probar la dichosa influencia de los criminales, bajo el punto de vista social, moral y artístico.

La América, como el resto del mundo, parece haber comprendido la utilidad de los *robbers y picks-pockets*. Y casi estaríamos tentados á creer que los animan teniendo en cuenta lo blanda que se muestra con ellos la justicia, y lo discreta que es la policía en el desempeño de sus funciones.

Para protejer cuanto es posible la libertad individual, y precaver los abusos de la prision preventiva, las leyes permiten que los acusados hagan depósitos de dinero, como garantía de su presencia ante los tribunales. Esta medida, que es seguramente muy liberal en el fondo, no deja de tener sus inconvenientes en ciertos casos.

En efecto, es muy fácil á un malhechor cualquiera, despues de haber hecho el depósito, sustraerse al castigo de la justicia. En ese caso, el depósito pierde su verdadero carácter y llega á considerarse como el precio de la impunidad del delito, apreciado por la justicia y comprado por el culpable.

Es cierto que el depósito no se acepta por el crímen de asesinato; pero esceptuando este, es aceptable por los demás.

Los tribunales americanos están faltos de esa dignidad que debe esperarse de los representantes de la justicia.

Como prueba, vamos á presentar un solo ejemplo.

En uno de los tribunales de New-York, se habia entablado un pleito con motivo de una cuestion muy delicada. Despues de la defensa de una de las partes contrarias y las réplicas del juez, el abogado no encontró mejor argumento final, para el juez, que proponerle una apuesta sobre las cuestiones del litigio. La suma estipulada era bastante crecida y capaz de incitar al intérprete de la ley. Reflesionó un momento y en el tribunal mismo aceptó. El abogado se llama *Mr. Betts* y el juez *Mr. O'Conner*.

Seria una cosa muy interesante hacer la fisiología de los bribones americanos. Estos tienen una fisionomía particular: sus *secretos*,

sus maneras de *obrar*, pertenecen á una escuela distinta de la europea. En todas partes no se roba del mismo modo. Nosotros tenemos nuestros ladrones y los americanos los suyos.

En los Estados-Unidos hay: *rowdies*,—*short*,—*boys*,—*gamblers*, —*buglers*,—*swindlers*,—*loafers*,—*blacklegs*,—*runners*,—*peter-funks*, etc. etc. Omitimos aun algunos de los mas pillos.

No pensamos escribir las proezas de estos *personages*, pero seria imposible dejar de tributar un *homenage* al talento de los *runners* y *peter-funks*. Estas dos categorías, pueden muy bien llamarse *clásicas*. A ellas les debemos el *robo á la americana* que estuvo en boga mucho tiempo; pero hoy ha decaido.

Hay dos clases de *runners*. La primera tiene á su cargo la esplotacion de los emigrados que desembarcan sin conocer á nadie y sin hablar la lengua del pais.

Aun antes de desembarcar, el emigrado se encuentra sitiado por bandadas de ellos, porque su cuartel general se estiende en New-York, desde *Greenwich-street* hasta la entrada del rio *Est*. Los *runners*, con una habilidad digna de mejor suerte, se dividen el robo de los emigrados. Cuando estos saltan á tierra están espuestos á caer en trampas de mil géneros, siendo acosados con embustes y estafas, billetes de banco, y *tickets* falsos, de vapores y caminos de hierro.

La segunda, esplota con especialidad las casas incendiadas. Siguen á las bombas, y cuando pueden, ayudan á los bomberos hasta el lugar del desastre. Estos ladrones se llaman comunmente, *runners of the fire engines* (esplotadores de las bombas de incendio.)

En cada *ward*, (barrio) de la ciudad, se encuentran *runners of the fire engines*, con el oido atento, las piernas firmes y espiando los incendios como á su presa. Con el pretesto de apagarlos, se introducen en las casas y saquean lo mas precioso que encuentran.

Cuando los incendios no producen bastante por ser escasos, los aumentan ellos mismos. En América, castiga la ley con pena de muerte á los incendiarios, pero es casi imposible probarles el crímen. Para esto, segun el testo de la ley, es necesario que sea cojido en el acto por cierto número de personas con la antorcha en la mano.

Los *peter-funks*, que se designan tambien bajo el nombre de *mockauctionneers* (falsos encantadores), esplotan la buena fé de los transeuntes con atractivo de efectos á precios bajos. Venden relojes de cobre como si fueran de oro, y anuncian como verdaderos, los falsos productos de su industria. Los americanos, que son á la vez astutos y sencillos, se dejan seducir igualmente que los estranjeros y entran en casa de los *encantadores*. Allí los roban los vendedores, y los rateros con suma facilidad desocupan sus bolsillos. Si las víctimas quieren reclamar, los *peter-funks* se fingen insultados y las aporrean bajo pretesto de *assault and battery*, con el hecho del robo.

El buen órden que reina en América, no es debido al resultado de la observancia rigorosa de las leyes. Debe atribuirse por el contrario á la tolerancia general. La legislacion prohibe, por ejemplo, las casas de juego, y los *gambling houses* están abiertos para el que llega. Mientras no se promueva escándalo, la policia cierra los ojos.

Tampoco están autorizadas las loterias y existen bajo el nombre de *gift entreprise*.

La legislacion de *Albany*, apasionada por el agua clara, á semejanza de otros Estados, ha prohibido la venta de vinos y licores al pormenor. Pero esta ley, contraria al voto general, no se ha puesto en ejecucion.

Hemos dicho en un capítulo precedente que el ministerio público no persigue jamás oficialmente los abusos de confianza. Aprovechándose de esto, ciertos bancos se valen de un medio muy hábil pero criminal, para aumentar la ganancia.

Espiden billetes por un valor determinado, que á veces se funda en un capital exagerado cuando no ilusorio, de ciertos inmuebles; despues de adquirir por ellos sumas equivalentes, dos ó tres veces mayores que el capital que representan, fingen de repente hallarse embarazados en sus operaciones y se dejan desacreditar hasta un dia en que sin justificarlo, rechazan, su propio papel.

Por medio de los telégrafos eléctricos cunden la alarma á las plazas importantes de comercio y pasan los bancos por *brokees*

(quebrados.) Agentes secretos compran á un treinta, cuarenta ó cincuenta por ciento y aun menos, estos billetes á los tenedores, que se consideran felices con no perderlo todo. Cuando los agentes concluyen esta operacion, los bancos que pasaban por *brokees*, se admiran de lo que sucede y hacen saber por los periódicos, que el estado de sus negocios nunca ha sido tan próspero y que solo ha habido una simple suspension en ellos, motivada por cualquier razon. En pocas horas realizan sumas considerables y nadie tiene derecho á quejarse. En efecto, ellos no se declaran oficialmente en quiebra, y tanto peor para los ansiosos que por realizar pronto, consienten en perder valores de consideracion.

Presentaremos otro caso que no castigan las leyes americanas y que en Europa hubiera costado algunos años de prision.

Un comerciante de New-York, que gozaba de una reputacion honrosa, se presentó un dia en casa del propietario de un gran número de acciones de caminos de hierro, de las cuales queria deshacerse. El comerciante ofreció comprarlas y el negocio quedó terminado. En seguida el comprador hizo un *check* contra un banco donde tenia depositado su dinero y lo entregó en pago de las acciones. El propietario, conociendo la honradez intachable del comerciante, entregó sin desconfianza los cupones, haciendo un recibo del valor total, aceptando el *check*.

Provisto del recibo se dirigió el comerciante sin perder tiempo al banco, donde realmente tenia depositado su dinero, y lo retiró.

Una hora despues el tenedor del *check*, fué á cobrar y le dijeron que el que firmaba el *check* acababa de retirar sus fondos, y por consiguiente no podia aceptarse. Descubierta la pillada se elevó una queja por estafa. Enterado el tribunal la desechó, en razon á que el comerciante tenia verdaderamente sus fondos en el banco cuando entregó el *check*.

¿Se quiere otro ejemplo de la astucia de los americanos y de la habilidad con que saben poner la razon de su parte?

Un comerciante próximo á presentarse en quiebra, fué á buscar á uno de sus acreedores y le dió parte de su triste situacion.

El acreedor era uno de los mas ricos comerciantes de New-York

y estaba negligentemente sentado en su despacho, arreglándose las uñas con un cortaplumas, al mismo tiempo que pensaba en los negocios del dia. Dejó hablar á su deudor sin variar de posicion, ni interrumpirle un instante.

—¿Ha hablado Vd. ya con alguien del mal estado de sus negocios? Le dijo, sin parecer incómodo por la mala noticia que acababa de recibir.

—No; me ha parecido conveniente dar á Vd. parte primero, por ser mi mayor acreedor.

—Muy bien, replicó con el mismo tono de voz indiferente el acreedor. ¿Y qué piensa Vd. hacer ahora?

—Mi situacion es desesperada: no puedo resistirla por mas tiempo si mis acredores no me conceden tiempo, y me veré obligado á hacer bancarrota.

—Eso será muy malo para Vd.

—Eso es la desesperacion y nunca me podria consolar.

—¡Oh! se consuela uno de todo y mas de una quiebra.... Pero dígame Vd ¿cuánto piensa dar á los acreedores si sus asuntos no se arreglan?

—Un diez por ciento á lo mas.

—¿Cuánto me debe Vd?

—Diez mil duros.

—Entonces ¿no serian mas que mil duros lo que yo tendria que percibir?

—Justamente; mil duros.

—Y eso no será muy seguro.... Si Vd. quiere nos asociaremos.

—¡Qué dice Vd! esclamó el pobre comerciante, creyendo no haber oido bien; tan dichosa le parecia la oferta del gran capitalista.

—Digo, repitió el otro, que continuaba limpiándose las uñas maquinalmente, que si Vd. quiere nos asociaremos.

Su interlocutor lleno de alegria, aceptó con entusiasmo la proposicion de un hombre, cuyo solo nombre equivalía á dinero metálico, y al dia siguiente el contrato de asociacion quedó firmado.

A los dos dias, el comerciante entró como de costumbre en su

tienda, y con gran sorpresa vió á su muy respetable socio sentado en una butaca, con las piernas cruzadas y estendidas, ocupado en limpiarse las uñas como el primer dia que habló con él.

Se mostró escesivamente adulador en la visita; le dió un apreton de manos capaz de quebrantarle las coyunturas, se sonrió agradablemente y esperó de pie sus órdenes.

Así estuvo largo rato, mientras el capitalista continuaba limpiándose las uñas, y parecia haber olvidado su presencia.

Algo inquieto, se disponia á renovar la pregunta, cuando el otro, adivinando sus intenciones, levantóse bruscamente, dejó el cortaplumas sobre la carpeta y le preguntó con tono atento pero lacónico, qué se le ofrecia.

—He venido como de costumbre, respondió el comerciante estrañándose del tono singular de su socio, á mi tienda que es ahora nuestra, para ver si necesita Vd. consultarme sobre algun negocio. ¿No es Vd. mi socio?

—Lo era ayer, querido amigo; pero hoy no. He vendido nuestra tienda.

—¡Cómo! ¿Sin tomarme parecer?

—Sin duda. En virtud del contrato de asociacion firmado por nosotros, yo tenia el derecho de vender y comprar sin participacion de Vd., y he vendido esta tienda en la suma de diez mil duros que Vd. me debia, y de los cuales hé aquí el recibo. Ahora estamos en paz: y en cuanto á sus acreedores que se arreglen como puedan.

—¡Eso es una indignidad!

—Habilidad, querido amigo, habilidad.

—Pleitearé.

—Perderá Vd. el pleito y ademas pasará por torpe en los negocios, que en el comercio es la peor de las condiciones.

América es por escelencia el pais de las anomalías.

Los americanos no son malos en general, y sin embargo cometen los mas atroces é inconcebibles crímenes á sangre fria, sin odio ni interés y por el solo gusto de cometerlos.

Hay en los Estados Unidos, un sinnúmero de hombres que tendrian escrúpulo en robar un céntimo y sin embargo atacan de no-

che á personas desconocidas, y por via de *distraccion* les cortan las orejas, les sacan los ojos, ó les parten el corazon. Estos son asesinos por gusto.

Una vez detuvieron en Brooklin á un mulato.

—¿Adónde vas, negro ruin? le dijeron.

—No soy negro, sino un honrado ministro de color que vá tranquilamente á su casa, al lado de su esposa é hijos.

—Pues bien; si es asi, á tu esposa é hijos les costará trabajo el reconocerte porque llegarás sin nariz.

Y acto continuo se la cortaron.

Otra vez casi debajo de nuestras ventanas en *Prince-street* (en New-York) fué detenido un médico que iba precipitadamente á casa de un enfermo de mucho peligro. La noche era oscura, llovia á torrentes, y sin consideraciones al médico, cuya vida en esos momentos debia ser doblemente respetada, lo confundieron á puñetazos y para mofarse de su ciencia lo sangraron en el brazo y le cortaron la *yugular*.

La policía, que siempre acude cuando no se necesita, recogió al desgraciado bañado en su sangre pero con el reloj y el dinero, prueba de que los asesinos obraban por *pasatiempo*.

Al lado de estos crímenes inconcebibles, los que tienen por objeto la venganza ó el interés, son comparativamente raros. Eso proviene, sin que pueda dudarse, de la libertad de costumbres y facilidad de trabajo que no deja fermentar las pasiones violentas. Es indudablemente mas fácil vivir allí con cualquier industria, casarse y educar los hijos, que en los paises antiguos civilizados. Las distinciones sociales no hieren el amor propio como en Europa, ni insurreccionan el corazon, estraviando la justicia.

El embrutecimiento nace de la disolucion y la embriaguez, que cuenta un crecido número de víctimas. La precocidad del crímen es imposible en ciertas naturalezas, y sin embargo en las ciudades de la Union prenden por robo, embriaguez ó pendencia, á jóvenes de quince y doce años.

Durante nuestra permanencia en los Estados-Unidos, un niño de seis años llamado *Jhon Caffrey* fué asesinado en una escuela de

Wards'Island, por dos muchachos de su edad, poco mas ó menos.

Un testigo de seis años tambien, declaró haber visto á los asesinos junto al lecho de *Caffrey*, en el dormitorio. Uno de ellos, *Crumley*, le dió repetidos golpes en la cabeza con un baston, y así que le hubo atolondrado repitió los mismos en las piernas; en seguida lo arrastraron fuera del dormitorio. El pobre niño, horriblemente maltratado, perdió el conocimiento y quedó tendido en el corredor, hasta el otro dia por la mañana.

Las criadas lo encontraron con la cabeza abierta y falto de vida.

El jurado, despues de haber leido la relacion del médico de *Wards'Island*, pronunció el fallo siguiente:

«El difunto *Jhon Caffrey*, ha muerto de convulsiones: estas se las ocasionó el tratamiento cruel que le hicieron sufrir los jóvenes *James Crumley y Charles Collons.*»

En New-York conociamos un sargento de policía á quien habiamos tenido ocasion de prestar un servicio. Un dia se presentó buscándonos.

—¿Le gusta á Vd. ver ahorcar? dijo.

—¡Cómo ahorcar! ¿ahorcar qué?

—Hombres.

—Confesamos no tener gran gusto por ese género de espectáculo. En la horca, como en la trajedia, encontramos falta de alegria.

—Cómo ha de ser, dijo el policía con tono de conviccion; lo siento mucho.

—¿Y por qué siente Vd. tanto que no nos guste ver ahorcar?

—¡Oh! porque las ejecuciones son muy raras en New-York, y mañana cuelgan nada menos que dos hombres, en la prision de *Tombes*; y si le gustasen á V., le introduciria en ella por favor; mas puesto que no le agrada ver ahorcar, es distinto: creí darle un placer; no hablemos mas de esto.

—Pues bien, aunque no sea mas que por corresponder á su invitacion, haremos un esfuerzo sobre nosotros mismos y le acompañaremos á Vd.

—Bien; ¿sabe Vd. el nombre de los condenados?

—No; ¿quiénes son?

—Un católico y un protestante: *Saul* y *Howlett*, acusados del asesinato del guardia marina *Baxter*.

Dimos cita al complaciente policía, y fuimos al dia siguiente á la hora de la ejecucion á la cárcel de *Tombes*.

Gruesos destacamentos de policía guardaban con trabajo las puertas. Las ventanas y terrados de las casas contiguas, estaban invadidas por un tropel ansioso de emociones violentas. Desde allí, en efecto, se podia, bien ó mal, observar lo que pasaba dentro de la prision. Hubo un hombre, que no habiendo podido lograr un buen sitio para ver la ejecucion, cometió públicamente un robo para que lo encarcelaran y ser de este modo testigo del horrible espectáculo. Constaba de doce á quince mil personas el gentío que circundaba la cárcel de *Tombes*.

En el interior fueron admitidas, por favor como nosotros, unas trescientas personas.

A las doce en punto los condenados salieron de la capilla, auxiliados el uno por dos sacerdotes católicos, y el otro por un ministro protestante.

Los criminales estaban pálidos y abatidos, pero con calma y sin embarazo.

Saul divisó á un amigo recostado en un terrado, y sonriendo se esforzó en gritarle: «¡Mal negocio!» Les ajustaron las cuerdas al cuello, y asi que las últimas ceremonias de la religion y las formalidades de la justicia estuvieron cumplidas, les pusieron un gorro tapándoles las caras. Un instante despues, los dos se balanceaban ligeramente. Howlett, cuya columna vertebral se rompió por el sacudimiento, no hizo ningun gesto. Pero á Saul no le sucedió asi, y estuvo mas de tres minutos con horribles convulsiones.

A la media hora los cadáveres fueron descolgados, y como es costumbre, se reunió el jurado del *shérif* para testificar la muerte.

—¿Qué tal? dijo el policía tocándonos en la espalda, ¿le ha gustado verlo?

—No mucho.

—¿Por qué? ¿ha estado Vd. mal colocado?

Al contrario, ¡muy bien! pero decididamente no nos gusta la cuerda.

—Eso se comprende perfectamente. Vd. es francés, y como tal, acostumbrado á la guillotina, la prefiere á la horca. Es muy difícil desechar un hábito adquirido. Pero no se debe ser esclusivista. Cuando Vd. vea ahorcar muchas veces mas, hará justicia á la horca, que tiene tambien su mérito á pesar de la guillotina.

Tratamos de sonreir á las lúgubres exhortaciones de nuestro amigo, y nos apresuramos á salir para respirar el aire libre, del cual teníamos necesidad.

Ahora que tratamos de historias sombrías, contaremos segun los periódicos americanos, la ejecucion de un hombre juzgado, condenado y ejecutado en virtud de la ley de *Lynch*, es decir, por el pueblo mismo. Si esto continúa no habrá necesidad de *córte de justicia*: el juez ubiquista *Lynch* se tomará este trabajo.

El ejemplo dado por San Francisco encuentra imitadores en varios Estados de la Union, y particularmente en el *Missouri*, donde el pueblo es juez y verdugo.

El maestro y unos veinte muchachos de una escuela de pueblo en el Missouri, fueron envenenados.

Se hicieron pesquisas, y pudo descubrirse que una fuente, de la cual tomaban el agua en la escuela, habia sido envenenada.

Un tal *James Ray*, cuya reputacion era muy mala, fué acusado de ese crímen por la opinion pública.

El motivo que tuvo, fué para vengarse de algunos padres de los niños, quienes habian dicho en un proceso civil, que no daban fé á ninguna declaracion hecha por Ray, aunque fuese bajo juramento. Algunos dias antes del envenenamiento retiró á sus hijos de la escuela, pretestando que los necesitaba.

Ray fué preso y se procedió en el acto al juicio, segun el código de *Lynch*.

Un mensagero á caballo recorrió en posta los pueblos circun-

vecinos anunciando que James Ray seria colgado delante de la escuela.

A las once se formó una reunion de labradores con sus hijos, compuesta de unos ciento. A través de la ventanas de la escuela, se veian dos ministros anabaptistas, rezando y cantando junto á un hombre de talla alta y formas atléticas cuyos brazos estaban atados: era el criminal.

Algunos minutos despues el gentío se alejó formando corro alrededor de un hombre situado en una altura y que se disponia á hablar á la multitud.

Era un tal *Thomas Greer* que habia predicado varias veces en una iglesia anabaptista.

Se suponia que iba á valerse de la influencia que le daba el carácter sagrado de que estaba revestido, para calmar las pasiones y exhortar al respeto debido á las leyes. Así pensaba el digno ministro.

—Señores, esclamó, los ofendidos por el crímen cometido en sus familias, que se agolpen á mi alredor. Aquellos que no obedezcan los señalaré con una cruz negra. En cuanto á los demas espectadores pueden alejarse, no necesito de su concurso.

Quince individuos obedecieron á la intimacion, y continuó de este modo: conviene dar libertad á ese hombre. Los que sean de este parecer que levanten la mano.

Ni una se levantó.

—Entonces, repuso, los que sean del parecer de ahorcarlo, que digan, *si*.

—¡*Si*, *si*, *si*! gritaron sucesivamente cada uno de los *jueces francos*, partes y jueces á un mismo tiempo.

Greer puso en conocimiento de la multitud, que se componia ya de 250 personas, que dentro de una hora, el condenado estaria ahorcado.

Las miradas se dirigieron hácia el desgraciado, para ver el efecto que producia en él la sentencia de muerte. La aguardaba sin duda, pues no le hizo impresion.

Empleó la hora en conferenciar con un ministro del Evangelio

y en prepararse para la muerte. Durante ese tiempo miró dos veces el reloj.

Cuando le dijeron que habia llegado el momento, se acercó con paso firme al caballo, montó y se dirigió escoltado por quince jueces hácia el patíbulo, ó mas bien á una vieja encina de cuyas ramas pendia una cuerda. La distancia era de unos setecientos metros. Allí se desmontó y subió á un banco elevado bajo la cuerda fatal: despues pidió que se leyese su confesion.

Greer accedió á este deseo; pero la confesion no era sino una declaracion confusa de su inocencia, acompañada de una especie de autobiografía.

Al concluir la lectura, preguntó que cuánto tiempo le concedian para pronunciar un discurso.

—Treinta minutos, le respondieron.

Era hombre falto de instruccion, pero se espresó con firmeza y sin que se le pudiese sorprender la menor alteracion en la voz:

—«Honrados ciudadanos del Condado de *Morgan*, voy á morir inocente, pero con valor. No verteré una lágrima delante de vosotros. Soy inocente. El Todopoderoso lo sabe. Dejo una mujer escelente y cuatro hijos jóvenes. Es preciso que abandone esas pobres criaturas; pero no tengo miedo á la muerte. Espero que mis conciudadanos cuidarán de mi familia.»

Continuó asi algun tiempo hasta que le advirtieron que habian trascurrido los treinta minutos. Pidió otros diez y se los concedieron. Se aprovechó de ellos para dar la vuelta al círculo, estrechando las manos á unos, abrazando á otros y perdonando á todos. Despues se sentó en el banco estrechándose á sí mismo la cuerda y pidiendo que se la alargasen un poco mas.

—He visto estas cosas, dijo, y sino me dejan mas cuerda, estaré colgado cinco minutos antes de morir.

Le contestaron que era suficientemente larga.

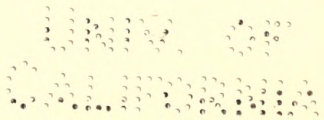
—Señores, repuso; algunos segundos mas tarde, no ecsistiré. Yo soy inocente. Cuidad á mi familia!...

Diciendo estas palabras se precipitó al aire; pero echaron de ver que su prevision era cierta y sufriria largo tiempo. Le levan-

taron y alargaron la cuerda, ciñendo mejor el nudo corredizo, y despues como dicen los ingleses, se le lanzó á la eternidad.

Murió en seguida.

Esta escena fué horrible. Concluiremos diciendo que el crímen de Ray es aun objeto de duda. Su valor y sangre fria, eran dignos de mejor suerte.



C. Legrand, inv. y lit.º Lit. J. J. Martinez Desenv.º 10 Madrid 1858

¡Canalla! le dijo el criollo, mirándole con ojo amenazador cayendo mortal, tu me las pagarás.

CAPÍTULO XX.

FISONOMÍA GENERAL DE LOS ESTADOS DEL SUR.

Los Estados del Sur presentan con relacion á los demás, muy distinto aspecto de usos y costumbres.

Hay muchas razones para que exista esta diferencia:

Primera: la gran porcion de paises que constituyen hoy los Estados del Sur, fueron un tiempo, como se sabe, colonias españolas ó francesas; y las costumbres de los franceses y españoles difieren esencialmente de las inglesas, que han impreso el sello de su civilizacion en los puntos del Norte que han colonizado.

Segunda: del sostenimiento de la esclavitud, resultan en esos paises, ciertos hábitos inherentes á todos aquellos que tienen esclavos, y se observan lo mismo en la Isla de Cuba que en el Brasil.

Tercera: entre el Sur y el Norte existe tal diversidad de clima, que influye mucho en que varíen de costumbres.

Los hombres que hoy pueblan el vasto territorio de la república americana, se pueden dividir en tres distintas razas.

Estas razas son: el *Westman* (*hombre del Oeste*); el *Yankée* propiamente dicho; y el *Virginio* (*hombre del Sur*).

Cada una de estas tres razas, tiene un modo particular de vida

que tiende á conservar las leyes propias, y á regir cada estado independientemente del gobierno general de la Union.

El *Westman* tiene modales bruscos á primera vista; es independiente, rudo, y algunas veces hasta insociable. Pero tambien es franco, generoso, desinteresado, y muy hospitalario. Su manera de vivir es la consecuencia natural de su educacion y de la *mediocridad* en que se halla aun hoy dia, con relacion á otros Estados. En el Oeste es donde siempre se han reunido en mayor número los desheredados de la tierra que van á América á demandar el pan y la libertad, este doble alimento del cuerpo y el alma. Mas para conquistar estos preciosos bienes es necesario luchar, llevando á una naturaleza vírgen y fértil el trabajo, contra quien se pronuncia en rebeldía el terreno salvaje, y son vanos los esfuerzos del agricultor.

Los primeros trabajos que se hicieron en esa nueva tierra por los atrevidos colonos que la poblaron, son una de las bellas páginas de la civilizacion moderna. Tienen la prueba de la fuerza y el valor que el hombre adquiere con la libertad. Los colonos del Oeste hicieron mucho para su instalacion y bienestar en la patria adoptiva. Tuvieron que apartarse de los caminos y transitar por selvas impenetrables; echarlas por tierra, cultivar los campos y edificar ciudades. Tenian que pelear con los indios, que defendiendo encarnizadamente el derecho de posesion, no abandonaban sino palmo á palmo el dichoso y querido pais de sus antepasados. En pugna siempre con ellos, y atacándolos para merecer un territorio, los habitantes del Oeste formaron como una sociedad aparte, de trabajadores y soldados. Iban constantemente armados, aun á la Iglesia; mosquete á la espalda, puñal en la cintura, pistola en mano, eran los hijos verdaderos de la naturaleza, no teniendo para guiarse mas que las leyes instintivas de la conciencia y las razones del interés. Allí cada cual se hacia justicia, lo que seguramente es un mal: pero tambien se mostraban los unos para los otros tolerantes y serviciales. El egoismo y la intolerancia abandonan á los hombres, desde que metidos en empresas peligrosas, depende del bien de todos, el de cada uno en particular: entonces llegan á ser compasivos y buenos. Puede que esto dependa tal vez del egoismo. Mas

no es necesario sondear el corazon del hombre para encontrar el bien: es preciso contentarse con las formas y buenas cualidades de la superficie, es decir, del hecho.

Para dar una idea de las rudas maneras de los habitantes del Oeste, baste saber que les apellidan *half horse, half alligator*, que significa *mitad caballo, mitad cocodrilo*.

El Westman, es en general poco cuidadoso de su persona. Prefiere los vestidos cómodos y que duran mas. El Yankée por el contrario desdeña el frac negro y se viste como los labradores, de paño gordo. Lleva gruesas botas con sólidas suelas, y en el modo que ata al cuello la cinta que le sirve de corbata deja ver que no ha leido jamás *El arte de ponerse la corbata*, por el autor de *Recuerdos íntimos del tiempo del Imperio, Mr. Emile Marc de Saint-Hilaire*; el sombrero echado hácia atrás, lo tiene puesto hasta en su casa: jamás se lo quita para saludar á nadie.

El hombre del Oeste es apasionado por el tabaco; pero nunca lo toma en polvo. Fuma siempre á menos que no lo mastique: algunas veces hace ambas operaciones. Si lleva el cigarro apagado por la calle y ve fumar á cualquiera, lo detiene sin escrúpulo alguno, no para encender pidiendo permiso, sino para arrebatar el cigarro de la boca sin ceremonia de ninguna especie, y asi que concluye lo devuelve sin mirar siquiera, y continúa su marcha: jamás se molesta en dar las gracias. No es estraño tampoco que al juzgar el cigarro peor que el suyo, lo arroje con desprecio y entregue en cambio tres ó cuatro que considera mejores, sin admitir por este obsequio la menor palabra de agradecimiento.

El Yankée forma con el Westman un raro contraste. Ha conservado de sus ascendientes un cierto sello aristocrático y la rigidez de las costumbres puritanas.

Arrojados de la Gran-Bretaña por las persecuciones de Jacobo I, los puritanos abandonaron su patria para ir á América á fin de gozar de la libertad de conciencia. Para probar que no eran bandidos, como se quiso suponer, sometieron su vida, tanto pública como privada, á las reglas mas severas. Y algunas veces exageraron tanto la austeridad de los principios, que cayeron en el ridículo.

La nueva Inglaterra no fué otra cosa en los primeros tiempos mas que un monasterio intolerable.

Los miembros de esta sociedad tomaron con el disimulo y la desconfianza de carácter un aire frio, reflexivo, escéntrico y calculador, falto de espontaneidad. Asi como eran, asi han permanecido poco mas ó menos, á pesar del contacto que no han cesado de tener con un gran número de estranjeros. No quiere decir esto que carezcan absolutamente de buenas cualidades; lejos de eso, hacen el bien; pero es por la utilidad que les reporta, y ceden muy rara vez á un sentimiento generoso. Esos hombres de *cifras*, poseen la regularidad, la lógica, y tambien la *ceguedad*. Sus acciones y sentimientos, su vida entera está sometida al cálculo de cuatro reglas: sumar, restar, multiplicar y partir.

Los Yankées tienen con justo título reputacion de los mas hábiles comerciantes de América, y acaso de los mejores del mundo. Pasan por escelentes marinos; por mecánicos ingeniosos: y como especuladores, su atrevimiento raya en temeridad. Han establecido las comunicaciones por casi toda América á través de rios tan anchos como mares; los despachos para todas partes; las compañías para cualquier clase de esplotacion. Han fundado fábricas y puesto esa multitud de *rádios* que parten en los terrenos de la *Union*, se cruzan y enlazan en distintas y opuestas direcciones.

Mas á pesar de lo que debe el Americano al genio industrial y estraordinariamente activo de los Yankées, siempre con miras especulativas, su carácter frio, sin entusiasmo alguno, los ha tenido hasta el dia, apartados de la arena política.

Tambien es cosa notable que en la lista bastante crecida ya, de los presidentes de la república no se vean figurar mas que los nombres de dos Yankées: *John Adams*, y su hijo *Quincy Adams*. Y aun es digno de observarse, que esos señores solo lo han sido por espacio de cuatro años, mientras que la gran mayoría de los otros Presidentes vuelven á ser reelgidos como lo autoriza la constitucion. Esta es seguramente una prueba incontestable de la poca popularidad que gozan de hombres políticos. Bien es verdad que se han mostrado hasta aquí enemigos de las tentativas del progreso. Esto

puede ser muy bien el convencimiento que tienen de poseer la constitucion mas liberal; pero ciertos americanos atribuyen estas ideas conservadoras al espíritu monárquico que les domina y no han podido deshechar.

Siempre austero, al menos en apariencia, el Yankée se abstiene completamente y con afectado empeño, de los regocijos públicos, de los espectáculos, ó asiste muy pocas veces. Para ocultar sus verdaderos fines y disfrazar la cosa bajo el nombre de hábiles especuladores, han abierto locales de espectáculos bajo la denominacion de *museos*, al uso de los puritanos. Hacen ver que van á examinar algunos viejos animaluchos embalsamados, espuestos en ellos y se aprovechan con astucia de una circunstancia favorable, para evadirse de las serpientes y cocodrilos é ir á gozar de incógnito de los placeres de la comedia.

Hay *espectáculos-museos* en Boston, en New-York, y en algunas otras villas importantes de la América del Norte, donde se hallan una porcion de Yankées puritanos.

El Yankée rehusa tomar parte públicamente en estos espectáculos. La sola escepcion que hace, es acaso en favor del juego de bolos. ¡Oh! ¡lo que es dejar de entregarse á él, no le es posible! No es un simple pasatiempo, es una verdadera pasion. Los Yankées juegan con bolas enormes, casi como bombas, y que hacen rodar á una gran distancia. En el campo, en los caminos, en los jardines, en las fondas, en todas partes juegan á los bolos.

Esto debió enfadar demasiado á los *propietarios de las piernas maltratadas*. Así pues, la policía dió una órden en cierta época, prohibiendo este peligroso juego que denigraba bajo el nombre de *Juego de los nueve*, á causa de los nueve bolos de que se compone. Los Yankées desconsolados por esta órden severa, no tardaron en encontrar un escelente recurso para eludir la ley. Suprimieron un bolo, y por este hecho llegó á ser un juego enteramente nuevo, con distinto nombre y exento de prohibicion, *el juego de los ocho*. Hay algunos *jesuitas* (de ideas,) entre los Yankées, que detestan sin embargo el jesuitismo.

Los Yankées, grandes bebedores de agua, son tambien fieles

observadores del reposo dominical. Creerían faltar á los mas sagrados deberes, sino se durmiesen el domingo sobre la Biblia. Han fundado en los Estados-Unidos, *Bible-houses*, donde se distribuyen Biblias gratis al que las pide.

Para dar una idea del carácter poco festivo de los Yankées puros, referiremos este hecho característico.

Mr. Quincy Adams, presidente de la república y Yankée, como mas arriba hemos dicho, alucinado por el fausto de sus grandezas, tuvo un momento de vértigo que estravió su corazon. Dió un paso funesto en la senda de los placeres mundanos. El sibarita hizo colocar en una de las salas de la casa blanca... ¿lo diremos? hizo colocar... ¡una mesa de villar! Los puritanos, sus compatriotas, vivamente alarmados por semejante escándalo y desenfreno, creyeron deber suyo presentar una queja oficial al voluptuoso *presidente*, para que prohibiese hacer carambolas.

El Virginio, propiamente dicho el hombre del Sur, es el mas simpático de los americanos.

Tiene muchas cualidades esteriores y ejecutivas que faltan al Yankée. En muchos casos es el antípoda de este último. El Yankée es activo hasta el esceso: el Virginio se complace en las dulzuras del *far niente*. El primero es sóbrio de palabras y avaro de escudos: el segundo es hablador y gastador hasta la prodigalidad. Aquel es siempre aseado en su vestir aunque escesivamente modesto: este no siempre está decente pero le gustan las alhajas y buenos trages. El uno es maligno; el otro chistoso. El Yankée se muestra enemigo de las diversiones como acabamos de decir: el Virginio no vive sino para las fiestas, espectáculos, juego y galantería. El Yankée vive en casas arregladas como las cifras de un dividendo, y silenciosos como sepulcros; en las de Virginios hay un completo desórden y mas ó menos ruido.

Si el hombre del Oeste tuviera mas urbanidad, mas refinamiento en sus maneras; si fuese mas cuidadoso de sí mismo; si en una palabra no ocultase bajo una cubierta grosera las escelentes cualidades que le distinguen, seria el americano por escelencia. Le gusta la igualdad porque es bueno y justo. Nadie mas que él posée el sen-

timiento de su propia dignidad y estima entre los hombres. Pero sus maneras de obrar son poco pulimentadas para demostrar su mérito, que es preciso adivinar.

El Virginio sobrepuja á los otros americanos por la mas preciosa de la cualidades; el entusiasmo. El es el fuego sagrado que hace nacer y calienta los bellos sentimientos del hombre. Sin él no hay grandes talentos ni grandes virtudes. Así vemos el entusiasmo virginio producir un gran número de hombres ilustres por sus talentos y virtudes políticas. Basta citar á *Washington*, *Jefferson*, *Monroe*, *Madison*, *Patrick*, *Henry*, *Lee*, *Caw*, *etc.*, *etc.*

Desgraciadamente, una llaga siempre viva y abierta, degrada á los Estados del Sur tan ricos y fértiles.

Se habrá adivinado que queremos hablar de la esclavitud.

Todo se ha dicho ya sobre ese derecho criminal que dispone á su voluntad de la vida, bienes y libertad de un semejante; de ese derecho que se estiende á los hijos del esclavo, nietos y á la descendencia á perpetuidad. Eso es monstruoso: repugna á los sentimientos desinteresados; es contrario á la justicia, á la razon, y á la religion. La sensualidad solo aprueba la esclavitud, porque es un vicio odioso á quien ningun medio repugna; sin embargo, no puede triunfar largo tiempo de los mas nobles sentimientos; y particularmente, del amor sagrado á la humanidad que existe en el corazon de los hombres. La esclavitud, espresion degradante del poder absoluto, desaparecerá bien pronto de la tierra.

Su abolicion en los Estados-Unidos, es la aspiracion de los hombres equitativos que ven con horror esclavos en la tierra del progreso y la libertad. Sabemos que hay grandes dificultades para realizar este deseo; mas, de los obstáculos, el mayor que se presenta es el interés de los poseedores que se verian despojados de su fortuna. Varias tentativas de revolucion, han puesto en peligro ya la vida de los blancos en los Estados del Sur. La famosa conspiracion de 1820, cuyo objeto era la matanza de los propietarios de esclavos, no se efectuó, como se sabe, por la denuncia de uno de los conspiradores, que atemorizado por las consecuencias inmediatas del levantamiento, se confesó á su amo.

Despues de esta época se han descubierto muchos complots.

A pesar de estas terribles advertencias, los habitantes del Sur continúan viviendo en una aparente seguridad y sin pensar en tomar medidas para la estincion de la esclavitud.

En cuanto al gobierno de la república no tiene ni el derecho ni la voluntad de mezclarse en esta cuestion particular de ciertos Estados.

En un discurso de inauguracion, el presidente de los Estados-Unidos, *Mr. Pierce*, ha proclamado altamente los derechos del Sur sobre este asunto.

«Yo creo, ha dicho, que la institucion involuntaria de la servidumbre tal como existe en diferentes Estados de esta confederacion, está reconocida por las leyes. Yo creo que ella es el mismo título que cualquiera otro derecho garantizado; y que los Estados donde existe deben tomar las medidas convenientes para mantener esos derechos constitucionales. Sostengo que las leyes de 1850, llamadas comunmente las *comprometidas*, son constitucionales y deben ser sin demora ejecutadas.

«Creo que las autoridades constituidas de esta república, estan obligadas á considerar los derechos del Sur á esta mira, como consideran cualquier otro legal y constitucional; que las leyes para sostener estos derechos, deben ser respetadas y obedecidas, *no con una repugnancia inspirada por abstractas teorías en cuanto á la conveniencia de otro estado de sociedad, sino vigorosamente y segun las decisiones de los tribunales á los que únicamente corresponde fallar en este asunto.*»

Como gefe del Estado, como guardian fiel de la constitucion que ha jurado hacer respetar, el último presidente de la república de los Estados-Unidos, ha podido tener ese lenguaje: mas si el derecho está en favor de la esclavitud en el Sur, la razon y el sentimiento universal se pronuncian contra él.

Ahora es deber de nuestra imparcialidad dar á conocer la verdadera situacion de los negros esclavos.

Han exajerado mucho la cruedad de los amos hácia los esclavos; han presentado á estos, como instrumentos obcecados en su

mayor parte. Los escritos de los negrófilos son seguramente muy laudables en su fin, pero hay en ellos mucha exageracion, y esto es un mal cuando se defiende una buena causa.

Podemos asegurar, en bien del progreso y la civilizacion, que no existen ya los tiempos en que los blancos tenian el derecho de vida y muerte sobre los negros y les pegaban por el gusto de verlos sufrir.

Esa época bárbara ha terminado, y salvo alguna rara escepcion, los negros son tratados con dulzura. Los amos son responsables ante los tribunales, de los castigos escesivos que impongan.

Los negros en el Sur, gozan de cierto bienestar relativo. Estan bien alimentados, vestidos segun la estacion y trabajan ciertamente menos que la gran mayoría de los obreros, dependientes, empleados de diferentes clases, y escribientes que deben su existencia al trabajo.

Examinemos la vida del negro por cuya suerte se compadecen tanto. Estos son plantadores que cultivan el café, el algodon, el arroz y la caña de azúcar.

Casi todos trabajan por tareas, lo que permite á los activos tener tiempo de sobra.

La tarea está basada segun la fuerza, edad, secso de cada uno y calculada en ocho horas de trabajo por dia.

Antes de cumplir diez años, los esclavos son mas felices que nuestros niños dedicados á las industrias y oficios, en los que estan sometidos á mas rigoroso, constante é ímprobo trabajo. Les dan algunas comisiones, pero jamás los cargan con fardos pesados, ni superiores á sus fuerzas. Pasan el dia corriendo en los campos, cazando, pescando, ó si son demasiado pequeños se quedan en casa para vigilar en ausencia de la madre.

Los negros de los ingenios gozan de lo que se llama el *Sábado del negro*, es decir, que no hacen ese dia mas que medio de trabajo. En cuanto al domingo les pertenece por completo. No se les obliga de ningun modo á asistir á los oficios religiosos, y muchos de ellos parten el dia anterior por la tarde, en los vapores, para ir á quince ó veinte leguas de distancia á pasar el

dia festivo con sus amigos, esclavos tambien, que les reciben con mucho gusto en casa de sus amos. Los negros, hay que advertir que se hallan muy rara vez sin dinero. En cambio del poco y forzado que dan, tienen el tiempo necesario en su esclavitud para ganarlo. Es positivo que el que desee ardientemente su libertad encuentra en pocos años, con su trabajo y la ayuda de las sociedades *abolicionistas*, los medios de volverse á comprar. Debemos decir para ser justos, que un negro que se vuelve á comprar, es vendido por su amo en una tercera parte menos de su valor.

Los propietarios de los ingenios no rehusan jamás concederles á los negros un espacio de terreno que tienen el derecho de cultivar por su cuenta, despues que han terminado la tarea impuesta. En ese terreno el esclavo cultiva legumbres, cria aves, engorda cerdos, y á menudo llega hasta á poseer una vaca. Esas legumbres, esas aves, esos puercos y la leche de la vaca, son comunmente vendidas al propietario mismo que paga con creces esos productos.

El alimento del negro, no es ciertamente inferior al del mayor número de nuestros trabajadores europeos.

Nosotros lo encontramos preferible al de los marineros á bordo de las embarcaciones. El alimento del esclavo consiste en una medida cuotidiana de maiz ó arroz con una cantidad abundante de legumbres, á lo que hay que añadir un buen pedazo de jamon, vaca, ó pescado salado; para postre tienen á su disposicion las deliciosas frutas que tan abundantemente produce el Sur, ó el café, que les gusta mucho, y del que beben á voluntad.

Si el negro cae enfermo se le trata con cuidado, y aunque esto sea por interés del amo, no deja de ser un bien. Cada ingenio tiene su enfermería provista de su botica grande; nada le rehusan para que se restablezca; ni medicamentos, ni atenciones particulares, ni buen alimento durante la convalecencia. La estancia-enfermería, es para el negro, esencialmente perezoso, un lugar de delicias. Estar acostado, libre del trabajo, es la dicha completa para él: allí placenteramente baila y toca. Se citan algunos que han fingido

dolor de muelas, y que se han hecho arrancar bárbaramente los molares, estando sanos, por gozar en la enfermería, del descanso concedido en semejantes casos (un dia de asueto.) Otros comen tierra ó yerbas dañinas consiguiendo por este medio atraer la calentura, para tener derecho al descanso mientras dura la indisposicion. Los negros de los ingenios ligera y malamente vestidos en el ejercicio de su trabajo, se adornan los domingos por completo. Nada mas raro que ambos secsos con lo que llaman *su bella compostura*. Al verles se cree uno en París en la bajada de la *Courtille* el martes de carnaval. Poco importa esto, toda vez que ellos se encuentran hermosos de ese modo. Con sombrero de *Robert-Macaire*, fracolin de algodon cortado á guisa de cola de bacalao, pantalon y chaleco indescriptible; los esclavos suelen llevar relojes, á los que cuelgan distintas zarandajas que les caen hasta media pierna. En cuanto al secso femenino, su vestimenta es de lo mas disparatado, y se cubren de una manera tan estravagante con falsas alhajas y toda clase de vidrios lucientes, que se les puede equivocar muy bien, con el interior de una tienda de porcelana y cristalería ambulante. Así resplandecientes subyugan el corazon de sus *bellos*. Preguntad al cerdo, ha dicho Voltaire, qué es la belleza, y responderá que la suciedad.

El corazon de los negros es muy propenso á inflamarse, pero tambien se desinflama con la misma facilidad. Se casan, se descasan y se vuelven á casar con la frescura mayor del mundo. Respecto á esto los dejan en la mas amplia libertad, tanto que en muchos ingenios el matrimonio propiamente dicho no existe, dando lugar á la mas degradante poligamia. Algunos propietarios se muestran mas morales, y hacen bendecir las uniones, mas esto no es un motivo para que cuando el esclavo quiera, cambie de esposa. Para los amos, lo principal es que las negras no sean estériles como la Sagrada Escritura ordena, y esto hace que por la sórdida y culpable avidez del dueño, esa pobre parte de la especie humana, se asemeje á los irracionales. Despues del trabajo del dia, y particularmente el sábado por la tarde y el domingo, los negros se entregan al campo y á los placeres de la música y el baile.

La sensibilidad de los negros para la música es estrema. Bajo la impresion de los instrumentos olvidan sus miserias, cuanto les rodea, y no se acuerdan ni de sí mismos. En las villas, cuando desfilan músicos por las calles, se ven multitud de ellos escoltándolos con las mas grandes demostraciones de alegría. Sucede algunas veces que al ir á recados urgentes, se encuentran alguna banda de música: entonces es imposible hacerlos volver al trabajo; la siguen: el miedo de los latigazos no les detiene; son arrastrados como por un imán.

Negros hay que seguros de ser azotados al entrar en casa de sus amos, pierden la mañana. Son aptos para llegar á ser escelentes músicos. En la Habana y Rio-Janeiro se ven muy buenas orquestas, compuestas de negros y mulatos. Los habaneros tienen una cancion, cuyo verso y música fueron compuestos por un esclavo que se suicidó por amor á su querida. Tiene dicha cancion una delicadeza de sentimiento, un dolor tan grande, respira tan profundo, tan tierno y respetuoso amor, que al escucharla es imposible retener las lágrimas.

«El hombre se convierte en perro para prosternarse humildemente y morir á los pies de su querida, despues de haberla dicho: yo te amo.»

La música de los negros, tan desdeñosamente ridiculizada por los blancos, no se halla exenta de poesía y encanto. Basada en ritmas originales, impulsan las melodías de que se compone, con el aire de una inspiracion salvaje pero simpática y llena de dulce melancolía. El instrumento favorito de los esclavos del Sur, es una especie de guitarra que llaman *banjo*. Su sonido es grave, dulce y triste, y no puede ser mas á propósito para el género de música á que lo dedican. Nuestro amigo *Gottschalk*, acaba de publicar bajo el título de *Banjo*, un trozo para piano que nosotros hemos tenido el gusto de oir ejecutar varias veces en América y que hará comprender mejor que cuanto digéramos la música que nos ocupa. Es imposible llevar mas lejos la imitacion. Se cree uno trasportado á las orillas del *Mississipi*, bajo la sombra de los bananos, en la risueña y fértil Luisiana. Es una página preciosa para la mú-

sica la del banjo, y una buena fortuna para los pianistas, que empiezan á encontrar limitado el círculo de *fantasías brillantes* sobre temas de óperas.

Dejemos ya la música de los negros, que nos ha servido para probar lo que generalmente han negado á esos infelices réprobos; la sensibilidad poética: continuemos narrando su manera de vivir en esclavitud.

«Como la inesperiencia nos hace niños, ha dicho *Mistres Trollope*, y no podemos instruirnos en ciertos asuntos mas que por lo que oimos decir, yo abandoné la Inglaterra con sentimientos tan opuestos á la esclavitud, que fué muy penosa la emocion que esperimenté cuando me ví rodeado de esclavos. Al aspecto de los hombres, mugeres y niños, que me cercaban, mi imaginacion creó una novela bien triste de la cual eran ellos los héroes. Despues que me he instruido mas en este asunto y que conozco mejor la verdadera situacion de los esclavos en América, me he reido bastante de mi sensibilidad.»

Si la institucion de la esclavitud no es doblemente odiosa en el pais de la libertad, preciso es reconocer que es porque la posicion de los esclavos es mejor de lo que se supone. Si los amos tienen el derecho criminal de pegarles, es necesario advertir que usan de él con moderacion. Y cuando el negro es castigado, puede elevar una queja á las juntas especiales que le protejen, ó mudar de amo. Si este se muestra cruel, tiene su castigo de multa ó prision. La vida del esclavo es tan protegida como la del hombre libre. Hé aquí un hecho que prueba esta verdad:

Un negro (de esto han trascurrido dos años) se habia escapado de un ingenio situado en los alrededores de Charleston. Se habian hecho las mas activas investigaciones, pero sin resultado satisfactorio. Era evidente que el fugitivo se hallaba refugiado en la selva donde se mantenia *cimarron*, es decir, con frutas silvestres, caza y agua. Se prometió un hallazgo al que lo cogiese y entregase al dueño. Dos hombres tuvieron la singular ocurrencia de cazarle como se cazan osos ó lobos, con ayuda de perros.

La caza era larga y la pesquisa casi completa, sin que pudie-

sen dar con él, cuando los perros advirtieron á los *cazadores de hombres* que el desgraciado esclavo estaba oculto muy cerca de ellos. Los animales acababan de descubrir el escondite y ladraban con furor. Lejos los cazadores de contenerlos, los escitaron y se entabló una lucha desesperada entre el pobre negro sin armas y los perros ansiosos de devorarle. Esta escena terrible, en la que no queremos detenernos, terminó por la muerte del esclavo, que espiró en medio de los mas atroces sufrimientos. Apenas se le encontró muerto y hecho pedazos, la poblacion ofendida é indignada por semejante acto de barbarie, no quiso aguardar el fallo de los tribunales: juzgó á los culpables en virtud de la ley de *Lynch* y por unanimidad, despues de oir su defensa, fueron declarados asesinos y condenados como tales á ser ahorcados en el mismo sitio donde el infortunado negro habia fenecido.

Uno de los condenados era hijo de un rico agricultor: contaba con influencia para salvarse; mas ni esta ni el dinero pudieron sustraerle al justo castigo impuesto. Los dos fueron conducidos y colgados en presencia de la poblacion indignada.

Las peripecias de este doble drama pueden leerse en los periódicos de la época, impresos en Charleston.

En otra ocasion, en esta misma villa, fué condenada una muger á diez mil duros de multa y á un año de prision, por haber en un momento de cólera aplicado un bastonazo á la cabeza de una esclava. Ese golpe dado sin premeditacion, tuvo consecuencias funestas, pues murió la negra de sus resultas. El jurado, apartándose completamente de la circunstancia de la impremeditacion, quiso castigar un acto de brutalidad con rigor, dando ejemplo de esta manera para lo sucesivo. Pero si las leyes, ó mas bien el sentimiento público, protege á los negros contra la crueldad ó la injusticia de los blancos, estos se muestran despiadados con el negro que se atreve á levantar la mano á su dueño. Algunos esclavos han sido quemados vivos, como en tiempo de la Inquisicion, por haber asesinado, ó simplemente intentado, á sus amos. El suplicio de la horca no basta en semejantes casos, y es necesario para ese atentado, no solo la muerte, sino á fuego lento. Se com-

prende la severidad de los jueces en esto de castigar al esclavo rebelado; pero eso no disculpa en manera alguna, ni puede justificar los horrores del *auto de fé*. De esos actos brutales, no queda mas que un sentimiento de piedad para el criminal en vez del saludable escarmiento que se esperaba. La espiacion recae entonces en el nuevo crímen cometido. El temor de los suplicios puede lo mas detener por un instante el desenfreno de las pasiones, pero no cambiar la naturaleza del hombre. Una educacion bien entendida, una justicia moderadora, y el ejemplo del amor á la humanidad, son mas eficaces para inspirar buenos sentimientos y desarrollar la razon.

Los amos que pasan en el Sur de los Estados-Unidos por mas suaves para los esclavos, son los *criollos*. Los mas severos los Ingleses y Yankées. Los Franceses, Españoles é Italianos son generalmente malos, pero con el ejemplo de sus costumbres relajadas, producen en los esclavos malos hábitos.

Los negros para el servicio del campo valen segun su fuerza y edad, desde ochocientos duros hasta mil y doscientos. Las hembras se pagan menos.

Pasemos ahora á los negros ocupados en los ingenios y á los esclavos que habitan en las villas.

Los esclavos en las ciudades se dividen en dos grandes categorías: los criados y los trabajadores. Se podria añadir una tercera menos numerosa de comerciantes.

Los criados son ciertamente los mas perezosos, los mas sucios, los mas detestables de ambos mundos y colores. No existe en Francia, Inglaterra ó Alemania uno solo que deje de hacer el trabajo de cuatro negros. Sus movimientos son contados, y cuando se les ordena que se den prisa lo hacen al contrario: mueven la cabeza con lentitud, miran, rien con aire bestial, y vuelven á su paso ordinario: puede uno irritarse, jurar, y aun pegarles; jamás se obtendrá que activen su trabajo.

En casas de consideracion hay gran número de ellos, y cada uno está dedicado á distinto trabajo. Enciérranse estrictamente en sus atribuciones, y nada fuera posible á hacerles salir de ellas,

aunque fuese accidentalmente. Supongamos que el encargado de abrir la puerta de entrada se ausenta por un instante: ninguno se incomodará en reemplazarle en caso de necesidad. Podrian llamar, y hasta echarla abajo, que de seguro no se moveria ningun negro de la casa, á menos de no recibir una órden formal y terminante del dueño. Lo que hay de notable en esto es que el obrar de este modo, no es por no mezclarse en los quehaceres de otro, sino por pereza.

No es solo la pereza la cualidad que mas distingue á los negros, pues son tambien golosos y ladrones, y por falta de valor, crueles. Mas á pesar de estos defectos, son bien tratados, y seguramente no se toleraria de un blanco, lo que de ellos. ¡Cosa estraña! existe entre amos y esclavos una intimidad que no se encontraria en Europa, por mas confianza que se tenga en los domésticos. Es un error, grande creer como han supuesto poetas y romanceros, que los negros se presentan temblando á la voz de su amo y se sujetan á sus menores caprichos. Cuando les llaman, jamás responden con prontitud, y si las órdenes que les dan no son de su agrado, comienzan á hacer gestos, á murmurar y á desentenderse. Tal vez si llega á faltar la paciencia, le sacuden un latigazo, pero mas generalmente se limitan á amenazarle.

En los casos en que un esclavo se muestra demasiado impertinente ó comete faltas graves, le envian á una casa de correccion. Le dan al culpable un *billete* que vale por cierto número de latigazos, y está obligado á ir á recibir el precio, como si fuera una letra de cambio del infierno, pagadera al portador. El verdugo la examina como pudiera hacer un cajero antes de pagarla, tomando copia en el registro de la casa, y procede en seguida á la ejecucion de la sentencia. Despues de tres buenos latigazos que levantan la piel, la víctima da gritos capaces de partir el corazon. Los criollos permanecen insensibles á estos gritos, creyendo cosa muy natural que peguen de esa manera á los negros, que desde luego no están considerados como hombres en esos paises. Sus sufrimientos no inspiran mas piedad que los de los animales. Hablan de los suplicios delante de ellos mismos, como si no estuvieran. En una palabra, el esclavo es una cosa y no una persona.

Por sarcasmo, llaman á la casa de correccion, *The sugar house.* (La casa de azúcar). Como un negro pierde su valor en razon directa del número de castigos que ha recibido, los propietarios no los envian á *The sugar house* sino en el último estremo. Considérese del modo que se quiera, es indigno que hombres por su propia autoridad, manden pegar á otros hombres. Nosotros reconocemos, porque es una verdad, que son raros los abusos; pero el derecho existe, y este derecho monstruoso lo anatematizamos en nombre de la humanidad.

Los esclavos trabajadores, son de todos los mas considerados. Ellos mismos se estiman sobre los demás y gozan en su esclavitud de ciertos privilegios liberales. Se alquilan á los amos por una suma determinada y trabajan de su propia cuenta. Por este medio van adonde quieren y trabajan como mejor les parece. La clase trabajadora es entre ellos la aristocrática. En ella se encuentran los ricachos, á quienes el bello sexo negro hace altos honores. Se encuentran muy buenos trabajadores en los diversos ramos, y hay quien gana á su dueño hasta 20 y 25 rs. diarios. Así un buen trabajador reune sumas de 32,000 rs. vn. poco mas ó menos.

Los comerciantes hacen generalmente como los trabajadores. Se alquilan á los dueños por semana, en una suma dada y especulan libremente. Tienen siempre dinero propio, pero no saben economizarlo No son pródigos, pero gastan disparatadamente el dinero y no tienen ordenada conducta. En diez años no existirian esclavos en ninguna parte del mundo si ellos mismos quisiesen. Sin rebelion ni sacudimiento y bajo la misma proteccion de los blancos podian comprarse todos con el producto de sus economías.

Por otra parte, nada impediria la formacion de cajas obligatorias de ahorros para la libertad de los esclavos. Un tanto por ciento del producto de su trabajo, puesto mensualmente en la caja por los mismos propietarios, á semejanza de lo que hace el gobierno en Francia para asegurar la pension de los militares y de ciertos empleados, seria un buen medio (demasiado sencillo y tal vez por eso no han pensado en él) para conseguir su libertad y la de sus hijos, sin agravar los intereses de los dueños.

Siempre podia esperarse mucho de estas cajas de ahorros, y es estraño que no existan semejantes recursos para concluir con la esclavitud. Es verdad que los criollos tienen un especial cuidado en no romper la cadena que enlaza al hijo con el padre y al nieto con el abuelo, pero en las sociedades abolicionistas estaba el tomar medidas eficaces, y esta que proponemos nos parece la mas acertada y conveniente.

La mas injusta prevencion pesa sobre la raza negra en los Estados-Unidos, y mas particularmente en los que hay esclavos; esto se comprende facilmente. En el Sur no puede casarse un blanco con muger que descienda de sangre africana, aunque fuese mas blanca que una georgiana. Contar entre sus abuelos un negro, es un pecado original que no puede borrar ni la virtud ni el talento. Son desdeñados de los blancos y mucho mas de las blancas; las mugeres no se reciben en sociedad aunque tuvieran una fortuna como la de *Rosthchild*. Pero ¡cuánto se vengan ellas del desden de esas damas! Generalmente bellas y acaso las mas seductoras del mundo, las mugeres de color, llegan á ser por orgullo de las blancas, sus naturales rivales. No tan solo se amparan del corazon de su marido, sino que hacen con él su fortuna. Nada mas hermoso para esas *hijas de mármol amarillas*, que ocultan el color de su piel bajo los diamantes, el oro y la seda, que despojar á sus rivales. ¿Y se quejarán? ¿Estaríamos en el derecho de acusarlas por el desórden de su vida, cuando esta les ha sido impuesta por leyes tiránicas é injustas preocupaciones?

La prevencion contra el color negro es tan grande, que algunas se esfuerzan en blanquear la piel, dándose con drogas y aun quemándola: la quemadura cambia el color de la epidermis y queda con un tinte pálido de cadáver. Se han visto negras que han hecho uso de este bárbaro medio para llegar á parecer casi blancas.

Un dia fuimos testigos de una escena bastante cómica. Dos negros reñian sin que supiéramos el motivo.—Y debemos decir que ellos riñen siempre.—Despues de haberse prodigado un *crescendo* de los mas picantes epítetos, despues de haberse tratado de monos, perezosos, ladrones, perro muerto, bestia podrida, etc., etc., uno

de ellos dijo al otro con la espresion del mas profundo desden:

«¡Vete, negro!»

Una ley de los Estados-Unidos, castiga al que enseñe á leer á un esclavo. Esto es seguramente una cosa muy bien pensada, y desde largos años sabemos que el mejor medio de esplotar á los hombres, es sumirlos en la mas crasa ignorancia. Mas esta ley impía, poco armonizada con la naturaleza del gobierno de los Estados-Unidos, ha, por decirlo así, caido en desuso. Hoy, en Nueva-Orleans, Charleston y otras muchas villas, hay escuelas especiales para los negros, en las que los dueños les dan los elementos de la instruccion.

Han exajerado mucho al hablar de la suerte que el Sur reservaba á los abolicionistas, diciendo que era la horca: no es esto cierto: en su lugar los empluman.

Hé aquí el modo de hacerlo con los abolicionistas demasiado celosos.

Despues de asegurar su persona, lo desnudan y le untan el cuerpo con una especie de engrudo. Concluida esta operacion, lo ruedan dentro de un tonel agujereado y en el momento el paciente queda convertido en ave. Inmediatamente lo llevan por las calles al son de una música *charivaresca*, ó lo meten en una barraca esponiéndole á la espectacion pública, al precio de cuatro cuartos.

Generalmente no son los negros los últimos en ir á burlarse de su desgraciado compañero y generoso libertador, á quien llaman *pájaro feo*.

Cuando han gozado suficientemente del espectáculo, lo despluman quitándole el engrudo que cubre su cuerpo por medio de un baño; se le devuelven sus vestidos y le envian á predicar sus filantrópicas doctrinas á otra parte.

Los criollos detestan por interés á los abolicionistas; así es que se consideran dichosos cuando pueden pillar á alguno que incurre en esta falta. Hace poco tiempo murió un hombre en la Florida, poseedor de muchos esclavos, y les dió libertad. Ese hombre no tenia mas heredero que un sobrino abolicionista decidido y cuyos discursos sobre este asunto le habian hecho famoso. Com-

prendiendo que á pesar de la conveniencia, estaria en contradiccion con las ideas de su sobrino la herencia de los esclavos, prefirió darles libertad. Queriendo de este modo hacer querida su memoria digna, de su sobrino, murió en esta confianza, rodeado de las bendiciones de los negros. ¡Mas ó fatal efecto de la fortuna! Los cincuenta negros que formaban juntos un capital de 60,000 pesos fuertes, turbaron sus ideas de abolicionista, y tentaron su virtud. El negrófilo de la víspera llegó á ser negrófobo al dia siguiente. Nosotros tememos siempre por estas repentinas metamórfosis. La muerte de su tio le abrió los ojos, hasta el punto de reconocer las ventajas de la esclavitud, por las múltiples condiciones de la moral, el derecho, la religion, el órden social, la familia y la propiedad. Resuelto á justificar los derechos que creia legítimos, atacó delante de los tribunales la validez del testamento de su tio y reclamó en propiedad los cincuenta negros. El tribunal desechó su peticion, condenando al ex-abolicionista á los gastos del proceso.

Mas á este hecho aislado, no le dieron mas valor que el que en sí mismo tiene un triunfo de los abolicionistas que trabajan con el mayor enardecimiento por la emancipacion.

Hay sociedades de abolicionistas que favorecen la fuga de los negros hasta el Canadá, donde son libres. No hay clase de sacrificio que no se impongan para salvar á los desgraciados negros. Mas los abolicionistas, como los filántropos, son absolutos en sus principios; no les interesan mas que los sufrimientos de los negros; la desgracia de los blancos no les conmueve. La sensibilidad de ciertos negrófilos, nos trae á la memoria la conversacion de un filántropo con cierto pobre trabajador que fué á reclamar sus auxilios.

—Mil perdones si incomodo tan temprano: ¿el Sr. X... filántropo? preguntó el pobre diablo abriendo discretamente la puerta del gabinete del bienhechor.

—Yo soy, amigo mio, respondió el Sr. X... con voz artificialmente dulce y que salia de un verdadero corazon sensible. ¿Qué hay? Estoy á su disposicion.

—Vd. me puede salvar la vida, señor: y aun lo que es mas pre-

cioso para mí; la de mi esposa é hijos que están faltos de pan.

—Muy bien, amigo mio, muy bien. Entre Vd. y hablaremos. Voy á dar la última mano á mi peinado y soy de Vd. al momento.

—Esperaré, señor.

—¿Qué tal tiempo hace? Espero que bueno. Yo debo estar antes de mediodía lejos de aquí, para presidir una junta sobre los infortunados paralíticos. Tenemos sociedades bienhechoras para todo género de males, escepto para los paralíticos. Se nos ha escapado esto hasta hoy... Yo quisiera que hiciese buen tiempo para ir á pie. El paseo tiene la doble ventaja de dar apetito y facilitar la digestion.

—¡Pobre muger! ¡pobres hijos! decia el desgraciado trabajador. ¡Esto va largo!

—Pero, á propósito, amigo mio, ¿de dónde sale Vd. ahora; presumo que de Tolon?

—No señor: jamás he estado allí.

—¿Entonces, será de Brest?

—Menos aun. He estado en Brest, pero hace ya muchos años y no permanecí mucho tiempo.

—¡Ah! entiendo; ¿Vd. ha ido ya á Brest? Perfectamente: y puesto que ahora no viene de Brest ni Tolon, ¿saldrá de la prision de Rochefort?

—¡De la prision, señor! gritó con voz conmovida é indignada el pobre pero honrado trabajador; yo puedo ser desgraciado, mas nunca falto á mis deberes, y en la miseria que me rodea he sabido conservar siempre un nombre respetable y respetado.

—¡Cómo! ¿no ha estado Vd. preso? replicó el filántropo con admiracion y sintiendo haberse equivocado.

—No, y mil veces no.

—En ese caso, siento decir á Vd. que se ha molestado en valde esperando, pues me he impuesto la regla de no socorrer sino á los trabajadores forzados. Si hubiese Vd. estado siquiera algunos años preso... pero nada; es preciso que busque Vd. en otro lado. Mas tarde si arrastrado fatalmente, incurre Vd. en un delito y va á galeras, que es el castigo impuesto á los malhechores, venga Vd. á

buscarme y tendré un placer en serle útil; mientras tanto, yo soy como el médico, curo pero no prevengo la enfermedad.

Los habitantes del Sur, no han dejado de poner en ridículo la compasion esclusiva de los abolicionistas. Hé aquí á este propósito una fábula de Mr. Camille de Nueva-Orleans.

EL NIÑO Y EL POLLO.

Amaba á un pollo negro cierto niño,
Y á pesar de ser raro este cariño,
Todos saben que tienen afecciones
Las gentes, ignorando las razones.
Hallándose jugando una mañana
El niño con el pollo en la ventana,
Vió llegar un doméstico inhumano
Empuñando un estuche con la mano,
Fatal para el que vuela, y adivina
Cualquiera, que es un arma de cocina.
—¡Oh! sollozando el niño compungido,
Va ese infame á matar á mi querido.—
Gritó con voz medrosa y dolorida.
—Gran bellaco, perdónale la vida.—
Asustada la madre por el llanto,
—¡Ay! le dijo, angel mio, no llores tanto:
El no le tocará, pero ten calma.
(¡Qué sensible es el hijo de mi alma!)—
Repitió por lo bajo enternecida.
—(Siempre fué igual el hijo de mi vida).—
Tranquilizado el niño por entero,
Sin llorar escuchó el grito postrero,
Del negro pollo, sin piedad matado,
Y risueño lo vió luego pelado.
Preguntéle si lástima inspiraba,
Y el *angel* contestó: —No le quedaba
Otro remedio mas que fenecer;

Muriendo solo se podrá comer.
De todo pollo sentiré la muerte,
Mas el *negro* está bien de aquesta suerte.—
¡Cuántos son, ay desdicha, como el niño,
Que lloran por un mal imaginario,
Y al dolor verdadero, es al contrario,
Pues nunca dan señales de cariño!

Como puede comprenderse, no es esto escusa para el mal. Si los blancos se conduelen, no por eso son los negros menos desgraciados.

Una palabra ahora sobre el comercio negrero.

Resulta de una declaracion hecha por el vice-mariscal de los Estados-Unidos encargado de la alta policía marítima en New-York, que durante los últimos doce meses, han debido salir del puerto lo menos quince navíos destinados al comercio negrero.

Los comerciantes dedicados á estas odiosas operaciones tienen tal sagacidad, que la policía americana no ha podido conseguir mas que dos condenas contra ellos: la del *Falmouth* y la del *Julia Morgan*, ambos evidentemente armados para dicho comercio.

Es fácil dar cuenta de la sutileza con que los armamentos destinados á este objeto, escapan de la vigilancia de las autoridades, que saben los enormes beneficios que reportan estas operaciones. He aquí algunas notas que no carecen de interés.

Los buques destinados á este comercio, son goletas de tamaño mediano, que no cuestan arriba de 5 á 7,000 duros.

No hacen mas que un viaje, y terminan por ser barrenadas despues de dejar su cargamento de carne humana.

Los especuladores de este artículo han hecho un cálculo; es el siguiente: de cada cuatro buques, con uno solo que logre salvarse, hay lo suficiente para hacer una buena fortuna.

En efecto: el negro cuesta en la costa de Africa de 10 á 40 duros, y vendidos en el mercado americano de 300 á 800.

Asi, pues, una carga de quinientos, costando á razon de 30 pesos por cabeza, importan 15,000 y da al especulador un producto de 170 á 180,000, pagados los gastos.

Hemos hablado ya bastante sobre los desdichados negros. Pasemos á otra cosa.

Lo que mas pronto llama la atencion de los que visitan á Nueva-Orleans, es con las costumbres particulares de los esclavos, la gran belleza de las criollas y el espíritu camorrista de los hombres.

Las criollas tienen una hermosura y gracia particular. Piel flor de-lisada, ojos negros, atrevidos y voluptuosamente sombreados por espesas cejas, cabellera abundante, pies tan sumamente pequeños que caben en la mano, talle elegante y flexible, dientes á lo *rey-carlos*, boca un poco grande; inteligente y sensible, la criolla es encantadora por el tono dulce y lento de su voz, y por sus gestos sencillos y graciosos. Un fluido simpático como el perfume de la flor se desprende de sus hechizos y atrae. Son mas perfectas que las demás mugeres, en cuerpo, movimientos y espíritu. Naturalmente buenas, tienen para sus hijos el sentimiento del amor maternal mas elevado que se conoce. El arte tambien compone parte de su genio; pero si puede adivinarlo todo, no quiere aprender nada. Su pereza está al nivel de la inteligencia. Moriria de hambre si otro no se tomase el trabajo de cuidar de su existencia. No conoce ninguna pena de la vida material, y cree que se vive con nada. La Providencia que da alimento á los hijuelos de las aves, sabe, segun su opinion, mostrarse mas generosa con ella, que vale mas que cualquier pájaro del mundo.

El único cuidado de la criolla es el cuidado de los hijos y la conservacion de su piel. Rigorosamente encerrada en su habitacion, no sale sino de noche, cuando la brisa del mar viene á refrescar la tierra quemada por el sol.

Durante el dia, no cuidando al hijo cuida de sí misma. Se encontrará casi siempre con el rostro, las manos y los brazos cubiertos de *cold cream*. Bajo esa capa de grasa, la piel se conserva flexible y el aire no la penetra.

Las menos coquetas se concretan á empolvarse el rostro, pecho y brazos con polvos de arroz. Repiten esta operacion varias veces al dia. Se las toma por *Pierrots* en el ejercicio de sus funcio-

nes. Una criolla privada de polvos de arroz, seria la mas infortunada muger: nada es tan necesario á este secso, como lo supérfluo. Para las americanas del Sur, el polvo de arroz es un *supérfluo* de *primera* necesidad.

Al salir de su casa, pasan una finísima tela de batista por su cuerpo, á fin de desechar la parte gruesa del polvo. Mas quedando el cutis suficientemente impregnado para contener la traspiracion, adquiere su tez ese color mate, particular de los violinistas sin talento, de los poetas desconocidos y mugeres apasionadas.

En cuerpos de sultanas, tienen corazones de hermanas de la caridad. Se sabe que el Sur es un pais mal sano. A la Nueva-Orleans, le llaman el sepulcro americano. En épocas de grandes calores, este pais es desolado por la fiebre amarilla; el interés y cuidados de las criollas para aliviar los padecimientos de los infelices atacados, está fuera de encomio. Esas mugeres de color merecen el reconocimiento de los amigos de la humanidad. Todo es en ellas abnegacion y desinterés, y hacen el bien por el solo placer de hacerlo. Los estranjeros encuentran en ellas, los cuidados de una madre y el consuelo de un ángel. Entonces desean no morir para poder amarlas.

Si las mugeres supieran la influencia que ejercen en los hombres, estarian muy orgullosas y no se tomarian el trabajo de disfrazar sus cualidades. Mas afortunadamente para ellos, se desconceptúan las mas veces al quererse modificar. Tienen horror á la verdad y ponen *crinolina* á su corazon y á su talento, como á sus vestidos: esto es lo que nos salva.

En verdad, nadie mejor que una criolla sabe cuidar un enfermo. Si los médicos, segun la espresion de un célebre práctico, no son sino *inteligentes-guarda-enfermos*, las mugeres del Sur son *doctores*.

Es cierto que el espectáculo de esas desventuradas ciudades del Sur en los aciagos momentos de fiebre amarilla, enterneceria el corazon de un usurero. No es estraño ver familias de seis ú ocho personas desaparecer en breves dias. Ahora tres años faltaron brazos en Nueva-Orleans y en Osfork para enterrar muertos. Los mis-

mos parientes de los difuntos se hacian este triste servicio cuando les tocaba su turno. Los mas espantosos episodios han tenido lugar ese año. Los periódicos estuvieron largo tiempo sin imprimirse por falta de operarios. Se huia de la ciudad como se puede huir de la muerte. No quedaron mas que pobres y corazones valientes y caritativos. Se cometieron muchos actos de cobardía. Se notaron sacerdotes de todas religiones, que temiendo mas por la salud del cuerpo que por la del alma, cerraron los templos para huir de la peste. Los funcionarios públicos abandonaron sus puestos. Se citan escenas desgarradoras. Un hombre solo, tuvo que enterrar á su muger y dos hijos, por faltarle el tiempo á los enterradores. El azote no desapareció hasta las primeras heladas. Asi sucede todos los años; solo en invierno cesa la fiebre amarilla.

Es necesario mucho valor de parte de los estranjeros para fijarse en ciertos puntos del Sur de los Estados-Unidos, á pesar de que hallen distintas industrias, sean buenos los salarios, y se disfrute una vida cómoda y agradable.

Las piezas de plata circulan en el Sur como las de cobre en el Norte.

Hemos señalado como uno de los rasgos característicos de los habitantes del Sur, el espíritu de camorra que los domina. Este es muy semejante al de los de la Luisiana.

Los duelos de la Luisiana son célebres. Los adversarios se baten en selvas donde cazan, como los antiguos lores, provistos de carabinas, pistolas de diez tiros, y puñales. Cuando ambos contendientes han disparado sus diez tiros sin que alguno muera, corren el uno hácia el otro y se dan de puñaladas.

Ya casi no usan las pistolas de *revolvers* en las calles de Nueva-Orleans. En revancha, se abrasan los sesos sin cumplimientos en los *bar-room* que están siempre llenos de perdidos, dispuestos á buscar riña con todo el mundo. Abusando de la ley bárbara que bajo pretesto de defensa personal autoriza al individuo para matar al hombre que le hiere ó trata de hacerlo, infames de mala especie provocan á los estranjeros que ignoran esta ley: despues de escitarlos los matan á la primera amenaza de su parte.

Llaman á eso *espumar* al estranjero. Algunas veces sin embargo son los estranjeros los que los *espuman*.

Un francés que acababa de desembarcar en Nueva-Orleans, entró á refrescar en un *bar-room*.

—Mozo, un vaso de cerveza.

El mozo sirvió lo pedido; mas en el momento de cojer el francés el vaso de encima del mostrador, un desconocido haciendo un movimiento ligero, se anticipó, y sin decir una palabra bebió la cerveza que no le pertenecia.

—No tengo el honor de conoceros; le dijo el francés sorprendido de esta muestra de libertad.

—Yo tampoco; respondió el desconocido.

—Entonces, ¿me provocais?

—Yo sentiria dejaros la menor duda sobre esto, y ya que es preciso, sabed que me desagradais. Así, claro y pronto.

—Cuidado, le dijo nuestro compatriota en tono de calma y casi de proteccion; yo soy hombre que vive de su trabajo; no me gusta insultar á nadie, pero no permito que me insulten. Por esta vez estais perdonado.

—¡Mozo! otro vaso de cerveza.

El camorrista que no habia contestado á estas palabras, por hacer un insulto mas ofensivo aun, esperó á que echasen el segundo vaso, y como antes se apoderó de él, bebió un poco y arrojó con desprecio el resto.

Nuestro compatriota irritado hasta el estremo, hizo ademan de precipitarse sobre él.

—Deteneos, le dijo cogiéndole por el frac un individuo testigo de aquella escena: deteneos ó estais perdido: si no os asesina al instante, os matará en el duelo. Es el mejor tirador de la Luisiana. Lo mismo á carabina, que á pistola, puñal ó mandoble, sable ó lanza. Ha matado treinta y cuatro personas y herido mas de sesenta.

—Lo que me decís, apaga mi cólera.

—Es horroroso ¿no es verdad?

—Al contrario, eso me asegura completamente.

Despues de estas palabras cambiadas rápidamente, nuestro

compatriota se acercó con aire burlon á su desvergonzado enemigo, y examinándole con calma:

—Escuchad, caballero, estoy de muy buen humor y no quiero incomodarme. Habeis bebido dos vasos de cerveza, me parece bastante; ahora me toca á mí. Espero que esta conducta os evitará pesares, inspirándoos otra mas digna.

—¡Mozo! el tercer vaso de cerveza.

El muchacho de la taberna lo echó temblando, porque comprendia que iba á decidir y provocar una catástrofe.

En efecto, apenas el vaso estuvo sobre el mostrador, el risible espadachin que queria un duelo, cojió el vaso arrojando su contenido.

Mas pronto que el tigre que se lanza sobre su presa, el francés se arrojó de un salto sobre su contrario y le dió con el puño y pies, espantosos golpes en el pecho y cara. El provocador no tuvo tiempo ni aun para defenderse; vaciló algunos instantes y cayó desmayado, con el rostro horriblemente maltratado: cuando estuvo en tierra, el francés cesó de pegarle, y sacando tranquilamente una cartera que llevaba en el bolsillo, la abrió, y tomando una tarjeta con su direccion la colocó sobre el pecho del vencido, diciendo á los circunstantes:

—Si hay algun amigo de este hombre, le prevengo que yo estoy todos los dias en mi casa, desde las ocho hasta las once de la mañana.

—¡Mozo! el cuarto vaso de cerveza.

Esta vez nadie vino á disputárselo, y verdaderamente tenia necesidad de él despues del suceso que habia tenido lugar. Bebió, pagó el gasto y se retiró dejando estupefacta á la asamblea.

Al levantar al herido que tenia dos costillas rotas y un ojo fuera de la órbita, se leyó en la tarjeta dejada por el francés: *Lucien Petit de París, profesor de boxeo, de esgrima, de palo y baston: Dá lecciones á domicilio á precios arreglados.*

Mes y medio despues de este lance, nuestro compatriota oyó llamar á su puerta. Sin pedir permiso, un hombre se precipitó dentro. En su rostro tenia señales de heridas.

—¿Me conoceis? dijo al maestro de armas con voz sofocada por la cólera.

—Perfectamente, respondió nuestro compatriota. ¿Qué puedo hacer en vuestro obsequio?

—Vengo para mataros. Conozco que os he insultado y os concedo la eleccion de armas. Pero daos prisa, tengo un gran deseo de veros muerto. Ya sé quien sois, y eso es para mí un placer, pero será mayor el que reciba al romperos la cabeza ó atravesaros el pecho. Mas repito que nos demos prisa, pues el tiempo pasa y siento ver que se prolonga vuestra vida.

—Escuchad: hablemos poco y será mejor: sobre todo no nos pongamos coléricos. Si quereis creerme, dejemos la cosa como está: vos me bebísteis la cerveza; yo os *rocié*; nada mas justo. No tengo empeño en quitaros la vida hoy, como no lo tuve tampoco hace mes y medio en romperos las costillas. Mucho os ha desagradado el ofrecimiento de mi oficio. Mas por mi honor que si insistís en incomodarme, os juro salir al campo y de seguro no volvereis de él.

—¡Ah! ¡eso sois vos, un aporreador! Ahora, bien: vamos á verlo. Entretanto, leed esa lista de treinta y cuatro muertos y setenta y ocho heridos todos jóvenes estimables y que yo aprecio, porque me han comprendido: *dime* ahora si un hombre como yo, que ha sabido cumplir tan bien con su deber, puede tener miedo de un *Petit!*

—¿Quereis absolutamente batiros?

—¡Mala broma! dijo el espadachin. Y despues de un momento de silencio:

—Ya sabeis que no es necesario vestirse bien. Poneos el trage mas malo... yo tambien voy á la ligera.

—Dad treguas á vuestras bufonadas y partamos, dijo el maestro de armas. Yo escojo la espada.

—¿Vuestros testigos? dijo el criollo.

—Mis testigos serán los vuestros, partamos.

—Partamos.

El criollo tiraba bastante bien las armas, pero no tuvo en esa

ocasion la sangre fria que se necesitaba. Despues de algunos pasos, nuestro compatriota hirió ligeramente á su adversario en el brazo: al ver correr su sangre el criollo se puso furioso.

—Creedme, dijo el profesor de esgrima, estais herido; el honor está satisfecho, quedemos aquí.

—¡A muerte! dijo el criollo, ¡á muerte!

—Sea pues así, dijo el francés atravesándole el pecho de una terrible estocada.

—¡Canalla! le dijo el criollo, mirándole con ojo amenazador y cayendo mortal; tú me las pagarás.

Lucien Petit acabó de hacer su reputacion matando despues de haber *rociado, al verdugo de los calaveras.*

Todos los duelos están bien lejos de ser tan dramáticos; los hay por el contrario bien cómicos.

Un comerciante de Nueva-Orleans estuvo próximo á batirse con otro no menos estimable. Era despues de comer: los espíritus estaban algo acalorados por las libaciones abundantes y se resolvieron á pelear. El duelo se fijó para el dia siguiente.

Mas el provocador reflexionó y le pesaba batirse por una cosa que no valia la pena: despues de pasar revista á diferentes medios de conciliar su honor que le obligaba á desnudar la espada, con su instinto de conservacion que le decia la dejase quieta en la vaina, encontró un recurso con el cual daba escusa á los dos. Buscó á su adversario y le dijo:

—Caballero, entre nosotros es forzoso un duelo.

—Es indispensable.

—Yo quiero que tenga lugar en seguida.

—Y yo tambien.

—Mas un deber imperioso que Vd. comprenderá, me obliga á á prolongarlo. Yo soy casado, caballero...

—¿Qué quiere Vd.? yo tambien lo soy.

—Yo no me asusto: mas mi esposa es de complexion delicada y se halla en estado interesante. Esto me ordena caminar con precaucion. Yo no puedo esponerla á emociones cuyas consecuencias

podrian ser funestas. ¿Tendria Vd. inconveniente en demorar este duelo hasta mejor ocasion?

—Caballero, ciertamente no. Como padre de familia, no puedo menos de aplaudir su delicadeza de sentimientos y su fortaleza de espíritu.

El comerciante despues de inclinarse, se retiró.

Cuatro meses despues, este marido previsor tenia un hijo que abrazaba para no volverle á ver quizás. Y enviaba una carta á su adversario en que le daba parte del nacimiento y se ponia á sus órdenes.

—Hay un inconveniente, le contestó el rival; hace cuatro meses estaba yo libre; hoy no. Nuestra posicion se ha trocado, caballero, y á mi vez, no puedo batirme sin esponer á mi esposa á las consecuencias que Vd. temia en la suya.

—¡Cómo! su esposa estará por ventura tambien...

—Sí señor; y por eso pido á Vd. el favor, que yo no le rehusé hace algun tiempo.

—Y que por todos conceptos me considero dichoso concediéndoselo á Vd. como lo hizo conmigo.

Este singular duelo tan graciosamente retardado, llegó á conocimiento de ambas esposas de los contrarios: y sabiendo el motivo que hasta entonces les habia privado de batirse, resolvieron prolongar infinitamente la situacion.

Amenazados los comerciantes con un aumento de familia que no tenia límites, sino con la reconciliacion mútua, se dieron prisa á hacer la paz.

Se juega considerablemente en los Estados del Sur, lo mismo en tierra, que en los vapores que cruzan el Misisipí; el juego es la pasion dominante de los criollos y de los estranjeros, á quienes arrastra el mal ejemplo.

Para dar una idea de esta desgraciada pasion, citaremos los dos hechos siguientes:

Un dia, un rico colono de Nueva-Orleans, embarcado en un vapor, perdió en el camino treinta mil duros. Escitado hasta el último estremo por la pérdida de este dinero, quiso jugar para des-

quitarse y perdió sucesivamente un reló y todas sus joyas. Este colono tenia un criado; un escelente negro á quien queria mucho y en el que tenia depositada su confianza.

—John, le dijo, vé á mi camarote, rebusca en mis cofres y encuéntrame algo con que pueda jugar.

—John obedeció; hizo el inventario de lo que poseia su amo, mas no encontró nada que fuera útil para el juego.

—Ya he buscado, señor: no hay nada de valor.

El colono le miró con aire de estrañeza.

—Te engañas... acércate... ponte encima de la mesa de juego. Caballero, dijo á su rival, os juego mi criado.

—¿Entero, le respondió el feliz jugador, ó en dos veces?

—Entero, en una sola partida, contra mil duros; lo mismo vale dos mil que un *schelling*; es el hombre mas bueno que conozco.

—¡Cómo! ¿señor, quereis esponerme así? dijo el negro con un tono mitad suplicante, mitad espantado.

—Cállate, cállate. Está convenido, dijo dirigiéndose á su contrario.

—¿Está convenido?

—Jugad.

Despues de varios golpes felices, la suerte volvió de nuevo contra el colono, y el negro puesto por última vez, fué ganado y se lo llevó su nuevo dueño.

Un comerciante de la Carolina del Sur, hizo mas aún; jugó su muger y la perdió. Despues de este golpe desgraciado entregó al feliz jugador que le habia ganado, el siguiente billete:

A la señora X....

«Querida amiga:

»Estraviado por la fatal pasion del juego, me he arriesgado y »he perdido todo, hasta á Vd. misma.

»Por esta presente obligacion me obligo á divorciarme y á »abandonar los Estados-Unidos, renunciando mis derechos matri-

»moniales en favor del portador de este mandato, que es un jó-
»ven y elegante *gentleman*. Además os conoce y os ama.

»Espero que Vd. no desacreditará el valor de mi firma hasta »hoy respetada, y no añadirá á mi desgracia, la desesperacion de »ver mi contrato protestado. Yo parto en esta confianza. Adios, »no nos veremos mas. ¡Vive feliz!!!»

La muger del demasiado íntegro comerciante se indignó primeramente, como debia, y al cabo de algun tiempo de reflexion creyó deber conformarse con la última voluntad de su ex-marido. ¡Qué heroismo! ¡Qué abnegacion! Es cierto que el poseedor del billete, era un *jóven y elegante gentleman*. No importa. ¡Es bello sacrificarse así por un marido!

Esta historia es auténtica y muy conocida en América. Añadiremos, que la encantadora apuesta de esa rara partida, no tenia aun veinte años, y era bella y sumamente graciosa.

Mas basta ya, como decia Mr. Birman despues de predicar por espacio de cuatro horas seguidas.

Ya es tiempo de concluir esta série de observaciones.

Sin embargo, pudiéramos tratar por estenso muchas cosas que no hemos hecho mas que apuntar ligeramente. Pero no debe decirse todo: la coquetería en el escritor como en la muger, consiste en dejarse adivinar.

Falta saber respecto á nosotros, sino debíamos haber callado hace tiempo.

FIN.

RESUMEN.

«Los pueblos comprenden que no es la fuerza la que da la preponderancia, sino el incremento de la moralidad y el saber, y se aprestan á completar el gran movimiento principiado en tiempo de los municipios y á dilatar el imperio de la ciencia y de la civilizacion.»

CÉSAR CANTÚ.

La historia es el gran panorama en que la humanidad mira su vida pasada y de donde saca provechosas lecciones para el porvenir. Pero si su estudio es de suma importancia cuando queremos hacer sabias apreciaciones de los hombres y las cosas, no deja tambien de serlo el de los *hábitos* y *costumbres*.

La historia nos enseña la vida pública de un pueblo: Su caida y engrandecimiento: nos pinta sus prohombres, sus héroes, sus artistas, sus literatos: nos cuenta sus guerras, sus adelantos, sus atrasos, sus tendencias: relata los grandes hechos que se hacen dignos de la admiracion de la posteridad, y aquellas mezquinas acciones que le cubren por siempre de baldon; lo califica, lo compara, lo desprestigia, lo rehabilita y es como el justo, infalible y eterno fiscal y juez que denuncia, condena ó absuelve los siglos tras-

curridos. Mas esta ciencia por su misma índole, no puede detenerse á penetrar con escrupuloso interés, en el seno profundo de las naciones y tiene que llevar su especulacion á un campo mas estenso, donde la filosofía obra libre de ciertos detalles que acortarian los vuelos tomados para cumplir su mision. La historia, pues, se dedica á las grandes cuestiones políticas, financieras ó militares: á los hombres que simbolizan una idea general; á los que llevan á cabo los cambios que por necesidad tienen que esperimentar las naciones y á las obras grandiosas sociales ó materiales que ejecutan estas en el mundo; viéndose precisada á considerar la humanidad como un solo hombre, que camina realizando los designios encomendados por la Providencia. Siempre examina á la sociedad, nunca á sus miembros. Indica sus revoluciones pero realizadas en el tiempo: si se ocupa de las causas, es bajo un punto de vista general y filosófico.

La historia es, en fin, el lado superior de la humanidad. Grandes proezas y grandes crímenes, grandes dotes y grandes defectos, grandes alegrías y grandes tristezas, grandes triunfos y grandes derrotas, gran preponderancia y gran decaimiento, llenan sus páginas, y ante el hombre se levanta como un monumento suntuoso, que sirve de templo á la epopeya humana.

El estudio de las costumbres sin ser de tan alto valor, tiene su importancia relativa al lado de la historia, y es por decirlo así, el complemento de esta. El no sale de la esfera doméstica: no se remonta á las regiones filosóficas para determinar los grados de civilizacion de un pueblo: no se compone de una série de reflexiones comparativas, genealógicas, biográficas ó tradicionales. No investiga la causa de los hechos ni la relacion que existe entre ellos. No trata de la descripcion particular de una circunstancia notable que haga época, ni distribuye razonadamente el premio merecido por las acciones ó la gloria que á cada cual le cabe. Circunscrito á un círculo determinado y fijo, se ocupa de aquello que la historia deja como innecesario para su propósito. De lo que produciendo mal efecto por ser pequeño junto á una cosa grande, no puede ni debe tener lugar en ella. Como el escalpelo del anatomista y nun-

ca como el telescopio del astrónomo, así el estudio de las costumbres, penetrando en el seno de la familia y pintándola detalladamente, muestra las llagas secretas de la sociedad, y la consuncion que la consume: rasgando sus venas una por una, abriendo los miembros, separando las articulaciones, puede decir de donde provienen esas enfermedades que matan el cuerpo social; esas congestiones que le paralizan, y esas convulsiones que trastornando su organizacion, terminan en la demencia.

Por esta razon consideramos el estudio de las costumbres de mucho interés, y necesario tanto como el de la historia.

Por eso mismo hemos querido reasumir en este artículo final, las consecuencias que se desprenden del estudio de las costumbres americanas, determinando de este modo en conjunto, las bellezas y defectos de la civilizacion de los Estados-Unidos, á fin de compararla con la europea y deducir cuál es mas completa y presenta mayores ventajas.

Para proceder con órden en nuestro trabajo, empezaremos investigando los primeros pasos de la civilizacion y la libertad americana, hasta llegar á los resultados que admiramos hoy.

Los acontecimientos sociales, á semejanza de los efectos de la naturaleza, están perfectamente encadenados los unos á los otros y sujetos á una causa. Para desenvolverlos y analizarlos es preciso encontrarla, y guiados por ella esplicar los hechos.

Para el filósofo y el historiador es innegable que la humanidad desde su establecimiento en la tierra, camina á un fin y trabaja mancomunada y providencialmente por conseguir el propósito que ella misma ignora y al que le impulsa un vago pero imperioso deseo de felicidad futura.

Esto sabido, no iremos á buscar la causa del desenvolvimiento del órden actual de cosas tan lejos, que alarguemos mas de lo que nos hemos propuesto las dimensiones de este trabajo, y nos fijaremos en un punto desde el cual podemos partir. En 1649, la revolucion inglesa, contenida nuevamente en los límites monárquicos, despues de haber cortado la cabeza á Cárlos I, fué á continuar su obra á la sombra de las selvas americanas. Los republica-

nos que bajo la dominacion del segundo Estuardo, huyeron para poner á cubierto del poder, su libertad civil y religiosa, penetraron en aquellos bosques vírgenes, de la América del Norte, y como señores de ellos, proclamaron, instituyeron e hicieron predominar sus doctrinas. Así los hijos de *Penn*, ayudados por los puritanos de *Cromwell*, se estendieron por el vasto territorio que poseian, guardando en silencio los gérmenes nunca apagados de la revolucion y dispuestos á realizar sus teorías en un momento oportuno. Aquellos colonos pobladores de las incultas soledades, no eran incivilizados, estúpidos ó criminales arrojados de la madre patria, siendo por el contrario gentes descontentas del régimen político de su pais, que emprendieron con valeroso aliento el trabajo de la regeneracion, no en una tierra gastada, sino en unos campos vírgenes. Ellos estaban acostumbrados á la libre discusion de sus intereses, al derecho de ciudadano y al gobierno constitucional. Tenian conocimiento de las letras, ciencias, artes, industria, y de todos los progresos de Inglaterra. Se gobernaron libremente por medio de constituciones particulares que hicieron regir en los distintos puntos en que se establecieron, y el jurado fué instituido desde el principio de la colonizacion. El horror á la monarquía se conservó ileso entre los puritanos, y despues del rompimiento con el monarca británico se hallaron prevenidos y dispuestos á gobernarse por sí mismos. De aquí, la posibilidad y el sostenimiento de la república. Para seguir el plan que nos hemos propuesto, necesitamos apuntar la influencia de la libertad de América en los destinos de Europa, volviendo en seguida al continente americano, motivo de estas líneas.

Los soldados franceses que fueron á defender la independencia de los Estados-Unidos, saliendo realistas de su pátria, volvieron republicanos; y la Francia se encontraba en uno de esos momentos de fiebre porque pasan las naciones antes de llegar á las crísis violentas y terribles que concluyen en la anarquía. Las narraciones de los compañeros de Laffayette, alentaron los ánimos de aquel pueblo hambriento, aprisionado y lleno de harapos, pisoteado por sus reyes anteriores, que quiso vengar en el infortunado

Luis XVI, los insultos hechos por su antecesor, el cual con su lujo y disolutas costumbres, habia prostituido la conciencia pública. La revolucion francesa era el segundo acto del drama felizmente inaugurado en los campos de *Lexigton* y cuyo objeto era el mismo; proclamar los derechos del hombre á la faz del mundo y obligar á los reyes á reconocerlos. El drama tuvo un fin inesperado, terminando por la mas grande tragedia que se ha representado en los siglos. Una mano astuta, inteligente, oscura, osada y llena de fortuna, comenzó á pesar sobre la revolucion, hasta que la anonadó en los escombros; la sangre y la ruina de la antigua sociedad fijó su trono y dió al mundo una copia fiel del escandaloso espectáculo de Cromwell, coronando su cabeza de *plebeyo* (1) é imponiendo el cetro y la cadena del despotismo á las huestes democráticas que le habian proclamado su símbolo. La Europa entera, que tan hóstil se habia mostrado en un principio á la proclamacion de los derechos de la humanidad, comenzó á participar poco á poco de la influencia del sol que comenzó á alumbrar en 1649, en Lóndres, que habia vuelto á aparecer un siglo despues en Boston, y en 1793 en París. De ese sol que habia iluminado sangriento las nieblas de la Gran-Bretaña, risueño los campos de América, terrorífico los valles de la Gália. España sintió esa influencia, y aprovechándose de ella siguió el impulso general y abolió el gastado sistema del gobierno absoluto: este cambio que habia sido provocado, como llevamos dicho, por la independencia americana que retumbaba en Europa, volvió como de rechazo á América y las colonias españolas reclamaron su libertad: despues de una lucha sangrienta la obtuvieron, y hé aquí que en todo el continente que divide el Océano del Pacífico, rodeado de repúblicas como de una eterna amenaza se levanta un solo trono.

Hemos llegado al punto que deseábamos para poder entrar de lleno en el exámen general de la civilizacion americana.

Que la América es mas libre que la Europa, es un hecho que

(1) Nos referimos á que no era de estirpe régia, pues pertenecia á una familia noble.

no admite discusion. Hay sin embargo una gran diferencia entre la libertad del Norte y la del Sur y que dimana de los distintos elementos con que ambas se han engendrado. Las repúblicas del Sur no se emanciparon, como es fácil conocer, por ese rencor innato á los reyes y por el íntimo convencimiento de su propio valor. A fines del siglo pasado y á principios de este, representaron un papel importante en las intrigas de Inglaterra, y alentadas y protejidas por ella proclamaron su libertad. ¿Esos paises educados por España, acostumbrados á la esclavitud y en los que habia mas esclavos que hombres libres, podian careciendo de instruccion hacer lo que los pequeños estados del Norte? No: los Norte-americanos como ya hemos dicho, eran hombres instruidos, republicanos en el fondo, que no conocian la esclavitud y que esplotaron su pais en provecho propio y no en el de la madre patria. Que desde luego se propusieron fundar una nacion para sus hijos y no una mina que esplotaran los ingleses. Asi, cuando se encontraron fuertes y dispuestos á gobernarse por sí mismos, cuando con los productos de su industria podian sostenerse sin apelar á los recursos de otras naciones, empuñaron las armas y se rebelaron, no contra sus amos como la América del Sur, sino contra aquellos hermanos cuyos lazos de fraternidad estaban rotos antes de separarse. Diferente camino han seguido las demás républicas en que era desconocida la idea democrática, y que pidieron su libertad, mas bien movidas por un resorte estranjero que por la propia conciencia de su deber. La de Chile y la Boliviana no han dejado de tener conmociones intestinas. En Goatemala hicieron la constitucion los estranjeros. En la América central ha habido una guerra civil contínua. Buenos-Aires, solo ha tenido dictadores, y aun están calientes los tristes acontecimientos provocados por la tiranía de Rosas. En el Paraguay reinaba una completa ignorancia respecto á las formas gubernamentales. Y el Perú no ha dejado de sentir la influencia de sus hermanas.

La libertad americana, está, pues, como dividida por un abismo en el istmo de Panamá. La del Sur, es una lucha incesante entre la civilizacion y la barbarie, la independencia y el despotismo.

La del Norte, es la sucesiva conquista del saber sin oposicion y el libre ejercicio de la inteligencia en los límites trazados por la misma libertad.

Si la verdadera libertad y el progreso científico, social, político é industrial, existe en el Norte, este marcha á la cabeza de la América. Si la América está mas adelantada que la Europa, esta debe ocupar su puesto detrás de aquella.

¿Debemos probar la verdad que hemos sentado? Escrita está en los corazones liberales, que con un sentimiento de imparcialidad juzguen: mas á pesar de esto, la demostraremos en breves palabras.

Si la civilizacion y la libertad no son la fuerza; si la humanidad combate por el progreso; si así lo han comprendido y aceptado todos los gobiernos del mundo, desde la Europa occidental hasta el Helesponto, ¿dónde existe su verdadero principio fundamental? ¿Será en el Austria sosteniendo poderosos ejércitos para aprisionar la Italia? ¿Será en la Rusia manteniendo sus hordas cosacas para uncir á su yugo la Polonia? ¿Será en la Prusia con su aristocrácia militar? ¿Será en la Francia con su farsa de sistema representativo? ¿Será en la Inglaterra con sus leyes antiguas, sus costosas armadas y su plebe incivilizada y estúpida? No; la verdadera libertad, la verdadera civilizacion, estará allí, donde la política y no las bayonetas sostengan el rango del Estado. Donde el Estado no sacrifique sus hijos en pro de su gefe. Donde la fuerza no sea el derecho. Donde la nacion permanezca agena á los mezquinos intereses de otras. Donde los ciudadanos giren desembarazada y libremente en el círculo que quieran trazarse sin trabas que sujeten su pensamiento, su conciencia, su industria.

¿Sucede esto en América? El libro que antecede á este artículo prueba que sí. No pretenderemos nosotros que la Europa sea una servil imitadora de la América; si encomiamos su adelanto no es con el fin de probar que han llegado al complemento del progreso, ni fijarla como el modelo que debe servir de norma á los pueblos antiguos: nuestro pensamiento es, únicamente comparar su existencia con la nuestra; juzgarle con arreglo al nuevo ór-

den de ideas y terminar diciendo quién es mas grande, mas poderoso, si el Viejo ó el Nuevo-Mundo.

En Europa no ha aparecido aun esa figura monumental, magnánimo símbolo de un pueblo, gran carácter que bajo el nombre de Washington atrae las miradas y hace fijar en la historia el período mas hermoso de la edad moderna. Un oscuro general que pelea por la libertad de su pais, la consigue y se la entrega ilesa deponiendo la espada y concretándose á ser el mas simple ciudadano. Un hombre que no hizo traicion á sus principios, ni á los de su pueblo; que batallando contra el poder, cumplió su juramento y no prostituyó la conciencia pública faltando al destino que se le habia encomendado, es el representante, el emblema de los Estados-Unidos ante los siglos históricos. No hay héroe que oponerle: Alejandro, César, Darío, Anibal, son pequeños junto á él: y ese superior á los demás capitanes, ese que fraguó las cadenas del despotismo con los desunidos hilos de la libertad, ese cuyo nombre pregonan las Pirámides y la columna de Vendome, ese á quien la posteridad comienza á hacer justicia, no puede ponerse á su lado sin ruborizarse.

Juzgando á Washington, se ha juzgado á la América del Norte. Proclamándole el mas grande hombre de los tiempos modernos, se proclama á la Union americana por la mas gran nacion de la época presente.

¿Es esto justo? Los lectores lo dirán.

Cuando se firmó el tratado de paz entre Inglaterra y los Estados-Unidos, la poblacion de estos constaba de dos millones y medio de habitantes: no tenian caminos públicos, ni canales, y los rios corrian solos y silenciosos por entre selvas impenetrables. Hoy tienen 27 millones de hijos, una circulacion interior de treinta y siete mil ochocientas noventa y cinco millas de carretera que parten en todas direcciones de New-York y Washington, cruzándose con innumerables caminos de travesía, provistos de medios de trasportes. Canales de vastísima estension empalman los lagos con las vias públicas; y los mas grandes rios del mundo, el *Misisipí*, el *Misuri* y el *Ohio*, tienen pobladas sus orillas por innumerables

ciudades. Tan gran trabajo se ha llevado á cabo en el corto espacio de 79 años. Mas para hacerse cargo de lo que son los Estados-Unidos, es preciso figurarse la vasta estension de su territorio, cruzado por las líneas férreas que no han encontrado oposicion posible en la naturaleza, atravesando los rios por medio de puentes de madera, balanceándose en las cimas de las montañas sin temor á los precipicios, y caminando 60 millas por hora. Es necesario observar los mares surcados por millares de buques de diferente forma y estension y los famosos lagos, *Michigan*, *Ontario*, *Erié* y *Champlain*, sembrados de vapores de tres pisos, como ciudades flotantes que pueblan sus quietas aguas. Es menester contemplar aquellos magníficos canales que unen á Boston con el Merrimac, á New-York con el Atlántico y los de *Albermarle*, *Sautée* y *Chesapeake*, que cruzan los estados de la Virginia y la Carolina. Ver los muelles rodeados de *barcas*, *corbetas*, *cutteks*, *ferry-boats*, *schooners* y *piraguas*: las perfectas calles de las ciudades con sus líneas de árboles, sus casas iguales y en las que transitan apresuradamente los activos habitantes. Visitar aquellas plazas donde se celebran las discusiones públicas, batallas de la inteligencia en que los pensamientos se esponen con la sinceridad del corazon y en las que de una anarquía aparente se alza un órden regularizado que mantiene á cada cual en los límites del deber y hace triunfar la justicia. Asistir al Senado donde sin la etiqueta ni la importancia teatral de los nuestros, se debaten sencilla y familiarmente los grandes intereses del Estado; y cuyo gefe despues de presidir esas tranquilas deliberaciones que nunca son de vida ó muerte para el gobierno, estrecha la mano al honrado menestral que trabaja en el empedrado público. Es indispensable penetrar en el seno de la familia, albergue de la armonía fraternal, fuente de la libertad individual y santuario del respeto y la concordia.

Entonces se comprenden los Estados-Unidos, entonces se sabe lo que es un pais libre. Entonces se ama la libertad; se convence uno de que va unida á la inteligencia, de que es el único patrimonio del hombre, de que es el bien reservado por Dios en la tierra como premio del trabajo.

Ese pueblo, que para cada ciento de sus hijos tiene un templo y un periódico, en que las mas distintas creencias, las mas diferentes opiniones políticas, viven unidas sin que sea un delito creer de tal ó cual modo, pensar de tal ó cual manera, en que la conciencia es un sagrado que nadie se atreve á tocar; en que la crítica, ese áspid de la inteligencia huye de su seno ahuyentado por el libre albedrío, como la fiera por la civilizacion; ese pueblo dividido y subdividido en sectas que interpretan y buscan la verdad, tal como quieren comprenderla, da el maravilloso ejemplo de la fraternidad universal, de la unidad inconcebible, á pesar de la divisibilidad religiosa.

Suponer que hay un pueblo que haya hecho mas en menos años, es una quimera. Jamás pierde el tiempo en las fórmulas y vanidades del discurso: si habla es para ejecutar en seguida: sus ideas son hechos realizados; por decirlo así, la práctica es anterior á la teoría. Todo cabe en él; todo es útil; todo le sirve de estímulo y conveniencia. Las fuerzas mentales, morales y materiales bajo sus mil diversas formas y manifestaciones, se emplean, se anudan, se protegen, y proponiéndose por único medio y fin el trabajo, son el retrato mas fiel de Prometeo, que representaba en la Teogonia griega, la libertad pertinaz y la lucha incesante del espíritu humano contra los obstáculos.

Aquellos especuladores sin trabas, aquellos comerciantes sin vejaciones, cuyo gobierno les cuesta tan poco, cuya equitativa administracion les evita las cargas inmensas que pesan sobre la Europa, que no pagan costosos ejércitos, poderosas fuerzas marítimas, numeroso clero, lujosas oficinas, multitud de empleados; aquellos *Jefferson*, *Franklin* y *Madison* que despues de servir á su patria sin ambicion, ni interés, se retiran á vivir oscuros con las rentas de su patrimonio; que jamás han sacrificado en aras de la vanidad, de la avaricia ó el interés privado, las aspiraciones generales, el derecho pátrio y la honra nacional, á la sombra de sus benéficas leyes, viven libres y se asocian para el bien comun, comprometiendo sus fortunas en las mas arriesgadas empresas, y

el dinero cambia de mano con la misma facilidad que existe para ganarlo. Ellos han poblado de buques esos desiertos de agua que se llaman océano Atlántico y Pacífico, sostienen abiertas las puertas de la China, hacen ondear su pabellon en todos los mares; han perfeccionado la navegacion; han hecho desaparecer las distancias; han protegido á los desgraciados del mundo, dándoles hogar y alimento; han honrado el trabajo; han premiado á los que les han servido; han roto las antiguas preocupaciones; han indicado el camino á la moderna sociedad; han dado participacion en su bienestar á los estranjeros con el título y los derechos del hermano; han llamado á los utopistas para que realicen en su seno; han venerado la inteligencia; han dejado vagar el pensamiento por las regiones que ha querido trazarse; no han limitado el círculo de la idea social; no han leido á través de la fisonomía el sentimiento para calificarlo; no han considerado en fin al hombre sino por su obra.

Lo que entre nosotros se considera como malo, vicioso ó nulo, lo han admitido como bueno, moral ó conveniente. No han dado nunca esos repetidos escándalos de algunos banqueros europeos; no han disparado criminalmente una pistola contra sí mismos, cuando han perdido su capital en un negocio. El hombre rico á quien la fortuna le ha vuelto la espalda, despues de haber habitado en magníficos palacios, y haber pisado sobre oro, ha vendido públicamente frutas y ha sido respetado por los mismos á quienes admiraba su riqueza. Jamás perdonan medio, é indiferentes á las vanas distinciones sociales, han proclamado la industria como alma de la sociedad, como luz vivificadora que calienta su corazon y alumbra su mente. Entusiastas por el progreso, han creado, modificado y regenerado todo. Atentos observadores de la naturaleza y conformándose con sus leyes eternas de vida y muerte, ven con estoicismo nacer y fenecer las instituciones, las fortunas y las familias. Como una ilusion que llena el alma, como una esperanza que vivifica el corazon, el trabajo es el principio fundamental, la necesidad imperiosa de los Norte-americanos. Y ya hemos dicho que sus abstractas teorías las llevan siempre al terreno de la prác-

tica; cuanto se piensa se practica (1) y los medios que sugiere la imaginacion nunca se examinan.

Puede decírseles, no que su legislacion no es tan perfecta como la europea, pero al menos que sus tribunales no poseen la estricta severidad de los nuestros.

(1) Como prueba del espíritu mercantil y especulativo que distingue á los norte-americanos, vamos á presentar la siguiente anédocta:

Un rico comerciante de París que estaba en relaciones con una de las principales casas de New-York, envió á dicha ciudad á un hijo suyo á fin de que tomase notas del estado de los negocios. El jóven comisionado poseía una voz escelente, grandes disposiciones para el canto, y tocaba el piano con perfeccion.

Apenas llegó á New-York, cuando fué muy bien recibido por el sócio de su señor padre que le condujo á su casa, en la cual tuvo ocasion de ver las felices cualidades musicales de su huésped. Le trató con suma amabilidad y ternura, poniendo á su disposicion cuantas comodidades encerraba su casa, donde la riqueza y el lujo brillaban con profusion. A los pocos dias le hizo presente que iba á dar un concierto y que contaba con él para que luciese su magnífica voz. No opuso resistencia el recien llegado y una noche vió llenarse de gente los salones de la casa que le albergaba. Todo el mundo aplaudió su talento musical. Pero pasada una semana, volvió á repetirse la *soirée*, volvió él á cantar y recibió los mismos elogios. A poco, le suplicó el comerciante que repitiese delante de una inmensa concurrencia su habilidad y con disgusto dió muestras de ella, arrebatando á la multitud.

Dias y dias pasaron y el jóven estaba aburrido porque su huésped se habia negado políticamente á sacarle á paseo y se hallaba mes y medio sin salir á la calle.

Por fin, determinó salir solo, y en cuanto cruzó una plaza notó que las gentes le saludaban respetuosamente y algunos hasta le preguntaban por su salud. Asombrado caminaba el francés, cuando un *gentleman* se le acercó y apretándole la mano le dijo:

—*My dear friend*: mi querido amigo: desearia poder asistir al próximo concierto; y para que no me suceda lo que en el anterior, que me quedé sin oirlo, voy á pagarle á usted ahora mismo el precio de la localidad.

Acto contínuo sacó del bolsillo un billete y lo ofreció al estupefacto estranjero.

—Caballero, no comprendo, replicó.

—¿El precio de los billetes no es una libra? preguntó el inglés.

—¿Pero de qué billetes?

—De los del concierto que va V. á dar en casa de Mr. X...

—Caballero, yo no doy conciertos por dinero.

—¡Cómo! pues á mí siempre me ha costado una libra. Vamos, aceptad.

—Yo no puedo aceptar nada; dijo marchándose enojado el jóven y corriendo á ver á su huésped.

Entonces, supo por boca de él mismo, que habiéndolo encontrado con tan buena voz, habia dado tres conciertos en su casa, haciéndolo pasar por un gran artista, y habia ganado en ellos 3,000 libras esterlinas. Por esa razon no le queria dejar salir á paseo.

Puede suponerse que no existe la unidad nacional, que su importancia política es aparente, que su poder es ficticio, que sus fronteras no tienen resguardo, que su comercio no posee defensa naval, que abusan de la confianza, que los domina el juego y que su moralidad es convencional. Que si se vieran amenazados de una guerra sucumbirian en ella por falta de elementos. ¿Mas qué importan estas acusaciones, ni qué suponen en el terreno de los hechos? Si sus tribunales carecen de severidad, hacen justicia; si no existe la unidad nacional, esa solo conviene á una nacion guerrera; si su poder es ficticio, aun no se ha probado; él pesa bastante en los destinos de América y suele inclinar la balanza en los de Europa; si sus fronteras no tienen soldados, tampoco han sido atacadas, y en caso de serlo tendrian la nacion entera que oponer; su fuerza naval se encuentra en el mismo caso: esos buques que vemos en todas las costas y mares del mundo comerciando pacíficamente, serian otras tantas escuadras contra el enemigo; y en cuanto á los distintos puntos de vista bajo los cuales se consideren sus vicios, para defenderlos se levanta una escusa de inmenso valor que echa por tierra las faltas particulares.

Allá en lo antiguo, cayó una maldicion y abrumó la frente del hombre: en el cielo retumbó la voz divina diciendo: «Hombre que has desobedecido mis órdenes, hombre que de inocente y grande te has hecho criminal y pequeño, quita los ojos del cielo y clávalos en la tierra; esos campos no reverdecerán mas, esos árboles no darán fruto; ni esas fuentes verterán sus aguas. Tú lo has querido así; cultiva los valles y las montañas, riega las mieses y recoge las lluvias. No lo has perdido todo, aun el cielo puede ser tuyo; mi maldicion es el trabajo, y el sudor de tu frente te rehabilitará.» Y desde entonces el trabajo fué la esperanza del hombre.

¡Pueblos que acusais á los Estados-Unidos, y condenais su inmoralidad! si por desgracia perteneceis á los que participan de los rayos de un sol ardiente y prefieren su calor y el vicio de la miseria, no levanteis la voz contra ellos, porque pesa sobre vosotros la cólera celeste. No levanteis vuestra raquítica voz de esclavos y hol-

gazanes contra ese pueblo sin soldados, sin escuadras, sin fronteras que ha santificado el trabajo y se ha puesto al frente de los elementos activos de la naturaleza, siguiendo el sendero de la libertad, empleando las fuerzas físicas y desencadenando las morales; y mientras vence los obstáculos opuestos á su voluntad por el mundo de los cuerpos, deja volar el alma por las regiones especulativas de la ciencia para sacar de los círculos incógnitos en que se mueven los astros, la inspiracion que ennoblece la inteligencia y apresura los descubrimientos arrancados al universo.

Hemos terminado: sentiríamos que los lectores tomasen nuestra palabras en otro sentido que el que hemos querido darle.

El Viejo-Mundo, hace cerca de un siglo que se estremece á impulso de una causa que los hombres de estado conocen y callan sin embargo. Las convulsiones sucesivas de Europa acreditan que los pueblos desean alguna cosa y que no se les ha satisfecho. Quieren seguir otro rumbo; sin determinar las vias de él, sin atrevernos á manifestar los medios, nosotros hijos de este siglo que no queremos renegar de él, no iremos á buscar el alivio de los males políticos en los libros de Solon ni en los códigos de Roma. Por bueno que sea, no levantaremos el sudario de la edad media queriendo volver á nueva vida los hediondos restos de un cadáver. Queremos ante lo pasado, como ante la losa del sepulcro de un buen padre, doblar la rodilla y pronunciar con respeto la oracion fúnebre. Jóvenes hijos del progreso, sentimos escrito en nuestras conciencias el *mas allá*; nuestro deber, nuestras convicciones nos mandan abogar por él, y llenos de entusiasmo, con ese valor que presta la juventud, con esa fé que inspira la verdad, lo defenderemos siempre, como el mas hermoso don concedido á la especie humana por el Creador.

SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS. FEDERICO UTRERA.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

			PÁGINAS.
Prólogo de los traductores.			1
Capítulo	I.	El estranjero en América.	9
—	II.	Los negocios.	17
—	III.	Las diversiones.	31
—	IV.	El espíritu de libertad.	49
—	V.	El amor.	59
—	VI.	El charlatanismo.	73
—	VII.	Las bellas artes.	87
—	VIII.	La mecánica y las máquinas.	101
—	IX.	La navegacion.	121
—	X.	Las religiones.	131
—	XI.	Las asociaciones.	149
—	XII.	Los periódicos.	159
—	XIII.	La medicina.	169
—	XIV.	El dia 4 de julio.	179
—	XV.	La comodidad.	185
—	XVI.	La educacion pública.	205
—	XVII.	Los bailes.	215
—	XVIII.	La Navidad.— El dia de año nuevo.—Los Valentines.	223
—	XIX.	Los criminales.	227
—	XX.	Fisonomia general de los estados del Sur.	241
Resúmen por los traductores.			275

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	PÁGINAS.
Vista de Nueva-York.	9
Templo de negros.	131
El dia 4 de julio.	185
El desafío.	241

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED

LOAN DEPT.

RENEWALS ONLY—TEL. NO. 642-3405

This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

RENEWALS ONLY - Tel. No. 642-3405

AUG 26 1968 89

RECEIVED

AUG 13 '68 -5 PM

APR 24 1970

REC. CIR. SEP 02 '80

LD 21A–38*m*-5,'68
(J401s10)476B

General Library
University of California
Berkeley

U. C. BERKELEY LIBRARIES
C081025229

874882

E166
C74

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY